

Autora
best-seller de
The New York Times
y de *USA Today*

SARAH MACLEAN
GRACE
Y EL DUQUE

LOS BASTARDOS BAREKNUCKLE. LIBRO 3

VERSÁTIL
romántica

Índice de contenido

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[El futuro](#)
[Nota de la autora](#)

Título original: *Daring and the Duke Book 3 in the Bareknuckle Bastards Series. Published by arrangement with Avon, an imprint of HarperCollins Publishers.*

© 2020 by Sarah Trabucchi

Traducción: María José Losada

Corrección: Xavier Beltrán

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

1.^a edición: julio 2021

Nueva edición corregida: junio 2021

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2021: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para las chicas rebeldes, especialmente la mía.

Capítulo 1

Burghsey House, sede del ducado de Marwick, en el pasado.

No existía nada en el mundo como la risa de él.

No importaba que ella no estuviera cualificada para hablar del vasto mundo, porque nunca se había alejado de aquella enorme casa solariega situada en la tranquila campiña de Essex, a dos días en carruaje desde Londres, donde las onduladas y verdes colinas se convertían en trigo a medida que el otoño ganaba terreno.

No importaba que no conociera los sonidos de la ciudad o el olor del mar. Ni que nunca hubiera oído hablar en otra lengua que no fuera el inglés, ni hubiera visto una obra de teatro, ni hubiera escuchado una orquesta.

No importaba que su mundo se limitara a los tres mil acres de tierra fértil cubiertos de mullidas ovejas blancas y enormes fardos de heno, y a una comunidad de personas con las que no tenía permitido hablar, para las que era prácticamente invisible; porque ella era un secreto que debía guardarse a toda costa.

Era la niña que habían bautizado como el heredero del ducado de Marwick. La que habían envuelto en el arrullo de encaje reservado para una larga estirpe de duques, la que habían ungido con aceites esenciales destinados exclusivamente para los residentes de Burghsey House más privilegiados. A la que habían otorgado nombre y título de varón ante Dios. El duque —un hombre que no era su padre— había pagado a sirvientes y a sacerdotes para que guardaran silencio, había falsificado documentos y había trazado planes para sustituir a la hija bastarda de su esposa por uno de sus propios hijos bastardos —nacido el mismo día que ella, de mujeres que no eran la duquesa—; de esa manera, ofrecía a uno de sus hijos el único camino hacia el legado ducal..., un legado robado.

Con esta estratagema estaba abocando a esa niña inútil, el bebé que lloraba en los brazos de la enfermera, a una vida a medias, llena de una dolorosa soledad que emanaba de un mundo tan grande y, al mismo tiempo, tan pequeño.

Y entonces había llegado él, hacía ya un año. Tenía doce años y estaba lleno de fuego, poseía toda la fuerza del mundo que había ahí afuera. Era alto y delgado, y tan inteligente como astuto. Le parecía el ser más hermoso que jamás hubiera visto, con un flequillo rubio tan largo que caía sobre unos brillantes ojos de color ámbar, unos ojos que guardaban mil secretos. Tenía una risa

queda, apenas un susurro, tan poco frecuente que, cuando aparecía, era como un regalo.

No, no había nada en el vasto mundo como la risa de él. Ella lo sabía, aunque el vasto mundo estuviera tan lejos de su alcance que ni siquiera fuera capaz de imaginar dónde empezaba.

Él sí.

Y le encantaba contarle cosas sobre ese mundo. Eso fue lo que hizo aquella tarde, en uno de los preciosos momentos robados a las maquinaciones y manipulaciones del duque, justo el día antes de la noche en la que el hombre que manejaba su futuro regresó para deleitarse atormentando a sus tres hijos varones. Pero, en esos momentos, en aquella tranquila tarde, mientras el duque estaba fuera, en Londres, haciendo lo que fuera que hicieran los duques, los cuatro niños aprovechaban la felicidad allá donde podían encontrarla: al aire libre, en el salvaje y serpenteante terreno de la finca.

El lugar favorito de ella estaba en el límite occidental del terreno, lo suficientemente alejado de la casa solariega como para perderla de vista. Allí había un magnífico bosquecillo de árboles que se elevaba hacia el cielo, bordeado por un pequeño y burbujeante riachuelo, o más bien un arroyo, para ser precisos, pero que le había proporcionado horas, días y semanas de parlanchina compañía cuando era más niña y la conversación con el agua era lo único que cabía esperar.

Pero allí, en aquel momento, no estaba sola. Reposó entre los árboles, donde los rayos de sol moteados inundaban el suelo en el que yacía de espaldas, exhausta después de haber recorrido los campos, y aspirando grandes bocanadas de aire cargado del aroma del tomillo silvestre.

—¿Por qué siempre venimos aquí? —Él se sentó a su lado, cadera con cadera, mientras su propio pecho subía y bajaba por la respiración agitada mientras la miraba a la cara, con sus piernas, cada vez más largas, estiradas más allá de la cabeza de la chica.

—Me gusta estar aquí —dijo ella con sencillez, y volvió la cara hacia la luz del sol, y el son de los latidos de su corazón se calmó al mirar a través del dosel de ramas que jugaban al escondite en el cielo—. Y a ti también te gustaría si no estuvieras siempre tan serio.

El aire tranquilo del lugar se transformó, se volvió más pesado ante la certeza de que no eran niños de trece años corrientes y sin preocupaciones. Protegerse formaba parte de su supervivencia. La seriedad formaba parte de su supervivencia.

Ella prefería no pensar en ello mientras las últimas mariposas del verano danzaban bajo los rayos de luz, por encima de sus cabezas, llenando aquel lugar con una magia que mantenía a raya lo peor. Así pues, cambió de tema.

—Cuéntame cosas del mundo.

—¿Otra vez? —Pero en realidad, él no estaba pidiéndole explicaciones. No las necesitaba. Se giró, y ella movió las faldas para que él se tumbara a su lado, como había hecho docenas de veces antes. Cientos. En cuanto se acomodó de espaldas, con las manos apoyadas en la nuca, él empezó a hablar al cielo—. Nunca hay tranquilidad.

—Por el golpeteo de las ruedas de los carros contra los adoquines.

—Las ruedas de madera hacen ruido, pero es más que eso. —Ella asintió—. Son los gritos de

las tabernas y de los vendedores ambulantes de la plaza del mercado. Los ladridos de los perros de los almacenes. Las peleas de las calles. Yo solía subir al tejado del lugar donde vivía y apostaba en las peleas.

—Por eso eres tan buen luchador.

—Siempre pensé que sería la mejor manera de ayudar a mi madre. Hasta que... —Se encogió levemente de hombros. Interrumpió sus palabras, pero ella sabía el resto. «Hasta que cayó enferma y el duque le ofreció un título y una fortuna a ese hijo que habría hecho cualquier cosa para ayudarla». Se volvió para mirarlo; tenía una expresión tensa, la vista clavada en el cielo, los dientes apretados.

—Háblame de los improperios —lo incitó.

—Hay mucho lenguaje soez. Eso te gusta, ¿eh? —Él soltó una risilla de sorpresa.

—Ni siquiera sabía que existían las palabrotas antes de conoceros a vosotros tres. —Los chicos que habían llegado a su vida eran puro alboroto: rudos, malhablados y maravillosos.

—Antes de conocer a Diablo, querrás decir. —Diablo, bautizado como Devon, era uno de sus otros dos hermanastros; había sido criado en un orfanato para niños abandonados, y para demostrarlo se expresaba con un lenguaje malsonante—. Él te ha transmitido sus amplios conocimientos. Sí. Los improperios. En especial los de los muelles. Nadie maldice como un marinero.

—Dime cuál es el mejor improperio que has oído.

—No. —Él le lanzó una mirada socarrona.

—Háblame de la lluvia. —Le preguntaría a Diablo más tarde.

—Es Londres. Nunca para de llover.

—Cuéntame algo bueno. —Le dio un codazo en el hombro.

—La lluvia hace que las piedras de la calle estén resbaladizas y brillantes. —Sonrió, y ella hizo lo mismo. Adoraba la forma en que le seguía la corriente.

—Y, por la noche, las luces de las tabernas las vuelven doradas —terminó ella.

—No solo las de las tabernas, también las de los teatros de Drury Lane. Y las lámparas que cuelgan delante de las casas de alterne. —Las casas de mala muerte donde su madre había aterrizado después de que el duque se negara a mantenerla cuando eligió tener a su hijo. Donde había nacido aquel hijo.

—Para mantener la oscuridad a raya —susurró ella.

—La oscuridad no es tan mala —adujo él—. Lo que ocurre es que la gente que vive en ella no tiene más remedio que luchar por lo que necesita.

—¿Y consiguen lo que necesitan?

—No. No tienen lo que necesitan, y tampoco lo que merecen. —Hizo una pausa y luego susurró al dosel de ramas, como si realmente fuera mágico—. Pero vamos a cambiar todo eso.

No le pasó desapercibido que había usado el plural. No solo ellos dos, sino todos. Aquel cuarteto que hizo un pacto para iniciar aquella loca competición: quien ganara protegería al resto.

Y luego escaparían de aquel lugar en el que los habían forzado a luchar en una batalla de ingenio y armas que le daría a su padre lo que quería: un heredero digno de un ducado.

—En cuanto seas duque... —empezó ella, en voz baja.

—En cuanto uno de nosotros sea duque. —Se volvió para mirarla.

Ella negó con la cabeza y buscó su brillante mirada ambarina, tan parecida a la de sus hermanos. Tan parecida a la de su padre.

—Vas a ganar tú.

—¿Cómo lo sabes? —dijo él, después de observarla durante un buen rato.

—Lo sé, y punto. —Apretó los labios.

Las maquinaciones del viejo duque se volvían más desafiantes cada día. Diablo era como su nombre, demasiado fuego y furia. Y Whit era demasiado pequeño y demasiado amable.

—¿Y si no quiero?

—Por supuesto que quieres. —Cualquier otra cosa era una idea absurda.

—El ducado debería ser tuyo.

—Las chicas no pueden ser duques. —Ella no pudo reprimir una risita exagerada.

—Y, sin embargo, aquí estás: eres la heredera.

Pero no lo era. No de verdad. Ella era el producto de una aventura extramatrimonial de su madre, una apuesta ideada para darle un heredero bastardo a un marido monstruoso, y manchar así para siempre su preciado linaje, que era lo único que realmente le importaba al duque. Pero, en lugar de un niño, la duquesa había dado a luz a una niña, por lo que no podía heredar. Era la sustituta. Una simple nota al pie en el ancestral ejemplar del *Libro de la nobleza de Gran Bretaña e Irlanda*. Y los cuatro lo sabían.

—No importa —aseguró, ignorando sus palabras.

Y no importaba. Ewan ganaría. Se convertiría en duque. Y lo cambiaría todo.

Él la observó en silencio durante un rato.

—Cuando sea duque... —fantaseó en un susurro, como si las palabras fueran a convertirse en realidad al pronunciarlas en voz alta—. Cuando sea duque, yo cuidaré de todos. De nosotros y de todo el Garden. Manejaré su dinero. Su poder. Su nombre. Y me alejaré de aquí y nunca miraré atrás. —Las palabras volaron alrededor de ellos, reverberando en los troncos de los árboles antes de que él se corrigiera—. Su nombre no —susurró—. El tuyo.

Robert Matthew Carrick, conde de Sumner, heredero del ducado de Marwick.

Ignoró el ramalazo de emoción que la recorrió y suavizó el tono.

—Te quedará bien ese nombre. Es nuevo. Yo nunca lo he usado. —Había sido bautizada como el heredero, pero no podía hacer uso de su nombre.

A lo largo de los años, siempre se habían dirigido a ella como «niña», «chica» o «señorita». Un día, cuando tenía ocho años, hubo una criada que la llamó «mi amor», y eso le gustó mucho. Pero la criada se había marchado al cabo de unos meses, y ella había vuelto a ser invisible.

Hasta que más tarde llegaron tres chicos que sí la veían, y el que estaba con ella no solo

parecía verla, sino también entenderla. Y la llamaron de mil maneras: «Liebre», por la forma en que atravesaba los campos a la carrera, «Fuego», por las llamas de su cabello pelirrojo y «Rebelde», por la manera en que se enfadaba con su padre. Y ella respondía a todos aquellos apodos, sabiendo que ninguno era su nombre, sin importarle demasiado, porque ellos estaban allí. Porque tal vez estar con ellos fuera suficiente.

Porque para ellos era alguien importante.

—Lo siento —susurró él. Y lo decía en serio.

Para él, ella sí era alguien importante.

Permanecieron así durante unos instantes, con las miradas entrelazadas mientras la verdad pesaba a su alrededor, hasta que él carraspeó y apartó los ojos, rompiendo así aquella conexión. Lo observó cuando giró su tronco para volver a prestar atención a las copas de los árboles.

—De todos modos, mi madre decía que le encantaba la lluvia, porque era el único momento en que veía joyas en el barrio de Covent Garden.

—Prométeme que me llevarás contigo cuando te vayas —susurró ella para romper el silencio.

Los labios de Ewan se convirtieron en una línea firme, la promesa quedó escrita en las arrugas de su cara, más vieja de lo que debería ser. Más joven de lo que iba a necesitar que fuera.

—Y tendrás muchas joyas. —Asintió con seguridad.

Ella se giró, y sus faldas se desplegaron sobre la hierba.

—Por supuesto —bromeó ella—. Y vestidos confeccionados con hilo de oro.

—Vivirás entre bobinas de hilo oro.

—Sí, por favor —dijo ella—, y una doncella que sepa hacerme preciosos peinados.

—Para ser una chica de campo, eres muy exigente —se burló.

—He tenido toda la vida para elaborar una lista con mis necesidades. —Le dirigió una sonrisa.

—¿Crees que estás preparada para Londres, chica de campo?

—Creo que se me dará bien, chico de ciudad. —La sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

Él se rio, y elpreciado (por infrecuente) sonido de su risa llenó el espacio que los rodeaba, reconfortándola. En ese momento, sucedió algo. Algo extraño e inquietante, maravilloso e inaudito. Ese sonido, que no se parecía a ningún otro del vasto mundo, la liberó.

De repente, lo sintió. No solo el calor de él a su lado, donde se tocaban de hombro a cadera. No solo el lugar donde su codo descansaba junto a su oreja. No solo el contacto de sus manos en los rizos cuando él extrajo una hoja de ellos. Sino en todas partes. En el ascenso y descenso uniforme de su respiración. En su segura quietud. Y esa risa..., en su risa.

—Pase lo que pase, prométeme que no me olvidarás —le pidió en voz baja.

—No podré. Estaremos juntos.

—La gente se va.

—Yo no. No me iré. —Frunció el ceño y negó con fuerza.

—A veces no se elige. A veces, la gente, simplemente... —Asintió—. Pero aun así...

Su mirada se suavizó al comprender que se refería a su madre. Rodó hacia ella y quedaron frente a frente, con las mejillas apoyadas en las palmas de las manos, lo suficientemente cerca como para contarse mil secretos.

—Ella se habría quedado de haber podido —dijo él con firmeza.

—No lo sabes —susurró, y cuánto detestó el picor que le provocaban aquellas palabras en los ojos—. Nací y ella murió, y me dejó con un hombre que no era mi padre, que me dio un nombre que no es el mío, y nunca sabré qué habría pasado si ella hubiera vivido. Nunca sabré si... —Él esperó. Siempre paciente, como si fuera a aguardar toda la vida—. Nunca sabré si me habría querido.

—Claro que sí. —La respuesta fue inmediata.

—Ni siquiera me puso un nombre. —Sacudió la cabeza y cerró los ojos. Quería creerle.

—Lo habría hecho. Te habría puesto un nombre, y habría sido precioso.

La certeza de sus palabras hizo que ella buscara su mirada, segura e inflexible.

—Entonces, ¿no me llamo Robert?

—Ella te habría puesto un nombre digno de ti. El nombre que te mereces. Te habría dado el título. —No sonrió. No se rio. La comprendía y, luego, añadió—: Como voy a hacer yo.

Todo se detuvo: el susurro de las hojas en el dosel de ramas; los gritos de sus hermanos en el arroyo, un poco más allá; el lento transcurrir de la tarde; y ella supo, en ese momento, que él estaba a punto de hacerle un regalo que nunca había imaginado recibir.

—Dime... —Le sonrió, con el corazón palpitando en el pecho.

Quería ese regalo en los labios y en la voz de él, en los oídos de ella. Quería que se lo diera y sabía que le resultaría imposible olvidarlo, incluso después de que se marchara y la dejara atrás.

Y él se lo dio.

—Grace —la llamó.

Capítulo 2

Londres, otoño de 1837.

—¡Por Dahlia!

Una estridente ovación se elevó en respuesta al brindis; la multitud concentrada en la sala principal del número 72 de Shelton Street —un club de alto nivel y el secreto mejor guardado de las mujeres más elegantes, sabias y escandalosas de Londres— se volvió al unísono para brindar por su propietaria.

La mujer conocida como Dahlia se quedó quieta al pie de la escalera central, observando la enorme estancia, ya repleta de socias del club e invitadas a pesar de lo temprano que era.

—Bebed, queridas, os espera una noche inolvidable. —Dirigió al público una amplia y brillante sonrisa.

—¡O para olvidar! —exclamó alguien desde el otro extremo de la sala. Dahlia reconoció al instante la voz de una de las viudas más alegres de Londres, una marquesa que había invertido en el 72 de Shelton Street desde sus inicios y que amaba aquel club más que a su propia casa. Allí, una alegre marquesa gozaba de la privacidad que en Grosvenor Square nunca había tenido. Sus amantes también se sentían totalmente libres.

Los enmascarados rieron al unísono y Dahlia se libró de la atención general el tiempo suficiente para que Zeva, su lugarteniente, apareciera a su lado. La alta belleza de pelo oscuro había estado con ella desde que fundó el club y se encargaba de atender a las socias, asegurándose de que tuvieran todo lo que desearan.

—Es un éxito —dijo Zeva.

—Y va a serlo más. —Dahlia echó un vistazo al reloj que llevaba en la cintura.

Era temprano, apenas pasadas las once; gran parte de las mujeres de Londres solo podían escabullirse de sus aburridas cenas y bailes poniendo excusas como el abatimiento y su naturaleza delicada. Dahlia sonrió al pensar en ello, ya que conocía la manera en que las socias del club utilizaban la delicadeza que se atribuía al sexo débil para tomar lo que deseaban sin que la sociedad lo supiera.

Se adjudicaban esa debilidad y jugaban con ella, al tiempo que convocaban a sus cocheros en las puertas traseras de sus casas; al tiempo que cambiaban sus respetables ropas por otras más provocativas; al tiempo que se despojaban de las máscaras que llevaban en su mundo y se ponían

otras diferentes, otros nombres, otros deseos..., lo que ansiaban fuera de Mayfair.

Pronto llegarían y abarrotarían el 72 de Shelton Street para deleitarse con lo que el club les ofrecía cualquier noche del año —compañerismo, placer y poder— y, en concreto, con lo que ocurría el tercer jueves de cada mes, cuando las mujeres de todo Londres y de cualquier otra parte del mundo eran bienvenidas para explorar sus deseos más profundos.

El célebre acontecimiento, al que llamaban Dominio, era en parte baile de máscaras, en parte juerga salvaje, en parte algo así como un casino y, sobre todo, algo completamente confidencial. Diseñado para ofrecer a los miembros del club y a sus acompañantes de confianza una velada dedicada exclusivamente a su placer... Fuera este cual fuera.

Dominio tenía un único propósito: las damas eligían.

No había nada que le gustara más a Dahlia que proporcionar a las mujeres acceso al placer. En el mundo real, el sexo débil no recibía la más mínima consideración, y su club se había creado para darle la vuelta a esa situación.

Desde que había llegado a Londres, veinte años atrás, había ganado dinero de muchas maneras. Había trabajado como camarera en *pubs* y teatros. Había picado carne en carnicerías y doblado metal para hacer cucharas, y nunca había ganado más de un penique o dos por jornada. Enseguida descubrió que el trabajo diurno no era rentable.

Lo cual le parecía bien, ya que nunca se había adaptado a los horarios diurnos. Después de que los orinales y los pasteles de carne le revolvieran el estómago, y que trabajar con el metal le dejara las palmas de las manos en carne viva, había encontrado un trabajo como florista y se había esforzado por conseguir vaciar la cesta de unos ramilletes que se marchitaban rápidamente antes del anochecer. Pasaron dos días antes de que un vendedor ambulante del mercado de Covent Garden notara su buen ojo para los clientes y le ofreciera trabajo vendiendo fruta.

Eso había durado menos de una semana, hasta que él la había golpeado cuando, accidentalmente, se le cayó una manzana roja brillante en el serrín. Cuando se puso en pie, ella misma lo rebozó a él en serrín antes de salir corriendo del mercado con tres manzanas en la falda que valían más que su sueldo de una semana.

El suceso había sido lo suficientemente sorprendente como para atraer la atención de uno de los mejores luchadores del barrio del Garden. Digger Knight siempre andaba buscando chicas altas con caras bonitas y puños poderosos. «Los brutos son una cosa», solía decir, «pero las bellas se ganan al público». Dahlia resultó ser ambas cosas.

Le había enseñado bien.

La lucha no era un trabajo diurno. Era un trabajo nocturno y se pagaba como tal.

Se pagaba bien. Y se sentía mejor, en especial para una chica que no era nadie y estaba llena de rabia. No le importaba el dolor de los golpes, se recuperaba pronto del mareo que experimentaba a la mañana siguiente de un combate... Y en cuanto aprendió a anticiparse a los golpes y a evitar los que hacían daño de verdad, no miró atrás.

Dejó las flores y la fruta, y vendió sus puños en su lugar, en peleas justas y también en las

sucias. Y cuando vio la cantidad de dinero que ganaba con las últimas, vendió su cabellera a un peluquero de Mayfair que compraba en el Garden al por mayor. El pelo largo era una debilidad para una chica que peleaba sin guantes.

Con casi quince años, pelo corto y piernas largas, se había convertido en una leyenda de los rincones más oscuros de Covent Garden. Era una chica delgada y fibrosa, y con un puño duro como el roble con el que ningún hombre deseaba encontrarse en una calle oscura. Sobre todo cuando iba flanqueada por los dos chicos que la acompañaban, y que luchaban con una rabia adolescente y feroz capaz de acabar con cualquiera que se enfrentara a ella.

Juntos habían ganado dinero a espuertas con los puños y habían levantado un imperio. Dahlia y los chicos, que rápidamente se convirtieron en hombres —sus hermanos de corazón y de alma, no de sangre—, los Bastardos Bareknuckle. Y el trío vendió los puños hasta que ya no tuvieron que hacerlo. Hasta que, finalmente, se tornaron imbatibles. Irrompibles.

Los reyes.

Y solo entonces la reina Dahlia construyó su castillo y reclamó su lugar, ya no en el negocio de las flores ni de las manzanas ni del cabello ni de las peleas.

Y a sus súbditos les ofrecía algo magnífico: podían elegir. No era el tipo de elección que se le había concedido a ella —el menor de los males—, sino el que permitía a las mujeres alcanzar sus sueños. Fantasías y placer hechos realidad.

Lo que las mujeres querían, Dahlia se lo proporcionaba.

Y Dominio era la forma de hacerlo.

—Veo que te has vestido para la ocasión —dijo Zeva.

—¿Ah, sí? —respondió Dahlia con una ceja arqueada. El corsé escarlata que llevaba por encima de unos pantalones negros, perfectamente ajustados, acariciaba sus exuberantes curvas bajo un largo y elaborado abrigo bordado en negro y oro, forrado con una rica seda dorada.

Rara vez llevaba faldas. Los pantalones le permitían mayor libertad de movimientos para trabajar, por no mencionar que eran un valioso símbolo de su papel como propietaria de uno de los secretos mejor guardados de Londres y de reina de Covent Garden.

—Sé dónde has estado los últimos cuatro días. Y no ha sido envuelta en terciopelo y seda, precisamente. —Su lugarteniente la miró de arriba abajo.

Una estruendosa ovación surgió de la ruleta, salvando a Dahlia de tener que responder. Se giró para observar a la multitud y vio la amplia y feliz sonrisa de una mujer enmascarada, anónima para todos menos para la dueña del club, que atrajo a Tomas, su compañero de esa noche, para darle un beso de celebración. Tomas se mostró muy dispuesto a festejar, y el abrazo terminó entre silbidos y aplausos.

Nadie creería que para todo Mayfair ella era una florero que había perdido toda oportunidad con los hombres. Las máscaras tenían un poder infinito cuando se usaban bien.

—¿La dama está en racha? —preguntó Dahlia.

—Tercera victoria consecutiva. —Por supuesto, Zeva llevaba la cuenta—. Y Tomas no es lo

que se dice una influencia negativa.

—No se te escapa nada. —Dahlia le ofreció una media sonrisa.

—Me pagan muy bien por ello. Me entero de todo —dijo—. Incluyendo tu paradero.

Dahlia miró a su factótum y amiga.

—Esta noche no —dijo en voz baja.

—La votación de mañana fracasará. —Zeva tenía más cosas que decir, pero calló. En su lugar, hizo un gesto con la mano en dirección al extremo de la sala, donde un grupo de mujeres enmascaradas se apiñaban en una conversación privada.

Aquellas mujeres eran esposas de aristócratas, la mayoría más inteligentes que sus maridos, y todas tan cualificadas (o mucho más) para ocupar un escaño en la Cámara de los Lores. Sin embargo, el hecho de carecer de las vestimentas apropiadas no impedía a las damas legislar y, cuando lo hacían, lo hacían allí, en los aposentos privados, a espaldas de Mayfair.

Dahlia dirigió una mirada de satisfacción a Zeva. La votación podría ilegalizar la prostitución y otras formas de trabajo sexual en Gran Bretaña. Dahlia había pasado las últimas tres semanas convenciendo a las esposas en cuestión de que esa era una votación en la que ellas —y sus maridos— debían tomar partido para asegurarse de que no se aprobara.

—Bien. Es inconveniente para las mujeres en general y, para las pobres, todavía más.

Era inconveniente para Covent Garden, y ella no iba a permitirlo.

—También lo es para el resto del mundo —dijo Zeva secamente—. ¿Tienes tu propio proyecto de ley?

—Dame tiempo... —respondió Dahlia mientras atravesaban la sala hasta llegar a un largo pasillo, donde varias parejas aprovechaban la oscuridad—. Nada se mueve tan despacio como el Parlamento.

—Tú y yo sabemos que no hay nada que te guste más que manipular al Parlamento. Deberían darte un escaño. —Zeva soltó una carcajada.

El pasillo se abría a un espacio amplio y acogedor, lleno de juerguistas, con una pequeña banda de músicos en un extremo, que tocaba una animada melodía; buena parte del público bailaba con desenfreno, sin pasos torpes, sin espacios entre las parejas, sin ojos exigentes que vigilasen el escándalo o, si lo hacían, buscaban disfrutar y no censurar.

Las dos se abrieron paso entre la multitud por los laterales de la sala. Pasaron por delante de un hombre corpulento que les guiñó un ojo mientras la mujer que tenía en sus brazos acariciaba su pecho musculoso, que parecía que iba a reventar las costuras del abrigo. Era Oscar, otro empleado; su trabajo consistía en dar placer a las damas.

A los pocos hombres que asistían y no eran empleados los habían investigado de antemano debidamente; investigados y reinvestigados gracias a la información que obtenía Dahlia de su amplia red, formada por empresarias, aristócratas o esposas de políticos; mujeres que conocían y ejercían el poder más complejo: la información.

La orquesta descansaba mientras una cantante se dirigía al centro de la tarima del escenario,

donde estaba sentada una joven negra cuya voz se alzaba lo bastante alto como para resonar en toda la sala. Los bailarines se quedaban sin aliento al oír la trinar y escalar un aria brillante que provocaría que cualquier sala del Drury Lane estallara en vítores.

Una sucesión de jadeos de asombro se adueñó de la sala.

—Dahlia.

Dahlia se giró para encontrarse con una mujer vestida de verde brillante y con una elaborada máscara a juego. Nastasia Kritikos era una legendaria cantante de ópera griega que había hecho caer rendida a sus pies a toda Europa. Con un cálido abrazo, señaló el escenario con la cabeza.

—Esa chica. ¿De dónde la has sacado?

—¿A Eve? —Una sonrisa se dibujó en los labios de Dahlia—. De la plaza del mercado. Cantaba allí para ganarse unas monedas.

—¿Y no es eso lo que hace esta noche? —Levantó una ceja oscura, divertida.

—Esta noche canta para ti, vieja amiga. —Era la verdad. La joven cantaba para tener acceso a Dominio, un evento que había catapultado al estrellato a un puñado de talentosos cantantes.

Nastasia echó una mirada perspicaz al escenario, donde Eve emitía una serie de notas imposibles.

—Era tu especialidad, ¿verdad? —dijo Dahlia.

—Es mi especialidad. Y no puedo decir que su técnica sea perfecta. —La otra mujer le lanzó una mirada.

Dahlia le dedicó una breve sonrisa de complicidad. Era perfecta, y ambas lo sabían.

—Dile que venga a verme mañana. Le presentaré a algunas personas. —Con un enorme suspiro, la diva agitó una mano en el aire.

—Qué bondadosa eres, Nastasia. —La chica estaría de gira por los escenarios antes de darse cuenta.

—Como se lo digas a alguien, provocaré un incendio que hará arder este lugar hasta los cimientos. —Los ojos castaños brillaron detrás de la máscara verde.

—Tu secreto está a salvo conmigo. —Dahlia sonrió—. Peter ha preguntado por ti. —Era la verdad. Además de ser una auténtica celebridad londinense, Nastasia también era un premio codiciado entre los hombres del club.

—Por supuesto que sí. Supongo que dispongo de unas horas libres. —La mujer se pavoneó.

Dahlia se rio y señaló a Zeva.

—Lo encontraremos para ti, entonces.

Tras finalizar la conversación, avanzó atravesando la multitud, que se había reunido para escuchar a la que pronto sería una famosa cantante, hasta una pequeña antesala, donde las partidas de faro solían ser bastante tensas. Dahlia percibía la emoción en el aire y la absorbió junto al poder que llevaba consigo. Las mujeres más poderosas de Londres, reunidas allí para su propio placer.

Y todo gracias ella.

—Tendremos que buscar a una nueva cantante —refunfuñó Zeva mientras se movían entre los jugadores.

—Eve no va a pasarse la vida amenizando nuestras juergas.

—Pero podemos permitirnosla un tiempo más, ¿no?

—Tiene demasiado talento para nosotros.

—Eres tú la que es demasiado bondadosa. —Fue la réplica.

—... La explosión... —Dahlia se detuvo al oír el fragmento de una conversación cercana y su mirada se encontró con la de una sirvienta que llevaba una bandeja de champán al grupo de chismosos. Un asentimiento apenas perceptible le indicó que la otra mujer también estaba escuchando. Le pagaban, y bien.

Sin embargo, Dahlia se demoró.

—He oído que son dos —añadió una mujer que desprendía escandalizado deleite. Dahlia resistió el impulso de fruncir el ceño—. Y que han diezmado los muelles.

—Sí, e imagínate, solo dos muertos.

—Un milagro. —La mujer susurraba las palabras como si de verdad lo creyera—. ¿Hubo algún herido?

—El periódico dice que cinco.

«Seis», pensó, y apretó los dientes mientras se le aceleraba el corazón.

—Estás mirando —dijo Zeva en voz baja, y aquellas palabras apartaron a Dahlia de la conversación. ¿Qué más había que saber? Ella estuvo allí apenas unos minutos después de la explosión. Conocía el recuento de heridos.

Pasó la mirada por encima de Zeva y de la multitud hasta llegar a una pequeña puerta, que estaba camuflada en el otro extremo de la sala, cuyos laterales quedaban ocultos por los profundos revestimientos color zafiro de las paredes, atravesados en plata. Incluso los miembros que habían visto al personal utilizarla se olvidaban de aquella modesta abertura antes de que se cerrara, y creían que lo que había detrás era mucho menos interesante que lo que tenían delante.

Pero Zeva sabía la verdad. Aquella puerta se abría a una escalera trasera que subía a las habitaciones privadas y bajaba a los túneles subterráneos del club. Era una de la media docena instalada en torno al número 72 de la calle Shelton, pero la única que conducía a un pasillo privado de la cuarta planta, oculto tras una pared falsa. Solo tres miembros del personal sabían de su existencia.

—Es importante que sepamos lo que se comenta en la ciudad sobre la explosión. —Dahlia ignoró el ansia por desaparecer a través de la ranura.

—Creen que los Bastardos Bareknuckle perdieron dos cargueros, una bodega llena de carga y un barco. Y que la dama de tu hermano estuvo a punto de morir. —Hizo una pausa. A continuación, añadió con tono mordaz—: Y tienen razón. —Dahlia ignoró las palabras. Zeva sabía cuándo no iba a ganar la batalla—. ¿Qué les digo?

—¿A quiénes? —Dahlia la miró.

—A tus hermanos. ¿Qué quieres que les diga? —La mujer levantó la barbilla en dirección al laberinto de habitaciones por el que habían llegado.

Dahlia maldijo en voz baja y echó un vistazo a la multitud que aguardaba en la oscuridad. Junto a la entrada de la sala, una distinguida condesa terminaba de contar un chiste verde para un puñado de admiradores.

—¡Es más estimulante por la puerta de atrás, querida!

Se oyeron carcajadas y Dahlia se volvió hacia Zeva.

—Dios, no estarán aquí, ¿verdad?

—No, pero no podemos mantenerlos alejados para siempre.

—Podemos intentarlo.

—Tienen que saber...

—Deja que yo me encargue de ellos —la interrumpió Dahlia, con una mirada dura y una respuesta aún más dura.

—¿Y qué hay de eso? —Zeva levantó la barbilla hacia la puerta oculta y las escaleras que se extendían más allá. A Dahlia la invadió una sensación de calor, algo que habría sido un rubor si fuera el tipo de mujer que se ruboriza. Lo ignoró, así como los latidos de su corazón.

—Deja que yo también me encargue de eso.

—Te tomo la palabra. —Zeva arqueó una ceja para dar a entender que tenía mucho más que decir. En cambio, se limitó a asentir. Se dio la vuelta y se abrió paso entre la multitud, dejando a Dahlia a solas.

Sola para presionar el panel oculto de la puerta, activar el pestillo y cerrarlo con fuerza a su espalda para dejar atrás la cacofonía de sonidos.

Sola para subir las estrechas escaleras a un ritmo tranquilo y constante, un ritmo que no se acompañaba con el de su corazón, que aumentó al llegar al segundo piso. Y al tercero.

Sola para contar las puertas del pasillo del cuarto piso.

«Una. Dos. Tres».

Sola para abrir la cuarta puerta a la izquierda y cerrarla tras de sí, quedando envuelta en una oscuridad lo bastante densa como para olvidar la fiesta alocada que se desarrollaba unas plantas más abajo. El mundo entero se había concentrado en esa habitación —que estaba dotada de la única ventana que daba a los tejados de Covent Garden— y en su escaso mobiliario: una mesita, una silla y una cama individual.

Sola en esa habitación.

Sola con el hombre que yacía inconsciente en la cama.

Capítulo 3

Los ángeles lo habían rescatado.

La explosión hizo que volara por los aires hasta hacerlo caer en la parte más oscura de los muelles. Dio varias vueltas de campana en el aire, pero en el aterrizaje se había dislocado el hombro y no podía mover el brazo izquierdo. Se decía que la dislocación era uno de los peores dolores que podía soportar un cuerpo, y esa era la segunda vez para el duque de Marwick. Las dos veces se había puesto en pie tambaleándose, con la mente en blanco. Las dos veces se había esforzado para soportar el dolor. Las dos veces había buscado un lugar donde esconderse de su enemigo.

Las dos veces los ángeles lo habían rescatado.

La primera vez, el ángel tenía un rostro radiante y amable, con un alboroto de rizos rojos, mil pecas en la nariz y las mejillas, y los ojos castaños más grandes que él hubiera visto nunca. Ella lo había encontrado en el armario donde se escondía, se había llevado un dedo a los labios y le había sujetado la mano buena mientras con la otra —más grande y fuerte— le recolocaba la articulación. Se había desmayado por el dolor y, cuando despertó, ella estaba allí como la luz del sol, esperándolo con una suave caricia y una voz melodiosa aún más amable.

Y se había enamorado de ella.

La segunda vez, los ángeles que lo rescataron no habían sido amables ni habían cantado. Habían ido a por él con fuerza y sin miramientos, encapuchados para ocultar el rostro en la sombra, con abrigos ondeando como alas mientras se acercaban y las botas resonando sobre los adoquines. Iban armados como soldados del cielo, flanqueados por espadas, que se convertían en dagas de fuego a la luz del barco que ardía en los muelles, destruido por la orden que él había dado, y que casi había acabado también con la vida de la mujer a la que su hermano amaba.

La segunda vez, los ángeles eran soldados y venían a castigarlo, no a salvarlo.

Aun así, era un rescate.

Se había puesto en pie cuando se acercaron, preparado para enfrentarse a ellos, para recibir el castigo que le infligirían. Se estremeció ante un dolor en la pierna que no había notado antes, provocado por una esquirla del mástil del carguero destruido que se le había clavado en el muslo y le cubría de sangre la pernera del pantalón, lo que le impedía luchar.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca para golpearlo, perdió el conocimiento.

Y fue entonces cuando llegaron las pesadillas; no de bestias y brutalidad, ni llenas de dientes afilados y un terror todavía más agudo. Eran peores que todo eso.

Los sueños de Ewan estaban repletos de ella.

Durante días había soñado con el alivio de sus agradables caricias en la frente. Con el brazo de ella levantándole la cabeza para que bebiera el líquido amargo de la taza que le acercaba a los labios. Con los dedos de ella recorriendo sus doloridos músculos, aliviando el agudo dolor de su pierna. Con el aroma de ella, a sol y a secretos, como la sonrisa de aquel primer ángel que lo había atendido tantos años atrás.

Estuvo a punto de despertarse una docena de veces, quizá cien... Y eso también convertía el sueño en una pesadilla: el miedo a que el paño frío en la frente no estuviera realmente allí. El terror a que pudiera perderse aquellos cuidados, cómo le cambiaba el vendaje en la herida del muslo, a que el sabor del caldo amargo que ella le daba de comer fuera pura fantasía. A que la delicada aplicación del bálsamo sobre sus heridas no fuera más que una alucinación.

Y siempre soñaba que el tacto permanecía mucho tiempo después de que el bálsamo desapareciera, suave y persistente, recorriéndole el pecho, bajando por su torso, explorando las crestas y valles.

Siempre soñaba con que sentía los dedos de ella sobre su cara, que le acariciaba las cejas y trazaba los huesos de sus pómulos y de su mandíbula.

Siempre había soñado con sentir sus labios en su frente. En su mejilla. En la comisura de su boca.

Siempre había ansiado tener su mano en la suya, enredar sus dedos con los de ella, notar su palma cálida contra la de él.

Y el sueño lo había llegado a convertir en una pesadilla: en la dolorosa conciencia de que lo había imaginado. De que no era ella. De que no era real. De que él no podía devolver las caricias. Los besos.

Así que se quedaba tumbado, dispuesto a soñar, a revivir la pesadilla una y otra vez, con la esperanza de que su mente le diera lo último de ella, su voz.

Nunca fue así. El contacto llegaba sin palabras; los cuidados, sin susurros. Y el silencio escocía más que la herida.

Hasta esa noche, cuando el ángel habló, y su voz llegó como un arma malvada: un largo suspiro, y luego, intenso y delicioso, como el *whisky* caliente: «Ewan».

«Como si hubiera vuelto a casa».

Estaba despierto.

Abrió los ojos. Todavía era de noche, ¿otra vez de noche? Una noche eterna... en una habitación oscura, y su primer pensamiento fue el mismo que había tenido cada día al despertar durante veinte años: «Grace».

La chica que había amado.

La que había perdido.

La que se había pasado media vida buscando.

Una letanía que nunca curaba. Una bendición que nunca obtendría porque jamás la

encontraría.

Pero allí, en la oscuridad, el pensamiento era más persistente que de costumbre. Más urgente. Llegó como un recuerdo, como el roce de un fantasma en su brazo. En su frente. En su pelo. Llegó con el sonido de la voz de ella en su oído: «Ewan».

«Grace».

Un susurro apenas.

«¿El roce de una tela?».

La esperanza estalló, dura y desagradable. Entrecerró los ojos en las sombras. Negro sobre negro. Silencio. Vacío.

«Fantasía».

No era ella. No podía ser ella.

Se pasó una mano por la cara. El movimiento le produjo un dolor sordo en el hombro, un dolor que recordaba de años atrás, cuando se había dislocado el hombro y se lo habían vuelto a colocar. Intentó sentarse, pero el muslo herido, casi curado y rígidamente vendado, se lo impidió. Apretó los dientes por la persistente punzada de dolor, aunque la acogió con agrado porque lo distraía del otro dolor, mucho más familiar. El de la pérdida.

Se le estaba despejando la cabeza rápidamente y reconoció que la niebla que se disipaba era un efecto del láudano. ¿Cuánto tiempo llevaba drogado?

¿Dónde estaba?

¿Dónde estaba ella?

Muerta. Le habían dicho que estaba muerta.

Ignoró la angustia que siempre acompañaba a ese pensamiento, se acercó a la mesilla cercana a la cama, buscando una vela o un pedernal, y derribó un vaso. El sonido del líquido cayendo al suelo le recordó que debía intentar escuchar.

Y, entonces, se dio cuenta de que oía lo que no podía ver.

Una sucesión de sonidos apagados, gritos y risas próximos, pero más allá de la habitación, y un estruendo que venía de más lejos, quizá de fuera del edificio. ¿Dentro, pero no cerca? El ruido sordo de una multitud, algo que nunca había oído en los lugares en los que solía despertarse. Algo que apenas recordaba. Pero la memoria llegó con aquel sonido desde una distancia similar, desde más lejos, desde hacía una vida.

Y, por primera vez en veinte años, el hombre conocido por todo el mundo como Robert Matthew Carrick, duodécimo duque de Marwick, tuvo miedo. Porque lo que oyó no era el mundo en el que había crecido.

Era el mundo en el que había nacido.

Ewan, hijo de una cortesana de alto copete caída en desgracia por un bebé en el vientre, que se había acabado convirtiendo en una de las mejores prostitutas de Covent Garden.

Se puso de pie y atravesó la oscuridad, tanteando a lo largo de la pared hasta que encontró una picaporte. Una puerta.

Estaba cerrada.

Los ángeles lo habían rescatado y trasladado a una habitación de Covent Garden cerrada con llave.

No tenía que salir de allí para saber lo que encontraría al otro lado: tejados de pizarra con chimeneas torcidas. Un niño nacido en el Garden no se olvidaba de sus sonidos por mucho que lo intentara. Sin embargo, se acercó a la ventana y descorrió la cortina. Llovía, las nubes bloqueaban la luz de la luna y se negaban a dejarle ver el mundo exterior. Le negaban ver, pero le permitían oír.

«Una llave en la cerradura».

Se giró con los músculos tensos, preparado para enfrentarse a un enemigo. O a dos. Listo para la batalla. Llevaba meses, años, toda una vida en guerra con los hombres que gobernaban Covent Garden, donde los duques no eran bienvenidos. Al menos, no los duques que habían amenazado sus vidas.

No importaba que fuera su hermano.

Tampoco le importaba a él. Habían roto la confianza que depositó en ellos, incapaces de mantener a salvo a la única mujer a la que había amado.

Y, por eso, presentaría batalla hasta el fin de los tiempos.

La puerta se abrió y él cerró los puños. El muslo le escoció mientras se mantenía de pie, preparado para el golpe que iba a recibir. Preparado para asestar un golpe similar.

Se quedó inmóvil. El pasillo que había más allá apenas era más luminoso que la habitación en la que se encontraba, pero sí lo suficiente como para revelar una figura. No en el exterior. Sino dentro. No entraba, salía.

Había habido alguien en la habitación cuando se había despertado, en las sombras. Había acertado, pero no eran sus hermanos.

El corazón comenzó a palpitarle en el pecho, salvaje y violento. Sacudió la cabeza para despejársela.

Había una mujer en las sombras. Era alta, esbelta y fuerte. Llevaba unos pantalones que se ceñían a unas piernas increíblemente largas, un par de botas de cuero que terminaban por encima de las rodillas y un abrigo que podría haber sido el de un hombre sin problemas, si no fuera por el forro dorado que, no sabía cómo, brillaba en la oscuridad.

«Hilo de oro...».

No lo había acariciado un fantasma. No se había imaginado la voz.

Dio un paso hacia ella para alcanzarla, dolido con ella y por ella.

—Grace... —pronunció su nombre con desgarró, como el traqueteo de ruedas sobre adoquines rotos.

Una pequeña inhalación. Apenas un sonido. Apenas estaba allí.

Pero era suficiente.

Y entonces lo supo.

«Estaba viva».

La puerta se cerró de golpe y ella desapareció.

Él rugió de tal manera que temblaron las vigas.

Capítulo 4

Grace giró la llave en la cerradura como un rayo. Apenas la había sacado cuando la manilla vibró: alguien intentaba abrir desde dentro. Y no, nadie quería huir, sino perseguirla.

Oyó un grito furioso y herido. Y algo más...

El grito finalizó con un golpe que reconoció al instante. Un puño contra la madera, lo bastante fuerte como para aterrorizar a cualquiera.

Aunque ella no estaba asustada. Apoyó una mano en la puerta, la palma sobre la hoja de madera, y contuvo la respiración, esperando.

Nada.

«Y si él hubiera golpeado de nuevo, ¿qué habría pasado?».

Retiró la mano cuando aquella idea le atravesó la mente.

No entraba en sus planes que se despertara. Le había dado una dosis de láudano suficiente para derribar a un oso. Suficiente para mantenerlo en cama hasta que su hombro y su pierna estuvieran listos para afrontar un esfuerzo. Hasta que estuviera preparado para el enfrentamiento que ella ansiaba.

Pero lo había visto ponerse de pie sin vacilar, una prueba de que sus heridas estaban sanando con rapidez. Que sus músculos eran tan fuertes como siempre.

Conocía bien esos músculos. Incluso aunque no debiera.

Había querido ser lo más fría posible. Atender sus heridas y curarlo para luego mandarlo a paseo, para darle el castigo que se merecía desde aquel día, hacía ya dos décadas, en que destruyó sus vidas. Sobre todo la de ella.

Había planeado esa venganza con años de anticipación y rabia, y estaba preparada para llevarla a cabo.

Aunque había cometido un error. Lo había tocado.

Estaba quieto, y era fuerte y muy diferente al chico que no había vuelto a ver; sin embargo, en los ángulos de su cara, en la forma en que el pelo demasiado largo le caía sobre la frente, en la curva de sus labios y en el corte de sus cejas, era demasiado parecido. No había tenido elección.

La primera noche se había dicho a sí misma que estaba buscando lesiones, palpando las costillas de su torso, fijándose en las crestas y los valles de los músculos. Estaba demasiado delgado para su constitución, como si apenas comiera o durmiera.

Como si hubiera estado demasiado ocupado buscándola.

No tenía excusa que justificara el modo en que había explorado su rostro, acariciándole las

cejas, maravillándose con la suave piel de sus mejillas, notando la aspereza de la barba incipiente que le cubría la mandíbula.

No tenía forma de catalogar los cambios que él había sufrido, la forma en que el niño que había amado se había convertido en un hombre fuerte, anguloso y peligroso.

Y fascinante.

Pero él no debería resultarle fascinante. Y ella no debería sentir curiosidad.

Lo odiaba.

Durante dos décadas, él la había perseguido. Había amenazado a sus hermanos. En última instancia, los había perjudicado a ellos y a los hombres y a las mujeres de Covent Garden, a quienes los Bastardos Bareknuckle habían jurado proteger.

Y eso lo había convertido en su enemigo.

Así que no debería resultarle fascinante.

Y no debería haber deseado tocarlo.

Tampoco debería haberlo tocado, no tendría que haberse quedado con los ojos clavados en su torso, en el ascenso y descenso uniforme de su respiración, en la aspereza de la barba de su mandíbula, en la curva de sus labios, en su suavidad...

Las tablas del suelo de la habitación cerrada crujieron cuando él se agachó.

Grace retrocedió y se arrimó a la pared en el lado opuesto del pasillo, lo bastante lejos como para que el hombre que estaba dentro no la viera cuando mirara por el ojo de la cerradura. Era él quien le había enseñado a espiar por las cerraduras cuando era tan joven para creer que una puerta cerrada suponía el final de la historia.

Se quedó mirando el pequeño vacío negro que había bajo el pomo de la puerta, consumida por el potente recuerdo de otra puerta. Del tacto de otro picaporte en la palma de su mano, de la fría caoba contra su frente cuando se había inclinado cerca de ella, en otra vida, para mirar dentro.

La oscuridad absoluta del interior.

El tacto de la estructura metálica de la cerradura contra sus labios mientras susurraba a la habitación de al lado: «¿Estás ahí?».

Dos décadas más tarde, todavía notaba cómo le palpitaba el corazón al acercar el oído a la misteriosa abertura, buscando el sonido donde no podía usar la vista. Todavía percibía el miedo. El pánico. La desesperación.

Y entonces, desde la nada...

«Estoy aquí».

La esperanza. El alivio. La alegría al repetir sus palabras.

«Yo también estoy aquí».

El silencio. Y luego...

«No deberías».

«Qué tontería».

¿Dónde más iba a ir?

«Si te descubren...».

«No me descubrirán».

Nadie la veía nunca.

«No deberías arriesgarte».

«Riesgo». La palabra que llegaría a serlo todo entre ellos. Por supuesto, ella no lo había sabido entonces. Solo sabía que hubo un tiempo en el que nunca se habría arriesgado en esa enorme y fría finca, a kilómetros de cualquier lugar. El hogar que le dio un duque, el que le dijeron que debía estar agradecida de tener. Después de todo, había sido la bastarda de otro hombre, nacida de su duquesa.

Había tenido suerte, le dijeron, de que no la hubiera mandado lejos al nacer, con una familia del pueblo. O algo peor.

Como si una vida escondida, sin amigos ni familia ni futuro, no fuera ya lo peor.

Como si no la consumiera la certeza siempre presente de que algún día se le acabaría el tiempo. De que se quedaría sin metas.

Como si no supiera que llegaría el día en que el duque recordaría que ella existía. Y entonces se libraría de ella.

Y luego, ¿qué?

Había aprendido pronto la lección de que las chicas eran prescindibles. Y por eso más valía mantenerse fuera de su vista y de sus oídos. Su meta era sobrevivir. Y no había lugar para el riesgo.

Hasta que llegó, junto con otros dos chicos —sus hermanastros—, todos ellos bastardos, como ella. No. No eran como ella.

Eran chicos.

Y por eso eran también infinitamente más valiosos.

Se olvidaron de ella en el instante en que nació: una niña, la hija bastarda de otro hombre, indigna de recibir atención o, incluso, de tener un nombre propio, valiosa solo por haber nacido como sustituta de un hijo varón.

El único modo de que el duque mantuviera su posición en la aristocracia.

Y, aun así, se había arriesgado por él. Para estar cerca de él. Para estar cerca de todos ellos —tres chicos a los que había llegado a querer, a cada uno de manera diferente—, dos de ellos hermanos de corazón, no de sangre, sin los cuales nunca habría sobrevivido. Y el tercero... era él. El chico sin el que nunca habría vivido.

«No...».

«¿Qué?»

«No te vayas. Quédate».

Ella lo había querido. Había querido quedarse con él para siempre.

«Nunca. Nunca me iré. No hasta que puedas irte conmigo».

Y ella no se había ido..., hasta que él no le dio otra opción.

Grace negó con la cabeza al recordarlo.

En los veinte años transcurridos, había aprendido a vivir sin él. Pero esa noche tenía un problema, porque él estaba allí, en su club, y cada segundo que él estuviera consciente era una amenaza para todo lo que había construido Grace Condry, empresaria de éxito, emprendedora y líder de una de las redes de inteligencia más codiciadas de Londres.

No era solo el chico al que una vez susurró a través del ojo de la cerradura.

En la actualidad, él era el duque. El duque de Marwick, y su prisionero. Rico y poderoso, además de lo suficientemente loco como para derribar los muros, y su mundo.

—Dahlia... —Zeva de nuevo, en la distancia, con tono de advertencia.

Grace negó con la cabeza. ¿No le había dejado claro a Zeva que no debía seguirla?

«¿Qué narices había hecho?».

—¿Qué narices has hecho? —Ah, de ahí la advertencia de Zeva.

Grace cerró los ojos al oír la voz de su hermano en la oscuridad, aunque los abrió un segundo después. Se apartó de la puerta cerrada y del inquietante silencio que rodeaba a su prisionero, y caminó por el estrecho pasillo levantando un dedo para pedir silencio.

—Aquí no. —Se encontró con la mirada de Zeva, oscura y cargada de intención. Ignoró su expresión—. La habitación necesita un guardia. Que no entre nadie —dijo.

—¿Y si sale? —Zeva señaló la puerta.

—No saldrá.

Intercambiaron un asentimiento para mostrar que estaban de acuerdo, y Grace pasó de largo para encontrarse con su hermano en la oscura entrada de la escalera trasera.

—Aquí no —repitió ella, viendo que él iba a hablar de nuevo. Diablos siempre tenía algo que decir—. En mi despacho.

Él arqueó una de sus negras cejas con irritación, algo que enfatizó con un rápido golpe del bastón que siempre llevaba consigo. Grace aguantó la respiración esperando que él aceptara..., sabiendo que no tenía ninguna razón para hacerlo. Consciente de que tenía todas las razones del mundo para ignorarla y enfrentarse al duque. Pero no lo hizo. En lugar de ello, hizo un gesto con la mano en dirección a la escalera, y Grace soltó el aliento que contenía para guiarlo hacia el último piso del edificio, donde sus habitaciones privadas colindaban con el despacho desde el que dirigía su reino.

—Ni siquiera deberías estar aquí —le recriminó a su hermano en voz baja mientras se abrían paso por el espacio oscuro—. Sabes que no me gusta que estés cerca de las clientas.

—Y sabes tan bien como yo que no hay nada que tus distinguidas damas quieran más que ver a un rey de Covent Garden. No les gusta que yo ya tenga una reina.

—Al menos esa parte es cierta —dijo ella, burlándose de sus palabras. Ignoró cómo le latía el corazón, pues sabía tan bien como Diablos que, en cuanto estuvieran dentro de sus aposentos, esa conversación intrascendente llegaría a su fin—. ¿Dónde está mi cuñada? —Haría cualquier cosa por tener a Felicity allí en ese momento, distraendo a Diablos de su propósito con su sentido

común.

—En casa de Whit, haciéndole compañía a su señora —dijo cuando llegaron a la puerta de sus aposentos.

—Y Whit no le está haciendo compañía a su señora porque... —Lo miró por encima del hombro, con la mano quieta en el pomo de la puerta. Su hermano levantó la barbilla, indicando la habitación que había más allá—. ¡Maldita sea, Diablo!

—¿Qué se supone que debía hacer? ¿Decirle que no podía venir? Tienes suerte de que lo convenciera de que esperara allí mientras te buscaba. Quería registrar el edificio. —Se encogió de hombros.

Grace apretó los labios en una delgada línea y abrió la puerta para enfrentarse al hombre que estaba dentro y que ya cruzaba la habitación hacia ella, enorme y tenso.

Una vez que estuvieron dentro, Grace cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, fingiendo no sentirse inquieta por la evidente furia de su hermano. En los veinte años que hacía que lo conocía, desde que escaparon de su pasado común y se reinventaron como los Bastardos Bareknuckle, nunca había visto a Whit tan enfadado. Lo había visto castigar con frialdad letal, pero solo después de que agotaran su paciencia, que era de una mecha tan larga como el Támesis.

Pero eso había sido antes de enamorarse.

—¿Dónde diablos está?

—Abajo. —No intentó hacerse la despistada.

—¿Dónde? —gruñó Whit, con un sonido grave apenas audible pero amenazante, como un animal salvaje, listo para atacar. Conocido por todo Covent Garden como Bestia, esa noche estaba en tensión; lo había estado durante toda la semana desde que la explosión en los muelles, obra de Ewan, casi había matado a Hattie.

—Encerrado.

—¿Es eso cierto? —Miró a Diablo.

—No sé. —Diablo se encogió de hombros.

Que Dios la librara de tener hermanos odiosos.

—¿Es cierto? —Whit la miró.

—No —dijo ella—. Está abajo bailando una giga.

—Deberías habernos dicho que estaba aquí. —No mordió el anzuelo.

—¿Por qué?, ¿para que lo matarais?

—Exactamente.

—No vais a matarlo. —Se enfrentó a su ira de frente, negándose a acobardarse.

—No me importa que sea duque —dijo cada centímetro de aquella Bestia a la que Londres había apodado así—. Lo destrozaré por lo que le hizo a Hattie.

—Y que te cuelguen por ello —dijo ella—. ¿De qué le servirá eso a la esposa que te ama?

Su hermano rugió de frustración y se dirigió al enorme escritorio que había en un rincón,

encima del cual se apilaban decenas de papeles con los asuntos del club: expedientes de las socias actuales, cotilleos, facturas y correspondencia.

—¡Oye! Ese es mi trabajo, patán. —Ella avanzó mientras él pasaba una mano por una torre de solicitudes de nuevas socias y hacía volar papeles por la habitación.

Bestia se llevó las manos al pelo y se volvió hacia ella, ignorando su protesta.

—¿Qué tienes planeado, entonces? Casi la mata. Estuvo a punto de... —se interrumpió, sin querer pronunciar las palabras—. Y eso después de dejar que Diablo casi muriera congelado. Después de casi matarte a ti, hace tantos años. Dios, todos vosotros podríais haber...

A Grace se le encogió el corazón. Whit siempre había sido su protector. Se desesperaba por mantenerlos a salvo, incluso cuando era demasiado pequeño y estaba demasiado herido para hacerlo.

—Lo sé. Pero todos estamos aquí. Y tu mujer está a salvo. —Asintió.

—Esa es la única razón por la que mi espada no está en sus entrañas. —Dejó escapar un suspiro áspero y aliviado.

Ella asintió. Merecía venganza. Todos la merecían. Y ella pretendía que la obtuvieran. Pero no así.

—Y tú, no entiendo por qué estás tan tranquila, Grace. De alguna manera, sigues dispuesta a dejarlo vivir —dijo Diablo junto a la puerta, donde estaba apoyado en la pared, falsamente relajado, con una larga pierna cruzada sobre la otra.

—Las mujeres no tenemos permitido el lujo de la ira. —Sabía a dónde quería llegar y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Dicen que has estado suspirando por él.

Entonces la rabia se apoderó de ella, y enredó los dedos en el pañuelo rojo que llevaba a la cintura.

—¿Quién lo dice? —Cuando Whit no respondió, se volvió hacia Diablo—. ¿Quién lo dice?

Diablo golpeó lentamente el suelo dos veces con el bastón.

—Tienes que admitir que es extraño que lo hayas curado. Zeva dijo que te encargaste tú misma. Lo recogiste de las puertas de la muerte. Te negaste a llamar a un médico. —Dirigió una incisiva mirada al escritorio desordenado—. Y el trabajo del club se amontona mientras haces de niñera.

Fue el turno de Grace de fruncir el ceño.

—Primero, Zeva habla demasiado. Segundo, mi escritorio siempre tiene ese aspecto, y lo sabes —añadió cuando no le contestaron—. Y tercero, cuanta más gente sepa que está aquí, menos probabilidades habrá de que reciba su castigo.

Eso era. Por eso le había limpiado las heridas. Por eso le había puesto la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre. Por eso había permanecido en la oscuridad, escuchando el ritmo de su respiración.

Eso era todo.

No tenía nada que ver con el pasado.

—Y cuantas más personas sepan que está aquí, más peligro representa para todos nosotros —añadió.

—Ya es un peligro para todos nosotros —dijo Diablo.

Su frustración se disparó ante aquellas palabras, tranquilas y tajantes, como si su hermano estuviera hablando del próximo cargamento que llegaba al puerto. Sabía que su hermano se mostraba tan firme porque la razón estaba de su parte. Sabía también que mantener al duque de Marwick prisionero en el cuarto piso del 72 de Shelton Street no era lo más sensato.

—Dame una buena razón por la que no debería matarlo después de todo lo que ha hecho. Después de lo que le hizo a Diablo. Después de lo de Hattie. Después de los envíos que nos robó. Los hombres a los que atacó. Los que no sobrevivieron. Cinco hombres. Al Garden se le debe su sangre. —La voz de Whit se volvió ronca mientras la sorpresa inundaba a Grace. No lo había oído decir tantas palabras seguidas desde... Quizá desde nunca.

Los ojos de Diablo se abrieron de par en par con un asombro similar y la miró, pero se recuperó con rapidez.

—Lleva razón, Grace. Merecemos cobrarnos la venganza.

—No. —Ella negó con la cabeza.

—Entonces más vale que tengas una razón. —La terrible cicatriz que cruzaba el rostro de Diablo se volvió blanca cuando el músculo de su mejilla se contrajo.

Ella apretó los labios con los pensamientos desbocados por la frustración, el miedo, la ira y la desesperación de décadas de injusticia.

—Porque fue a mí a quien le quitó lo más importante. —Se hizo un silencio denso y poderoso, finalmente interrumpido por una maldición de Whit en voz baja. Se volvió hacia Diablo, alto y delgado, con la horrible cicatriz causada por Ewan—. No hace mucho, estuvimos juntos en los muelles y me lo dijiste, hermano. Se llevó más de mí que de ti.

—Y entonces... ¿Qué? ¿Recibe tus cuidados? ¿Obtiene ternura en la convalecencia de la mujer que ama? —Diablo la observó durante un rato mientras golpeaba el bastón contra su bota.

—Vete al infierno —dijo ella—. No me quiere. —Dos miradas de color ámbar se dirigieron hacia ella. El corazón comenzó a latirle con fuerza—. Que no. —No hubo respuesta—. Lo que siente... nunca ha sido amor.

No importaba que lo hubieran llamado así cuando eran niños y jugaban a una versión tierna y bondadosa del amor: inocente, nueva y demasiado agradable para ser real. Algo que no estaban destinados a vivir en la edad adulta.

Les pidió a sus hermanos que dejaran el tema, y, milagrosamente, lo hicieron.

—¿Qué hacemos, pues? —preguntó Whit—. ¿Lo dejamos libre? ¿Permitimos que vuelva a Mayfair? Por encima de mi cadáver, Grace. No me importa lo que te haya quitado a ti; llevamos años esperando este día, y que me aspen si le permito volver a la vida que robó.

—Me confundes —dijo ella. Dos décadas antes, cuando Ewan los había traicionado, habían

jurado vengarse si alguna vez iba a por ellos. Ella misma se lo había prometido mientras los curaba—. No fuisteis los únicos que le prometisteis venganza. Yo también estaba allí.

Whit acabó con las costillas rotas, Diablo con la cara acuchillada.

Y Grace, con el corazón roto y, lo que era peor, la confianza hecha trizas.

—¿Y crees que eres lo bastante fuerte como para mantener esa promesa, Gracie? —quiso saber Whit, en voz baja y grave.

—Yo sé que sí. —Grace bajó la mano hacia el pañuelo de su cintura, sus dedos enredados en la tela. Sonó un golpe en la puerta que interrumpió su promesa—. La venganza es mía. —Miró a Bestia—. Soy capaz de luchar contra vosotros dos para que así sea, y no os gustará el resultado.

Silencio de nuevo, mientras los dos hombres más temidos de Londres asimilaban sus palabras. Diablo fue el primero en mostrarse de acuerdo. Un golpecito de su bastón. Un rápido movimiento de cabeza.

—Como no... —Whit gruñó desde el fondo de su garganta.

—Que sí —le prometió.

El golpe de la puerta se repitió, más fuerte y más rápido.

—Adelante —gritó, y apenas acabó de decirlo la puerta se abrió para revelar a otra de sus lugartenientes, Veronique.

Mientras que Grace llevaba las finanzas y gestionaba el negocio más allá de las paredes del 72 de Shelton Street y Zeva se encargaba del funcionamiento interno y de las necesidades de la clientela, Veronique se ocupaba de la seguridad. En esos momentos, la mujer negra estaba de centinela en la puerta, con el abrigo abierto que mostraba su camisa de lino, los pantalones ajustados y unas botas altas de cuero por encima de la rodilla iguales que las que llevaba Grace. Lo que no coincidía era la pistola atada a un muslo, a la altura perfecta para poder desenfundarla sin vacilar.

«Todavía está enfundada».

Aunque no era eso lo más importante.

—Dahlia... —Los ojos oscuros buscaron los de Grace con un propósito urgente.

—¿Dónde está? —Grace no vaciló.

La mirada de Veronique se dirigió a Diablo y a Whit, y luego volvió a ella.

«¿Qué había hecho Ewan?».

—Ha arrancado las bisagras de la puerta.

Bestia maldijo moviéndose por la habitación, y Diablo se puso tenso como un arco.

—¿Dónde está? —repitió Grace interponiéndose en el camino de su hermano e ignorando el torrente de emociones que acompañaban a la pregunta.

—¿Se ha ido? —Bestia miró a la otra mujer.

Algo parecido a una afrenta apareció en el rostro de Veronique.

—No. Lo hemos derribado. —Se encontró con los ojos de Grace—. Está consciente.

Experimentó otra emoción que no quiso analizar.

—Apuesto a que le ha encantado —dijo Diablo con una risotada.

Veronique dirigió una amplia sonrisa a los Bastardos Bareknuckle.

—Se ha llevado una buena tunda, eso se nos da muy bien —respondió ella con su acento caribeño.

—No tengo ninguna duda —dijo Diablo. Los guardias del 72 de Shelton Street eran los mejores luchadores del Garden, y todos lo sabían.

Sin embargo, no era momento de dejarse llevar por el orgullo.

—Pregunta por Grace. —El nombre sonaba extraño en los labios de Veronique; nunca se había pronunciado delante de ella y, sin embargo, la otra mujer sabía a quién se refería.

Y ahí estaba: el pasado venía a ajustar cuentas.

—Te ha visto. —Bestia la miró.

Pensó en negarlo. Después de todo, la habitación estaba a oscuras. Era imposible que él la hubiera visto de verdad. Y aun así...

—Un segundo.

«Lo he tocado».

«No debería haberlo hecho, pero no he podido evitarlo».

—Me sorprende que lo hayan derribado, entonces —respondió Bestia.

—¿Por qué?

—Porque acabas de darle un motivo por el que luchar.

No le pidió que se lo aclarara. Se sentía demasiado inquieta por lo que quería decir.

—¿Qué hacemos con él, Dahlia? —Veronique rompió el silencio.

No dudó, el nombre le recordó su objetivo. El de la vida que había construido en las dos décadas transcurridas desde que lo dejó. El del dominio sobre el que reinaba.

—Si está lo bastante fuerte como para arrancar la puerta del marco, está lo bastante fuerte como para luchar.

—Así es, ha plantado cara en la pelea con los muchachos.

Gracie asintió. Cruzó la habitación hacia su cámara privada y se desanudó el pañuelo de la cintura.

—Entonces, que me plante cara a mí también. Esta noche se acaba todo.

Las palabras de Diablo la siguieron:

—Casi siento pena por ese malnacido. No verá de dónde le llueven los golpes.

—Casi... —Fue la respuesta de Whit.

Capítulo 5

Estaba viva.

Incluso allí, de rodillas, con las manos atadas a la espalda, cegado por el saco con el que le habían cubierto la cabeza cuando lo habían sometido, con los músculos tensos por el forcejeo que le había hecho caer a escasos metros de la puerta donde la había visto, estaba consumiéndose por ese único pensamiento.

Estaba viva y había huido de él.

No lo habían dejado inconsciente en la refriega; lo habían tirado al suelo y luego lo habían arrastrado, atado y con los ojos vendados, hacia una habitación lo bastante grande como para que hubiera eco; en algún lugar, en la distancia, se oía un susurro ininteligible. Las personas que lo habían llevado allí habían reforzado sus ataduras y, en cuanto estuvieron seguros de que era imposible que lograra escapar, se habían marchado. Mientras esperaba, notó que los tablones del suelo bajo sus rodillas estaban encerados y que eso le facilitaba el movimiento, así que se dejó las muñecas en carne viva luchando contra las cuerdas, que se negaban a ceder. Había esperado allí mientras los segundos se convertían en minutos, en un cuarto de hora. En media hora.

Contar el tiempo era una habilidad que había perfeccionado de niño, encerrado en la oscuridad, esperando volver a ver la luz. Esperando que ella volviera. Y por eso contar los minutos le parecía tan natural como respirar, aunque lo atormentara la idea de que esta vez no la esperaba.

Tal vez estaba dándole tiempo para huir.

Y, aun así, el temor de que hubiera huido se vio eclipsado por el alivio absoluto de que estuviera viva. ¿Cuántas veces le habían dicho sus hermanos que estaba muerta? ¿Cuántas veces había estado en la oscuridad —en Covent Garden, en Mayfair, en los Docklands— y había oído sus mentiras? Sus hermanos, que habían escapado de su casa de la infancia con Grace a su cargo, ¿cuántas veces habían mentido?

«Huyó al norte», le dijeron. «Se convirtió en una criada. Perdimos el contacto. Y luego...».

¿Cuántas veces había sentido la tentación de creer sus palabras?

Cientos. Miles. Con todo su ser desde el primer momento en que Diablo le contó aquella mentira.

Y luego, cuando finalmente les había creído, se volvió loco de dolor. No quería otra cosa que castigarlos con sus propias manos, aplastarlos con sus botas, con su poder. Hasta el punto de que había prendido fuego a los muelles de Londres, dispuesto a verlos arder como castigo por lo que

le habían arrebatado.

La única persona a la que había amado.

No se había ido.

Estaba viva.

Esa idea, y la paz que la acompañó, llegó a lo más profundo de su alma. Durante años, había anhelado encontrarla. Saber que estaba bien. Durante años, se había dicho a sí mismo que le bastaría con ver con sus propios ojos que ella estaba bien y era feliz. Y ahora lo sabía. Estaba bien. Vivía.

Esa única idea lo estaba consumiendo mientras esperaba, incapaz de pensar en nada más que en la oscura sombra de su figura en la puerta de la habitación cuando había huido. Incapaz de dejar de preguntarse cómo habría cambiado la chica a la que amó tiempo atrás. En la forma en que ella lo miraría en la actualidad. Otra vez.

Se abrió una puerta a la izquierda, detrás de él, y se volvió hacia allí, con la visión cegada por el áspero saco de arpillera que le cubría la cabeza.

—¿Dónde está?

No hubo respuesta.

La incertidumbre y la desesperación se encendieron cuando el recién llegado se acercó con pasos lentos y uniformes. Detrás había otras dos personas. Dos, quizá tres, pero no se acercaron. Guardias.

Le dio un vuelco el corazón.

¿Dónde estaba?

Giró el cuello, volviéndose sobre sus rodillas e ignorando la punzada en el muslo mientras se movía. El dolor no era una opción. Ya no.

—¿Dónde está?

No hubo respuesta cuando la puerta se cerró en el extremo más alejado de la habitación. Se hizo el silencio, unos pasos lentos se acercaban cada vez más, una promesa siniestra. Se enderezó preparándose para lo que pudiera venir. Tener tanto la vista como la capacidad de movimiento anuladas no presagiaba nada bueno y, cuando el audaz recién llegado se acercó, se preparó para el ataque.

Ningún golpe físico que pudieran asestarle sería nada comparado con el daño que le infligía la tortura mental.

«¿Y si la he perdido, ahora que la había encontrado?».

Aquel pensamiento resonó en su interior como un grito. Se retorció, el saco que cubría su cabeza se volvió repentinamente sofocante, sentía las ataduras de las muñecas demasiado apretadas mientras luchaba y se retorcía en vano.

—¡Decidme dónde está!

La orden resonó en la silenciosa habitación y, durante un instante, no hubo ningún movimiento, todo estaba tan en calma que se preguntó si se habría quedado solo una vez más. Si

lo habría imaginado todo. Si la habría imaginado a ella.

«Por favor, que esté viva. Dejad que la vea».

«Solo una vez».

En ese momento, el saco desapareció. Y su ferviente oración recibió respuesta.

Se sentó sobre sus talones, con la mandíbula floja, como si acabara de recibir un golpe.

Durante veinte años, había soñado con ella, el ser más hermoso que había visto nunca. Había imaginado cómo habría madurado, cómo habría crecido y cambiado, cómo habría pasado de niña a mujer. Y, aun así, no estaba preparado para ello.

Sí, veinte años la habían cambiado. Pero Grace no había pasado de niña a mujer; había pasado de niña a diosa.

Había pequeños indicios de su adolescencia, solo visibles para alguien que la hubiera conocido entonces. Que la hubiera amado entonces. Los brillantes rizos anaranjados de su infancia se habían oscurecido hasta convertirse en cobrizos, aunque seguían siendo espesos y salvajes, y caían alrededor de su cara y sus hombros como un viento otoñal. La cicatriz que atravesaba una de sus cejas apenas se notaba, la veías solo si sabías buscarla, como él. Él estuvo allí cuando se la había hecho al aprender a luchar en el bosque. Ewan le dio un puñetazo a Diablo por habérsela causado, antes de limpiarle la sangre de la ceja con la manga de su camisa.

Ella no dijo nada mientras lo miraba fijamente, y Ewan se demoró observando las finas líneas de las comisuras de su boca y los bordes exteriores de sus ojos, líneas que demostraban que sabía bien cómo reír y que lo había hecho a menudo durante los últimos veinte años. ¿Quién la había hecho reír? ¿Por qué no había sido él?

Hubo un tiempo en que era el único capaz de hacerlo. Allí, de rodillas, con las muñecas atadas, se enfrentó al impulso primitivo de volver a hacerlo.

Aquel pensamiento lo consumió cuando se encontró con sus hermosos ojos marrones y esos anillos limbales, igual que cuando eran niños, pero sin la expresión que habían tenido cuando lo miraban. Nada de esa adoración. Nada de aquel amor.

El fuego de sus ojos no era de amor, sino de odio.

Aun así, se quedó prendado de ella.

Siempre había sido alta, pero había crecido desde la adolescencia hasta adoptar una altura de más de un metro ochenta y unas curvas que lo martirizaban. Estaba rodeada de una luz imposible; de alguna manera, la estancia se había inundado de un resplandor dorado, a pesar de la escasez de velas en la habitación. Había otras personas, las había oído entrar, ¿no era así?, pero no las veía y ni siquiera lo intentó. No iba a perder un momento mirando a los demás cuando podía admirarla a ella.

Grace se dio la vuelta y salió del foco de la luz, desapareciendo así de su vista.

—¡No!

Ella no respondió, y Ewan contuvo la respiración, esperando que volviera. Cuando lo hizo, fue con una larga tira de lino en la mano derecha y otra colgada del hombro. Comenzó a

envolver metódicamente el material alrededor de los nudillos y la muñeca izquierda.

Fue entonces cuando lo entendió.

Llevaba los mismos pantalones de antes, negros y ajustados a las piernas, largos y perfectos. Las botas que los cubrían eran de cuero marrón oscuro y flexible, se ceñían a sus pantorrillas y terminaban medio metro por encima de las rodillas. Estaban rayadas en la punta, no lo suficiente como para parecer descuidadas, pero sí para demostrar que las usaba con regularidad y quizá hacía negocios con ellas.

En la cintura, dos cinturones. No. Un cinturón y un pañuelo de color escarlata, con incrustaciones de hilo de oro, el hilo de oro que él siempre le había prometido cuando eran niños y con el que se atrevían a soñar. Seguramente lo había comprado ella misma. Por encima del cinturón y el pañuelo, una camisa de lino blanco que dejaba desnudos sus brazos hasta algo más allá de los codos. La camisa estaba metida por dentro con cuidado y atada por el centro, ceñida a su cuerpo.

Nada de telas sueltas, porque las telas sueltas eran un lastre en una pelea.

Y mientras envolvía su muñeca con cuidado, dando una y otra vuelta, como si lo hubiera hecho cientos o miles de veces antes, Ewan supo que había venido a buscar pelea.

No le importaba. No mientras fuera con ella con quien tuviera que enfrentarse.

Le daría lo que deseara.

—Grace —dijo, y aunque había intentado que sonara como un simple susurro que se pierde en el serrín que se extendía por el suelo de la estancia, la palabra, su nombre, su título, resonó como un disparo en la habitación.

Ella no reaccionó. Ni un respingo, ni siquiera un parpadeo de reconocimiento en el rostro. Ningún cambio de postura.

—Me han dicho que has arrancado mi puerta de la pared —dijo ella con un susurro de desagrado; su voz era baja, cadenciosa y magnífica.

—He puesto Londres patas arriba buscándote —respondió—. ¿Creías que una puerta me retendría?

—Y, sin embargo, aquí estás, de rodillas, así que parece que algo te ha alejado de mí después de todo. —Arqueó las cejas.

—Te estoy mirando, amor, así que no me siento alejado de ti en absoluto. —Levantó la barbilla. Un ligero estrechamiento de su mirada fue la única señal de que había dado en el clavo. Grace terminó de vendarse la muñeca y metió el extremo de la venda en la palma de la mano antes de empezar a envolver la otra. Y solo entonces, una vez iniciado el movimiento medido y metódico, volvió a hablar.

—Es extraño, ¿no?, que lo llamemos lucha a puño limpio, pero no luchemos a puño limpio. —Él no respondió—. Por supuesto, luchamos con los nudillos desnudos. Cuando llegamos aquí... —Se detuvo para buscar su mirada—. A Londres. —Las palabras fueron un golpe, más duro que cualquiera que ella hubiera podido darle, con o sin las vendas. El recordatorio de

aquello a lo que se habían enfrentado cuando llegaron a la ciudad hizo que se quedara inmóvil—. Todavía recuerdo la primera noche —continuó Grace—. Dormimos en un prado a las afueras. Hacía calor, estábamos bajo las estrellas y sentíamos pavor, pero nunca habíamos sido tan libres... ni tenido tanta esperanza. —Lo miró a los ojos—. Nos habíamos deshecho de ti. —Otro golpe que casi lo hizo retroceder—. Cosí la cara de Diablo en ese prado, con una aguja que había robado al salir de la mansión, e hilo sacado de mis faldas. —Hizo una pausa—. No se me ocurrió que para encontrar trabajo iba a necesitar faldas sin rasgar.

Ewan cerró los ojos. ¡Dios! Habían corrido peligro.

—Aprendí rápido. Después del tercer día de no tener trabajo ni nadie que se ocupara de nosotros tres, sin comida y sin un techo sobre nuestras cabezas, asumimos que nuestras opciones eran limitadas. Pero yo era una chica y tenía una más a mano que Diablo y Whit.

Ewan aspiró un poco, la rabia endureció su mandíbula y enderezó su columna vertebral. Habían huido juntos, su único consuelo había sido la idea de que se protegerían mutuamente. Que sus hermanos la protegerían.

Grace buscó su mirada y arqueó una ceja oscura.

—No tuve que elegir. Digger nos encontró pronto.

Encontraría a ese Digger y lo destriparía.

—¿Te puedes creer que hay un mercado para niños luchadores? —Grace sonrió y terminó de envolverse la muñeca. Se acercó, y él creyó percibir su olor a crema de limón y a especias—. Era algo que sí sabíamos hacer, ¿no? —Así era. Habían aprendido juntos—. Digger no nos dio vendas la primera noche. No son solo para proteger los puños, ¿sabes? El acolchado, en realidad, hace que la pelea dure más. Fue un detalle: pensó que las peleas terminarían antes para nosotros si peleábamos con los puños desnudos. —Hizo una pausa, y él observó cómo el recuerdo la atravesaba, la vio recomponerse—. Y sí, las peleas terminaban antes.

—Las ganabas tú. —Las palabras salieron ásperas, como si durante un año no hubiera usado su voz. O durante veinte.

Tal vez no lo había hecho. No se acordaba.

Sus ojos volaron hacia los de él.

—Por supuesto que las ganaba. —Una nueva pausa—. Aprendí a luchar con los mejores. Aprendí a pelear sucio. Precisamente del mejor, del chico que ganaba, aunque llevara a cabo la peor clase de traición.

Ewan evitó estremecerse ante aquellas palabras, que destilaban repulsión. Al recordar lo que había hecho para ganar. Se encontró con su mirada, directa y honesta.

—Te agradezco el cumplido.

Ella no respondió, sino que continuó su relato.

—No tardaron en darnos un nombre.

—Los Bastardos Bareknuckle. —Ewan hizo una pausa—. Pensaba que eran solamente ellos. —Solo Diablo y Whit, uno con una horrenda cicatriz que le cruzaba la cara, una cicatriz que él se

encargó de colocar allí, y el otro con puños que caían como piedras, impulsados por la furia que Ewan había desatado aquella noche hacía tanto tiempo. Solo los dos chicos, ya hombres, que se habían convertido en contrabandistas. En luchadores. En criminales. En los reyes de Covent Garden.

Cuando en el barrio siempre había habido una reina.

—Todo el mundo piensa que son solamente ellos. —Grace curvó la comisura de los labios en un amago de sonrisa.

Estaba lo suficientemente cerca como para tocarla y, si hubiera tenido las manos desatadas, la habría tocado. No habría podido contenerse cuando ella estaba allí, de pie, cerniéndose sobre él.

—Salimos del lodo y construimos un reino, aquí, en el Garden, este lugar que había sido tuyo —le recordó—. Pensaba en ello cuando descubría la curva de Wild Street. Cuando trepaba por los tejados, fuera del alcance de los matones de Bow Street. Cuando robaba carteras en Drury Lane y luchaba a sangre en los cuadriláteros móviles de la colonia.

Él volvió a concentrarse en sus ataduras, aunque estaban demasiado apretadas para liberarse.

En ese momento, deshacerse de las ligaduras era imposible, porque ella lo tenía a su alcance. Iba a tocarlo; le recorrió la mejilla con las yemas de los dedos, dejando un rastro de fuego a su paso. Inspiró con fuerza cuando las uñas le recorrieron la barba de varios días, pasando por el vello incipiente hacia la barbilla. Se quedó quieto temiendo que, si se movía, ella se detendría.

«No te detengas...».

No se detuvo. Le puso los dedos debajo de la barbilla y le alzó el rostro hacia el de ella, ensombrecido por ángulos y curvas. Lo miró fijamente a los ojos, y su mirada lo cautivó.

—¿Por qué me miras así? —dijo Grace en voz baja, un susurro apenas perceptible y lleno de incredulidad.

Pero ¿por qué lo preguntaba? ¿No la había mirado siempre así?

Dios, se estaba acercando, inclinándose sobre él, bloqueando la luz. Convirtiéndose en esa luz.

Sus ojos examinaron cada centímetro de él y lo dejaron al descubierto con su análisis. Y no pudo contenerse mientras ella se acercaba más y más, haciendo que su pulso palpitará con fuerza, hasta que la habitación se desvaneció y no había nada más que ellos dos; y entonces él también desapareció, y solo quedó ella.

—Te escondieron de mí.

Ella negó con la cabeza y aquel movimiento lo envolvió en su aroma, como un dulce que hubiera comido y que pudiera recordar perfectamente sin haber vuelto a disfrutarlo jamás.

—A mí nadie me esconde —dijo. Dios, estaba muy cerca. Estaba justo ahí, con sus voluptuosos y perfectos labios, a un milímetro de los suyos—. Me cuida yo sola.

Tensó las ataduras, duras como el acero. Duras como él. Se desesperaba por acortar la distancia entre ellos. ¿Cuánto tiempo hacía que no la tocaba? ¿Cuánto tiempo había soñado con ella?

Toda una vida.

Sus pupilas estaban dilatadas por el deseo, los ojos fijos en su boca, y él se lamió el labio inferior sabiendo que ella también lo deseaba, no le cabía la más mínima duda. Lo deseaba tanto como él a ella.

Imposible. Nadie podría amar nada como él la quería a ella.

«Hazlo», deseó.

«Por favor, Dios. Bésame».

—Por fin te he encontrado —dijo como en una especie de rezo.

—No —le corrigió ella suavemente—. Yo te he encontrado a ti, Ewan.

Su nombre, el nombre que ya nadie usaba, lo atravesó. No pudo evitar susurrar el nombre de ella en respuesta.

Sus ojos se posaron de nuevo en los de él, como un regalo.

Sí.

—Tómalo —dijo. «Lo que necesites. Todo lo que desees»—. ¿Qué necesitas, Grace? —susurró.

Ella se inclinó y a él le dolió más de la cuenta.

Dos golpecitos, agudos e insistentes, desde la oscuridad, reconocibles al instante como de Diablo, su hermano de sangre.

Hermano de ella por un vínculo mucho más fuerte.

Grace desapareció al instante, como si una cuerda tirara de ella, y perderla de vista lo hizo enloquecer. Ewan se volvió hacia el sonido con un gruñido grave, como un perro al que le han prometido un filete y se lo han arrebatado en el último segundo.

—Me dijo que habías muerto —dijo, volviéndose hacia ella, entusiasmado por su cercanía—. Pero no estás muerta. Estás viva —añadió. Y luego otra vez, sin poder ocultar el alivio de su voz. La veneración—. Estás viva.

—Has intentado matarlo. —Ella lo miró fríamente, impasible.

—¿Me dijo que habías muerto! —¿Es que no lo entendía?

—Casi matas al amor de Bestia.

—¿Pensé que te habían dejado morir! —Casi se había vuelto loco al enterarse.

«No casi, se había vuelto loco del todo».

—Esa no es razón suficiente. —Negó con la cabeza.

Él levantó la barbilla. La idea de que no hubiera destruido Londres para vengar su muerte le arrancó una risa amarga.

—Tienes razón. No fue suficiente. Lo fue todo. —Se encontró con su mirada, cálida y dorada, una mirada que había envejecido como el resto de ella. En ese instante, estaba llena de conocimiento y poder—. Lo haría de nuevo. Desátame.

Ella lo observó durante un buen rato en silencio.

—¿Sabes?, pensaba en ti cuando caminaba por esos adoquines y aprendía a amarlos. Cuando

aprendía a protegerlos, como si hubiera sido yo quien hubiera nacido en una alcantarilla de Covent Garden y no tú.

—Desátame. Déjame...

«Deja que te abrace».

«Deja que te toque».

—Pensaba en ti... hasta que dejé de pensar en ti. —Ella lo ignoró y permitió que las palabras lo golpearan—. Porque ya no eras uno de nosotros. ¿Verdad, duque?

Grace blandió el título como un cuchillo y lo clavó tan profundamente como para tocarle el hueso, pero Ewan no mostró dolor alguno.

En cambio, hizo lo único que se le ocurrió. Lo único que creía que la mantendría cerca de él. El único regalo que ella aceptaría de él.

—Desátame y te daré la pelea que deseas —le prometió mientras la miraba a los ojos.

Capítulo 6

Lo que quería era una pelea.

Estaba en el último piso del edificio que poseía, en el mundo sobre el que reinaba, un mundo que tiempo atrás había sido de Ewan; había mirado a sus hermanos a los ojos y les había dicho que anhelaba venganza. Era lo único que anhelaba, si era sincera. Todo lo demás, lo que tenía y lo que era, era un medio para ese fin. Al fin y al cabo, era lo único que le pertenecía solo a ella. Todo lo demás —su casa, su negocio, sus hermanos, la gente de la colonia— lo compartía. Pero la venganza era solo suya.

Desde el momento en que nació, nada había sido suyo. Le habían robado el nombre. El futuro. Una madre que la quería. Un padre que nunca conocería. Y luego, cuando descubrió las cosas buenas que había en el mundo, también se las robaron. La felicidad. El amor. La comodidad. La seguridad. Todo desapareció. Se lo arrebataron.

Y él había sido la única persona a la que había amado, pero la idea de una vida con ella no había sido suficiente para Ewan. No cuando podría tener un ducado.

Era la promesa que su padre le había hecho cuando convocó a sus hijos, los tres medio hermanos, a su finca del campo. Competirían como perros por un título que no le pertenecía a ninguno. Un título que llevaría consigo fortuna y poder sin medida, suficiente para cambiar muchas vidas.

Al principio, la competición había sido fácil. Bailes y conversaciones. Geografía y latín. Luego, tomó un cariz peor. Los desafíos dejaron de versar sobre el aprendizaje y empezaron a implicar sufrimiento. Lo que el duque llamaba «fortaleza mental».

En ese momento, la separaron de los chicos, que fueron trasladados a cuartos oscuros, fríos. Aislados.

Y luego se habían visto obligados a luchar entre sí. Todo por la promesa del poder. De la fortuna. Del futuro. De un nombre que había sido el de ella en el bautismo: Robert Matthew Carrick, conde de Sumner. Futuro duque de Marwick.

Pocos supieron que el bebé en los brazos de la niñera era una niña, y el duque los tenía tan aterrizados que ni se les pasó por la cabeza denunciar aquel incumplimiento de las leyes de Dios y del país.

Y a la larga no importó, ya que al final un chico usó el nombre. El que había ganado, a pesar de que Grace, Diablo y Whit habían huido antes de que completara su último cometido.

Habían intentado olvidar, construyendo una familia y un imperio sin él. Pero ninguno de ellos

encontró la paz, aunque Diablo y Bestia lo habían conseguido al enamorarse de sus esposas.

Pero ella nunca había tenido paz.

Sin embargo, la experimentaría esa noche, cuando cumpliera la promesa que había hecho a sus hermanos y enviara al hombre que estaba de rodillas ante ella a la calle con la certeza de que nunca más iría a por ellos. Ewan se había pasado años buscándolos. Diablo y Whit se habían pasado años escondiéndola de él. Había llegado la hora de que comprendiera de una vez que lo que buscaba no existía, algo que en veinte años no había entendido.

Los recuerdos acudieron a su mente. Diablo y Whit gritaron mientras Ewan avanzaba hacia ella, espada en mano. No se había movido lo bastante rápido. Se había quedado helada al darse cuenta de que iba a atacarla de verdad. No importaba lo que el monstruoso duque le hubiera prometido: Ewan le había dicho que la amaba. Y había jurado protegerla. Todos habían jurado protegerse mutuamente. ¿Cuántas veces habían luchado los tres hermanos como uno solo? ¿Cuántos planes habían trazado los cuatro en la oscuridad de la noche?

¿Cuántas promesas se habían hecho los dos?

Futuro. Familia. Seguridad. Amor.

Nada de eso importó aquella noche, cuando se jugaron el ducado. Cuando Ewan lo tuvo en la mano. Él ganó ese día el título, el poder y los privilegios. Los demás resultaban ya, en el mejor de los casos, inútiles y, en el peor, peligrosos.

Y Grace era la más peligrosa de todos, porque era la prueba de que Ewan, ahora Robert Matthew Carrick, conde de Sumner, duque de Marwick, era un farsante.

A medida que Grace, Diablo y Whit se hacían más fuertes; a medida que construían su propio imperio a partir del hollín de la colonia, donde aún vivían y desde donde dirigían negocios que daban empleo a cientos de personas y les hacían ganar cientos de miles de libras, sabían que estaban construyendo algo más que un cargo o un título. Habían estado acumulando el poder que necesitarían para protegerse de lo inevitable: de la llegada de ese hombre, su enemigo, que sabían que un día vendría a por ellos, las únicas personas del mundo que conocían su secreto. Un secreto que podría llevarlo directo a la horca por traición.

Esa noche todos los años de preparación tocaban a su fin. En ese instante. En las manos de Grace mientras sus hermanos la observaban.

Pero, antes de castigarlo, lo había tocado.

No sabía por qué.

No fue porque quisiera.

Tampoco había querido besarlo.

«Mentira».

Ella no había querido amarlo.

Pero allí, en la oscuridad de aquella habitación subterránea, con los sonidos de la fiesta que se celebraba arriba amortiguados por el serrín, no había podido resistirse. Era un hombre apuesto, más alto que la mayoría, delgado como un fideo, con unos ojos ámbar que lo veían todo y una

sonrisa pausada que podía tentar a cualquiera a seguirlo hasta el fin del mundo. Como todos habían estado dispuestos a hacer.

Ewan. El niño rey.

Ahora no había sonrisa alguna. Había desaparecido de su magnífico rostro. Los tres —Diablo, Bestia y Ewan— llevaban los genes de su padre en los ojos y en la mandíbula, pero Diablo se había vuelto alto y desgarbado, y Bestia era ahora en un peligroso armario con cara de ángel. Ewan no era ninguna de las dos cosas. Se había convertido en todo un aristócrata: facciones marcadas, larga nariz aguileña, mentón hendido, mejillas hundidas, frente noble... y unos labios que eran pura tentación.

Grace era la dueña y señora del número 72 de Shelton Street, el burdel para damas más discreto y de más alto nivel de Londres, y un lugar que era conocido por ofrecer a una clientela exigente un selecto grupo de hombres, cada uno de ellos era un modelo de perfección masculina. Se consideraba a sí misma una gran concedora de la belleza. Comerció con ello.

Y él era el hombre más atractivo que jamás había visto, incluso en ese momento. A pesar de estar demasiado delgado para su constitución, de tener las mejillas demasiado hundidas y de ese aire demasiado salvaje en los ojos.

Así que sí que se había sentido tentada, por supuesto. Solo por un momento. Un segundo. Una fracción de una milésima de segundo. Hubiera besado a cualquiera con ese rostro. Hubiera tocado a cualquiera con ese cuerpo.

«Otra mentira».

Lo había tocado porque no volvería a tener otra oportunidad de tocar al chico al que había amado. De mirarlo a los ojos y, quizá, de encontrar un atisbo de él escondido dentro del frío y duro duque en que se había convertido.

Y, tal vez, si lo hubiera visto, se habría detenido. Tal vez. Pero no lo había hecho, y por eso nunca lo sabría.

—Desátame y te daré la pelea que quieres.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire mientras ella analizaba su rostro, toda la suavidad de niño que el tiempo le había robado para transformarse en los duros rasgos de un hombre.

Él siempre había sabido lo que ella quería.

Y esa noche ella quería una pelea. Las largas tiras de lino que envolvían con fuerza sus puños no eran tan cómodas como de costumbre. No las notaba como una segunda piel, como las había percibido durante años, noche tras noche, cuando se había tirado al suelo cubierto de serrín en *rings* improvisados en las habitaciones más oscuras, sucias y lúgubres del Garden.

Raspaban, como veinte años atrás, cuando se vendó las manos por primera vez. Ya no estaba acostumbrada. No quería. Sacudió la mano mientras lo rodeaba, antes de inclinarse para extraer una cuchilla de su bota y cortar las ataduras de sus muñecas.

Una vez libre, él se movió, se puso en pie como si hubiera estado descansando en una *chaise*

longue, en lugar de haber estado arrodillado en el serrín del *ring* del sótano de un club de Covent Garden. Se enderezó con la facilidad y la habilidad de un luchador, algo que debería haberla sorprendido. Después de todo, los duques no se movían como los luchadores. Pero Grace sabía que no era así. Ewan siempre se había movido como un luchador. Siempre había sido ágil y veloz..., el mejor luchador de los cuatro, capaz de simular un golpe que iba a destrozarse un hueso y, de alguna manera, milagrosamente, conseguir que fuera suave como una pluma. Grace vio que él no había perdido su habilidad. Pero iba a ganar ella.

Ewan había entrenado donde entrenaban los caballeros, en Eton, en Oxford, en Brooks o dondequiera que la gente bien aprendiera a luchar con sus bonitas reglas.

Esas reglas no lo ayudarían en el Garden.

Ella siguió sus movimientos mientras él bailaba hacia atrás, fuera de la luz, sacudiendo los brazos para que la sangre volviera a sus dedos.

Grace Condry había sido una luchadora callejera, una ganadora desde que era una niña, pero no era la fuerza lo que le daba la victoria —las chicas rara vez podían competir en ese terreno— y tampoco la velocidad, aunque Dios sabía que era rápida. Grace poseía la capacidad de visualizar los puntos flacos de su contrincante, por muy ocultos que estuvieran. Y el duque los tenía.

Sus pasos eran demasiado largos: lo llevarían al borde del cuadrilátero antes de que se diera cuenta.

Mantén los anchos hombros demasiado rectos, dejando el pecho expuesto al ataque. Iba a tener que inclinarse, atacar por un lado y protegerse el costado para no recibir ningún golpe.

Y luego estaba la pierna derecha, que arrastraba de forma apenas perceptible..., un gesto tan leve que ni siquiera podría llamarse arrastre. Nadie lo percibía, una leve cojera que desaparecería con el tiempo, en cuanto la herida del muslo —que sufrió cuando hizo saltar por los aires la mitad del muelle de Londres y a la futura esposa de su hermano— sanara por completo.

Y se curaría porque Grace le había cosido la herida a la perfección.

Pero esa noche en concreto suponía una ventaja, y no dudaría en aprovecharla. Tanto hacía dos décadas como hacía una hora, les había prometido venganza a sus hermanos y también a sí misma, y por fin la tenía allí, al alcance de la mano.

Se volvió hacia la esquina más alejada de la habitación, donde Diablo y Whit permanecían sentados en la oscuridad, invisibles.

—¿Dejas que ella pelee tus batallas por ti?

—Sí, hermano. —Fue la clara respuesta de Diablo—. Nos jugamos a los dados la pelea por el honor. Y ella siempre ha sido la afortunada en el juego.

—¿Ganaste tú? —Ewan la miró.

—Estoy en el *ring*, ¿no? —Grace levantó la barbilla y se balanceó sobre los talones.

Un músculo de la mandíbula de Ewan se tensó, parecía valorar su siguiente movimiento. Grace esperó tratando de ignorar los largos músculos, la forma en que le caía el cabello rubio

oscuro sobre la frente, la manera en que sus miembros permanecían relajados incluso cuando se enfrentaba a ella, preparada para la pelea.

Cuando eran niños, había sido un luchador nato. Del tipo que todas las ratas callejeras de Londres querrían ser. La clase de rata callejera de Londres a la que todos deseaban golpear. Incluida Grace.

Respiró hondo, dispuesta a calmarse. ¿Con cuántos había luchado antes? ¿Y a cuántos había vencido? Los latidos de su corazón se ralentizaron hastaacompañarse con los segundos. Él se acercó y ella levantó los puños, preparada para el combate, mientras él acortaba la distancia entre ambos.

Pero no se acercó del todo. En su lugar, lanzó un ataque diferente. Uno para el que no estaba preparada: comenzó a desvestirse.

Grace se detuvo cuando él levantó los brazos, agarró la parte de detrás del cuello de la camisa de lino que llevaba, la sacó de la presión de la cinturilla de los pantalones y, luego, se la quitó por encima de la cabeza sin vacilar. La arrojó a un lado, olvidada en el polvo.

—Un burdo maltrato a la única ropa que tienes —dijo ella siguiendo con la mirada la camisa desechada.

—Luego iré a por más.

Cuando volvió a mirarlo, fue para descubrir que estaba más cerca de lo que hubiera imaginado. Resistió el impulso de dar un paso atrás, negándose con ese gesto a reconocer la autoridad con la que él dominaba el centro del *ring*. Era muy diferente verlo allí a postrado inconsciente en una cama.

Si su rostro había cambiado en las últimas dos décadas, su cuerpo se había revolucionado. Era alto, bastante más de un metro ochenta; su espalda, coronada por unos anchos hombros, se iba estrechando hasta llegar a las caderas, a través de una vasta extensión de músculo duro y tenso, ligeramente salpicado de vello. El rastro de pelo se oscurecía a medida que descendía más allá del ombligo, hasta la cinturilla de los pantalones. Si el color tostado de su piel era un indicio, ese cuerpo se había esculpido al aire libre. A la luz del sol.

¿Haciendo qué?

Podría habérselo preguntado si la cicatriz del pectoral izquierdo no la hubiera distraído. Tres centímetros de largo, cuatro líneas irregulares y pálidas sobre una piel lisa y bronceada. Se quedó paralizada; aquella era la prueba de que aquel hombre era el chico al que había conocido. Ella lo había presenciado todo.

Su padre lo había castigado por protegerla. Para hacerle ver lo que era verdaderamente valioso. Aún recordaba cómo había mordido el puño apretado contra sus labios, desesperada por acallar los gritos mientras la hoja cortaba la piel de Ewan. Sin embargo, él no acalló sus gritos. Había chillado por ella mientras recibía el castigo.

Días después, con la letra «M» aún fresca en su piel, había dejado de protegerla.

Y había ido a por ella.

Ese pensamiento la devolvió al presente. A la lucha. Dirigió la mirada al pecho de él y a los tendones de su cuello, a la línea de su mandíbula, a los altos ángulos de sus pómulos y, finalmente, a esos ojos que la observaban.

—¿Te gusta lo que ves? —Y entonces, el muy cretino sonrió.

—No. —Entrecerró los ojos.

—Mentirosa.

Esa palabra le produjo un gran rubor. Veinte años antes, el rubor podría haber sido placer o vergüenza. Un síntoma de que él había visto lo que guardaba en su corazón. Hoy, sin embargo, era ira. Frustración. Y rechazo a creer que él seguía desentrañando sus secretos. Que ella seguía siendo la misma que había sido tantos años atrás. Que él seguía siendo el mismo.

—Te sentí —dijo, lo suficientemente bajo como para que solo ella lo oyera—. Sé que me has tocado.

Imposible, le habían dado una gran dosis de láudano.

—No fui yo —protestó ella sin poder evitarlo.

—Sí. Fuiste tú —dijo él en voz baja, avanzando hacia ella despacio, como un depredador—. ¿Creías que olvidaría tus caricias? ¿Que no las reconocería en la oscuridad? Las reconocería incluso en la batalla. Atravesaría el fuego por ellas. Las reconocería en el camino al infierno. Las reconocería en el infierno, que es donde he estado, anhelándolas, cada día desde que desapareciste.

Grace ignoró los latidos de su corazón al oír esas palabras. Vacía y sin sentimientos, se armó de valor.

—Desde que intentaste matarme, querrás decir —le espetó levantando la barbilla—. Tengo un edificio lleno de hombres decentes; no necesito a un duque chiflado.

Una sombra cruzó el rostro del duque y desapareció en un instante. ¿Celos? Ella ignoró la sensación de placer que la recorrió al darse cuenta y se concentró en él. Lo tenía a su alcance.

—Adelante, entonces. —Extendió los brazos de par en par.

Tal vez pensaba que ella no lo haría. Tal vez pensaba en la chica a la que había conocido, que nunca le habría pegado. Que nunca le habría hecho daño.

Se equivocaba.

Dejó que su puño derecho volara para darle un golpe potente. Sonó un fuerte chasquido que envió la cabeza de Ewan hacia atrás por la fuerza del impacto. Retrocedió unos pasos mientras él recuperaba el equilibrio.

Grace dejó escapar un suspiro, lento y uniforme.

El bastón de Diablo golpeó dos veces en la oscuridad a modo de aprobación.

—Siempre has sabido dar un buen golpe —comentó Ewan.

—Tú me enseñaste.

Vio cómo el recuerdo cruzaba su rostro. Las tardes escondidas en el claro de Burghsey House, cuando los cuatro habían planeado y conspirado contra el viejo duque, que había jurado robarles

el futuro junto con la infancia. Las tardes en que se hicieron aquella promesa: quien ganara el perverso torneo del duque protegería a los demás. Quien se convirtiera en heredero acabaría con la línea de sucesión.

Los habían reunido porque no había ningún otro heredero posible, ni hermanos ni sobrinos ni primos lejanos. A la muerte del duque, el ducado, con siglos de antigüedad, volvería a la Corona. El trío de niños era su única oportunidad de legarlo.

Y se lo quitarían.

Nunca ganaría, prometieron. No a largo plazo.

Grace lo vio recordar esas tardes, trabajando duro para coreografiar las peleas, una idea que Ewan había tomado prestada a los luchadores de teatro que su madre había conocido en Drury Lane. Aquello no les evitaría la violencia que provocaba el duque, lo sabía, pero, al menos, no se harían daño unos a otros.

Y Ewan no quería hacer daño a sus hermanos. Hasta que se lo hizo.

El recuerdo hizo que su puño volviera a volar. Años de furia y frustración hicieron que el golpe lo alcanzara de pleno en las costillas, luego otro más, y el tercero lo desplazó hacia el borde del *ring*, fuera de la luz.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba defendiéndose.

Grace se detuvo. Dio un paso atrás. Trazó una línea en el serrín con la punta de la bota. Levantó los puños.

—Comencemos de nuevo, duque.

Dio un paso adelante, hacia ella, pero no levantó los puños.

—Pelea —dijo enfadada.

—No. —Negó con la cabeza.

—Pelea conmigo. —Ella se acercó a él alzando la voz por la frustración.

—No.

Bajó las manos, se apartó de él y cruzó el cuadrilátero para alejarse. Una maldición sonó desde la oscuridad, casi feroz. Bestia quería entrar. Se apoyó en la pared del *ring* y el roce de los tabloncillos de madera fue bienvenido en sus dedos desnudos.

¿En cuántas de esas peleas habría participado? ¿En cuántas había triunfado, y todo gracias a ese hombre? ¿Cuántas noches había llorado hasta quedarse dormida pensando en él?

—He esperado veinte años para esto —dijo—. Para este castigo. Para mi venganza.

—Lo sé. —Él estaba detrás de ella, más cerca de lo que esperaba—. Te la estoy dando.

Ella giró la cabeza al oír aquellas palabras y lo miró por encima del hombro.

—¿Vas a dármele? —Se rio con un sonido carente de humor y se volvió a mirarlo—. ¿Crees que puedes darme lo que quiero? ¿Que vas a ofrecerme mi venganza? ¿Tu propio castigo? ¿Tu destrucción? —Lo acechó de nuevo en el *ring*—. Qué tontería. Tú, que me lo has robado todo. Mi futuro. Mi pasado. Mi maldito nombre. Por no hablar de lo que le quitaste a la gente a la que quiero.

»¿Qué crees?, ¿que una noche en el *ring*, aceptando mis golpes, te hará merecedor de mi perdón? —continuó, estallando con toda su rabia por ese regalo envenenado. Estaba ardiendo en un infierno—. ¿Crees que el perdón es un premio al que tienes acceso? —Estaba desequilibrado. Se había dado cuenta. Podía leer en sus ojos los pensamientos salvajes tan claramente como si fueran suyos—. Bah, quizá piensas que, si no presentas batalla, yo no querré golpearte. —Sacudió la cabeza—. Convertirte en duque seguramente te ha adormecido el cerebro. Permittedme que os recuerde algo, alteza —dejó que el Garden se colara en su voz—: Si algo es gratis, aceptadlo.

Él se quedó quieto, y ella lo golpeó de nuevo.

—Uno por lo que le hiciste a Whit al amenazar a su dama. —Otro—. Y por la dama, que tienes suerte de que no haya muerto, o dejaría que te matara. —Un puñetazo rastrero en las tripas, y no se defendió. A Grace no le importó—. Otro más por la mujer de Diablo, a quien estabas dispuesto a arruinar. —Y dos más en una rápida sucesión; su respiración se aceleró, su frente brillaba por el sudor. La furia la alimentaba—. Son por Diablo. El primero, por prácticamente dejarlo morir de frío el año pasado, y el segundo, por el corte que le hiciste en la cara hace veinte años. —Hizo una pausa—. Debería hacerte uno en la cara a juego. —Ewan aceptó todos los golpes. Una y otra vez, y ella se nutrió de su inacción y cogió aire para alimentar su fuego. Otro golpe, que le hizo sangrar la nariz—. ¿Y ese? Ese es por los chicos que ya no están en la colonia por tu culpa. Desaparecidos, porque tus secuaces buscaban sangre, porque buscabas tu propia seguridad como un loco.

Esas palabras le llamaron la atención. Ewan alzó la vista y su mirada ambarina encontró con la de ella al instante.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído —escupió—. ¡Eres un maldito monstruo! Has hecho que todos nos escondiéramos de ti porque no bastaba que te hubiéramos dado todo lo que querías. También necesitabas nuestras vidas. —Se apartó de él cruzando el *ring*.

—¡Atrás! —La advertencia de Bestia hizo que se diera la vuelta cuando Ewan iba a por ella desde el otro lado del *ring*. Antes de que pudiera resistirse, la levantó por la cintura y la llevó hasta la pared, apoyándole la espalda contra ella. Sin contundencia; si hubiera habido fuerza, la habría agradecido. Se habría alegrado de tener por fin un oponente.

Se quedaron quietos, con las fuertes y rápidas respiraciones de alguna manera sincronizadas. Los labios de él junto a su oreja, lo suficientemente cerca como para que oyera las palabras desgarradas que susurraba:

—No he venido por mí. He venido por ti. Te juré que te encontraría. ¿Cuántas veces te prometí que te encontraría?

«Te encontraré, Gracie. Preocúpate de mantenerte a salvo. Yo te encontraré».

Una promesa susurrada hacía décadas por un niño que ya no existía.

—Nunca dejé de buscarte —dijo deslizando los labios sobre su piel. Sobre su pelo.

Ella jadeó. ¿Cómo era posible que todavía oliese a cuero y a té negro después de días en una habitación cerrada? ¿Cómo conseguía que ella volviera a sentirse así tras años siendo enemigos?

¿Por qué la hacía arder?

—Nunca dejé de echarle de menos —le susurró al oído con su cálido aliento.

La hacía desearlo.

«No». No iba a caer en la trampa.

Grace se retorció de su agarre; tenía los puños lo bastante libres como para golpearle en la cabeza y en los hombros, pero sin el ángulo necesario para ocasionarle daño.

—Me dijeron que habías muerto. —Podía sentir su dolor en esas palabras y, por un instante, inexplicablemente, quiso consolarlo.

—¡La pierna! —gritó Diablo desde la oscuridad, apartándola de sus desvaríos. Había visto lo que ella había percibido desde el principio. Su punto débil. Una fuerte patada en la herida del muslo de Ewan y lo pondría de rodillas. La liberaría. Se acabaría.

Grace dejó caer una mano hacia el pañuelo de su cintura. Se envolvió el puño con la tela.

—Lo que te han dicho es cierto. Aquella chica está muerta. Asesinada por un chico en el que confiaba, que se acercó a ella con un cuchillo, dispuesto a hacer cualquier cosa para ganar. —Tiró del pañuelo, soltándole los nudos y, sujetando un extremo con peso, dejó que el otro navegara sobre sus cabezas en un amplio arco escarlata. Lo cogió con la otra mano y lo tensó. En un instante, la tela apretaba su garganta, con tanto peligro como el filo de un cuchillo cuando lo manejaba alguien que sabía cómo hacerlo.

Grace se había pasado años aprendiendo a hacer este tipo de cosas.

Ewan agarró el pañuelo, la reacción natural y equivocada. Con un movimiento de muñeca, sus manos quedaron atrapadas en la tela, esposadas e inmóviles. No tuvo más remedio que retroceder bajando las manos.

—Suéltame. —En su lugar, anudó la seda, sabiendo que haría imposible el movimiento—. Nunca te habría matado —dijo—. Nunca te habría hecho daño.

—Mentira. —Lo miró con desdén.

—Es la verdad.

—No —escupió ella—. Me has hecho daño. —¿Lo decía en pasado o en presente? Él gruñó como respuesta, el sonido pareció escapar de lo más profundo de su garganta. Ella lo ignoró—. Y, aunque fuera cierto, les has hecho daño. Whit acabó con media docena de costillas rotas, y Diablo con un corte que podría haberlo matado, si no por la pérdida de sangre, sí por la fiebre. ¿Olvidas que yo estaba allí? ¿Que te vi convertirte en esto? —Lo miró de arriba abajo, como se mira a una rata o a una cucaracha.

»Te observé, Ewan. Te vi convertirte en esto. Te vi convertirte en duque. —Casi escupió la palabra—. Te vi elegir el maldito título por encima de nosotros, que se suponía que éramos tu familia. —Hizo una pausa y buscó sus ojos, pero antes de que él pudiera hablar, lo hizo ella—: Lo elegiste por encima de mí. Y entonces me mataste. A la chica que era. Todo lo que soñaba.

Tú lo hiciste. Y nunca podrás volver atrás. —Se quedó en silencio y se negó a dejar que él apartara la mirada. Quería que él la escuchara. Necesitaba escucharlo ella misma—. Nunca podrás recuperarla. Porque está muerta.

Se dio cuenta de cómo lo golpeaban sus palabras. Vio que la verdad lo atravesaba. Vio que la creía.

«Bien».

Se apartó, concentrándose en el dolor de sus nudillos, la prueba de que por fin se había vengado cómo quería.

Se negó a reconocer el otro dolor, el que demostraba algo más.

Sus hermanos estaban de centinelas más allá del cuadrilátero; dos hombres que la protegerían sin dudarlos. Dos hombres que habían estado protegiéndola durante años.

«Me dijeron que habías muerto».

La desesperación de sus palabras hizo eco en ella.

—¡Grace! —gritó él desde el centro del *ring*, y ella se volvió para mirarlo, bañado en luz dorada, insoportablemente guapo, incluso ahora, incluso destrozado.

Veronique se materializó desde las sombras detrás de él, flanqueada por otras dos mujeres cuyos brazos rivalizaban con los de un estibador de los muelles de Londres. Se acercaron y lo agarraron, y el contacto lo hizo enloquecer; luchó por liberarse mientras se negaba a apartar la mirada de Grace.

No tenía ninguna posibilidad. Las mujeres eran más fuertes de lo que parecían, y él no era el primer hombre al que echaban del 72 de Shelton Street.

Tampoco sería el último.

Ewan maldijo y gritó su nombre por segunda vez.

—Deberías habernos elegido. —Ella ignoró el sonido que salió de sus labios. Ignoró los recuerdos. Se refería a los tres, a Bestia, a Diablo y a ella, ¿no era así?

Él se calmó al oírla, y su mirada encontró la de ella en la oscuridad.

—Nos elegí a nosotros dos —dijo—. Tú ibas a ser duquesa.

«Nos casaremos», le había prometido hacía toda una vida, cuando eran demasiado jóvenes para saber que su matrimonio no estaba en las cartas del destino. «Nos casaremos y serás duquesa». Bonitas promesas para una chica que ya no existía de un chico que nunca había existido.

El recuerdo debería haber entristecido a Grace, pero ya había desperdiciado suficiente tristeza con Ewan. Así pues, permitió que el pasado le fuera indiferente.

Se giró hacia él, hacia el presente. Ya no era Grace, solo Dahlia.

—¿Por qué iba a conformarme con ser duquesa? —preguntó con la oscuridad de la noche cubriendo su furia y su sed de venganza—. Nací duque. —Vio que sus palabras lo golpeaban—. No vuelvas por aquí —le advirtió—. La próxima vez no recibirás una acogida tan cálida.

Y acto seguido le dio la espalda al pasado y se alejó.

Capítulo 7

72 de Shelton Street, un año después.

—Seguro que quieres ver esto.

Al pasar por las cocinas del 72 de Shelton Street, Dahlia se detuvo a inspeccionar una bandeja de *petits fours* con destino a uno de los salones del club.

—La experiencia me dice que muy pocas cosas buenas vienen precedidas de: «Seguro que quieres ver esto». —Con un gesto de aprobación hacia los pasteles perfectamente elaborados, dirigió su atención a Zeva.

—Esto sí, aunque no lo creas —dijo su persona de confianza pasándole a Dahlia una hoja de contabilidad—. Enhorabuena.

Miró la fila inferior de cifras. Al analizar el documento, primero la invadió la curiosidad y luego la sorpresa. Repasó una larga columna de números para asegurarse de que estaba leyendo correctamente. Zeva arqueó una de sus cejas oscuras, divertida.

—El mes más rentable del club.

—¡Dios salve a la reina! —dijo Dahlia en voz baja pasando por la puerta del salón ovalado, el epicentro del club, magníficamente decorado, mientras comprobaba los números una vez más.

A la reina Victoria la habían coronado solo unos meses antes, lo que había alargado la temporada londinense más de lo habitual, ocupando también el verano y el otoño. Había convencido a las damas más destacadas de la ciudad de que podían conseguir cualquier cosa que desearan; y eso había sido una suerte para Dahlia, ya que era precisamente a lo que ella se dedicaba.

—Sí, aunque, yo no diría tanto —dijo Zeva—. No me cabe duda de que estará tan involucrada como sus tíos en la expansión del imperio, y sin remordimientos.

—Sin duda —dijo Dahlia—. La única certeza para un líder es el poder a cualquier precio.

Zeva mostró su acuerdo con un leve resoplido mientras cruzaban la gran sala. Sus ricas faldas color berenjena brillaban al rozarse con los pantalones azul oscuro de Dahlia, cosidos con hilos de plata.

El salón ovalado del número 72 de Shelton Street era uno de los más exuberantes de Londres, decorado con lujosos azules y verdes que se mezclaban con tonos champán y chocolate; y todo ello antes de que las clientas fueran recibidas por lo que realmente venían a buscar.

Dahlia echó un vistazo al salón, diseñado para servir a varios propósitos. Las clientas esperaban allí mientras se preparaban las habitaciones de arriba, donde dispondrían de la comida y la bebida que hubieran pedido y de los complementos que desearan. Las damas elegían los refrigerios allí mismo; las cocinas del 72 de Shelton eran famosas por su gran variedad de manjares, y Dahlia se aseguraba de que las mesas estuvieran a rebosar de las preferencias de las clientas habituales.

Anotaban los caprichos de todas las señoras y se los facilitaban con la mayor discreción. Una prefería la tumbona verde junto a la ventana; otra sentía aversión por los frutos secos; otra se sentaba en el rincón más oscuro, aterrorizada por la posibilidad de que la reconocieran, y aun así era incapaz de resistirse al influjo del club.

No es que fuera fácil reconocer a nadie. Incluso en los días más tranquilos, las clientas debían llevar máscaras para asegurarse el anonimato. Las más nuevas solían escoger máscaras menos complicadas, algunas tan sencillas como un antifaz negro, pero otras se parapetaban tras magníficas elaboraciones, diseñadas para mostrar el poder y la riqueza de su portadora sin revelar su identidad. En ese momento había seis mujeres enmascaradas en el salón, y todas ellas disfrutaban del tercer propósito de la sala: la compañía.

Junto a cada mujer había un acompañante masculino cariñoso, vestido para satisfacer la fantasía de la dama en cuestión: Matthew, con su apuesto uniforme de soldado, agasajaba a una solterona de edad avanzada con una máscara de color malva decorada con cuentas; Lionel, con una vestimenta de etiqueta oscura por la que Brummell renunciaría a su carrera y a su dinero, susurraba al oído de la joven esposa de un viejo conde; y Tomas, con la camisa amplia, los pantalones ajustados y el pelo largo recogido en una coleta, un parche en el ojo y una cicatriz torcida en la ceja, agasajaba a una dama con una imaginación desbordante... que sabía muy bien lo que quería: a Tomas.

Sonó una carcajada fuerte, auténtica y decididamente más libre que la que su dueña solía soltar en Mayfair; Dahlia no tuvo que mirar para saber que procedía de una marquesa viuda que reía con la baronesa casada a la que había amado desde que eran niñas. Más tarde, irían a una habitación del piso superior para compartir el placer de su mutua intimidad.

En el extremo más alejado del óvalo, donde las ventanas daban al Garden, Nelson, uno de los acompañantes más solicitados del club, y que recibía buenos dividendos por sus habilidades, se inclinaba hacia el oído de una viuda particularmente rica. La condesa viuda en cuestión tenía más de cincuenta años y solo acudía al 72 de Shelton Street cuando Nelson estaba disponible.

Ambos se rieron cuando él hizo una sugerencia, sin duda escandalosa, y le hizo un gesto a un lacayo con una bandeja de plata cargada de champán. Ya de pie, Nelson la animó a levantarse, tomando dos copas en una mano y a la viuda de la otra, y la acompañó a la escalera exuberantemente decorada con una magnífica alfombra para desplazarse a la sala que les habían preparado. Los amantes pasaron justo por delante de Dahlia y Zeva, pero Nelson no prestó atención a la dueña del club, sino que permaneció pegado a su dama.

—Si no lo conociera bien —dijo Dahlia en voz baja cuando la entrada privada a las habitaciones del personal se abrió detrás de ella—, diría que pronto perderemos a Nelson, porque se mudará a un lugar más distinguido.

—Estoy segura de que no sabes lo mejor —intervino Veronique, que se encontraba tras ellas.

—¿De verdad? —Dahlia le lanzó una mirada.

—Se ha puesto a su disposición todas las noches de esta semana —respondió Zeva en voz baja. Los empleados del club podían elegir a sus clientas y, aunque las citas regulares eran bastante frecuentes, citas diarias regulares eran algo digno de mención.

—Mmm... —dijo Veronique—. Creo que está más que dispuesto a... llevar anclas.

—Ajá —convino Dahlia con un sabio asentimiento—. Así que la viuda se ha asegurado a su propio almirante.

—No bromearás tanto cuando perdamos a uno de nuestros mejores hombres. —Zeva soltó una carcajada.

—Todo lo contrario. Si Nelson es feliz con la viuda, le deseo lo mejor. —Dahlia cogió una copa de champán de la bandeja que pasaba y brindó en el aire—. Por el amor.

—Dahlia, brindando por el amor —se burló Veronique—. No se encuentra bien.

—Bobadas —dijo ella—. Estoy rodeada de amor: mis dos hermanos siguen viviendo sus idilios, y mira esto. —Agitó una mano para abarcar la habitación—. ¿Has olvidado a qué me dedico?

—Tú te dedicas a la fantasía —la corrigió Zeva—. Es algo totalmente diferente.

—Bueno, pero esta fantasía es poderosa —comentó Dahlia—. Y, seguramente, en algún momento la fantasía se convierte en realidad.

—No te vendría mal tener tu propia fantasía de vez en cuando —dijo Veronique echando una mirada cínica a las parejas que tenían delante—. Deberías aceptar alguna de las ofertas que te hacen los hombres cada dos por tres.

Dahlia llevaba más de seis años dirigiendo el club, tras decidir que no había ninguna razón para que las damas de Londres no tuvieran el mismo acceso al placer que los caballeros sin experimentar vergüenza ni albergar temor a salir perjudicadas.

Tras contratar a Zeva y Veronique, el trío había convertido el 72 de Shelton Street en un club de señoras, especializado en satisfacer las expectativas y los deseos de una clientela exigente. Contrataron a los mejores cocineros, al mejor personal y a los hombres más guapos que encontraron, y construyeron un lugar famoso por su discreción, el respeto, la seguridad y los altos salarios que ofrecía.

Y por el placer que proporcionaba.

A todo el mundo menos a Dahlia.

Como propietaria del club, Dahlia no se beneficiaba de las ventajas de las clientas por varias razones. Entre ellas, que los hombres del club, por muy bien pagados que estuvieran, eran sus empleados.

—Fantasead vosotras si queréis. —Echó una mirada irritada a sus lugartenientes.

Nunca sucedería. Pero no por los motivos de la dueña del club; Veronique estaba felizmente casada con un capitán de barco que, aunque pasaba demasiado tiempo en el mar, la amaba sin medida. Y, aunque a Zeva nunca le faltaba compañía, se aburría con facilidad y mantenía sus relaciones lejos del número 72 de Shelton Street para no complicar su inevitable final.

—Dahlia no necesita fantasías —añadió Zeva con una sonrisa dirigida a Veronique—. Apenas necesita la realidad, aunque Dios sabe que de vez en cuando le iría bien.

—Cuidado. —Dahlia miró a la otra mujer. A lo largo de los años había tenido uno o dos amantes que, como ella, no estaban interesados en nada más que en el placer. Pero una noche solía bastar, y no había tenido ningún problema en poner fin a su relación con ellos. Aun así, no pudo resistirse a morder el anzuelo de Zeva—. Ya he vivido suficiente realidad.

Las dos mujeres se volvieron hacia ella con las cejas arqueadas.

—¿De verdad? —Fue Veronique quien habló primero.

—Por supuesto. —Tomó un sorbo de champán y miró hacia otro lado.

—¿Cuándo fue tu última dosis... —preguntó Zeva, toda inocencia— de realidad?

—Me temo que no es de vuestra incumbencia.

—Oh, claro que no lo es... —Veronique sonrió—. Pero nos gustan los cotilleos.

Dahlia puso los ojos en blanco.

—No lo sé. Estoy ocupada. Dirigiendo un negocio. Pagando tu sueldo.

—Mmm... —Zeva no parecía convencida.

—¡Yo sí lo sé! Más que un negocio, un imperio, teniendo en cuenta la cantidad de chicas que tenemos en los tejados. —El club era el centro neurálgico de una amplia red de informantes y espías que mantenía a Dahlia al corriente de todo lo que ocurría en Londres y en el negocio—. Dos años —dijo Veronique.

—¿Qué?

—Han pasado dos años desde tu última dosis de realidad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dahlia ignorando el calor que subía a sus mejillas.

—Porque me pagas para saberlo.

—Desde luego te pago para que sepas de mí...

—¿Realidad? —preguntó Zeva.

—¿Podemos dejar de llamarlo así? —dijo Dahlia mientras depositaba su copa en la bandeja de un lacayo.

No importaba que Veronique tuviera razón ni que hiciera dos años que no buscaba... compañía. Ni que hubiera una razón particular para ello.

—¿No fue hace dos años cuando el duque de Marwick volvió a Londres y empezó a causar estragos?

—¿Fue entonces? —preguntó Dahlia, ignorando la sacudida que le produjo su nombre—. No lo sé. No ando pendiente del duque de Marwick.

«De todos modos, se ha ido...».

—Ahora ya no —dijo Veronique en voz baja.

—¿Qué? —Dahlia la miró con los ojos entornados.

—Solo comentaba el tiempo que ha pasado —respondió Veronique.

—No lo suficiente, diría yo —añadió Zeva moviendo las cejas—. Si no, habría estado más satisfecha. —Veronique resopló, y Dahlia puso los ojos en blanco—. Y pensar que se supone que este es un lugar adecuado...

En el momento oportuno, se oyó un chillido acentuado por un fuerte «¡Aargh!», y Dahlia se giró para descubrir que el pirata Tomas había cargado a su dama sobre el hombro. Las faldas se movían en todas direcciones, revelando unas medias de seda de gasa sujetas con elaboradas cintas también de seda, de color rosa.

Mientras la observaba, la condesa enmascarada soltó otro gritito de placer y enseguida empezó a golpear a Tomas en sus anchos hombros.

—¡Déjame bajar, bruto! Nunca revelaré la ubicación del tesoro.

El francés deslizó una mano por la parte posterior del muslo de la dama, lo bastante arriba como para que Dahlia imaginara que había llegado a unas curvas amplias y secretas.

—¡Ya conozco la ubicación de tu tesoro, moza! —gritó él confirmando sus suposiciones.

Mientras el resto de la sala vitoreaba y aplaudía el entretenimiento, la condesa se deshizo en risas y Tomas comenzó a subir las escaleras para dirigirse a la habitación seis, donde una gran cama aguardaba cualquier actividad que la pareja quisiera practicar.

—Oh, sí. Muy adecuado —replicó Veronique.

—Como decía antes, si las damas de Londres desean jugar a ser más atrevidas por tener una reina, las ayudaremos en sus propósitos. Y este mes las ganancias extra se compartirán con el personal, vosotras dos incluidas, si dejáis de incordiarne. —Dahlia sonrió.

—No me negaré, eso está claro —dijo Zeva deteniéndose en el extremo del salón, donde una discreta salida conducía a través de un pasillo oscuro a la parte delantera del club y una sala de recepción estaba lista para los invitados adicionales—. Sin embargo...

—Vamos, Zeva —dijo Dahlia—. Eres la única persona del mundo capaz de ver problemas en doblar los beneficios.

—Tu reina ha aumentado los beneficios, sí, pero también el número de clientas. —Zeva era todo números. Giró por el pasillo y dejó a Dahlia sin otra opción que seguirla—. Hoy hemos recibido a nueve clientas nuevas sin cita previa.

Al oír estas palabras, uno de los miembros de la seguridad de Veronique apareció en la puerta más cercana a la entrada del club e hizo un gesto que daba a entender que estaba sucediendo algo que requería la experiencia de la dueña. Con un movimiento de cabeza, miró a Dahlia y a Zeva.

—Vamos a ver qué está pasando.

No era raro que alguien llegara sin avisar. La doble promesa del club era la discreción y el placer, y las socias solían ir y venir a su antojo, deseosas de probar la amplia oferta del 72 de

Shelton Street. Pero nueve mujeres era un número mayor de lo habitual, algo que iba a poner a prueba los recursos del club.

—Recordad: a más socias, más poder —dijo Dahlia mientras ella y Zeva avanzaban rápidamente por el pasillo. Cada socia del club se convertía en un activo potencial para Dahlia y sus hermanos, a menudo relacionado con el Parlamento, con los agentes de Bow Street, con el barrio pudiente de Mayfair y con los muelles de Londres.

—¿Y pondrás más habitaciones arriba?

—Hay otras formas de entretenerse además de en una cama —dijo Dahlia. Las clientas tenían acceso a salas de cartas y comedores, a teatros y bailes. Todo cuanto podían desear estaba ahí para ellas.

—¿Tú crees? —Una ceja negra se arqueó como respuesta.

Sin duda..., la mayoría de las socias iban por la compañía.

—¿Qué socias han venido hoy?

Zeva enumeró la lista de las asistentes de esa noche: tres esposas adineradas y dos mujeres más jóvenes, españolas, que se unían a ellas por primera vez.

—Todas tienen citas.

Las tres habían llegado a la sala de recepción antes de que Dahlia pudiera preguntar quién más estaba presente. Y entonces ya no tuvo que preguntarlo.

—¡Dahlia, querida!

Dahlia se volvió hacia el saludo cantarín y sonrió al aceptar el abrazo de la alta y hermosa mujer que se le acercaba.

—Duquesa... —Dahlia se apartó del abrazo—. Y sin máscara, como siempre —añadió.

—Oh, por favor... —La duquesa de Trevescan agitó la mano en el aire—. Todo el mundo sabe que soy un escándalo; creo que se decepcionarían si no frecuentara Shelton Street.

La sonrisa de Dahlia se convirtió en una mueca. La duquesa no había exagerado su reputación: era la viuda alegre, pero, en lugar de un marido muerto, le habían regalado uno ausente: un duque desaparecido que no sentía devoción por la animada vida londinense y vivía en una remota finca en las salvajes Islas Sorlingas.

—Siempre me sorprende verla en las noches que no son de Dominio.

—Tonterías. El Dominio es para el espectáculo, querida —dijo inclinándose hacia ella—. Esta noche es para los secretos.

—¿Secretos desenmascarados?

—No son mis secretos, cariño. Soy un libro abierto, como dicen. —Sonrió—. Los secretos son de las demás.

—Bueno. Sea cual sea la razón, le estamos muy agradecidas. —Dahlia sonrió.

—Estás agradecida por el dinero que gasto aquí —dijo la duquesa riendo.

—Por eso también —admitió Dahlia. La duquesa había sido una clienta clave desde el principio, alguien con acceso a las estrellas más brillantes de Mayfair, y un apoyo incondicional

para las mujeres que deseaban explorarse a sí mismas, su placer y el mundo que habitualmente se ofrecía a los hombres. Ella y Dahlia se tenían el respeto mutuo de dos mujeres que comprenden el inmenso poder de la otra, un respeto que podría haber sido la semilla de la amistad, pero que nunca habían cultivado, por la única razón de que ambas guardaban demasiados secretos para que resultara una amistad sincera.

Secretos que ninguna de las dos mujeres había intentado averiguar, algo que Dahlia agradecía, pues sabía que, con la motivación adecuada, la duquesa de Trevescan sería sin duda una de las pocas personas en el mundo capaz de descubrir su pasado.

Un pasado que no tenía interés en volver a recordar jamás.

El recuerdo llegó de la nada, como un carruaje desbocado llegado desde veinte años atrás con los ojos del color del *whisky*, ondas de pelo rubio oscuro y mandíbula severa y cuadrada que había recibido los golpes como si se los mereciera.

Se los había merecido.

Se quedó quieta, y perdió la sonrisa por un instante. Se sintió desubicada.

—¿Dahlia? —La duquesa frunció el ceño.

Dahlia sacudió la cabeza para despejarla, e hizo un gesto para despedirse de ella. Se tomó un tiempo para volverse hacia el cuarteto de mujeres enmascaradas que ocupaban un sillón tapizado de seda detrás de la duquesa.

—¡Disfruten de la noche! Bienvenidas, señoras. —Se alejó con su mejor sonrisa.

Nadie en el 72 de Shelton Street pronunciaba jamás el nombre o el título de las mujeres, pero Dahlia catalogó de inmediato al cuarteto que solía acudir a Shelton Street sin previo aviso siguiendo la estela de la duquesa: *lady S.*, una célebre y polémica dama que disfrutaba más de Covent Garden que de Mayfair; la señorita L., una medio noble que habitualmente decía lo que no debía y se enfrentaba a la sociedad; *lady A.*, una solterona tranquila y de avanzada edad cuya agudeza valía más que la de la media docena de espías de Dahlia que vigilaban desde las azoteas; y, por último, *lady N.*, hija de un duque muy rico, muy ausente y muy complaciente, y amante de la lugarteniente de los hermanos de Dahlia.

—Veo que has venido sin tu dama. —Dahlia se encontró con los ojos sonrientes de *lady N.*

—Tus hermanos tienen un barco en el puerto, y una noche larga por delante. Sabes tan bien como yo que sin ella se ahogarían en la bodega del barco. Pero eso no es razón para que me quede en casa y me rasgue las vestiduras, ¿verdad? —Agitó una mano en señal de despedida.

Los Bastardos Bareknuckle introducían en Londres, a bordo de barcos cargados de hielo, mercancías sujetas a fuertes impuestos de la Corona; el cargamento, trasladado con rapidez y siempre al amparo de la oscuridad, proporcionaba unos ingresos que eran a la vez perfectamente legales y excesivamente ilegales. Así eran los negocios en Covent Garden.

—Estamos más que contentos de tenerla con nosotros esta noche, *milady*. —Dahlia se rio, antes de volverse hacia la duquesa—. Supongo que no estáis aquí en busca de compañía, ¿no?

—De hecho, no. Solo hemos venido para intercambiar cotilleos. Te alegrará saber que

tenemos un amplio surtido esta noche. —Y también habían venido para enterarse de cualquier nuevo chisme. Aquellas mujeres eran más que bienvenidas al club, donde rara vez aprovechaban las ventajas más sensuales de ser socias, sino que preferían languidecer en las salas de recepción y asistir a las peleas de la planta baja. Al fin y al cabo, las salas privadas no daban lugar a cotilleos, y ese grupo comerciaba con la información por encima de todo.

—Tenemos tres peleas programadas para esta noche y un número de miembros cada vez mayor, así que Zeva está un poco malhumorada.

—Me pagas para que refunfuñe. —Zeva levantó la vista de la tranquila conversación que mantenía con un lacayo uniformado en la esquina.

La duquesa se rio antes de bajar la voz para hablar con Dahlia.

—Confieso que esperaba que esta noche hubiera más personal de seguridad... —Miró por encima del hombro hacia la puerta, custodiada por un par de los hombres más brutos que se podían encontrar en Covent Garden—. Aunque supongo que esos dos se ocupan bien.

Ellos, y la media docena de informadoras de los tejados que rodeaban el club, pero nadie necesitaba saber eso.

—¿Por qué íbamos a necesitar más seguridad?

—He oído que hay redadas. —La duquesa bajó la voz para ganar intimidad y se volvió. Su mirada viajó por las mujeres esparcidas por la sala, ricamente tapizada de escarlata e inundada de un decadente brillo dorado.

—¿Qué tipo de redadas? —Dahlia enarcó las cejas.

—No lo sé. El Otro Lado cerró hace dos noches. —La duquesa negó con la cabeza.

El Otro Lado era uno de los casinos secretos de Londres más frecuentados por la mitad femenina de la población; la mayor parte de las socias eran aristócratas. Dahlia frunció el ceño.

—Es propiedad de tres de las aristócratas más queridas de Londres, que casualmente están asociadas con el hombre más poderoso que se ha visto jamás en la ciudad. ¿Creéis que la Corona iría a por ellas?

La duquesa se encogió de hombros con indiferencia.

—Creo que El Ángel Caído no cerraría la mitad de sus negocios sin razón. Tienen información sobre todos los miembros..., y esos secretos por sí solos son suficientes para organizar una redada. —Hizo una pausa—. Pero... tú también sabes muchos de esos secretos, ¿no? Te enteras de todo por las esposas.

Una escultural morena entró por uno de los accesos a la sala, con una máscara muy elaborada, y Dahlia inclinó la cabeza para saludar a la baronesa que pasaba por allí antes de responder.

—Las mujeres suelen saber más de lo que los hombres creen —comentó en voz baja.

—También más de lo que los hombres saben, ¿no? —La duquesa inclinó la cabeza a un lado.

—Eso también. —Dahlia sonrió.

La conversación fue interrumpida por una carcajada desde la otra punta de la sala, donde un grupo de mujeres enmascaradas conversaban a la espera de ser acompañadas al interior del club.

—¡Juro que es verdad! —dijo una con urgencia—. Allí estaba yo, esperando a los sospechosos habituales, ¡y allí estaba él! En Hyde Park, a lomos de un magnífico caballo gris.

—Oh, a nadie le importa el caballo —replicó su amiga—. ¿Qué aspecto tenía? He oído que está totalmente cambiado.

—¡Así es! —respondió la primera, agitando sus rizos rojos—. Y para mejor. ¿Recuerdas lo arisco que fue la temporada pasada?

Dahlia intentó apartarse de la conversación, pero la duquesa le puso una mano enguantada de esmeralda en el brazo para detenerla.

—Es imposible que estéis interesada en el soltero del que hablan... —Dahlia le lanzó una mirada.

—Disfruto tanto como cualquiera con una buena historia de transformación personal. —La duquesa sonrió, pero no movió la mano.

—Estuvo en el baile de Beaufetheringstone la semana pasada: ¡bailó todas las piezas! Una de ellas conmigo, y fue como danzar en una nube. Se mueve con tanta destreza. Y está tan guapo. ¡Y esa sonrisa! Ya no es arisco. —Una nueva participante se unió a la conversación.

—¡Qué suerte tienes! —Le siguió un suspiro.

—Sea quien sea el pobre hombre del que hablan, está claro que está en el mercado para buscar esposa. Un gran cambio si en un año ha pasado de arisco a bailar todos los bailes. —Dahlia puso los ojos en blanco.

—Mmm... —murmuró la duquesa.

—Mi hermano dice que lleva una semana en el club, presentándose a los... ¡padres! —Se oyó un jadeo.

—Está en el mercado, efectivamente. —La duquesa miró a Dahlia.

—La historia de siempre. Y no tiene el menor interés, a menos que queráis hacer una apuesta. —Dahlia ofreció a la otra mujer una sonrisa de satisfacción.

—He oído que el próximo miércoles organiza un baile de máscaras. —La delgada mano de la joven tocó el borde de su deslumbrante máscara dorada mientras se reía—: ¡Y aquí estamos, ya enmascaradas!

—Bueno. —Fue la respuesta—. Eso lo hace porque todo el mundo sabe que la máscara es para los devaneos. Apuesto a que ya ha elegido. Habrá una nueva duquesa antes de Navidad.

«Duquesa...».

La palabra cortó el aire.

«No puede ser él».

—Eso sí que es interesante —dijo en voz baja la duquesa presente—. No es que abunden los duques disponibles.

—No —dijo Dahlia, distraída—. Vos tuvisteis que huir a una isla remota para encontrar al vuestro.

—Y nunca viene cuando se le llama —respondió la duquesa refunfuñando—. Pero este...

—¿Quién es? —La curiosidad pudo con Dahlia. La duquesa se encogió de hombros, dando a entender que lo desconocía, y Dahlia alzó la voz hacia las mujeres que estaban hablando—: El duque del que habláis —espetó, diciéndose a sí misma que era una curiosidad sin importancia. Diciéndose a sí misma que era simplemente porque la información era moneda de cambio—. ¿Tiene nombre ese dechado de hombría?

«No es él. No puede ser».

La joven del sencillo antifaz contestó la primera, con voz entusiasmada, como si hubiera estado esperando el momento de hablar con Dahlia. Sus labios se curvaron con el tipo de sonrisa cómplice que acompaña a un magnífico secreto, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para compartirlo.

—¿Quién es? —repitió Dahlia con voz aguda y urgente, sin poder contenerse.

¿Qué demonios le pasaba?

Los ojos de la joven se abrieron de par en par tras su máscara.

—Marwick —dijo simplemente. Como si no estuviera aspirando todo el aire de la habitación.

A Grace se le llenaron los oídos de sangre, un rugido de furia, frustración e ira que nubló todo su buen juicio. Y ese nombre, que la atravesaba: Marwick.

Imposible. Tenían que estar equivocadas.

¿Acaso no lo había enviado bien lejos? ¿No se había marchado para adentrarse en la oscuridad?

—No me lo creo. —Se volvió hacia la duquesa. No podía haber vuelto. Se había ido hacía un año y había desaparecido, no había razón para que volviera.

Si había regresado, tenía que haber un motivo.

Con un movimiento lánguido e informal, la mujer cogió una copa de champán de una bandeja que le ofreció un sirviente, sin darse cuenta del estruendo que se adueñaba del corazón de Grace. De la forma en que se agitaba su mente.

—¿Y por qué no? Todo duque necesita una duquesa. —«Elegí el título para convertirte en mi duquesa. Ibas a ser duquesa»—. Está aquí para casarse —dijo.

—Qué aburrimiento —respondió la duquesa.

Grace sentía muchas cosas, pero aburrimiento no era una de ellas. Dios... Ewan había vuelto. Había vuelto.

Y así, sin más, la tormenta se calmó. Supo lo que debía hacer.

Miró a los ojos de la duquesa.

—Necesito una invitación para ese baile de máscaras.

Capítulo 8

Si no hubiera sabido de buena mano que la fiesta de disfraces de Marwick House había sido organizada por el mismísimo duque de Marwick, nunca lo hubiera imaginado. No había nada en la alocada fiesta que se extendía ante ella que pareciera ni remotamente adecuado para el duque al que había mandado a paseo un año antes.

Aquel hombre habría encontrado ese evento frívolo e indigno de su tiempo. Aquel hombre que había pasado años y años persiguiendo a Grace, hasta que la encontró y descubrió que la chica que buscaba ya no existía.

En la semana que había pasado desde que se enteró de su regreso, había hecho todo lo posible por entenderlo. Por saber lo que buscaba. Cómo y por qué.

«Y a quién...».

Porque solo había un motivo por el que el duque de Marwick hubiera regresado a Londres y se presentara en sociedad, ya no como el duque loco que habían imaginado que era, sino como algo más, al parecer...

Las palabras de las mujeres del club resonaron en ella.

«Y está tan guapo... ¡Y esa sonrisa! Bailó todos los bailes. Fue como bailar en una nube».

Ella lo sabía de primera mano. Habían aprendido juntos a bailar como parte de la dichosa competición de su padre. Solo para ese fin.

Todo duque necesitaba una duquesa.

Y el duque de Marwick había vuelto para conseguir la suya, por fin.

«Ibas a ser duquesa...».

Resistió el envite del eco de las palabras pronunciadas un año antes. Resistió el impulso de abandonarse a ellas, al dolor que sintió cuando él las pronunció en el *ring*; su último intento de reconquistarla, incluso cuando ella le había dejado todo claro. Nunca la recuperaría.

Porque Grace ya no era la chica que él amó y nunca volvería a serlo.

Pero eso no cambiaba el hecho de que, hacía tiempo, habían hecho un trato. Nada de matrimonio. Nada de hijos. Nada de continuar la línea Marwick, porque era lo único que podían hacer para desobedecer al viejo duque.

¿Y si hubiera vuelto para casarse? ¿Para tener un heredero?

A Grace no le quedaba más remedio que poner fin a sus esperanzas.

¿Y si hubiera vuelto por otra cosa?

También tenía que poner fin a eso. Porque cada segundo que el duque de Marwick estaba en

el ojo público los ponía a todos en peligro. Él había robado un título y todos ellos habían formado parte de la estafa. No iba a permitir que Ewan destruyera todo lo que tenían, eso la destrozaría. Sobre todo ahora que Diablo y Whit disfrutaban de la felicidad con sus esposas y las familias que habían empezado a construir con ellas.

Ewan no podía volver y reclamar su futuro.

Los había expuesto a todos sin dudarlo.

Grace no les había dicho a sus hermanos que él había vuelto, pues sabía que insistirían en acompañarla esa noche. Incluso tal vez insistieran en algo peor: en asaltar a Ewan en la oscuridad y hacer lo que habían jurado años atrás. Lo que ella les había impedido hacer, por miedo a lo que pasaría si los descubrieran: la muerte de un duque no era algo que pudiera esconderse fácilmente bajo una alfombra.

Así que tenía que ser ella quien fuera en busca del duque de Marwick en su territorio, quien adivinara su objetivo e impartiera justicia. Después de todo, ¿no había sido Grace quien lo había desterrado? ¿No había sido ella la que le había dado una paliza aquella noche? Y no solo física, puesto que las heridas se curarían y se olvidarían, sino mental. La que lo había alejado de su objetivo.

«¿Había sido demasiado fácil...?».

Alejó aquel pensamiento. No importaba. Lo que sí importaba era que él había vuelto con un nuevo propósito, ganándose a la aristocracia con su rostro apuesto, su sonrisa espontánea y sus bailes. Y ella lo detendría.

Grace frunció el ceño delante de Marwick House, una mansión tan grande que abarcaba casi toda una manzana del barrio de Mayfair, y observó las alegres y acogedoras ventanas, que brillaban como oro en la oscuridad de la noche y permitían vislumbrar a los invitados del interior. Vio a una Cleopatra con un Marco Antonio y a una pastora que se asomaba a la ventana con el cayado en la mano, como si esperara la llegada de sus ovejas.

Mientras contemplaba las ventanas, delante de ella pasó un grupo de personas vestidas como piezas de ajedrez: rey negro, reina blanca, caballo negro, torre blanca. Momentos después, llegó un obispo enmascarado y, por un segundo, Grace pensó que quizá fuera un ingenioso complemento de las piezas de ajedrez, pero las cosas empezaron a cobrar sentido cuando apareció su acompañante, vestida con las ropas de una monja.

Londres había acudido en masa a la fiesta de disfraces de Marwick, y eso quería decir dos cosas: primera, que Ewan debía de haber cambiado, ya que el año anterior la mayoría de los londinenses no lo soportaban, fuera duque o no; y segunda, que tal aglomeración sería la tapadera perfecta para su presencia.

Entraría, desentrañaría a ese nuevo y mejorado Ewan, descubriría sus objetivos y saldría para poner en marcha un plan para acabar con ellos. Y mezclarse de incógnito con el resto de la ciudad no haría más que aumentar las posibilidades de éxito.

Enderezó los hombros y se alisó la falda esmeralda antes de asegurarse de que su plateada

máscara cubierta de joyas se ajustaba correctamente a su rostro y que era lo bastante grande como para cubrir tres cuartas partes del mismo, dejando solo visibles sus ojos oscuros y sus labios granates. Y, entonces, entró en escena.

Una avalancha de invitados la arrastró escaleras arriba, por el amplio y majestuoso vestíbulo de Marwick House; el movimiento se ralentizó cuando el salón de baile apareció ante sus ojos. A su alrededor se oían jadeos y suspiros de sorpresa.

—Marwick acaba de enemistarse con todas las anfitrionas de Mayfair —dijo un hombre a su izquierda.

La multitud se disolvió y Grace vio la sala, se detuvo durante un buen rato mientras contemplaba la elaborada decoración... hasta que su corazón empezó a latir desbocado.

Había recreado su salón.

El bosquecillo de árboles en el límite oeste de Marwick Estate que había sido el lugar favorito de Grace, el lugar favorito de los dos. El salón de baile era un reflejo de ese espacio.

Con la mandíbula desencajada, Grace entró en la enorme y acogedora estancia, y su mirada se dirigió al techo, donde las lámparas de araña brillaban alegres sobre un mar de plantas y flores exóticas. Quienquiera que se hubiese encargado de la decoración de la fiesta no había escatimado en gastos y había diseñado un entramado complejo de hojas y flores frescas que colgaban del altísimo techo hasta una altura lo bastante baja como para añadir un aire de privacidad al espacioso salón de baile.

Por si aquel dosel no fuera suficiente, había tres troncos de árbol que se elevaban desde la pista de baile, enormes, rompiendo así el flujo de los bailarines que danzaban por la sala. Simulaban ser robles centenarios. Todo el conjunto evocaba el bosque. Su bosque.

Sin pensarlo, salió a la pista de baile, atraída por aquellos árboles como si fueran imanes, y descubrió que las baldosas de mármol estaban cubiertas por un suave musgo que debía de haberle costado una fortuna.

Por no hablar del dineral que le costaría retirar toda aquella decoración. Con la mirada fija en sus pies, con sus faldas verde esmeralda flotando sobre el musgo, resplandeciente bajo la luz de las velas como la hierba de verano a la luz del sol, la mente de Grace se agitó, distraída de su propósito y de sus planes para esa noche por lo que había descubierto allí, en casa de Ewan.

«Recuerdos...».

Inesperados, inoportunos e inevitables.

Volvía a tener trece años. Era un cálido día de verano, y el duque estaba fuera de la finca por alguna razón, lo que les permitía comportarse como los niños que eran. Tampoco es que los chicos supieran muy bien qué hacer con su infancia o con la libertad, pero hacían lo que podían cuando su malvado padre se ausentaba.

Whit y Diablo fueron directamente al arroyo, donde chapotearon, jugaron y se pelearon como hermanos.

Grace los observó durante un rato, y luego se dirigió al bosquecillo para encontrarse con

Ewan, que ya era más que su amigo: era su amor.

Aunque él no lo supiera, claro. ¿Cómo iba a decírselo, cuando su vida era tan complicada? ¿Cuando todos los días tenían que someterse al capricho de su monstruoso padre?

Ewan estaba sentado con los ojos cerrados en la tierra cubierta de musgo, apoyado en el más alto de los robles. Aquel lugar mágico y silencioso amortiguaba cualquier ruido, pero no importaba. La había oído llegar.

—No tenías que seguirme. —No abrió los ojos.

—Quería... —Ella se acercó, los gritos de Diablo y Whit apenas se oían.

—¿Por qué? Yo no soy como ellos. —La miró, y sus ojos brillaron en la extraña y etérea luz.

No lo era. Quizá los tres hubieran nacido el mismo día, del mismo padre, pero a cada uno lo había criado una madre diferente. Ewan, a diferencia de Diablo, no había sido huérfano. Tampoco lo criaron con libros y con la esperanza de darle una magnífica formación, como a Whit. Había pasado la primera década de su vida en un burdel de Covent Garden, al cuidado de una amante despechada y de una docena de mujeres más que lo habían acogido cuando su madre había aparecido con vestidos caros y horquillas de oro.

Se había deshecho de los vestidos, pero no de él, y eso era lo que importaba. Grace lo sabía.

Grace lo sabía, y cada día daba gracias a Dios y a su madre por ello.

Llevaban dieciocho meses juntos, tiempo de sobra para conocer la historia de cada uno. O para que Grace aprendiera sus historias. Ella no tenía historia. Nada que valiera la pena compartir.

No le habían permitido tenerla.

Lo único que tenía era la historia que había escrito con esos chicos y, en particular, con el chico alto, rubio e increíblemente guapo que siempre había imaginado que era un ser de otra especie por cómo la conquistaba con solo una sonrisa. Por la forma en que dirigía su batalla silenciosa contra el hombre que parecía ser dueño de sus destinos.

Ese día, sin embargo, estaba diferente. Más serio. Y Grace intuyó lo que iba a pasar, aunque no lo supiera con certeza. Ya casi había acabado.

—Vas a ganar. —Se arrodilló frente a él, envueltos por el rico y terroso aroma del claro.

—No lo sabes. —Su mirada se volvió penetrante.

—Lo sé. —Ella asintió—. Lo he sabido desde el principio. Eres fuerte e inteligente y tienes el aspecto adecuado; Diablo está demasiado enfadado con el mundo y Whit es demasiado inseguro. Serás tú. —El viejo duque quería un heredero, y sería Ewan.

Y pronto.

—Yo también estoy enfadado —aseguró él con ferocidad—. Y me siento inseguro.

—Pero no lo demuestras —repuso ella, con una opresión en el pecho cada vez mayor.

—No puedo —dijo en un tono impropio para un niño. Era demasiado maduro, y Grace odiaba a su padre por ello—. No puedo.

Se acercó a él y recorrió uno de los pómulos de Ewan con las yemas de dedos.

—Conmigo sí que puedes.

Él se puso serio, tanto como para que ella olvidara el sol que se alzaba tras los árboles.

—No quiero mostrarlo contigo. No quiero que lo veas nunca. —Él le cogió la mano, pero ella se apartó.

—¿Por qué? —preguntó Grace confundida.

Una pausa, y algo cambió. Ewan se arrodilló para encontrarse con ella. Apoyó su frente en la suya, y permanecieron así durante un tiempo, con el corazón de Grace latiendo de esa manera misteriosa en que lo hacen los corazones jóvenes, con la promesa de algo innombrable y la esperanza de algo inimaginable.

Y, entonces, él la besó. O ella lo besó a él.

No importaba quién hubiera besado a quién. Solo que había ocurrido y que los había transformado a los dos del modo en que lo hacen las primeras veces, convirtiéndose en un recuerdo para toda su vida.

Un recuerdo que la asaltaba en ese momento, casi veinte años después, en esa habitación que parecía haber sido diseñada para resucitar ese recuerdo; para darle la impresión de que había ocurrido el día anterior. O solo unos instantes antes. O que estaba ocurriendo justo en aquel momento.

Respiró agradecida por el escudo que le proporcionaba la multitud reunida a su alrededor, atónita ante la elaborada decoración, y por la máscara y la peluca que la protegían de ser descubierta; aunque nadie de la sala que pudiera reconocerla iba a revelar su identidad. Al fin y al cabo, si alguien conocía a Dahlia, era porque frecuentaba el número 72 de Shelton Street, y eso era un chisme mucho más peligroso que la presentación de Dahlia en sociedad.

—Hoy juegas a ser morena, ¿eh? —dijo alguien cerca de su oreja.

La ironía de la intromisión en ese momento concreto, mientras agradecía el anonimato, no le pasó desapercibida a Grace, aunque la intrusión fue más que bienvenida porque la obligó a dejar de pensar en el pasado.

Se volvió hacia la otra mujer, cuyos ojos oscuros brillaban detrás de una máscara de pavo real muy elaborada e intrincada, mientras se aseguraba de que sus propias máscaras, la física y la emocional, estaban bien colocadas. Reconoció inmediatamente a la duquesa de Trevescan, que le había conseguido la invitación.

—¿Tan fácil soy de identificar?

—Me precio de conocer a todo el mundo. —La duquesa sonrió. Era cierto. La mujer acaparaba más información que todas las mujeres a las que Grace conocía juntas, lo que la convertía en una enemiga poderosa y en una amiga esencial—. La peluca es fantástica —dijo la duquesa, acercándose a uno de los rizos caoba artísticamente apilados en la cabeza de Grace—. ¿Francesa?

—Francesa. —Había llegado en uno de los barcos de sus hermanos dos semanas antes.

—Supongo que, en tu caso, ir al natural sería tu perdición. De todos modos, es preciosa.

—Podría decir lo mismo de usted. —Grace bajó la cabeza—. Rara vez la veo enmascarada —añadió.

La duquesa rio y sacudió los faldones del magnífico vestido, haciendo que un alboroto de sedosos azules, zafiros, verdes y púrpuras brillara bajo el resplandor de la sala, junto con la explosión de plumas de pavo real que se había añadido al traje.

—Rara vez me ves enmascarada porque nuestros encuentros suelen producirse en un lugar que no debería requerir máscaras, como bien sabes. Los hombres nunca ocultan su identidad cuando visitan sus clubes privados. ¿Por qué debería hacerlo yo?

No era del todo cierto, pero Grace no podía negar el doble rasero que existía cuando de mujeres y placer se trataba. Sin embargo, no logró evitar mirar a su alrededor para ver quién podía estar escuchando.

—No te preocupes —dijo la duquesa—. Las máscaras garantizan que absolutamente nadie se interese por lo que tenemos que decir. —Suspiró—. ¿Ves por qué prefiero ser totalmente reconocible? —Antes de que Grace respondiera, la duquesa continuó—: Confieso que, al no haberte visto nunca a este lado de Piccadilly, me sorprendió bastante que me pidieras una invitación. —Abrió su enorme abanico de plumas de pavo real—. ¿Me vas a decir por qué te interesa tanto esta fiesta en particular?

—Siempre me han apasionado los árboles.

La duquesa se echó a reír.

—Qué mentira tan burda. Supongo que tiene algo que ver con la obvia búsqueda de esposa de Marwick.

Grace esbozó una sonrisa.

—No. Como ya he dicho, me gusta bastante el musgo, y ¿dónde más se puede encontrar tanto sin salir de la ciudad? —La risa de la otra mujer se convirtió en una carcajada—. Y los robles de interior, ¡qué delicia! —añadió—. Cómo no iba a pedir una invitación.

La duquesa le dio un golpe en el brazo con su ridículo abanico.

—Adivinaré la verdad, lo sabes —aseguró.

—No, no lo hará, pero la invito a intentarlo. —Grace le sonrió de forma enigmática.

—Acepto el reto. —Los ojos oscuros centellearon detrás de la máscara de plumas.

Antes de que Grace contestara, el aire cambió a su alrededor, anunciando así algo nuevo y emocionante. Aunque no era algo... Era alguien.

Se giró para mirar detrás de ella, y un calor la recorrió de arriba abajo cuando posó la mirada en un hombre alto y apuesto, con pantalones y levita negros que le sentaban como un guante y una corbata blanca almidonada a la perfección. El simple antifaz negro no era más que un guiño a la fiesta, puesto que no estaba diseñado para ocultar su identidad, aunque eso era algo que tampoco podría hacer en aquella sala.

El duque de Marwick, al que no había visto desde hacía un año, cuando lo puso de rodillas y lo echó a la calle, estaba de pie a menos de tres metros de ella.

Dos metros.

Un metro.

Odiaba quedarse sin aliento cuando lo tenía lo bastante cerca para tocarlo. Lo bastante cerca para notar cómo había cambiado. Seguía siendo alto, delgado y atractivo, pero parecía más ancho, más musculoso, y con el rostro menos anguloso, aunque sus mejillas seguían estando talladas a la perfección bajo la máscara.

Sus hermosos ojos color *whisky* con aquella franja oscura de pestañas eran inconfundibles. Y, por si eso no fuera suficiente, aquella boca amplia y hermosa solo podía pertenecerle a él.

Un año atrás, se había maravillado de su atractivo en el club, pero esa noche... se superaba a sí mismo.

Parecía bien alimentado.

Parecía descansado.

Sin embargo, más que en lo físico, parecía haber cambiado en otros aspectos: sus movimientos eran más relajados, su sonrisa era más fluida.

Le había ido bien.

Por un momento, Grace se preguntó si estaría equivocada y no se trataría de él, después de todo. Pero sí, por supuesto que era él, porque ella nunca lo confundiría con nadie. Lo tenía grabado en su ser, para bien o para mal. Grabado por el deseo, la pena y la ira.

Aprovechando esta última, observó cómo Ewan deslizaba la mirada por el extravagante vestido de la duquesa, y cómo se fijaba luego en el elaborado atuendo de la mujer que la acompañaba, ella. Grace le tendió una mano, que él aceptó con unos modales perfectos, inclinándose incluso para hacer una reverencia mientras ella se deleitaba con su educación.

— ¡Oh! Qué maravilloso descubrimiento entre la plebe —dijo ella.

—¿Creíais que no asistiría a mi propia fiesta? —El duque lanzó una falsa mirada ofendida, tan poco habitual en él, y la sala que rodeaba a Grace comenzó a girar.

—Creo que nunca le han interesado las fiestas —entonó la duquesa, acercándose más, tanto como para que Grace notara que se le revolvían las entrañas—. ¿Por qué iba a empezar ahora?

—Tal vez nunca haya contado con tan buena compañía —contestó, y sus labios se curvaron en una magnífica sonrisa, lo que provocó en Grace el disparatado y fugaz pensamiento de que quizá estuviera volviéndose loca. Y, entonces, él se volvió y la miró a ella, y el muy sinvergüenza le guiñó un ojo.

No la había reconocido.

No era posible. «¿O sí?».

No importaba. De hecho, lo ponía todo más fácil.

Sin embargo, se sintió conmocionada incluso cuando debería estar satisfecha; al fin y al cabo, ¿no era eso lo que pretendía? ¿Escondarse de él a plena vista? ¿No formaba parte del plan que había sopesado una y otra vez mientras se maquillaba los ojos y se pintaba los labios? ¿Mientras se ponía la máscara de Dahlia?

Nunca más se encontraría con él siendo Grace.

Y menos allí, en su casa de Mayfair, el hogar de un linaje de duques. Y aunque lo hiciera, aunque él la esperara, no sería así. Con aquel elaborado vestido, la máscara, el pelo, el maquillaje, todo perfectamente diseñado para una mujer a la altura de la aristocracia. Una mujer que había gozado de la mejor educación, de un batallón de doncellas, de una riqueza más allá de lo razonable y de una vida llena de privilegios sin reparar en gastos.

Esperaría que llegara a él como siempre, con pantalones y abrigo, con botas por las rodillas y armada hasta los dientes, preparada para hacer prisioneros.

Y si hubiera ido así, él no le habría sonreído.

Ya no se sonreían.

Él se echó hacia delante y, por un instante, Grace retrocedió en el tiempo, mejor dicho, fue arrojada a otro tiempo, a otro lugar, cuando podrían haber cruzado sus caminos como dama y caballero, no como eternos enemigos.

Duque y duquesa.

Rechazó la idea y disfrutó de la ignorancia de Ewan mientras él le hacía una reverencia.

—Excelencia...

—A vuestro servicio. —Él inclinó la cabeza a un lado ante sus palabras.

Ignoró a Grace y se puso en el papel de Dahlia para tomar la iniciativa en el coqueteo. Después de todo, estaba allí por una razón.

—Estoy segura de que eso no es cierto.

—Lo es. —Él se acercó más—. ¿Tiene nombre?

La respuesta que nunca diría en voz alta: «Solo el que tú me diste» la atravesó, aunque años de práctica le impidieron revelarla.

—Esta noche no.

Su sonrisa otra vez, que la hizo retroceder con confusión y con algo que no le interesaba definir. Algo que nunca se permitiría.

—Y usted, señora, ¿me dirá su nombre? —Miró a la duquesa.

La otra mujer miró al duque, luego a Grace, y luego al duque de nuevo.

—No estoy segura de que desee saber mi nombre, duque. —Los ojos de Grace se abrieron de par en par ante la respuesta, aunque las palabras se disolvieron en una risa cantarina como unas campanillas—. En cualquier caso, me temo que me cansa la conversación, sin ánimo de ofender. —Era una de las pocas personas en el mundo que podía decir algo así y no ofender—. Y estoy viendo un columpio vacío colgando en el árbol —meneó su trasero bajo las vibrantes faldas— que está esperando a un pavo real.

Antes de que pudieran replicarle, la duquesa desapareció entre la multitud y se deslizó entre una María Antonieta finamente vestida y un imponente médico de la peste, sin duda deleitándose con la idea de que un duque y la dueña de uno de los burdeles más exclusivos de Londres estuvieran hablando... y porque ella lo había propiciado. Grace emitió un pequeño gruñido de

decepción ante el hecho de que los hubiera dejado solos, aun sabiendo que a solas era la única forma de llegar a entender por qué había vuelto.

—Vuestra amiga siempre es tan...

—¿Fugaz? —terminó Grace—. Sí.

—Iba a decir excéntrica —respondió.

—Eso también —corroboró ella.

Entonces la miró a ella con intensidad.

—¿Y usted?

—Yo también soy excéntrica. —No pudo evitar una sonrisa.

—Le preguntaba si pensaba ser fugaz. —De alguna manera, en medio de la aglomeración y la algarabía de la gente, aquellas palabras sonaron como un susurro insinuante y se instalaron en lo más profundo de su vientre, aunque se recordó a sí misma que no debía sentir placer con ese hombre.

Ese hombre que se lo había robado todo.

Además, esa noche no se trataba de conseguir placer. Tenía una misión.

Pero él había diseñado una sala y un evento que era pura fantasía, y, para que ella entendiera por qué, para entender bien lo que estaba planeando y cortarle el paso, Grace tendría que jugar.

Lo cual no debería resultarle difícil: ¿acaso no era la reina del juego?

No era tonta, sabía lo que quería.

«¿Y también de quién lo quería?».

Ignoró el traicionero susurro y el malestar que lo acompañaba. Ignoró también la idea de que él coqueteara con otra mujer. Dejó que coqueteara; que imaginara un futuro en pareja, como si ella no hubiera jurado impedirselo.

Grace se pondría la máscara y le daría lo que deseaba y, en el proceso, aclararía el objetivo de su regreso. De su cambio. De su nueva entrada en ese mundo que siempre habían jurado no abrazar.

Ese mundo al que se suponía que nunca volvería.

Por eso estaba allí. Para saber.

«Entrar, luego salir. Estar allí e irse».

—¿No son todos aquí fugaces?

—¿Lo son? Son el producto de siglos de sangre aristocrática.

«Pero tú no. Ni yo», pensó ella.

—Nunca le he dado mucha importancia a la sangre aristocrática, duque. —El título era una prueba. ¿Se acobardaría?

—Me ha herido, señora. De verdad. —Se llevó una mano al pecho en señal de decepción, y su sonrisa de vencedor se acrecentó.

No la había reconocido. Algo se aflojó dentro de su pecho, relajándola. Y se acomodó en su papel.

—Mire a su alrededor —dijo agitando una mano en dirección a un Enrique VIII y un *sir* Thomas More, en estridente conversación con Ana Bolena y una duquesa de Devonshire, con la peluca tan alta que era un milagro que pudiera mantener la cabeza recta por encima de su vestido, escandalosamente escotado—. Ninguno de ustedes puede soportar comportarse como desea sin máscaras. ¿Cuál es el propósito del poder, si no es para encontrar el deleite?

—¿Es que no es usted una de nosotros? —Movi6 la cabeza en su direcci6n.

—No, no lo soy. —Neg6 con la cabeza.

—¿Y c6mo ha entrado? ¿Vagando perdida por mis jardines?

—Tengo una invitaci6n. —No pudo evitar el atisbo de una sonrisa.

—¿Mía?

Ignor6 la pregunta.

—Hay barrios enteros de la ciudad que harían cualquier cosa por tener la oportunidad de disfrutar del placer que usted puede obtener en un instante —dijo como respuesta—. Y, aun así, duda, permitiéndose probar el placer solo si luego puede negar que lo ha sentido. Qué desperdicio...

—Entonces, ¿qué? ¿Debemos tomar el placer cuando llega?

Las palabras la acariciaron como la seda. Eso era precisamente lo que quería decir. Ella, que se dedicaba al placer por el placer.

—Solo soy realista. —Grace sonri6.

—Dígame algo real, entonces.

—Soy fugaz. También lo es esta noche. —No vacil6. Su mirada pas6 de 6l a los enormes 6rboles que se elevaban por encima de la multitud de invitados—. Pero eso ya lo sabe.

—¿Ah, sÍ? —La observaba con atenci6n, y ella reprimi6 el impulso de apartar la mirada temiendo que 6l descubriera demasiado. Que viera demasiado.

—Ha convertido el sal6n de baile en un bosque, excelencia. Si eso no es fugaz, no sé qué podría serlo. —Se apret6 la máscara y le dedic6 una sonrisa c6mplice.

—Mmm... —dijo 6l, y el susurro la ruboriz6, aun sabiendo que no debía permitirselo—. Entonces, ¿qué deberíamos hacer esta noche?

No sabía que era ella. Prueba de ello era su mirada, llena de curiosidad y ansia de jugar.

Era una desconocida. Ella lo había planeado así, por supuesto. Pero no esperaba que 6l también lo fuera.

—Lo mismo que deberíamos hacer todas las noches —dijo Grace en voz baja, de repente más sincera de lo que había imaginado que sería con 6l—. Deberíamos saborearla.

—¿Quiere bailar? —pregunt6 6l después de un largo silencio.

Aquello la pill6 desprevenida. ¿Cuándo fue la última vez que la sacaron a bailar? ¿Alguna vez le habían pedido un baile? Una o dos veces, supuso, en el Garden, alguien envalentonado por el alcohol. Pero ¿cuándo fue la última vez que había bailado en un sal6n de baile?

Había sido con 6l. Y 6l estaba hecho para ello. Atractivo y encantador, con una sonrisa que

derretiría a la más fría de las escépticas, de pie frente a ella, vestido como la fantasía de cualquier mujer.

«Te vendría bien una fantasía de vez en cuando...».

Las palabras de Veronique, a principios de semana, le vinieron a la cabeza, pisándole los talones a la certeza y la concentración. Impulso. Propósito.

No era una fantasía. Era reconocimiento.

Tenía un plan.

—Me gustaría mucho bailar. —Puso su mano enguantada sobre la que él le tendía.

Capítulo 9

Había sabido que era ella desde el momento en que entró en el salón de baile, con un vestido que caía en exuberantes ondas color esmeralda hasta el suelo, a pesar de la máscara que lo cubría todo menos sus hermosos ojos maquillados, el color vino oscuro que manchaba sus labios y la peluca que le robaba sus rizos color fuego.

Supuso que intentaba disimular, como si fuera posible no reconocerla. No reconocerla... Como si fuera a llegar un momento en que ella entrara en una habitación y todo su cuerpo no se tensara como un resorte.

Pero el disfraz requería algo que Grace jamás tendría: la capacidad de pasar desapercibida para él, porque ella siempre sería lo primero en lo que se fijaría en cualquier habitación, siempre.

Grace se había presentado.

Su corazón comenzó a latir con fuerza en el momento en que la vio entrar; él estaba conversando con alguien, un lord, sobre una votación en el Parlamento, algo en lo que Ewan llevaba meses trabajando.

¿O tal vez estaba hablando con una dama que quería presentar a su hija al duque de Marwick? ¿O con un viejo amigo de la escuela? Ewan no tenía viejos amigos de la escuela, así que no, pero no podía estar seguro del resto. Porque había levantado la vista de la conversación y ella estaba allí, en el extremo del salón de baile, con la cara inclinada hacia el dosel que él había diseñado exactamente para ese momento.

Su lugar favorito de Marwick Estate.

El lugar al que nunca regresó una vez que ella se fue.

Después de que ella huyera. Después de que la hubiera asustado.

Pero tampoco había tenido elección.

Había ofrecido esa mascarada en su honor. El personal y el jardinero pensaron que seguía tan loco como siempre, debido a las extravagantes peticiones de árboles de interior y pistas de baile cubiertas de musgo. Y sabía que costaría una fortuna y que, muy probablemente, sería un desperdicio, porque ella no asistiría.

Después de todo, la última vez que habían estado juntos, le había dejado claro que no tenía interés en volver a verlo.

Pero lo había construido para ella. Sabía que Grace descubriría que había regresado a Londres; un duque no se reincorporaba al circuito de la sociedad sin que la gente hablara, y esperaba que ella no pudiera resistir la curiosidad.

Esperaba que intentara descubrir su plan. Esperaba que pudiera llegar a formar parte de él. En realidad, ahí radicaba la verdadera locura.

«Nunca voy a recuperarla...».

Se había recordado a sí mismo esas palabras todos los días desde aquella noche, cuando ella le dio el único golpe que importaba. El que lo había hecho retroceder, la prueba de que la chica que una vez había amado, la que había buscado y perseguido y con la que había soñado, ya no existía.

Sus puños eran de piedra, sin duda, y lo habían golpeado de forma justa, era un castigo que se merecía por lo que le había hecho. A ella. A sus hermanos. A su mundo. Pero cuando ella habló, cuando lo miró directamente a los ojos, con sus hermosos iris castaños llenos de odio, y le dijo que la había matado, se sintió destrozado.

Porque esas palabras encerraban la verdad.

Así que él hizo lo que ella le pidió. Se fue. Y seguiría haciendo lo que ella le pidiera. Y nunca más la perseguiría. Y esa decisión le había exigido convertirse en alguien diferente. Alguien más fuerte. Mejor. Más digno.

Un hombre diferente al que la había traicionado. Que había traicionado a sus hermanos..., y a sí mismo, en realidad.

Las palabras de aquella noche aún lo perseguían.

«Tú me lo has robado todo. Mi futuro. Mi pasado. Mi maldito nombre. Por no hablar de lo que le quitaste a la gente a la que quiero».

Por tanto, había decorado el salón de baile y había organizado ese inusual baile de máscaras, atado a la singular promesa de que nunca más la perseguiría.

Porque ella sí podía perseguirlo.

O, al menos, atravesar la puerta.

Y lo había hecho, y era como respirar después de pasar demasiado tiempo bajo el agua. Había observado cómo se adentraba en la sala, cómo miraba los troncos de los árboles y el enorme dosel, cómo se sorprendía por el musgo bajo sus pies. Y él había dejado a la persona con la que estaba hablando con la palabra en la boca, como el duque loco que Londres esperaba que fuera. Había cruzado el salón hacia ella, sin evitar catalogar sus movimientos: la forma en que movía el cuello, la forma en que sus labios se suavizaban con un grito de sorpresa... ¿Sorpresa? ¿O recuerdo? Por la forma en que sus ojos se habían abierto de par en par..., lo había reconocido.

«Se acordaba...».

«Había reconocido el lugar».

Mientras él la observaba, ella encerró sus sentimientos. La vio despojarse de la capa de emoción y ponerse otra completamente distinta, elongó la columna vertebral, enderezó los hombros y levantó la barbilla en un gesto desafiante.

Grace había desaparecido y otra mujer había ocupado su lugar.

Se movió más rápido, ansioso por acercarse, por conocer a la mujer en la que se había

convertido la chica a la que había amado. Más rápido aún cuando esa mujer dirigió una sonrisa del color del vino francés a la duquesa de Trevescan, ensimismada y un poco desorientada. Y entonces, él llegó hasta ella y Grace clavó en él sus hermosos ojos castaños, pero sin dar a entender que lo conociera.

Los años la habían convertido en muchas cosas: en una belleza impresionante, en una mujer con una mente brillante, en una boxeadora con puños de hierro... y en una buena actriz, al parecer. Porque era capaz de ocultar todo lo que había pasado antes por su cabeza.

Y así empezaron con nuevas mentiras, ignorando el hecho de que hubo un tiempo en que se habían conocido mejor que a nadie. Comenzaron de nuevo con las bromas de él, las burlas de ella y las sonrisas de ambos, la de Grace tan luminosa y hermosa como para que él estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa para presenciarla de nuevo.

Incluso la había invitado a bailar sabiendo que tenerla entre sus brazos sería aún peor tortura. Porque lo sería: estaría en sus brazos, pero no tan cerca como deseaba. Su aroma a cítricos y a especias lo envolvería, pero no podría enterrar la nariz en su pelo para respirarlo. Y, cuando lo miró con una mirada fría y controlada y le sonrió de forma artificial, como si acabaran de conocerse y no se hubieran pasado toda una vida en un baile diferente, ansió sacarla de esa habitación y de la aglomeración para deleitarse con ella.

Pero eso no era lo que ella deseaba.

«¿Qué deseaba?».

—¿Por qué ha recreado un bosque? —Las palabras lo cogieron por sorpresa y se encontró con sus ojos detrás de la máscara.

El bosque era para ella. ¿Qué diría si él le dijera eso? Si le arrancara la máscara de los ojos y le dijera: «Sabes por qué he recreado el bosque. Es el bosque que amabas. El lugar que amabas. Es por ti. Como siempre». Pero no lo dijo, porque si lo hacía ella huiría... y nunca regresaría. Así pues, mantuvo la máscara en su lugar y respondió a la comedida pregunta de ella con una comedida respuesta.

—¿Por qué no? —Ella le lanzó una mirada exasperada, un atisbo fugaz de su Grace, de quien había recibido esa mirada mil veces cuando eran niños. Siempre había sido serio; nunca había podido permitirse grandes alegrías, pero tomarle el pelo a Grace había sido uno de sus mayores placeres—. ¿No quiere adivinarlo?

—Cualquiera diría que está loco por cargar al personal con el trabajo de recrear todo este verdor en tan pocos días y no le faltaría razón. —Ella no respondió al reto, se escondió de él.

—Todo el mundo ya cree que estoy loco, así que ¿qué más da?

—Hace años que es lo que se dice, sí —admitió—. Pero yo creo que la elección de la decoración es el menor de sus problemas.

—Tal vez solo sea un excéntrico —dijo él en tono burlón.

—Mmm... —musitó ella ignorando la respuesta y entregándose, en cambio, al baile. Era una magnífica bailarina que se movía con facilidad a la par que él; Ewan tuvo que resistir el impulso

de preguntarle con quién había bailado para convertirse en una pareja tan hábil.

—¿Y a usted? ¿Qué le parece? —preguntó con la intención de que se descubriera, que demostrara que lo conocía. Que le confesara su identidad y les diera a ambos la oportunidad de hablar.

—Creo que las señales apuntan a que está bastante loco, sí.

Se rio de sus palabras y la hizo girar mientras aumentaba el ritmo de la música. Los dedos de ella apretaron sus bíceps, y él sintió un estremecimiento de placer.

—Quiero decir, ¿por qué cree que he construido un cenador en mi salón de baile?

—¿La locura no es la respuesta apropiada?

—No —dijo sin contenerse—. Ya he pasado la página de la locura.

—Imagino que está tratando de llamar la atención —dijo ella después de un segundo en silencio.

—¿Cree que está funcionando? —«La atención de una persona», pensó. La de ella.

Grace soltó una risa vibrante, una que nunca le había oído y que le gustó más de lo que habría imaginado.

—Creo que este baile en particular será recordado durante años, sí —comentó ella mirando la sala por encima del hombro.

—¿Lo recordará usted?

—Es la primera vez que bailo en un cenador, así que diría que sí. —Lo miró a los ojos y sonrió, aunque era mentira, puesto que lo había hecho siendo Grace.

Podía recordarla dando vueltas mientras él permanecía sentado contra un árbol, joven y lleno de ira, desesperado por mantenerlos a todos a salvo del hombre que les robaría el futuro. El hombre que les había robado la vida.

Podía recordar sus brazos extendidos mientras la luz del sol bañaba su piel, incendiándola mientras giraba, giraba y giraba hasta que estaba demasiado mareada para seguir dando vueltas y se desplomaba sobre el suave musgo. Su risa era lo único que lo arrancaba de sus pensamientos.

Ella bailaba y él la miraba, y Ewan había sido lo único que Grace había amado en ese momento. Al igual que Grace había sido lo único que Ewan había amado.

Pero no le dijo que sabía que era mentira.

En cambio, la hizo girar en otra vuelta más rápida que la anterior. Se entregó a él, y lanzó un suspiro de... ¿placer?

—¿Recordará esta decoración, entonces? —No pudo evitarlo.

—¿Anda en busca de cumplidos, excelencia? —Esos preciosos ojos encontraron los suyos.

—Obviamente. —Se había puesto seria, como si la conversación le hubiera recordado que eran enemigos y que siempre lo serían—. Yo me acordaré de usted también. —Se negó a dejar de mirarla, a perder su atención. Bajó la voz, dejando entrever algo más que caballerosidad—. Por eso recreo los árboles. Para daros algo que recordar.

Por un momento fugaz, Grace pensó que la había pillado. Pero no se movió.

En cambio, giró la cabeza para mirar los árboles en cuestión y sus labios se curvaron ligeramente.

—¿Y qué hay de sus jardines? ¿Se han quedado desnudos?

—¿Quiere verlos? —preguntó.

—No.

—Es un baile de máscaras; muchos invitados están llevándose a las damas desprevenidas a los jardines. —Señaló con la cabeza las puertas abiertas a un lado del salón de baile.

—Debe de ser una pena para usted que yo nunca esté desprevenida. —Ewan soltó una pequeña carcajada al oír las palabras, sorprendido por su chispa. Ella no era así cuando eran jóvenes. Había sido demasiado buena e inocente. Pero ahora... era algo más—. ¿No es esa la misión de la máscara? —añadió ella secamente antes de que él dijera nada—. No hay necesidad de fingir preocupación. En cambio, una tiene permiso para lanzarse de cabeza a la ruina.

—¿Ha venido sola? —La palabra «ruina» vino acompañada de un aluvión de imágenes que hicieron que Ewan quisiera cumplir con cada una de ellas.

Había ido sola. Si hubiera venido con sus hermanos, ya le habrían dado una buena tunda.

«Ha venido sola».

Una emoción lo recorrió al pensar en ello. Fuera lo que fuera..., no era desinterés. Y podía lidiar con eso.

—¿Está ofreciéndose a arruinarme, excelencia? —Los labios rojo vino se curvaron en una pequeña sonrisa de complicidad.

—¿Está pidiendo que la arruinen? —respondió a la sonrisa con otra más luminosa.

—¿Quién dice que soy yo la que quedaría arruinada? —Su sonrisa no vaciló. Todavía no era Grace, sino la máscara de Grace, y no sería fácil quitársela.

—¿Se está ofreciendo a arruinarme a mí?

Ewan casi perdió el paso.

—¿Está pidiéndome que lo arruine?

«Sí».

Ella vio la respuesta. Solo un estúpido no la habría visto. Soltó una pequeña risa que lo atravesó, poniéndolo duro como el acero. Sufriendo por esa Grace que no era Grace.

—¿Y si digo que sí? —Las palabras se le escaparon sin pensar.

—No sabéis a lo que jugáis, excelencia. —Los labios se separaron, suaves y sorprendidos por un instante.

Ewan quería saber. Quería jugar.

¿Cuándo fue la última vez que jugaron?

¿Habían jugado alguna vez?

«No así».

La música se detuvo y ellos también. Las exuberantes faldas de ella le envolvieron las piernas y el tacto de la tela resultó ser otra tentación. Se inclinó hacia delante, acercando los labios a la

oreja de Grace.

—Enséñeme... —murmuró.

—¿No busca esposa? —Ella no retrocedió, se mantuvo firme.

«No. Ya la he encontrado».

—¿Le interesa el puesto? —Forzó el coqueteo en las palabras, cuando lo que quería era arrancarle la máscara, meterla en un carruaje y llevarla directamente ante un vicario. Convertirla en duquesa, como le había prometido hacía tantos años.

—No.

«¿Por qué iba a conformarme con ser duquesa?».

Las palabras quemaban, y con ellas la singular verdad de que la chica que lo había amado se había ido, reemplazada por esa mujer, fuerte como el acero, que no se dejaría cortejar. Que no se dejaría perseguir.

—Es una respuesta poco habitual a la oferta que le hago.

—Eso es porque la mayoría de las mujeres ven un título y piensan que es una oportunidad: un camino a la libertad.

—¿Y usted?

—Sé que los títulos son jaulas de oro. —Curvó los labios, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

Aquellas palabras lo atravesaron y lo llevaron de golpe al pasado. Era la verdad, su verdad más que la de nadie. Y ella ni siquiera la conocía en su totalidad.

—Esta noche no vamos a pensar en el futuro —dijo, y detestó mentir. Y también cómo ella asumía la mentira. Sabía que tenía que hacerlo para que no se fuera. Sabía, sobre todo, que si ella lo dejaba en ese momento, nunca regresaría. Sabía que al tentarla corría un riesgo inmenso. Pero riesgo era lo único que habían sido el uno para el otro.

—Las máscaras son peligrosas. Una nunca sabe bien quién es cuando la lleva puesta —dijo ella girándose un poco, lo suficiente como para encontrarse con sus ojos.

—O ayudan a que uno se muestre tal como es. —Él no vaciló.

Eran las palabras equivocadas. Oyó la amargura que teñía la risa de Grace.

—¿Debo creer que esa es su verdad, duque?

Era la segunda vez que utilizaba el título y la segunda vez que él tenía que contener un respingo. Se apresuró a mantener el control de las emociones que lo invadían.

—Se acerca más de lo que imagina. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—. Nadie se dará cuenta si nos vamos.

—Ha estado alejado de la sociedad durante demasiado tiempo. Todo el mundo se dará cuenta. Lo han visto coquetear con decenas de mujeres esta noche. —Se rio.

—¿Usted también? —Eso le gustó.

—Y se darán cuenta de que se va conmigo, y se preguntarán quién soy. —Ella ignoró la pregunta.

—Ya se hacen preguntas sobre usted —dijo él apresuradamente, sabiendo que tenía escasos

segundos para convencerla antes de que la orquesta comenzara de nuevo y encontrara la manera de abandonarlo—. La hermosa joya que aún no se ha dado cuenta de que soy la peor opción de la sala.

—Esa podría ser la primera verdad que ha dicho en toda la noche. —Maldita fuera su máscara por esconderla de él.

Sus palabras le escocieron. El acuerdo tácito de que él no era para ella. Y, aun así, Grace permanecía allí. Y Ewan se aferró a ello.

—No es la primera, pero es cierta —dijo—. Se preguntan por usted, pero ¿saben quién es? —No lo sabían, ¿verdad? Ella no vivía en ese mundo. Él tal vez no supiera dónde vivía, ¡lo que daría por conocer su vida!, pero sabía que no era una aristócrata y que si se quitara la máscara nadie en la sala la reconocería.

Aun así, nunca la pondría deliberadamente en peligro.

—Alguien podría reconocerme. A fin de cuentas, tengo una invitación, ¿no es así? —Ella le dedicó una sonrisa. A él le encantaron sus palabras burlonas y la forma en que lo excitaban. Pero eso no era lo que él estaba preguntando y ella lo sabía—. No sabrán quién soy —aceptó ella, pensativa—. Están demasiado sumidos en el placer que les proporciona la fantasía que les ha ofrecido.

Ewan se aferró a esas palabras, apurando el ritmo de los primeros acordes de la orquesta.

—¿Y usted, *milady*? —Buscó la mirada de sus expresivos ojos castaños. «En verdad era su *milady*»—. ¿Qué hay de su placer? ¿Qué hay de la fantasía que le ofrezco?

El tiempo se detuvo mientras ella reflexionaba sobre aquella pregunta. Una nota del violín pareció quedar suspendida en el aire a su alrededor.

Tal vez nunca la tendría sin la máscara. Tal vez nunca lo dejaría entrar de nuevo. Pero estaba allí, y estaba en sus brazos, y si eso era lo único que podía tener, debería conformarse.

«Nunca».

—Déjame ser tu fantasía —susurró.

«Déjame ser todo lo que necesitas».

—Solo esta noche —le respondió ella.

Ewan aspiró un poco de aire. Le estaba ofreciendo una noche. Enmascarada. Pura fantasía.

No le bastaba. Pero era un comienzo.

—Solo esta noche —mintió.

Aquellas palabras la liberaron. Le estrechó la mano y se movió como una diosa, tirando de él, atravesando la algarabía de los invitados, rumbo a los jardines.

Capítulo 10

«¿Qué hay de la fantasía que le ofrezco?».

Tal vez si no lo hubiera planteado de esa manera, utilizando esa palabra que tanto le gustaba, esa palabra con la que la habían retado a principios de semana, tal vez se habría resistido.

Tal vez si no hubiera sido tan tentador. Tal vez si no hubiera sido tan guapo. Tal vez si no hubiera tenido una sonrisa tan bonita.

Tal vez..., pero no era probable.

Porque cuando él le preguntó, con máscara y todo, sobre sus deseos, se dio cuenta de que en algún lugar, muy dentro de ella, era lo que deseaba. Una noche de fantasía. Una noche con ese hombre, con el que había comparado a todos los demás durante veinte años, como una maldición. Una noche con él, sin consecuencias, siempre que mantuviera la máscara puesta. Mientras él permaneciera en la oscuridad.

Una noche en la que ella se aprovecharía de él, y no al revés.

Durante demasiado tiempo él le arrebató su nombre, su vida, su seguridad, su futuro. Le prometió todas esas cosas y no había cumplido ninguna. Se lo debía, ¿no era así?

Entonces, ¿qué pasaría si ella aceptara el pago?

Solo una vez. Solo esta noche. En los jardines. Enmascarados y desconocidos.

Dahlia recuperando lo que le debían a Grace.

Una mujer que, por fin, cobraba su deuda.

Esa noche, y luego podría olvidarse de aquello y, sobre todo, de él.

¿Y al día siguiente? Entonces, buscaría la manera de que se fuera de Londres.

Así pues, agarró su mano entre las suyas y tiró de él atravesando el salón de baile, sorteando la multitud que se arremolinaba en corrillos y los árboles desperdigados por la sala; el embriagador aroma del musgo que los envolvía fue desapareciendo mientras se acercaban a la salida y se adentraban en los jardines, donde fue sustituido por la fragancia de las flores, la esencia de los setos y las jardineras que abundaban por toda la terraza. Grace se quedó inmóvil durante un momento, dejando que el perfume la envolviera.

El invernadero de Burghsey Hall siempre había tenido un variado repertorio de especies y había sido uno de sus escondites nocturnos favoritos, allí era dónde acudía a embriagarse del rico aroma crepuscular de las flores. Y con el aroma, otro recuerdo: Ewan y ella bajo una mesa de jardinería mientras el sol se ponía al otro lado de los cristales que daban al oeste. Su mano en la de ella. Sus dedos entrelazados. Rodeados de ese mismo aroma.

Se volvió hacia él. ¿Se acordaría?

Ewan sonrió.

—Por supuesto, *milady* —dijo con una voz impregnada de oscuras promesas—. No te detengas ahora.

¿Quién era ese nuevo hombre?

¿Dónde estaba Ewan? ¿Qué le había pasado?

«Lo enviaste lejos. Y ahora es este individuo el que ha vuelto en su lugar».

Un aire de sospecha llegó con sus palabras. Algo parecido a la duda. Algo que no estaba bien. Pero decidió no dar pábulo a las suspicacias, entrelazó sus dedos con los de él y tiró de su mano, pasando por delante de una pieza de ajedrez que reía en los brazos de un mosquetero y de otra María Antonieta que los miró con intensidad conforme se aproximaban.

¿Qué les pasaba a las mujeres de la aristocracia con María Antonieta? ¿Habían olvidado que se equivocó de bando y acabó decapitada? Allá ellas...

Ewan le apretó la mano y ella lo miró por encima del hombro mientras se quedaba quieta, dejando que la atrajera hacia él y cambiara su ruta: ya no se dirigían al jardín principal, sino a un camino lateral mal iluminado, que serpenteaba bajo los tilos. Lo siguió.

—Supongo que es cierto lo que dicen —susurró ella con suavidad mientras él la guiaba lejos de la casa y de la luz—. Los caballeros solteros siempre te llevan al huerto.

Él no se rio. En su lugar, le devolvió una rápida y abrasadora mirada antes de detenerse ante una puerta enclavada en la pared de su derecha. Ella no se había percatado de que había una pared, y mucho menos una puerta, hasta que él descorrió el pestillo de hierro y empujó la pesada hoja de roble para abrirla y revelar un magnífico paisaje: una pequeña parcela, rodeada por un impresionante jardín en el que la luz del día revelaría vibrantes parterres, Grace estaba segura de ello. Y en el centro, un cenador, bellamente diseñado y pintado.

—Es un lugar mágico. —Tragó saliva, asimilando lo que veía.

—Es un lugar privado —dijo él, tirando de ella para que subiera los escalones y accediera al cenador, antes de volverse para acariciarle el brazo hacia arriba, tan magníficamente hacia arriba que el cuero frío de sus guantes le recorrió la barbilla. La sensación la empujó hacia él. Separó los labios, y miró la boca de Ewan, carnosa y exuberante, tal como la recordaba, con los ojos muy abiertos. ¿Cuántas veces había pensado en esa boca? ¿Cuántas veces había soñado con besarla, a altas horas de la noche, cuando podía permitirse un sueño que sentía como una traición?

¿Cuántas veces había interrumpido la fantasía, odiando desear a ese hombre que la había traicionado tanto?

«Déjame ser tu fantasía...».

—Espera... —dijo él, apartando la mano de ella. Perder el contacto era un castigo. Le arrancó el guante con los dientes y lo tiró al suelo—. Ahora, déjame que... —Y, cuando se acercó a ella, sus dedos fueron una promesa caliente contra su piel. La caricia era urgente y suave, como si no

soportara esperar. Aun así, deseaba hacerlo bien—. Déjame. —La orden se convirtió en una súplica. Le estaba pidiendo permiso para besarla.

Ella quería. «Sí». Y entonces, antes de que lo aceptara, vaciló.

—Espera... —La soltó al instante con un pequeño gemido de frustración.

¿Era una trampa? ¿La había reconocido? Ella sabía quién era él, ¿qué importaba si ambos jugaban a ese juego?

Y si no la reconocía, ¿qué importancia tenía?

—¿Por qué has recreado esos árboles? —preguntó ella mirándolo a los ojos, apenas visibles bajo la luz de la luna.

Se quedó inmóvil ante la pregunta. ¿Por los nervios? ¿Por la sorpresa? ¿Por ambas cosas?

—Ya te lo he dicho —dijo—, para que me recordaras.

¿Para que recordara su pasado? ¿O para que recordara ese momento?

Lo recordaría así, guapo y encantador y deseándola, hasta el fin del tiempo.

—Me acordaré de ti.

«Nunca te he olvidado».

Asintió dando un paso más hacia ella, empujándola hacia la pared de madera del cenador.

—Tengo la intención de lograr que sea imposible que hagas otra cosa —le susurró él al oído inclinando la cabeza.

La promesa hizo que el calor la invadiera. No importaba que fuera una fantasía. Ella lo recordaría todo. Recordaría la sensación de su aliento en el cuello, excitándola.

—Recordaré tu olor a crema y especias —añadió.

Recordaría los dedos de él recorriéndole el cuello y pasando por su hombro, bajando por su brazo, tirando de su guante. Quitandoselo en un largo y lento movimiento, y mostrando su mano en la noche de verano.

—Recordaré el tacto de tu piel, suave como la seda.

Ella también lo recordaría, recordaría la sensación que le provocaba, y agradeció a Dios que la máscara lo mantuviera alejado de ella, porque no confiaba en no volver a caer en sus brazos si lo viera descubierto.

—Recordaré el sonido de tu respiración en mi oído. La forma en que el placer la entrecorta. Me gustaría recordar tu sabor —dijo, suavemente, mientras le recorría la mejilla con los labios, con un roce, como una promesa. Se detuvo en la comisura de su boca como un suspiro.

De todos modos, no confiaba en no caer nuevamente en sus brazos.

Solo una noche. Solo una vez.

—Sí —susurró ella.

«Por favor, sí...».

No se movió.

—Dime tu nombre. —Ella se apartó al oír las palabras, sus ojos volaron hacia los de él, y él la observó durante un instante.

Grace. Debería decirlo. Estaba casi segura de que él ya lo sabía. Pero si lo sabía, ¿seguiría así? ¿Sería tan simple? ¿Tan fácil?

El juego terminaría si ella le revelaba su identidad. Y ella no quería ponerle punto final. No habiendo llegado hasta allí. No cuando estaba tan cerca.

Eso era lo máximo que tendría de Ewan.

«Y tendrá que ser suficiente».

Fue a por él, le colocó la mano en la nuca, le deslizó los dedos en el pelo, enredándolos en sus sedosos mechones. Se acercó a él mientras sus miradas se cruzaban.

—No —susurró ella débilmente una fracción de segundo antes de besarlo.

Él se quedó rígido cuando sus labios se tocaron y, por un momento, ella pensó que se apartaría.

«No lo hagas. Déjame tener esto».

Y entonces notó que las manos de él se acercaban a su cara y se la agarraban mientras sus labios se abrían para ir al encuentro de su beso. Su mundo se derrumbó a su alrededor: la noche, la máscara y, sobre todo, el pasado. El chico que le había dado su primer beso, torpe y perfecto, se había ido y en su lugar estaba ese hombre fuerte, seguro y perfecto. Un escalofrío intenso y poderoso y, a la vez, totalmente aterrador la recorrió.

No se detuvo a pensar qué era más importante. No quería parar. No quería que él parara. Ewan gimió mientras recorría el borde inferior de su máscara con los pulgares, pasando por debajo de la tensa seda y rozando su piel para colocarla de forma que pudiera tomar su boca más profundamente.

Y le tocó gemir a ella, el placer de ese beso no se parecía a nada de lo que había experimentado antes: la hacía arder. Grace se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos mientras tiraba de él, sin pensar en la noche, ni en el baile, ni en sus planes de tener una esposa o una vida más allá de ella; solo pensaba en él, en ellos, en lo que podían tener en ese momento, en el que nada se interponía en su camino.

«Solo es deseo».

Ofrecido y aceptado.

Él le lamió los labios, y el áspero trazo de su lengua fue como una llama, que la hizo jadear ante aquella sensación; cerró los ojos cuando se retiró de su boca y comenzó a besarle la línea de la mandíbula, la nuca y la suave piel del hombro, mientras la levantaba para sentarse en el borde del cenador, sin darle otra opción que aferrarse a él.

Ella no habría elegido otra cosa.

Nunca había deseado nada con tanta intensidad: placer y dolor, deseo y riesgo. Un beso que fuera a la vez pasado y presente, aunque nunca futuro.

Y un solo pensamiento atravesándola: «Mío».

No había lugar para eso, por supuesto. Él no era suyo. Nunca lo sería. Y no podía enfrentarse a la idea de que él pudiera seguir siendo una parte de ella. Eso era todo. Una noche. Una fantasía.

Como se había prometido a sí misma.

Y él nunca lo sabría.

Ewan se echó hacia atrás como si le hubiera leído la mente, y ambos jadearon para tomar aire. Ella lo agarró del pelo y lo acercó de nuevo. Lo suficiente para que él gruñera de desesperación en otro beso exuberante antes de recordar que tenía algo que decir.

—Espera —susurró separando su boca de la de ella.

—Ya he esperado suficiente. —Toda una vida.

—Por un poco más no va a pasar nada. —Le salió un resoplido de risa.

Pero ella no estaba de acuerdo. Era un momento menos en la colección de instantes únicos que tendría con él.

—Dime tu nombre —dijo él antes de que ella volviera a quejarse.

—No. —Él abrió la boca para protestar ante la negativa y ella levantó la mano, poniendo un dedo enguantado en sus labios—. Shh... Me prometiste una fantasía, ¿no?

—Cierto. —Parecía dolido.

—Me preguntaste qué deseaba.

—Sí... —Él empezó a hablar y ella le puso el dedo en los labios una vez más.

—Esto es lo que deseo. Esta es la fantasía. Sin nombres. —Si la presionaba, aparecerían los recuerdos, el pasado. Grace y Ewan. Pero esa noche podría ser de Dahlia y del duque; ambos se comportarían como seres oscuros y misteriosos y llenos de promesas que podrían cumplirse solo en ese instante, que no afectarían al resto de sus vidas—. Lo dijiste —continuó—. Esta noche y nada más. No hay futuro.

Ella lo miraba deseando que siguiera, el tiempo se alargaba una eternidad. Y entonces él abrió la boca y tomó el extremo de su dedo entre los labios, chupándolo suavemente y haciéndola arder. A Grace se le aflojó la mandíbula mientras observaba el movimiento, las exuberantes caricias de la lengua contra la sensible yema. Al oír su grito de placer, él la soltó y el roce de los dientes sobre su piel le hizo daño.

—Sin nombres... —aceptó en voz baja—. Entonces, ¿la máscara también se queda?

Ella asintió. Por supuesto que la máscara se quedaba. Esa norma, sin embargo, no le impidió a él coger su propia máscara y quitársela, arrojándola lejos en la oscuridad, como si no tuviera intención de volver al baile, a su casa o a su vida. Y, si lo hacía, no sería en la clandestinidad.

Grace bebió sus rasgos, sin poder evitarlo ahora que por fin estaba desnudo para ella, deseando verlo claramente bajo la luz de la luna más que cualquier otra cosa. Para compensarlo, fue a por él, sus dedos se deslizaron por aquellos angulosos y aristocráticos pómulos, probando el calor de su piel. Él levantó la mano y la tomó entre las suyas, apretándola contra su mejilla, como si fuera una ofrenda.

—Por fin te veo —dijo.

—Podrías haberme visto antes; solo tenías que pedirlo. —Se maravilló ante esas palabras, tan libres y espontáneas. ¿Cómo sería no tener que esconderse nunca? Grace era tan experta en

escondese, en interpretar un papel, múltiples papeles, de hecho, que a menudo olvidaba quién era de verdad.

Allí no podía mostrar nada de ella.

—¿Y entonces? ¿Te gusta? —Se pasó la mano por el pelo, de un rubio oscuro que parecía oro a la luz de la luna. La miró.

Le gustaba demasiado...

—Valdrá —afirmó entregándose al momento—. Por esta noche.

Él esbozó una sonrisa de medio lado llena de encanto inocente, y Grace sintió que el pecho se le encogía por el eco de los recuerdos que le provocaba. No lo suficiente para ahuyentarla. Solo lo suficiente para que deseara no irse nunca.

—¿Qué más, entonces, *milady*? Si voy a ser su fantasía, ¿por dónde empiezo? —La miró a los ojos.

—Bésame otra vez. —Su corazón empezó a latir con fuerza, pero se negó a dejarse llevar. Levantó la barbilla.

—¿Dónde?

—Donde quieras. —En cualquier lugar.

—Me gusta todo —gimió.

—Entonces, bésalo todo —le susurró, acercándose en la oscuridad.

Se juntaron como una tormenta, chocando el uno contra el otro mientras él inclinaba la barbilla de ella hacia el techo del cenador, dejando al descubierto su largo cuello, y acercó los labios para recorrerlo con la lengua. Grace aspiró una profunda bocanada de placer, demasiado consciente de las manos de él en sus costados, que la aprisionaban contra la pared del cenador; hundió sus dedos en el pelo de él, medio sosteniéndolo, medio guiándolo por su cuello y más allá, hacia la piel que emergía del profundo escote del vestido. A continuación, una mano le desgarró la tela del vestido, lo suficiente como para abrirlo y liberar sus pechos al aire del verano.

Era una locura atrevida, y en solo unos minutos volvería la realidad, y con ella la auténtica intención de sus acciones, la ira, su pasado irreparable y su futuro imposible. Pero, de momento, quería esa locura atrevida.

Ella gimió con suavidad, y ese sonido lo impulsó a tomarla. Se pasó los dedos por encima de la clavícula, comprobando que las mangas aún le cubrían los hombros antes de bajar los brazos y permitir que él la mirara en toda su plenitud.

Lo hizo durante un buen rato, tan largo como para que ella pensara que, después de todo, no iba a tocarla, y entonces él maldijo por lo bajo, un improperio oscuro y perverso, y por un segundo su perfecta dicción volvió al pasado, al Garden. La jerga que usó le resultó excitante; fue como un dardo cargado de deseo. Notó que él no era del todo inmune a sus propias palabras; palabras que los duques no debían pronunciar ante las damas, independientemente de lo escondidos que estuvieran en el camino del jardín, pero apenas reaccionó.

¿Se detendría?

Seguramente no. Ahora no.

«No te detengas».

—Esto... —susurró con la voz grave y excitada—. Esto es lo que quería. Desde el momento en que llegaste, quise quitarte el vestido. —Sus hermosos ojos, iluminados por la luz de la luna, se encontraron con los de ella—. Dime que tú también lo querías.

Grace se puso firme, echó los hombros atrás, exhibiéndose ante su ardiente mirada.

—Lo quiero todo —susurró entonces.

Otro magnífico gemido.

—Como *milady* desee. —Puso los labios donde ella deseaba, la acarició con la lengua antes de apoderarse con ternura de su boca y lamerla, lenta y rítmicamente, hasta que se movió debajo de él, atraída por los lujuriosos movimientos de su cuerpo, susurrando gemidos mientras Ewan le robaba toda su cordura.

Y allí, bajo las estrellas y el techo de aquel mirador secreto, Grace se entregó a la fantasía, a aquel hombre y a su magnífica boca y a sus manos; unas manos que deslizaba por debajo de sus faldas, por encima de sus tobillos y a lo largo de sus piernas, cada vez más arriba, arrastrando la tela con ellas, hasta que el aire del verano le envolvió los muslos con la misma maravillosa promesa con que él besaba sus pechos.

Cuando la soltó, Grace estuvo a punto de llorar de frustración, hasta que él vertió un largo soplo sobre la punta erecta de su pecho y se volvió a mirarla, mientras jugaba con los dedos sobre la suave piel de la cara interna del muslo, trazando dibujos que le arrebataron toda lucidez.

—¿Dónde más puedo besarla, *milady*?

Grace se abstuvo de maldecir por aquellas palabras burlonas, incluso separó un poco más los muslos. Era una mujer que se dedicaba al placer y sabía cómo obtenerlo. Y también sabía que solo había un hombre del que deseara ese placer, aunque nunca lo habría admitido. Aunque él nunca fuera a saberlo. Se encontró con sus ojos, agradecida por la máscara, tanto la de tela como la que era más complicada de quitar.

—¿No te he dicho que lo besaras todo? —respondió como Dahlia, que no dudaría en pedir lo que quería.

Él maldijo suavemente al oír aquellas palabras y se inclinó para apoderarse de sus labios con un beso, una vez más, antes de retirarse.

—Mmm... No te dejaré ir hasta que lo pruebe todo. Cada centímetro de ti —anunció.

Sin dudar, se puso de rodillas ante ella, le separó los muslos y ella cerró los ojos ante su caricia, deseándolo más de lo que era capaz de demostrar; le tiró del pelo, susurrando su nombre, el nombre que nunca debería pronunciar: Ewan. Cuando le dio un beso en la suave piel del interior de la rodilla y la rozó con el borde de sus dientes, ella emitió un gemido largo y tembloroso.

—Me siento como Apolo en el bosque —susurró mientras su pulso se aceleraba.

Ella abrió los ojos al oírlo y contempló las estrellas pintadas en el techo del cenador, otro dosel que ya no podría volver a mirar sin pensar en él.

—¿Apolo?

—Mmm... —Se giró y le depositó un lujurioso beso en el otro muslo—. Apolo vagaba por el bosque hasta que se tropezó con la mujer más hermosa que jamás hubiera visto.

La risa de Grace se convirtió en un grito de placer cuando sus labios subieron más y más, cada vez más cerca de donde ella quería. Se aferró a él, le tiró con fuerza del pelo. Oír sus gruñidos de placer y dolor la derretían, aun cuando odiaba la forma en que se demoraba; lo bastante cerca para que ella sintiera su aliento y demasiado lejos para que sintiera algo más.

—¿Estaba desnuda en un lago?

Él tarareó en voz baja y ella se dio cuenta de que estaba abstraído, como si estuviera demasiado concentrado en otra cosa. En ella. En el lugar donde ella también estaba concentrada.

—Te lo contaré más tarde.

Acercó sus labios al núcleo caliente y tenso de ella, y Grace gritó ante las sensaciones, incapaz de dejar de mirarlo. Era puro deseo. Una necesidad desatada.

Y Ewan, controlándola, como siempre.

La lamió con firme minuciosidad, excitándola más antes de levantar la boca y retroceder, empujando las faldas hacia arriba, inclinando las caderas hacia delante.

—Estás muy mojada —gruñó, introduciendo un dedo dentro de ella.

Grace suspiró y se balanceó acercándose, ansiosa por tener más de él: caricias, palabras, miradas..., lo que él quisiera. Más tarde se odiaría a sí misma por desearlo tanto. Pero ahora se entregaría a él.

—Brillas como el oro. La luz de la luna te adora.

—Ahora mismo lo único que me interesa es que me hagas el amor. —Volvió a tirarle del pelo.

Una pausa, y Grace se mordió la lengua. ¿Entendería que ella quisiera que...?

—Como *milady* desee.

Lo había entendido.

Ella volvió a deslizar los dedos por su pelo, aferrándolo, apretándolo contra su centro abierto y ansioso, usándolo mientras él la saboreaba una y otra vez, perdiéndose en ella. Lamió, chupó y acarició con la lengua y los dedos hasta que ella se estremeció, su respiración se hizo cada vez más rápida y movió las caderas para encontrar el ritmo que la llevara a la liberación.

—Sí. —Él gruñó contra su carne mientras ella apretaba el puño tirando de su pelo con fuerza—. Lo quiero...

Grace le ofreció su orgasmo, aceptando el placer sin vergüenza. Sabiendo que él también tendría el suyo. Sabiendo que esa noche sería lo único que tendrían.

Sabiendo que era un error.

La lengua encontró un punto glorioso y ella gritó, y ese sonido le dio a él toda la información

que necesitaba. Se concentró en ese punto con movimientos circulares, rítmicos y vibrantes, moviendo la lengua como una promesa, una y otra vez; el agarre de ella lo guio cuando se movió contra él, en busca del placer.

Se apartó para mirarla fijamente, sus ojos ardían de deseo al verla enmarcada por la tela rasgada de su corpiño. Grace gimió de frustración, arqueó las caderas hacia él, que recompensó el movimiento con una lenta y deliciosa succión donde ella quería.

—Eres una reina —le susurró. Grace cerró los ojos ante aquellas palabras. Ante la promesa imposible que contenían—. Esta noche, yo soy tu trono —añadió, haciéndola arder de deseo. Abrió los ojos y su mirada se cruzó con la de él—. ¿Qué necesitas?

Eso era lo que necesitaba.

Él era lo que ella necesitaba.

Esa noche.

No para siempre.

Solo esa noche.

Tal vez fuera suficiente.

Le tiró del pelo y se arrimó a él, encantada por la forma en que sus ojos se cerraban de placer, encantada por la sensación de tenerlo allí, acariciando...

—Esto —susurró—. Necesito esto. —Un delicioso gemido estremeció todo su cuerpo—. Esto —repitió—, necesito...

«A ti».

Milagrosamente, no lo dijo.

Y, aun así, parecía que él lo hubiera escuchado.

Ewan gruñó, su lengua la acarició en círculos, con más fuerza y firmeza en el lugar exacto, para hacerla enloquecer. Ella estaba de puntillas y se estremecía de placer.

Grace lo apretó contra ella, susurrando palabras tan obscenas como los sonidos que él emitía y que evocaban el pecado de su interior. Él se quedó allí, de rodillas, contra ella, dócil, hasta que Grace soltó el largo gemido que había retenido y rebajó la furia con la que lo agarraba del pelo.

El duque la atrapó mientras ella se perdía en sí misma, se puso de pie y se colocó entre sus piernas, sujetando una rodilla con una mano firme mientras le acariciaba la mejilla con la otra, atrayéndola hacia él para darle un beso lento y profundo. Se balanceó contra su núcleo palpitante, su pene erecto la presionaba de una manera deliciosa, de tal modo que no pudo resistirse a ir a su encuentro con un movimiento contoneante.

Él se apartó de su boca interrumpiendo el beso, pegó su frente a la de ella, la seda de su máscara se adhirió a su piel mientras jadeaba.

—Dime tu nombre.

«Grace».

Se mordió los labios sin revelar su identidad y negó con la cabeza.

Él volvió a mecerse contra ella, provocando otra sacudida de placer, casi demasiado intensa.

—Dímelo —le gruñó al oído.

«Es demasiado...».

Abrió los ojos y lo encontró a un milímetro de distancia. Y lo vio en su mirada.

Anhelo.

Huyó casi antes de aparecer, pero lo vio. Lo reconoció.

—Por favor —dijo él, extendiendo la mano para apartarle un rizo suelto de su mejilla. Y con ese roce, con las manos de él en su disfraz, la fantasía terminó.

«¿Él sabía quién era?».

La idea le produjo un escalofrío de miedo, y se puso rígida, apartándolo.

—Espera... —dijo él.

Grace dio un paso atrás al instante. No respondió, se alejó de la pared y se sacudió las faldas. Se enderezó colocando las piezas de seda sobre el desgarró del corpiño. Retomando el control de la situación.

Volviendo a la realidad.

Ewan vio el cambio que se produjo en ella y maldijo con frustración en la oscuridad.

Grace levantó los ojos hacia los de él, encantada y asqueada por la forma en que la miraba, como si no hubiera nada en el mundo que él prefiriera estar viendo.

—Déjame verte de nuevo. —Había desesperación en sus palabras. Algo que se sostenía con fuerza y que amenazaba con desprenderse.

«Nunca». Si se veían de nuevo, si él la tocaba de nuevo, ella lo arriesgaría todo. No podía volver. Aquel era el final.

—No. —Grace respiró profundamente y Dahlia hizo acto de presencia.

Capítulo 11

Burghsey Estate, veinte años antes.

—¿Qué has hecho?

Las palabras de Grace llegaron como un disparo desde el otro lado de la habitación; en sus ojos había conmoción y traición mientras se agachaba para atender a su hermano, que se había hecho un ovillo en el suelo y se rodeaba la cintura con los brazos.

Ewan le había roto una costilla. Más de una. Había sentido el crujido de los huesos bajo los nudillos. Por supuesto que sí. Él era unos centímetros más alto que Whit y mucho mejor luchador que el enano de la camada, según su padre.

Su padre, el monstruo.

Sin embargo, el tamaño no lo hacía mejor que Whit. Había sido Whit quien había dado un paso adelante para luchar contra Ewan, sabiendo antes que nadie lo que el monstruo había planeado. Sabiendo antes que nadie que Ewan sería, al final, el arma del duque.

Y Ewan le había dado la razón, tirándolo al suelo, dejándolo roto y ensangrentado, con lágrimas en la cara. Lágrimas en la cara de él y también en la de ella; pero Ewan no podía mirarla, sabía que, cuando lo hiciera, sentiría todo lo que no podía permitirse sentir.

«Cada minuto que esa chica sigue viva te acerca a la horca».

Su padre era el perverso que había pronunciado esas palabras unos momentos antes en el pasillo, mientras ponía el cuchillo en la palma de su mano. Pero ya no era Ewan. Era Robert. Robert Matthew Carrick, conde de Sumner, heredero del ducado de Marwick.

Aunque ese no era su nombre. Era el de ella.

«Ella no es nada. Solo ocupó tu lugar. Ahora, tú debes recuperarlo».

Debería haber supuesto que eso pasaría, una última prueba, a un suspiro del futuro que se le había prometido cuando su padre atravesó el estiércol hasta el burdel de Tavistock Row, donde había vivido con su madre y una docena de mujeres como ella, y le hizo a Ewan una oferta que ningún niño podría rechazar. Dinero, seguridad, una nueva oportunidad para su madre y una vida más allá del hedor, el sudor y la brutalidad de las calles. Un título, un ducado, un futuro imposible y que, de alguna manera, parecía al alcance de la mano.

Y de repente lo estaba rozando; había sido un tonto pensando que podía tomar todo lo que su padre le ofrecía y aun así quedarse con el resto. Conservar a su madre. A sus hermanos. El amor.

Debería haber sabido que el duque lo tenía todo atado. Que planearía hasta el último nudo. Que se lo impediría. El mal rara vez viene de la mano de la estupidez.

«Ella no puede vivir. Ninguno de ellos puede vivir», había dicho su padre sin que le temblara la voz.

Ewan se había resistido y había planeado huir inmediatamente para salvarlos a todos.

Pero el duque se le adelantó. Y la suerte quedó echada.

«Ya».

Y cuando protestó, el viejo le dijo lo único que podía moverlo a actuar.

«Hazlo tú, muchacho. Hazlo tú o lo haré yo, y ella será la que más sufra».

Ewan lo creyó. ¿Cuántas veces se había comportado su padre como un sádico? ¿Cuánta cólera había mostrado por un simple paso en falso en un vals o un tenedor mal utilizado en la cena? Las noches que amenazaba con matarlos de frío. La oscuridad acechando, robándoles la cordura. Las palizas.

Los dulces, los regalos, las mascotas... destruidas ante sus ojos.

Y entonces, su última amenaza.

Para Ewan, lo único que lograría detenerlo.

Whit había sido el primero en deducir lo que iba a suceder; solo en la habitación, de esa manera tan suya. Ewan lo había dejado caer y, aunque Whit había intentado permanecer callado, sus gritos habían convocado a los demás, lo que por supuesto formaba parte del sádico plan de su padre.

Diablo había atravesado la puerta, y enseguida vio a Whit en el suelo y a Ewan de pie sobre él, con la espada en la mano.

No, a Ewan no.

A Robert. A Sumner. Algún día, el propio Marwick.

Los nombres lo destrozaron. No los quería. Ya no. No a ese precio.

Pero ya no tenía elección.

—Aléjate de él, hermano —había gruñido Diablo, acercándose con la rabia pura y desatada con que se movía por el mundo. Puños y furia. Y Diablo lo había hecho retroceder al otro lado de la habitación y lo había golpeado. Merecía esos golpes. Sabía que harían que los suyos fueran menos poderosos.

Necesitaba ser menos poderoso.

Habían derribado una mesita y volcado una silla antes de que Ewan tirara a Diablo al suelo, lo que le dio tiempo suficiente para concentrarse en su verdadero objetivo.

—¿Qué has hecho? —La voz de Grace. Suave. Incredula.

Ella era la cosa más hermosa que jamás vería.

La mejor persona que jamás había conocido.

Lo único que siempre amó.

Y no tenía otra opción.

Robert Matthew Carrick, el conde de Sumner, apretó el cuchillo con más fuerza, la hoja afilada de acero en la palma de la mano, sabiendo que tenía una oportunidad de hacer las cosas bien. Sabiendo lo que tenía que hacer.

Ella se puso de pie, vio lo que iba a pasar.

—¡Ewan, no!

Diablo se movió a sus pies, rodando hasta ponerse de rodillas.

«Salvadla», pensó Robert, deseando que su hermano se levantara.

Lo harían, ¿no?

—Ewan, qué narices... —Whit, tirado en el suelo, trataba de incorporarse, ignorando el dolor en las costillas y el rastro salado que le cubría la cara.

—Ewan. —El pelo de Grace era una nube de fuego a su alrededor, sus enormes ojos castaños estaban llenos de confusión..., de confusión y de algo peor: traición.

—No lo hagas —gritó Diablo desde detrás—. Maldito seas, hermano.

«Los asquerosos bastardos se merecen lo que se les viene encima».

Si no lo hacía él, lo haría su padre.

«No saldrán de aquí con vida».

Su maldito padre.

«Hazlo, y traeré a tu madre aquí».

Ewan sabía que era mentira. Pero también sabía que solo tenía una oportunidad para asegurarse de que ese hombre no destruyera a todos los que le importaban.

«Sacrificio». Su padre lo hacía por el título.

«Sacrificio». Al cuerno con el título.

Blandió el cuchillo deseando que sus hermanos fueran lo que él sabía que eran. Deseando que fueran más de lo que él jamás podría ser. La miró a los ojos, al otro lado de la habitación. Podía leer sus pensamientos; siempre había sido capaz de leer sus pensamientos. Ella no creía que él fuera capaz de hacerlo.

Por supuesto que no lo hizo.

«Sabía que él la amaba».

Grace negó con la cabeza, apenas un movimiento, pero Ewan lo vio. Lo vio y oyó las palabras susurradas noche tras noche: «Vamos a huir. Todos».

Pero ella no sabía el resto. No sabía que su padre nunca los dejaría marchar. No sabía que su mejor apuesta para sobrevivir era esa: que Ewan permaneciera allí.

Se merecía quedarse. Él no era como ellos..., él quería el título. Lo que quizá lo convertía en alguien tan malo como su padre.

Pero ellos se merecían vivir.

«Lo siento».

Detrás de él, Diablo se puso de pie.

«Sálvala».

Fue a por ella, incapaz de apartar la mirada de sus ojos, esos ojos con los que soñaba cada noche. Los ojos que había amado casi desde el primer momento en que la vio. Esos ojos que lo perseguirían siempre.

Estaban abiertos como platos. Luego se llenaron de comprensión y llegó el miedo.

Ella gritó y la hoja se adentró en la carne.

Un fuerte golpe en la puerta del estudio arrancó a Ewan de sus recuerdos y, al volver al presente, casi se le cayó el vaso de *whisky* que sostenía con desgana.

Se asomó a la ventana, mirando hacia los tranquilos jardines que, una semana antes, habían estado repletos de invitados. El cielo nocturno estaba despejado y la luna otoñal lucía casi llena, revelando a lo lejos el techo del cenador detrás del muro secreto. El lugar donde había visto a Grace por última vez. El lugar donde ella lo había dejado.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió antes de que terminara de decir la palabra, y miró por encima del hombro a O'Clair, el impecable mayordomo que venía con la casa de Londres y que parecía no tener nunca sueño ni necesitar comida ni tiempo para sí mismo.

—Su excelencia —dijo O'Clair con perfecta dicción al entrar en la habitación. Las palabras pusieron a Ewan en guardia. Dios, odiaba ese título—. Hay... unos caballeros abajo.

El énfasis dejaba claro que quienquiera que estuviera abajo no había pasado la inspección del mayordomo; a Ewan le bastaba con eso. No le interesaban esas visitas.

—Es medianoche. Quienquiera que sea puede volver a una hora razonable.

—Sí, bueno, pero no parecen... —El mayordomo se aclaró la garganta.

—No somos el tipo de hombres que aparecen en Mayfair a horas razonables, duque —dijo una voz desde detrás de O'Clair, cuyos ojos se abrieron de par en par con una mezcla de sorpresa y afrenta que habría divertido a Ewan si no estuviera tan sorprendido por el mensaje de los recién llegados.

Diablo acompañó sus palabras de una patada en la puerta, haciéndola retroceder hasta estrellarse contra la pared. Entró en la habitación mientras Whit se colocaba en la salida, cerrando el paso, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho, haciendo honor al apodo por el que todo Londres lo conocía: Bestia.

Ya no era el pequeño de la camada.

Ewan miró a sus hermanos con los ojos entrecerrados. Parecía haberlos convocado con sus recuerdos. Mala suerte.

—¡Señores! Debo insistir en que... —O'Clair estaba fuera de sí y seguía intentando intervenir—. El duque no recibe a nadie.

—¡Oh! ¿De veras? —Diablo golpeó el hombro de O'Clair con la empuñadura de plata de su bastón de ébano, mientras la cicatriz brillaba, blanca y terrorífica, en el lateral de su mejilla—. No hace falta que se ponga ceremonioso, buen hombre; el duque está más que contento de

vernos. ¿No es así, hermano? —dijo sin mirarlo.

—Yo no usaría la palabra *contento* precisamente.

—Qué lástima... —dijo Bestia desde la puerta; sus palabras llegaron como la lava.

Al mayordomo casi se le salieron los ojos de las órbitas, y Ewan se tragó una maldición. Debía evitarle sufrir un infarto.

—Gracias, O'Clair.

—¿Su excelencia? —El mayordomo lo miró con los ojos muy abiertos.

¿Justo esa noche iba a resistirse a sus órdenes?

—No te necesitaré durante el resto de la noche.

—Por supuesto. —O'Clair no parecía convencido, pero aun así se recompuso. Se inclinó brevemente en una reverencia y se dio la vuelta para salir de la habitación, deteniéndose al llegar a Bestia, que ocupaba todo el umbral de la puerta—. Le ruego que me disculpe, señor.

Bestia gruñó y se movió lo suficiente para dejarlo pasar.

—Te agradecería que no atormentaras a mis sirvientes —dijo Ewan.

—Bestia no tiene buenos modales. —Era mentira. Todos poseían unos modales impecables. Su padre se había asegurado de ello. Se había deleitado jugando al Pigmalión con ellos antes de encontrar otras formas de entretenimiento. Bestia gruñó cuando Diablo rodeó el escritorio y se sentó.

—¿Este escritorio era del viejo?

—Sí —dijo Ewan, moviéndose para servirse un poco más de *whisky*. Sentía que lo iba a necesitar.

—Estupendo —concluyó Diablo, y acompañó su veredicto con el estruendo de sus grandes y pesadas botas, embarradas y llenas del polvo de Covent Garden, sobre la mesa.

Ewan no podía culparlo. Odiaba ese escritorio y todo lo que hubiera pertenecido a su padre. Pero demostrarlo no entraba en sus planes.

¿Los habría enviado Grace? ¿Habría descubierto la verdad aquella noche en sus jardines, en el cenador, y había decidido enviar a sus hermanos para terminar el trabajo que ella comenzó un año antes? ¿Habría calculado mal?

Su corazón empezó a latir con fuerza. No; ella no los enviaría a hacer el trabajo sucio. No era de las que rechazan una pelea. Y menos una con él.

¿Por qué no había ido ella misma a enfrentarse con él?

—Entonces, ¿has venido a por otra ronda de «Quién matará al duque»? —Su comentario trajo calma, y llenó el vaso en silencio.

Cada vez que en los dos últimos años se había enfrentado a sus hermanos, se había desencadenado una batalla. Cada vez que en los últimos veinte años se había enfrentado a ellos, había salido victorioso. Pero, de alguna manera, Diablo y Whit siempre ganaban. Tenían hogares y familias, y estaban rodeados de todo un mundo que les aportaba tanto bienestar como un propósito por el que luchar.

Y tenían a Grace.

—No sería mala idea, ¿verdad? —dijo Diablo con un acento del Garden tan pronunciado que Ewan supo que estaba destinado a crisparle—. Vamos, hermano, no somos monstruos —añadió finalmente.

Y sí que le crispaba, pero se negó a permitir que lo supieran.

—¿De verdad?

—No. —La respuesta llegó desde la puerta—. Esa ha sido siempre tu especialidad.

Ewan no levantó la vista, ni siquiera cuando Diablo silbó con admiración y se golpeó las sucias botas con el bastón, tan exhibicionista como siempre.

—Figúrate, ahí tienes a Bestia dando discursos.

—¿Qué quieres, Devon?

Pronunciar su nombre era un riesgo calculado que había dado sus frutos, teniendo en cuenta que la única respuesta que recibió fue el silencio. Ewan se giró para observar a su hermano, que lo miraba directamente.

—Te recuerdo que solo uno de nosotros tiene un nombre robado que lo puede llevar a la horca —dijo Diablo con una seriedad letal.

Ewan no respondió. Habían tenido los medios para revelar que era un duque impostor durante décadas y nunca los habían utilizado. Era una cuestión que no le preocupaba en ese momento.

Algunos días, había deseado que lo hubieran desenmascarado.

Diablo volvió a golpear las botas con el bastón. Varias veces, una sucesión de golpes lentos, mientras estudiaba a Ewan de pies a cabeza.

—Has cambiado.

Sabía lo que habían visto en el *ring* hacía un año, cuando se encontró con Grace después de una eternidad, un tiempo durante el que siempre pensó que ella estaba muerta. Aquella vez que él aceptó sus golpes. Cuando ella lo derribó con la peor de las certezas: saber que nunca sería digno de la chica a la que había amado.

Que esa chica ya no existía.

Y esos hombres habían presenciado su destrucción.

Era consciente del cambio que veían en él. Era más grande que cuando se habían encontrado por última vez. Más ancho y musculoso. Sus mejillas estaban afeitadas y ya no aparecían hundidas. Su cuerpo estaba más sano y su mente también.

No siempre, pero sí casi siempre.

Se había preparado para esta ocasión, la batalla más importante de su vida.

—¿No te lo dije? —farfulló Bestia desde la puerta.

—Mmm... —pronunció Diablo, pensativo.

Bestia respondió con un gruñido.

—¿Habéis venido aquí a conversar sobre mí o...? —La irritación se disparó.

—¿La has visto?

Ewan se quedó paralizado ante la pregunta y un estremecimiento lo recorrió al oír aquello. Ella no se lo había dicho. No sabían que se había puesto una máscara y que había acudido al baile. No sabían que había bailado en sus brazos. No sabían lo de los jardines. Lo del cenador.

Ni lo de la fantasía.

Lo que significaba que había querido guardárselo para sí misma.

Se sentó al otro lado del escritorio, inmerso en sus pensamientos, y apoyó el brazo en el respaldo de la silla. Bebió un sorbo de *whisky* con lentitud y mintió.

—No.

Bestia gruñó a su espalda.

Diablo lo observó con atención mientras seguía golpeteando sus botas con ese bastón infernal como el agua que gotea sobre la piedra.

—No te creo.

—No la he visto —aseguró, ocultando que su mentira le hacía recordar todas las formas en que la había visto: la forma en que sus labios se habían curvado en una sonrisa solo para él, la forma en que su voz lo había inundado después de tantos años, la suave piel de sus pechos en sus manos, sus muslos apretándose a su alrededor, su sabor.

—¿Quieres decir que no has vuelto por ella?—insistió Diablo.

No respondió. No pudo. Las palabras se negaban a salir de su garganta. Por supuesto que había vuelto por ella. Lo haría una y otra vez. Siempre.

Otro gruñido de Bestia en el silencio.

—¿Tienes problemas para hablar? —inquirió lanzando una mirada a la puerta—. ¿Demasiados golpes en la cabeza, quizá?

—Creo que deberías abstenerte de sacar a colación los golpes en la cabeza, duque —le aconsejó Diablo—. Está deseando tener una oportunidad contigo.

—No le fue muy bien la última vez. —Ewan miró a Bestia con los ojos entrecerrados.

—Maldito bastardo —gritó Bestia dejando atrás el marco de la puerta—. Casi matas a mi mujer; no voy a ignorar algo así.

Ewan reprimió el estremecimiento que le provocaron aquellas palabras. No había dañado intencionadamente a la dama; ella estaba en los muelles cuando el idiota al que había estado pagando para castigar a sus hermanos había destruido un cargamento que los Bastardos Bareknuckle estaban moviendo refugiados en la oscuridad. Los Bastardos dirigían una miríada de negocios por toda la ciudad de Londres, algunos al amparo de la ley y muchos ilegales; sus ingresos provenían en gran medida del contrabando, y Ewan había puesto su mirada en ese negocio en concreto, consciente de que, si lo destruía, acabaría con ellos.

—Ella no era mi objetivo.

—No, éramos nosotros —dijo Diablo desde detrás del escritorio.

Ewan se volvió hacia él.

—Tenía una cuenta que saldar. —Le habían dicho que Grace estaba muerta, y eso lo destruyó.

Lo volvió salvaje. Lo llenó de ira y venganza. En ese momento había estado dispuesto a hacer cualquier cosa para destruirlos.

Pero estaba viva.

Y, con ella, sus esperanzas.

Miró a Whit.

—Me cae bien *lady* Henrietta. —Hizo una pausa—. Pero ya no es *lady* Henrietta, ¿verdad?, sino la señora Whittington. —Ignoró cómo se le retorcieron las tripas—. Me han dicho que hay un bebé en camino. Enhorabuena...

—Aléjate de mi familia. —Whit entró en la habitación y se acercó a él, pero Ewan no se movió, consciente de que no podía inmutarse.

—No me interesa tu familia —dijo. Era mentira. Estaba muy interesado en las familias que habían formado sus hermanos, algo que siempre le había parecido tan poco probable como poseer un unicornio o descubrir una sirena en el arroyo de su finca.

Habían hecho un pacto cuando eran niños, en la oscuridad, después de que su padre los atormentara. Quien se convirtiera en duque dejaría que el linaje terminara con él, negándose a dar al monstruo el placer de tener herederos.

Ewan nunca se había permitido la libertad de imaginarse con hijos. Pero ahora sus hermanos los tenían, y se preguntaba cómo serían. ¿Tendrían los ojos ámbar que todos habían heredado? ¿La hija de Diablo luciría una amplia sonrisa como la de su padre? ¿Sería tan inteligente como su madre? ¿El hijo de Whit poseería el mismo sentido de la lealtad que su padre?

Y ¿cómo habrían sido los suyos si hubiera perdido el ducado en lugar de ganarlo?

Sin embargo, no dijo nada.

—La cuestión es que fui a por lo que amabas porque tú fuiste a por lo que amaba yo —sentenció—. Me dijiste que estaba muerta.

—Para ti, bien podría estarlo dadas las pocas posibilidades que tienes de recuperarla.

«Deja que te vea de nuevo», había dicho en el cenador.

No, lo había dicho ella.

—Ella no es la razón que os ha traído aquí. —Apartó el recuerdo y la amenaza de que su esperanza pudiera ser vana.

—No, no lo es —concedió Diablo—. Estamos aquí porque cada vez que vuelves a Londres muere gente. Y eso es algo que no va a ocurrir esta vez.

—A menos que seas tú —apostilló Whit.

—¿Y qué pretendes? ¿Matarme? —Ewan lo miró.

—Llevo toda la vida deseando destripar a un duque de Marwick —dijo Diablo desde detrás del escritorio.

—Y, sin embargo, sigo vivo. —Siempre se había preguntado por qué no se habían vengado. Dios sabía que se lo merecía.

—Sí, ya, es que nosotros, cuando hacemos promesas, las cumplimos.

Ewan no entendió lo que quería decir. Les había hecho una promesa cuando eran niños. Que huirían juntos. Que se protegerían mutuamente. Y no había podido cumplirla. Aun así, dirigió a Diablo una mirada penetrante.

—¿Promesas a quién?

—Creo que lo sabes. —Diablo arqueó las cejas.

—Grace. —La palabra llegó inesperadamente, en un suspiro que debería haber retenido, pues revelaba demasiado.

«Es ella quien me ha mantenido vivo».

—Te lo dije. —Whit miró a Diablo.

—Mmm... —Se limitó a pronunciar Diablo—. Aunque no estamos aquí por eso.

¿Qué? ¿Qué había dicho?

—¿Y entonces, por qué? Acabad ya con esto. —Resistió el impulso de hacer él las preguntas y, en su lugar, se reprimió con frustración.

—Que hayamos acordado no matarte no significa que no seamos capaces de darte una paliza con gusto, hermano. —Diablo se burló de su tono.

La frustración se convirtió en algo más, y se tuvo que esforzar en permanecer relajado en la silla, a pesar de que tenía ganas de pelea. Llevaba deseando desfogarse en el cuerpo a cuerpo desde que llegó a Londres. Desde que se había jurado a sí mismo ser un hombre diferente.

Sin embargo, si alguien podía sacar lo peor de él, esos eran sus hermanos.

—Estoy dispuesto si vosotros lo estáis.

Diablo alzó las cejas y lanzó una sonrisa lobuna a Whit, que sacó los puños, del tamaño de un jamón, de los bolsillos.

—Yo primero, si te ofreces. ¿O nos quedamos con el cobarde que se cruzó con Grace en el *ring* el año pasado, dispuesto a lamerse las heridas como el petimetre que es?

Qué ganas tenía de darles un buen puñetazo en la cara a cada uno. En cambio, se mantuvo distante, interpretando el papel que ellos esperaban.

—Le debo más a ella que a ti.

Era verdad.

—Ah, ¿así que le hiciste un regalo al no luchar contra ella?

—Nunca le haría daño.

Las palabras dejaron paralizados a los otros dos hombres, y Ewan notó su sorpresa, ya que se miraron de inmediato el uno a otro antes de que Diablo negara con la cabeza.

—Dios mío...

—No lo ve —dijo Whit.

—¿No veo qué?

—Que desde que huimos le has hecho daño cada día.

Se hizo el silencio tras aquellas palabras; Ewan observó cómo la mandíbula de Diablo se encajaba y palpitaba, y que la cicatriz —que recorría quince centímetros a lo largo de su cara, la

que él mismo había puesto allí décadas atrás— se ponía blanca con la tensión y, sin duda, con los recuerdos. Llevaba toda una vida amenazándolos. Atentando contra sus vidas, su futuro, sus esposas, su mundo.

Y amenazarlos no era lo peor que había hecho.

—Nunca ha estado a salvo. Siempre escondida. Nunca ha tenido un día en que no haya tenido que mirar por encima del hombro. Por tu culpa. La has perseguido desde la noche en que la echaste de Burghsey —continuó Whit. Sus palabras resultaban más dolorosas porque venían del hermano que rara vez se tomaba la molestia de hablar.

—No la perseguía. La buscaba.

—Sí, la buscabas para poder terminar lo que empezaste —intervino Diablo esa vez—. Para eliminar la prueba viviente de que robaste un ducado, una vida y un futuro.

—Eso no es cierto. —Nunca había tenido intención de robarlo. Quería compartirlo con ella.

—Lo sabemos ahora. Pero ella no y, aunque lo supiera, ya no importaría.

—Dime por qué estáis aquí o largaos de mi casa —estalló lleno de ira irracional e indignación, a pesar de que sabía que estaban diciéndole la verdad.

—Cuidado, hermano, estás empezando a sonar como un auténtico Marwick —se burló Diablo.

Ante la sugerencia de que era como su padre, desapareció la fachada de desdén ducal; su visión se nubló por la rabia mientras se movía con una velocidad que no había necesitado en dos décadas. Saltó de la silla y se plantó frente al escritorio, con las manos apoyadas en la madera mientras se enfrentaba a Diablo.

—Dilo otra vez —lo amenazó alto y claro, como el tañido de una campana—. Dame una razón para destrozarte.

Diablo golpeó una y otra vez aquel bastón infernal contra su bota.

—¿Lo mataste tú? —le preguntó su hermano en un tono totalmente despreocupado cuando Ewan ya estaba dispuesto a partirlo en dos.

Se refería a su padre.

Por un instante, imaginó que así sería si hubieran seguido juntos. Los tres, a altas horas de la noche, con un botella de *whisky* y sus recuerdos.

Se tragó la pizca de arrepentimiento que le provocó aquella idea y levantó su vaso.

—¿Acaso importa? —Bebió otro sorbo del *whisky*.

Dos pares de cejas oscuras se alzaron cuando sus hermanos compartieron una mirada, una que Ewan no supo interpretar. Aquella comunicación silenciosa le resultó irritante.

—En realidad, no —respondió Diablo.

—Entonces, ¿por qué no me decís de una vez a qué habéis venido?

—No hay necesidad de enfadarse.

—Todos estamos enfadados —espetó Ewan—. Siempre lo hemos estado. Tres hermanos, nacidos bajo la misma estrella furiosa. —El mismo día, a la misma hora, les habían dicho.

Cortados por el mismo patrón pero, de alguna manera, muy diferentes.

—Mmm... —Diablo inclinó la cabeza—. Pero no solo nacimos nosotros, ¿verdad?

Cierto. Grace también había nacido ese mismo día. A esa misma hora. De un hombre diferente, aunque con el mismo destino.

¿Creían que no lo sabía? ¿Creían que no pensaba en ese destino cada maldito día? ¿Que ella no era la primera en ocupar sus pensamientos por la mañana y la última en abandonarlos por la noche, y solo para estar presente en todos sus sueños, entre el ocaso y el crepúsculo?

¿Creían que no sufría por ella?

La amaba. Y quería que se fueran para poder volver a desearla.

—¿Para qué habéis venido?

Por un momento, pensó que ese era el motivo: para atormentarlo. Para obligarlo a enfrentarse al pasado, a cuestionar el presente y a temer un futuro en soledad. Había visto todo eso en los ojos de Diablo.

—Hemos venido a hablar de tu maniobra.

Lo invadió una fría y desagradable sorpresa y se incorporó, mirando por encima del hombro a su enorme hermano, el hombre más apuesto que Londres había visto jamás, a pesar de su apodo, y luego al escritorio de caoba que generaciones de duques habían considerado suyo. Siguió el rastro de la veta de la madera, perfectamente recta, hasta un pesado y oscuro nudo que no había podido ocultarse bajo el tinte que remataba el escritorio.

—¿A qué maniobra te refieres?

—¿Que a qué maniobra? —dijo Diablo con desdén—. Ya sabes a qué maniobra nos referimos. A enviar una caja de monedas para comprar el perdón del Garden. No todos los días aparecen diez mil libras en nuestro almacén.

—No la envié al almacén. —Ewan levantó la cabeza.

—No importa dónde la hayas enviado, hermano. Si aparece dinero en el Garden, aterriza en nuestro almacén. —Los ojos ámbar brillaron.

Ewan apretó la mandíbula.

—No era para vosotros —dijo.

—¿Crees que aceptaríamos ese dinero manchado de sangre? —Diablo parecía sentirse insultado.

«Manchado de sangre...».

—Creo que diez mil libras son suficientes para conseguir que los mejores hombres cometan las peores acciones. —Ignoró las palabras de su hermano y el daño que le hicieron.

—Deberíamos mandarlo bajo tierra solo por esto —maldijo Bestia en voz baja.

—Lo primero es lo primero, duque: somos ricos como reyes. Bestia posee la mitad de Berkeley Square. No necesitamos tu dinero. Y aunque no estuviera contaminado por el pasado, no lo aceptaríamos. —Diablo lo miró con los ojos entrecerrados.

—Perfecto, puesto que no era para vosotros.

—No. Es para los chicos a los que mataste.

Ewan se obligó a permanecer quieto. Había enviado el dinero al médico de la colonia, después de haber oído que aquel hombre había salvado a dos de los chicos heridos en la explosión del muelle, el que había sido el último acto de violencia perpetrado bajo sus órdenes contra sus hermanos. Lo había enviado contando con el favor de tres emisarios diferentes, porque no quería que rastrearán el dinero hasta él. No quería llamar la atención. Quería haber evitado esa conversación.

Por lo visto, tres eslabones no habían sido suficientes.

—Se supone que no debíais saberlo —dijo.

—Sabemos todo lo que pasa en nuestro territorio —afirmó Diablo.

—¿Qué quieres, que me disculpe por querer ayudar?

Diablo volvió a reírse, una risa sin humor, y su mirada pasó de Ewan a Whit, detrás de él.

—¿Has oído eso? —Volvió a centrar su atención en Ewan—. Este bastardo hace volar el Garden, viene a por nuestros hombres, mata a cinco de ellos y mutila a otra media docena durante dos años de caos, y cree que unas pocas libras son suficientes para que lo olvidemos todo.

Cerró los ojos mientras aquellos números ocupaban su mente. En aquel momento había estado desesperado por encontrarla, luego desesperado por vengarla. Pero no importaba. Eran vidas. Apagadas. Él no había apretado el gatillo, pero había contratado a los hombres que lo habían hecho, y no se lo había pensado dos veces porque iba detrás de algo más importante: sus hermanos.

Los quería muertos, durante años no había pensado en nada más que en destruirlos. Loco por la furia y el dolor, movido por un deseo de venganza que lo pudría por dentro.

Le habían dicho que Grace había muerto, y se había alejado de la moral y la ética, sin pena ni remordimientos.

Pero estaba viva.

Y con ese descubrimiento había regresado su humanidad.

Así que sí, había enviado el dinero y había pedido que se distribuyera entre todos aquellos a los que había perjudicado. Había crecido en la pobreza del Garden y aún lo recordaba. El hedor de las tiendas de despojos y los perros peleando por las sobras, las refriegas en la oscuridad, las barrigas hambrientas y los ojos vacíos. Las lágrimas silenciosas de su madre en los momentos de tranquilidad, cuando los hombres se marchaban y el cielo se volvía rosa con el amanecer.

La muerte de un hijo, de un compañero, de un amigo, puede destruir un futuro. Varios futuros. ¿Y esos bastardos pensaban quedarse con el dinero de los que habían sufrido? ¿Para qué? ¿Para castigarlo? ¿Por orgullo? La furia lo invadió.

—¿Qué pensáis hacer? Esa cantidad de dinero cambia vidas —dijo mirando primero a Diablo y luego a Whit—. Podrían comprar comida, tener casas decentes, dar educación a los niños... Una nueva oportunidad. Un maldito futuro. Piensa en lo que podríamos haber hecho nosotros

con unos cientos de libras.

—Bah... Unos cientos de libras no te habrían convertido a ti en duque, ¿verdad? —Diablo sonrió, y Ewan quiso destrozarlo.

En los últimos dos años había investigado a fondo a los Bastardos Bareknuckle: cómo operaban y cómo habían hecho todo lo posible para levantar Covent Garden. Médicos. Escuelas. Agua corriente. Sus hermanos, que nunca más lo llamarían así, habían cumplido su antigua promesa. Y en la oscuridad de la noche, cuando se lo permitía a sí mismo, Ewan se lo agradecía.

—¿Estáis jugando con sus vidas para castigarme? —Eso, fuera lo que fuera, no tenía sentido.

—No —dijo Whit, cuya furia en la voz coincidía con la de Ewan—. Jugaste con ellos pensando que podrías pagarles por su pena y dormir bien por la noche.

—No he dormido bien en veintidós años. —Bestia gruñó—. No sois tontos. Sabéis tan bien como yo que el dinero ayuda.

—Sí —dijo Diablo—. Y ayudará.

—Pero acabáis de decirme que os lo vais a quedar. —La confusión hizo que frunciera el ceño.

—¡Claro que nos lo quedaremos!

—Entonces, por qué... —¡Malditos fueran!

—Porque no es suficiente —gruñó Bestia desde atrás—. Les daremos su dinero, pero se merecen algo más... y recibirán más.

—Algo más. —No fingió haber entendido mal.

—No solo dinero —lo corrigió Diablo.

—Entonces, ¿qué? ¿Mi cabeza en una pica en Seven Dials? ¿Volvemos a «Quién mata al duque»?

—A mí me gusta esa idea —dijo Whit, con cara de estar midiendo la cabeza de Ewan para clavarla en mitad de una estaca.

—No se trata de aristócratas, Marwick. Son personas reales, con vidas reales y recuerdos reales. Y no quieren que les pagues para que olviden la ira y el dolor. Y si alguna vez pensaras un momento en cómo fue tu vida antes de que te convirtieras en un dandi, lo sabrías.

Las palabras le trajeron un recuerdo. Grace en el bosquecillo que limitaba al oeste de Burghsey Estate. Su lugar. Diablo y Whit habían estado jugando a lo lejos, correteando y dando gritos, inseparables, como siempre lo habían sido, y Grace le había pedido por enésima vez que le hablara de Londres.

Le habló del Garden, la única parte de la ciudad que había conocido. La única parte que le había importado. Le contó cómo era la gente. Cómo luchaban por todo lo que tenían. Cómo lo hacían con orgullo y determinación, porque no podían permitirse hacerlo de otro modo.

«No reciben lo que necesitan y tampoco lo que merecen. Pero vamos a cambiar todo eso», le prometió.

Pero no había cumplido esa promesa.

Aunque ella sí.

Miró a sus hermanos, sabiendo por puro instinto que ellos entendían lo que Grace no había entendido la otra noche. No estaban allí para evitar que tomara una novia debutante que ostentara el nombre de la familia. Sabían que prefería ahogarse en el fango del Támesis antes que tocar a una mujer que no fuera Grace.

Y fue entonces cuando Ewan se enteró de lo peor. Whit y Diablo estaban allí para decirle que debía olvidarse del Garden. Que debía olvidar a Grace.

Y eso era imposible.

—Os lo debo; no voy a discutir eso —dijo—. Pero no me iré.

—No lo entiendes, duque —dijo Diablo—. No nos lo debes a nosotros. Se lo debes a ellos. No necesitas nuestro perdón. Necesitas el perdón del Garden.

Nunca lo conseguiría, aunque ansiaba tenerlo.

«Vamos a cambiar todo eso».

—Necesitas el perdón de Grace —añadió Diablo.

—¿Cómo lo conseguiré? —También quería eso y más.

—Ya te lo hemos dicho —gruñó Whit.

Diablo sonrió. Su cicatriz, la cicatriz que él provocó con aquel afilado cuchillo, tiró con fuerza de su mejilla.

—Ven a vernos.

«¿Por el Garden? ¿O por Grace?».

—¿Para qué? ¿Tenéis pensado convertirme en un gladiador y alimentar conmigo a los leones?

—Tienes una opinión demasiado elevada de tus habilidades como luchador, hermano —dijo Whit con sequedad.

La sonrisa de Diablo se convirtió en una carcajada.

—Has estado demasiado tiempo alejado de nosotros, dandi. —Se colocó el sombrero y se lo bajó sobre la frente, de modo que solo se le veían la cicatriz y la mitad inferior de la cara—. Ven a vernos para reparar el daño o volveremos y haremos la reparación a nuestra manera.

Se dirigió a la puerta, y Whit lo siguió hombro con hombro. Una vez allí, el que todo el Garden conocía como Bestia se volvió hacia él.

—No nos has preguntado.

—¿No os he preguntado qué?

—Si Grace nos ha hecho prometer que no te mataríamos.

No tenía que preguntarlo; sabía que lo había hecho. Alzó la barbilla negándose a formular la pregunta más importante. La que lo atormentaría por la noche.

—No has preguntado por qué nos hizo prometer que no te mataríamos.

«Eso...».

Casi se quedó callado. Casi.

—¿Por qué? —La pregunta sonó más dura de lo que esperaba. Más urgente.

—Te lo dije. —Whit miró a Diablo.

Dos golpes de bastón.

Whit le devolvió la mirada, y en esa mirada ámbar que conocía tan bien como la suya propia, Ewan vio furia y traición, y algo más, algo parecido a la pena.

—Es por lo que le hiciste a ella. Por lo que le debes a ella.

—¿Qué? —soltó antes de que lograra reprimirse.

Diablo miró a Whit y luego a él.

—Decídmelo o idos al infierno —dijo Ewan con desesperación.

—Le rompiste el corazón —respondió Whit.

Las palabras le provocaron un dolor tan agudo y desgarrador que le hizo llevarse una mano al pecho.

Whit lo observó durante unos instantes, y él vio la verdad.

—No necesitamos acabar contigo —dijo su hermano, el que tantos golpes había recibido de sus puños, tan tranquilo—. Ella lo hará. Y en ningún momento pensarás que no te lo mereces.

Capítulo 12

—Dicen que no acabará el año.

Grace levantó la vista de la columna de cifras que estaba comprobando en el libro de contabilidad mensual cuando entraron Zeva y Veronique.

Ese día Zeva llevaba un elaborado vestido de color berenjena, bordado con hilos de plata, que valía una fortuna. Grace admiró el modelo, aunque sacudió la cabeza ante el absoluto desprecio de Zeva por aquella vestimenta. Veronique, por el contrario, lucía unos pantalones y una camisa blanca, cruzada con la funda de un par de pistolas. Grace no recordaba haber visto nunca a la jefa de seguridad del club sin sus armas, aunque no siempre las llevaba tan a la vista.

Hizo un gesto a ambas para que se sentaran en las sillas frente a su escritorio. Eran como el día y la noche, pero se habían convertido en el equipo perfecto.

—¿Quién no va a acabar el año?

—Victoria —dijo Zeva.

—Supongo que hablamos de la reina y no de una clienta del club, ¿no? —La reunión semanal de Grace con sus lugartenientes casi siempre comenzaba con la información que había recabado Zeva en las últimas hojas de cotilleos y escándalos. La mayoría de las veces, se trataba de algún escándalo relacionado con sus clientas.

—Dios mío, sí. ¿Os imagináis a la reina Victoria como clienta del club? —Zeva se rio—. Supongo que sería bueno para el negocio —añadió.

Grace estaba segura de lo contrario.

—De todos modos —continuó Zeva—, lo he leído en el periódico, y voy a añadirlo al libro de apuestas. Nadie cree que una mujer pueda reinar durante demasiado tiempo.

—Quieres decir que ningún hombre lo cree. —Resopló Veronique, cruzando una pierna cubierta de ante sobre la otra y acomodándose en su asiento—. Porque las mujeres recuerdan perfectamente a Isabel I.

—Y que cabalgó junto a los hombres en la batalla —señaló Grace.

—Es un pena que no cabalgara a los hombres, pobre reina virgen —comentó Zeva—. Fue un poco como tú, Dahlia.

—Eso no es lo que he oído —insinúó Veronique con picardía.

—¿Qué has oído? —Grace dirigió su atención a su lugarteniente.

—¡Oh, sí, vamos a investigar! ¿Qué se rumorea? —Los ojos de Zeva se abrieron de par en par y esbozó una sonrisa tan amplia que podrían haberla distinguido desde los tejados que se

atisbaban por la ventana.

—Las chicas hablan... —Veronique se encogió de hombros.

—Las chicas no deberían hablar —afirmó Grace.

—Les pagas para que hablen.

—¡No sobre mí!

Zeva no paraba de mirar a una y a otra como si se lanzaran una pelota.

—¿Qué ha pasado?

—Fue al baile de Marwick —comentó Veronique agitando una mano en el aire, como si eso fuera suficiente información para Zeva, sin tener en cuenta que ninguna información era suficiente para Zeva.

Grace volvió a mirar el libro de contabilidad, los números se agolpaban en la página mientras deseaba que el suelo se abriera y se la tragara.

—Bueno, ya sabíamos que iría —constató Zeva.

—Sí, pero al parecer no estuvo todo el tiempo en el salón de baile.

—¿Y? —Una pausa. Una pausa larga y llena de información—. Ah... ¡Ah! —Otra pausa, y una sonrisa socarrona—. ¿Y dónde estuvo?

—En los jardines —dijo Veronique en un tono tan alto que todo el edificio podría haberla oído.

—¡Dahlia! Debo decir que... —dijo Zeva llevándose una mano al pecho— estoy muy orgullosa de ti.

Grace puso los ojos en blanco.

—Nos hizo caso con lo de que disfrutara de una fantasía —apostilló Veronique con sagacidad.

—¡Ya basta!

—Qué interesante.... —Otra pausa—. ¿Ese es el mismo duque al que derrotaste hace un año? ¿El que quería convertirte en su duquesa?

No solo en su duquesa.

«Eres una reina. Esta noche, yo soy tu trono».

Se sonrojó al recordar aquellas palabras... Quizá no se dieran cuenta.

—Oh, qué interesante... —dijo Zeva notando su rubor, por supuesto. Le pagaba para que se diera cuenta de todo.

—Decidme —intervino Grace—. ¿Por qué ninguna de las dos tiene miedo de que la despida ahora mismo?

—¿Por hacer bien nuestro trabajo?

Tras la pregunta se hizo el silencio; a Veronique no le había hecho gracia. Desde el momento en que se unió a Grace para levantar el 72 de Shelton Street, había gestionado la seguridad de las clientas y del personal del club con una dedicación inquebrantable. El único momento en que no estaba en el club era cuando el barco de su marido estaba en puerto e, incluso entonces, la

mayoría de las veces el capitán se reunía con ella en las instalaciones.

Grace debería haber imaginado que la seguirían. Durante todos esos años, Veronique y ella habían creado una amplia red de jóvenes espías que operaban en todo Covent Garden y más allá: sirvientas y chicas de taberna, además de mujeres que corrían por los tejados para llevar los mensajes. Los delincuentes de todo Londres —y de todo el mundo— utilizaban a niños como carteristas y borrachos porque nadie se fijaba en ellos, pero Grace había descubierto que las niñas pasaban todavía más desapercibidas. Todo el mundo las ignoraba y estaban mal pagadas. Y por eso se había empeñado en dar a las niñas una buena paga y más poder. Ellas comunicaban cualquier información a Veronique y a Grace, y siempre las tenían al corriente de cualquier movimiento, cuanto más interesante, mejor.

El hecho de que se pusiera un vestido de baile y se dirigiera a Mayfair había sido sin duda un movimiento interesante.

Aun así, a Grace no le gustaba que la hubieran espiado.

¿Qué más habrían visto? ¿Habrían presenciado lo que había sucedido en el cenador?

—Sí, ya, todo el mundo ha hecho un buen trabajo. ¿De qué estábamos hablando? —Zeva carraspeó.

«Eres una reina...».

—De las reinas... —Fue el turno de Grace de aclararse la garganta.

No debería pensar en ello. Había sido un error. Una noche perdida en la memoria que naufragaba en la nostalgia. Un vestigio de lo que podría haber sido. Él ni siquiera había descubierto que era ella. Aunque parecía que todo Covent Garden sí que lo sabía.

¡Dios! Eso era lo que había conseguido por comprar la fantasía en lugar de venderla.

—Bueno, por mi parte, creo sinceramente que Isabel I habría sido una orgullosa socia del 72 de Shelton —comentó Zeva.

—Tendría que ponerse en la lista de espera —dijo Grace, agradeciendo el cambio de tema mientras ponía una mano sobre el montón de solicitudes de nuevos miembros—. Cada vez somos más populares. En esta pila tengo la petición de tres duquesas y de la reina de un pequeño país.

—Eso es lo que quiero tratar contigo —intervino Veronique—. Me preocupa esta creciente popularidad.

—Ah, Veronique, siempre portadora de alegría y positivismo. —Zeva suspiró.

Veronique la miró de soslayo.

—No podemos ocuparnos nosotras solas de toda la intendencia. —Miró a Grace—. Lo que quiero decir es que hemos firmado veintiún contratos de nuevas socias en el último mes.

—Veintitrés —la corrigió Zeva.

—Pues veintitrés. Y no hay señales de que el interés esté disminuyendo. Así que, si pretendemos seguir creciendo —Veronique hizo una pausa para llamar la atención de Grace—, y asumo que es así...

—No veo ninguna razón para no hacerlo —interrumpió Grace.

—Entonces, vamos a necesitar reforzar la seguridad. —La jefa del equipo de seguridad del 72 de Shelton extendió las manos y se sentó en una silla, en el lado opuesto del escritorio de Grace. Lanzó una mirada perspicaz a las pilas desordenadas de papeles, recortes de periódicos, expedientes de miembros, documentos bancarios y facturas—. Como mínimo, vamos a necesitar un guardia apostado delante de la puerta para rescatarte cuando te quedes atrapada bajo la avalancha de papel que un día te caerá encima.

—Tonterías. Sé dónde está todo —aseguró Grace, mientras Zeva se reía desde su sitio—. ¿Cuántos necesitamos?

—Cinco. —Veronique no vaciló.

Grace arqueó las cejas. Como el 72 de Shelton era un club de mujeres donde se tenía en cuenta la discreción y un burdel en el que sobre todo se valoraba la seguridad, ya tenían un equipo formado por quince personas que trabajaban en tres turnos, las veinticuatro horas del día.

—¿Acaso te parece que va a empezar a haber asesinatos en masa o qué?

—En casa de Maggie O'Tiernen hubo una pelea hace tres noches.

—En el *pub* de Maggie O'Tiernen hay una pelea cada tres noches —concluyó Grace. El *pub* era legendario por su impetuosa propietaria irlandesa, a la que nada le gustaba más que instar a los fornidos marineros a luchar por su honor y por el honor de hacerle compañía durante una noche—. A nadie le gusta más un espectáculo que a Maggie.

—He oído que no fue una pelea normal —dijo Veronique.

—¿Alguien la incitó? —preguntó Zeva.

—Nadie puede confirmarlo —respondió Veronique—, pero no me gusta. Y menos con lo que pasó en Satchell's.

Satchell's, un local de juego para damas, llevaba abierto menos de un año, pero ya era el lugar preferido de las mujeres de la aristocracia, en parte porque era discreto y estaba decorado de forma exquisita, y en parte porque lo frecuentaba la duquesa de Trevescan, que era el perfil de patrocinadora por el que mataría cualquier nuevo negocio, una joya brillante rodeada de suficiente polémica como para conseguir que cualquier lugar al que fuera pareciera digno y peligroso a la vez.

Por supuesto, Grace conocía a la duquesa lo suficiente como para saber que le interesaban los lugares donde se congregaban mujeres, y punto.

—¿Qué pasó en Satchell's?

—Lo asaltaron.

—¿Quiénes? —preguntó Grace sin perder la calma.

—La competencia, quizá. —Veronique se rascó algo invisible en sus pantalones.

—Quizá... —convino Grace. Llevar un negocio basado en el vicio hacía que surgieran enemigos por todas partes—. La reina anda buscando la forma de ganar dinero con las mujeres.

—Somos la prueba de que es un buen negocio —intervino Zeva.

Veronique se encogió de hombros.

—Podría ser. Podría ser cosa de la Corona, pero también podrían ser los chicos de la Peel. — La recién acuñada fuerza policial metropolitana estaba ansiosa por hacerse un nombre—. Hombres borrachos de poder que parecen todos iguales, blandiendo palos, puños y armas de fuego.

—Podría ser. —Grace asintió, y algo se retorció en sus entrañas.

—No hacemos nada ilegal —dijo Zeva. Tenía razón. La prostitución no era ilegal. Tampoco lo eran los clubes privados. Lo más ilegal que hacían era servir licor de contrabando, pero también lo hacían todos los clubes de caballeros de Mayfair.

Por supuesto, no eran un club de caballeros de Mayfair. Y eso las ponía en peligro.

—A nadie le gusta que las mujeres se ocupen de su placer por sí mismas —dijo Veronique.

—A nadie le gusta que las mujeres se ocupen de su vida por sí mismas —corrigió Grace.

Si las asaltaran, nadie necesitaría saber qué hacían los miembros en el Garden. La lista de socias escandalizaría a toda Gran Bretaña.

—Tenemos mil enemigos: la Corona, la policía y nuestra competencia solo son los más visibles. —Grace miró a Veronique—. El Otro Lado cerró hace dos semanas. —Veronique arqueó las cejas—. Ya van tres.

Tenía el mejor instinto para detectar problemas que Grace había conocido, lo había adquirido durante el tiempo que estuvo embarcada. Sabía cuándo una cerilla se iba a consumir y cuándo una prendería un infierno. Si ella creía que estaba ocurriendo algo, lo más probable era que así fuera.

El Otro Lado. Maggie O'Tiernen's. Satchell's. Tres lugares que atendían a socias femeninas. Todos ellos habían recibido amenazas en las últimas semanas.

—¿Peck? —Tommy Peck, de Bow Street. Pero era uno de los decentes, si su preocupación por las chicas del Garden era una pista.

Veronique negó con la cabeza.

—No se le ha visto. —Hizo una pausa—. Y otra cosa...

—Continúa.

—Tengo razones para creer que están vigilando el edificio.

—¿Cómo? Tenemos vigilantes armados en el tejado y espías en todos los demás. —A Grace no le gustó oír eso.

—No puedo probarlo. Pero he visto caras extrañas paseando por aquí. Botas muy brillantes para ser chicos de Cheapside. —Veronique se encogió de hombros.

Más valía prevenir que curar.

—Contrata a esos agentes de seguridad. Y asegúrate de que los túneles estén despejados antes del día del Dominio. —Antes de que Grace lo comprara y convirtiera el 72 de Shelton Street en un exclusivo club de mujeres, el edificio había sido un antiguo escondite de contrabandistas, con túneles secretos que recorrían cientos de metros en múltiples direcciones por si sufrían algún

asalto de otros contrabandistas... o de la Corona.

Nada de lo que ocurría dentro del burdel era ilegal, así que nunca les habían dado demasiado uso, excepto en dos casos: en primer lugar, se utilizaban de forma regular para traer invitadas al club que no querían que nadie pudiese localizar allí y, en segundo lugar, a veces se preparaban para servir de entretenimiento, pues de vez en cuando algún miembro se interesaba por la idea de una mazmorra.

Pero sabía mejor que la mayoría que allí donde las mujeres ostentaran el poder con demasiada frecuencia había hombres que no se detendrían ante nada para arrebatárselo, y ella haría lo que fuera necesario para proteger al personal y a las clientas del club.

—De acuerdo. —Veronique asintió, aparentemente satisfecha.

—¿Qué es lo siguiente?

El resto de la conversación giró en torno al funcionamiento del club: el arrogante y brillante chef, que Grace había traído de Venecia y que estaba constantemente en desacuerdo con el pastelero, un hombre con acusada vena perfeccionista. Los preparativos para el Dominio de septiembre, el primero del otoño, que sería al cabo de dos semanas, eran siempre los más complejos. Esperaban la llegada de un trío único: dos hombres y una mujer con una habilidad especial con las cuerdas que llenarían un vacío específico en los servicios que el club solía ofrecer a las socias.

Después de tres cuartos de hora, Zeva y Veronique concluyeron los informes. Se levantaron y se dirigieron a la puerta. Pero antes de salir, Zeva se volvió.

—Una cosa más. —Grace miró a su lugarteniente—. Hay un nuevo proyecto de ley en la Cámara de los Lores que está a punto de ser debatido. Tiene muchas cosas buenas: seguridad para los animales, castigo para los que les hacen daño, restricciones de edad para los centros de trabajo, tuberías de agua dulce para las colonias...

Todos los temas afectaban directamente a Covent Garden y al East End. Le pareció sorprendente.

—¿Quién lo propone?

—Lamont y Leighton.

Dos de los duques más decentes de Gran Bretaña.

—¿Quiénes están impulsando la iniciativa?

—Los buenos. —Zeva encogió levemente los hombros.

—No se aprobará. No hay suficientes lores que se preocupen por nuestro mundo. —Grace negó con la cabeza. Si una cosa era cierta era que los aristócratas ricos se desvinculaban por completo de los problemas de los pobres.

—Veremos. Al menos lo debaten —reconoció Zeva.

—Avísame cuando hagan algo más. —Miró a Veronique—. Y dile a las chicas que mis asuntos privados son eso: privados.

—¿Qué asuntos privados? —Veronique sonrió.

Grace no pudo evitar un pequeño resoplido de diversión y el sonido se perdió ante un leve golpe en la puerta. Veronique la abrió, y apareció el rostro limpio de una niña de doce o trece años. Sus ojos de un verde grisáceo se deslizaron de Veronique a Zeva y luego a Grace, momento en que los abrió mucho por la sorpresa antes de volver a mirar a su empleadora.

—Abajo me dijeron que subiera.

—Informa —dijo Veronique.

La chica se quitó la gorra liberando una maraña de rizos negros y miró a Grace con evidente nerviosismo.

—Adelante. —Grace sonrió al recordar sus propios nervios a esa edad y cómo había aprendido rápidamente a disimular cuando estaba con adultos, por miedo a mostrar una debilidad de la que era demasiado fácil aprovecharse.

—Hay una visita.

Grace se puso en pie. Era un mensaje en código.

—¿Dónde? —preguntó Veronique.

—En la colonia.

Grace se acercó al escritorio. Durante años, sus espías se habían encargado de vigilar las idas y venidas de Diablo y Whit por la colonia, donde vivían y trabajaban, para asegurarse de que sus impulsivos hermanos no se vieran envueltos en problemas serios. Sin embargo, desde que se habían casado, las noticias de la colonia se habían reducido a un goteo. Al parecer, sus hermanos habían dejado de meterse en líos para invertir su tiempo en amar a sus esposas.

Pero ese informe que decía que había un visitante en la colonia indicaba que estaba sucediendo algo poco común. Algo que no era bueno.

Un visitante no era tan inocuo como parecía. Significaba que había un extraño. Por lo general, alguien fuera de lugar, que hacía preguntas que no eran de su incumbencia. Lo más probable era que fuera alguien que estaba haciendo preguntas sobre los Bastardos Bareknuckle. Las chicas estaban entrenadas para prestar mucha atención e informar inmediatamente cuando llegara alguien preguntando por dos chicos y una chica que hubieran aparecido años antes.

Hacía solo un año que habían dejado de esconderse y la sensación de libertad aún le era lo bastante ajena como para no darla por sentada.

—¿Qué clase de visitante? Continúa... —La chica miró a Veronique, que asintió con la cabeza.

—Es un hombre enorme. Transporta cajas al almacén de los Bastardos —anunció.

El día anterior había llegado un barco al puerto, y había estado descargándose por la noche.

«Por la noche».

Observó a la chica, que se metió las manos en los bolsillos y arrastró los pies, vacilante. Grace reconoció la incertidumbre. La chica tenía una corazonada. Exactamente la misma que tenía Grace.

—No parece nada fuera de lo normal —comentó ella acercándose—. ¿Por qué has venido?

—Lo ha hecho a pleno sol. —Sus enormes ojos se alzaron hacia los de ella.

Correcto. Los Bastardos de Bareknuckle no movían la carga a plena luz del día. Era demasiado arriesgado.

«¿Qué estaban tramando?».

—Ya veo. ¿Cómo te llamas? —preguntó Grace.

—Victoria, señora. —La chica hizo una reverencia lo más rápido que pudo, una reverencia del East End.

Sorprendida por el nombre, Grace miró a Zeva y a Veronique, y se fijó en sus sonrisas cómplices.

—Una Victoria que sí que ha entrado en nuestro club. —Metió la mano en el bolsillo y lanzó una moneda a la niña, que la cogió al vuelo con una velocidad que rivalizaba con la que Grace tuvo en su infancia.

La chica habría sido una gran luchadora, pero nunca tendría que demostrarlo, porque iba a tener trabajo con Grace siempre que quisiera.

—Has hecho bien, Victoria. Gracias.

Otra reverencia y la chica se encaminó hacia la puerta. Y casi la había cruzado cuando pareció recordar algo y se dio la vuelta.

—Oh..., y hay otra cosa... —La chica hizo una pausa jugueteando con su gorra—. Dicen que es un dandi —soltó de corrido.

Capítulo 13

Encontró a los idiotas de sus hermanos exactamente donde esperaba: en los tejados que daban al patio del almacén de los Bastardos, en lo más profundo de Covent Garden.

—No os acerquéis demasiado —les advirió mientras se aproximaba, utilizando la laberíntica red de edificios interconectados del Garden para llegar hasta ellos—. No os gustaría que alguien con sentido común os empujara al vacío.

Diablo la miró por encima del hombro y sus cejas se arquearon con diversión. Por supuesto que le divertía. Nada le gustaba más a Diablo que jugar a ser un titiritero con los que lo rodeaban.

—¡Ah! ¡Estás aquí! Y justo cuando la cosa se pone interesante.

El corazón le latía con fuerza mientras se acercaba, inclinando la cabeza, esperando oír abucheos y chillidos desde el patio de abajo, donde se habría reunido una multitud para ver cualquier elaborado plan que sus hermanos hubieran urdido.

Se sorprendió al oír solo silencio.

Un silencio que hacía que su corazón latiera aún con más fuerza. El silencio era más peligroso.

Grace se acercó a ellos, que se separaron, dejándole espacio entre ellos, como habían hecho durante dos décadas, desde la noche en que huyeron. Y por muy inquieta que estuviera en la azotea, nunca se había sentido tan a gusto como con aquellos hombres —hermanos de nombre, aunque no de sangre—, una prueba fehaciente de que la familia se elige.

Pero eso no significaba que no fueran a sentir su ira si lo habían estropeado todo.

Respiró hondo y siguió la dirección de sus miradas hasta contemplar el patio de abajo, donde el sol de la tarde proyectaba largas sombras en el enorme espacio rectangular, flanqueado por todos los lados por el almacén de los Bastardos Bareknuckle.

Un entramado de pasillos interiores conectaba los edificios, a los que solo se podía acceder a través de la entrada principal, situada en el extremo más alejado del patio, donde Annika, la alta noruega que dirigía las operaciones comerciales de los Bastardos, custodiaba la gran puerta corredera del almacén, perfilada contra la oscuridad del interior. Nik estaba acompañada por un cuarteto de hombres que se ganaban la vida con el transporte, que tenían los brazos cruzados sobre el pecho y sostenían los ganchos en las manos. Los cinco permanecían de guardia, inmóviles.

Vigilaban.

Y todos los demás miraban. El patio estaba repleto de gente, hombres y mujeres, viejos y jóvenes. Grace reconoció al panadero de la colonia en el extremo oriental de la multitud, detrás de un grupo de muchachos que sabía que repartían agua fría por el barrio. Algunas de las chicas que trabajaban en las calles se encontraban bajo la larga sombra del muro occidental. Incluso la mujer del médico había hecho acto de presencia.

Grace tardó unos instantes en ver lo que todos veían.

«No puede ser...».

Lo vio en cuanto se asomó. En el centro del patio, solo. Estaba en mangas de camisa, con los puños arremangados hasta los codos, mostrando los músculos de los antebrazos, tensos mientras levantaba sobre el hombro un bloque de hielo de un metro cuadrado sostenido por un trozo de cuerda.

Esos músculos eran la única parte de él que no encajaba con su título de duque. No tenía que decir una palabra para que supieran de dónde venía. No había nada en él que lo ocultara.

Grace se preguntó dónde estaría su abrigo, ya que era imposible creer que hubiera venido sin él o sin chaleco. O sin un simple corbatín. O un sombrero. En cuanto a los pantalones, se amoldaban a sus muslos y no estaban diseñados para la colonia: su color era demasiado claro para ocultar la suciedad del Garden.

Su rostro tampoco ocultaba la verdad. No importaba que se hubiera roto la nariz cuando eran niños, por un golpe bien colocado de Diablo, ni que estuviera manchada y cubierta de sudor. Su perfil, con sus afilados y aristocráticos ángulos, le otorgaban una distinción más propia de Mayfair.

Todo lo anterior, y que seguía siendo lo más hermoso que ella hubiera visto nunca.

No era de extrañar que las chicas se hubieran fijado en él; no pertenecía a ese lugar.

Parecía el duque que era.

Cada uno de los centímetros de su cuerpo lo convertían en alguien diferente a ellos, el enemigo.

Y el Garden lo sabía.

Todos los que lo observaban alrededor del patio se deleitaban con su falta de práctica y sus errores: en la ausencia de un gancho para arrastrar el hielo, en la falta de una protección de cuero en los hombros para evitar el áspero roce de la cuerda en la piel, en esos guantes tan finos fabricados para las riendas de los caballos y los bastones más que para el trabajo duro.

—Verdaderamente, es un milagro que hayáis sobrevivido hasta la edad adulta. Y que hayáis encontrado mujeres para casaros —dijo en voz baja—. Menos mal que ellas son brillantes, de lo contrario temería por vuestra descendencia. ¿Qué clase de castigo es ese? ¿Lo habéis puesto a transportar hielo? ¿Ha visto el resto del cargamento que venía embalado entre el hielo? ¿No sabéis que dejar que un duque se acerque a vuestra mercancía de contrabando es una estupidez y una auténtica locura?

—No está cerca de la carga real—dijo Diablo.

—¿No?

—No. Solo está transportando los últimos bloques de hielo.

—¿Cuántos son los últimos?

—¿Cuántos? ¿Ochenta? —Diablo miró a Bestia.

—¿Cien? —Bestia se encogió de hombros.

Cien bloques de hielo, cada uno de los cuales pesaba fácilmente más de veinticinco kilos. Y sin un gancho. Sus manos se llenarían de ampollas. Y también sus hombros. No llevaba ninguna de las protecciones que tradicionalmente usaban los transportistas. Grace apretó los dientes.

—¿Cuántos lleva?

—¿Diez? ¿Doce?

Negó con la cabeza. No podría transportar muchos más. No era un estibador. No había nacido con un gancho en la mano.

Y, aun así, parecía que no iba a parar nunca. Se le hizo un nudo en la garganta al verlo en esa parte de la ciudad que había sido suya antes de que perteneciera a ninguno de ellos.

—¿Así que dejáis a un duque en medio del Garden y esperáis que salga ileso?

—Yo no diría que lo esperamos, no —repuso Diablo.

—Mmm... —coincidió Bestia—. Creo que esperamos más bien todo lo contrario.

—Pensaba que habíamos acordado que no lo tocaríais.

—Estoy en el tejado, Gracie. Tan lejos que es como si no estuviera aquí. —Diablo la miró, abrió los brazos y encogió los hombros.

—Aun así, estás dando pie a que ocurra algo, y él no se detendrá hasta que termine —dijo ella—. Ya lo sabéis.

—Empezó él —saltó Whit.

—¿Qué significa eso? —Ella le lanzó una mirada dura.

—Vino a pagar sus deudas —gruñó.

—Sus deudas...

—¿Qué? ¿Se supone que no debíamos aceptar la oferta? —dijo Diablo—. Diez mil y un poco de trabajo físico en el Garden era demasiado para dejarlo pasar.

—¿Para las familias? —¿Diez mil libras!

Era una fortuna.

Bestia se volvió hacia ella. Sus ojos ámbar, normalmente tiernos, la miraban con dureza.

—Cinco hombres..., no es suficiente. —Su voz era igual de dura, y las palabras sonaron tajantes. Grace sintió el aguijón de sus palabras como un húmedo latigazo—. Se lo debe, y harías bien en recordarlo.

—¿Crees que no me acuerdo? —El rostro de ella se enrojeció de ira.

—Creo que siempre has tenido problemas para recordar la verdad sobre él. —No la miró.

Grace se tragó su frustración y detestó la forma en que su pecho se encogió ante las palabras de su hermano. ¿Qué le importaba a ella lo que le ocurriera a Ewan?

«No es Ewan».

Lo observó cruzar de nuevo el patio, de espaldas a ella. Veía los músculos de su espalda a través de la camisa, ahora totalmente mojada por la transpiración. Se ondulaban bajo el peso, y a ella se le secó la boca.

«Es Marwick». Esa era la verdad, la única verdad, estuviera o no vestido de duque.

Grace apartó su atención de él y se fijó en la multitud que lo observaba casi en silencio. El silencio no era nada común; había vivido en Covent Garden el tiempo suficiente para reconocer la diferencia entre la calma y la tensión. Y todos los que estaban abajo parecían estar esperando la oportunidad de atrapar al duque y darle un escarmiento.

Rico, poderoso, con título.

Y sin otra razón que su nacimiento.

Solo que él no había tenido todo eso al nacer. Al nacer, había sido uno de ellos.

Pero los demás no lo sabían. Nadie lo sabía. Nadie lo sabría nunca, con excepción de los Bastardos Bareknuckle. Incluso si alguien en la colonia recordara a ese muchacho rubio, hijo de una mujer de Tavistock Row, nada en él les haría pensar que tenía algo que ver con el duque que tenían enfrente, no importaba cuánto hielo arrastrara.

—Están preparados para la pelea —dijo en voz baja. ¿Cuántas veces los había visto así? Con los pies en el suelo, dispuestos a sacar los puños.

Bestia gruñó mostrando su acuerdo.

—Por supuesto que sí. Les encanta —dijo Diablo—. ¿Un duque en el fango? Es como ver a un sabueso recitar a Shakespeare.

—Y ¿entonces? ¿Esperas que él les dé espectáculo?

—Es lo bastante inteligente como para saber que el Garden quiere su cabeza y no se conformará con menos. Y si quiere el perdón...

—¿Quiere el perdón?

Diablo le lanzó una mirada de reojo.

—No de nosotros. —Levantó la barbilla en dirección al patio—. De ellos.

Grace observó cómo dejaba el hielo a los pies de uno de los matones en la puerta del almacén, y un recuerdo la recorrió. «No tienen lo que se merecen». Se lo había dicho cuando eran niños. Sobre esa gente. Sobre ese lugar.

El duque se giró para volver a cruzar el patio.

«Vamos a cambiar todo eso».

Como si hubiera oído las palabras, él levantó la vista hacia el tejado y su mirada la encontró inmediatamente. Por un instante, se quedó quieto, pero no lo suficiente como para que alguien se diera cuenta.

Grace sí se dio cuenta.

Él levantó la barbilla en señal de reconocimiento, y ella resistió el impulso de responder.

Fuera lo que fuera lo que tuviera planeado, no era suficiente.

«Nunca sería suficiente».

Le siguió la pista por el patio, su mirada se recreó en las líneas de su cuerpo por encima de la camisa que se ceñía a sus formas, revelando su amplio pecho y las crestas de músculos que había desarrollado en el año que había estado fuera; la abertura del cuello mostraba un fragmento de piel enrojecida y lastimada en el hombro izquierdo, y el inicio de la cruda cicatriz blanca que estaba allí desde que eran niños.

Era la marca que su padre había dejado en él cuando descubrió el secreto máspreciado de Ewan: el amor. Una noche de verano el viejo duque los había encontrado acurrucados en la oscuridad, envueltos uno en el calor del otro, un calor que Grace aún podía recordar si se lo permitía, y su padre se había vuelto loco de rabia.

«Ningún heredero mío se acostará con la basura que salió de esa perra», había gritado, yendo a por ella.

Ewan la había defendido, pero su padre era más fuerte, en aquel entonces medía quince centímetros más y pesaba muchos más kilos que él. Había tirado a Ewan al suelo y había dejado su sádica marca en él mientras ella solo miraba.

Y al día siguiente todo había cambiado.

El chico al que había amado había desaparecido.

Días después, él los traicionó.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó apartando aquel recuerdo—. No conseguiré el perdón de la colonia transportando hielo. En todo caso, los enfurece.

—Ha vuelto por ti —constató Diablo con sencillez, sin apartar la vista de los movimientos de Marwick.

Las palabras la desgarraron con el recuerdo de sus caricias en los jardines a principios de semana, las preguntas que le susurró instándola a que le dijera su nombre. La sospecha de que la había ahuyentado al final..., la sensación de que quizá él había sabido todo el tiempo quién era.

—No es así. —Negó con la cabeza para mostrar su desacuerdo. ¿Por qué le parecía que mentía? ¿Y si era así? Ignoró el pensamiento y se dirigió al patio—. Busca esposa.

—Sí —repuso Diablo—. Podría ser un problema si fuera cierto. Pero no lo es.

—¿Qué? —Ella lo miró.

—Es una trampa —gruñó Bestia.

—¿Una trampa para quién? —preguntó ella—. No puede pensar que yo... —Se calló, las palabras se perdieron en el recuerdo del modo en que se había entregado a él en los jardines—. No puede pensar que va a recuperarme.

—¿No puede? —Diablo la miró fijamente durante un buen rato.

—No. —Se puso rígida.

—Entonces, muy bien —aceptó Diablo, en un tono muy dulce y totalmente exasperante.

—Es una trampa —repitió Bestia.

Sin pensarlo, volvió a mirar a Ewan, permitiéndose recrearse en los músculos de su pecho,

bajando la mirada por sus fibrados muslos y subiéndola de nuevo, despacio, más despacio de lo que debería, por los hermosos rasgos de su rostro, una prueba más de que su chico se había ido.

No era un niño.

Se encontró con sus ojos sin saber qué esperar. Definitivamente, no esperaba que los labios de él se curvaran, que arqueara una ceja rubia, como si se hubiera percatado de su atenta mirada. Como si le hubiera gustado. Levantó la barbilla en dirección a ella; al parecer, le agradecía su exhaustiva inspección, como un caballero en liza que busca el favor de su dama.

¿De dónde demonios había salido esa idea?

Ella no era una dama y él, sin duda, no era un caballero.

—¡Eh! ¡Duque!

—Ahí lo tienes... —Diablo llamó su atención en voz baja—. No les gusta cómo te mira, Dahlia.

Grace apenas lo oyó, estaba demasiado ocupada observando al duque en cuestión mientras él fingía no percatarse del grito. Ignorado, pero escuchado, y la prueba de que lo había oído fue la forma en que sus largas zancadas se ralentizaron un poco. Otro movimiento que solo apreciaría quien estuviera observándolo con auténtica atención.

Grace lo notó.

—Supongo que les has contado todo... —lanzó Grace, ignorando la forma en que los asistentes se revolvían contra él.

—No —respondió Diablo, despreocupado, con una mano en el bolsillo, balanceándose sobre sus talones—. Si les hubiéramos contado todo, lo habrían matado al instante. Solo les hemos dicho que es un duque.

—¿Qué clase de duque? —Lo miró de reojo.

—Del tipo que se merece lo que recibe. —Diablo permitió que el acento del Garden se filtrara en su voz mientras le lanzaba una sonrisa que hizo destacar la cicatriz blanca de su mejilla. La cicatriz que Ewan le había hecho veinte años antes.

Era cierto, se recordó a sí misma. Y la multitud ajustaría las cuentas con él ese mismo día.

—Sin embargo, no esperaba que los O'Malley fueran los primeros en salir.

—Los O'Malley siempre son los primeros en salir —gruñó Bestia. Miró hacia el sol, que cada vez estaba más bajo sobre el borde oeste del patio—. Y más a esta hora, cuando Patrick O'Malley ya está lo bastante borracho como para enfrentarse a un duque.

Patrick O'Malley, un auténtico matón que siempre estaba dispuesto a pelear, salió de entre la multitud.

—¿Crees que puedes hundirte en el fango con nosotros? ¿Acaso crees que puedes estar en la mugre con nosotros? ¿Lo harás hasta que el trabajo empiece a escocerte y luego volverás con los de tu clase, contando historias del tiempo que pasas en el Garden? ¿Te crees que somos una anécdota?

No sabían que Ewan había nacido en el Garden.

No sabían que no tenía ningún interés en contar historias del tiempo que había pasado allí.

—Si O'Malley empieza, todos se pondrán en su contra —dijo Bestia—. El duque no sabe la suerte que ha tenido. Los hombres se pondrán de su lado solo por el placer de ir contra los hermanos O'Malley.

—Estáis provocando un motín. —Miró a sus hermanos.

—No. No será un motín. Será una pelea en toda regla. Como Dios manda. —Diablo se encogió de hombros.

—¿Y si muere? ¿A quién colgarán? —dijo ella, intuyendo que todo el asunto estaba a punto de írseles de las manos.

—¿Acaso has olvidado cómo lucha, Gracie? —preguntó Whit.

—No me llames Gracie —espetó ella—. No soy una niña.

—Se lo dije. —Whit miró a Diablo.

—¿Qué les has dicho? —Ella juntó las cejas.

—Así que lo has hecho. —Diablo suspiró.

—¡¿Qué les has dicho?!

—Solo digo que el joven duque de Marwick lucha como el mismísimo Lucifer. No va a morir. —Bestia volvió a mirar abajo.

—Te hablo a ti, duque —gritó Patrick O'Malley en el patio—. Si quieres saber lo que es el Garden de verdad, yo te lo explico.

Ewan no contestó, se limitó a atar otro bloque de hielo de la carreta situada justo debajo de ellos para volver al almacén, manteniendo la atención en la puerta, donde un hombre con un fuerte gancho y una espalda aún más fuerte se apoyaba en la jamba, con unos brazos como troncos cruzados sobre el pecho, a la espera. Se negó a salir al encuentro del duque para ahorrarle la mitad de camino.

La multitud se hizo más numerosa y ocupaba cada vez más espacio en el patio del almacén.

—Esto es una locura. —Grace maldijo por lo bajo.

Un trozo de barro impactó en la nuca de Ewan, que se quedó quieto y se puso rígido.

—He dicho que estoy hablando contigo, duque. —O'Malley se acercó, limpiándose sus sucias manos en sus ya sucios pantalones.

—Morderá el anzuelo —dijo Diablo.

—No puede evitarlo. Nunca pudo contenerse —gruñó Bestia.

Un recuerdo cruzó su mente. Ewan tambaleándose después de recibir un fuerte puñetazo, cuando eran niños, y girándose al instante para volver a por más.

Más abajo, la multitud empezó a formar un círculo alrededor de Ewan.

—Cincuenta libras a que cae en menos de dos minutos.

—¿Crees que Ewan va a caer? —Grace volvió los ojos sorprendidos hacia Diablo.

—¿Tú no? —Levantó una de sus negras cejas.

Ella no.

Bestia sacó dos relojes de su bolsillo, con los ojos todavía clavados en el patio, viendo cómo la gente reunida vibraba de emoción. El calor y la muchedumbre indicaban que todo estaba dispuesto para la pelea.

—¿Dos minutos? ¿O solo segundos?

—Sé generoso, hermano. —Se rio Diablo.

Bestia miró ambos relojes, luego volvió a mirar a Ewan, que se volvió hacia ellos escudriñando entre la multitud y más arriba, sobre los edificios. Hasta los tejados. Su mirada se detuvo en ellos. En ella.

—Sí, de acuerdo. Acepto la apuesta. —Bestia lo vio.

—¿Crees que todavía es capaz? —Diablo parecía sorprendido.

«Todavía es capaz», pensó Grace.

—Creo que siempre será capaz cuando ella esté por medio. —Bestia señaló a Grace.

—Yo no estoy por medio. —Le lanzó una mirada de advertencia.

Y en esa fracción de segundo, mientras ella miraba hacia otro lado, abajo se desató el infierno.

Capítulo 14

Ella iría a por él.

Había corrido un riesgo calculado: sabía que cualquier castigo que Diablo y Whit hubieran planeado acabaría con él maltrecho y magullado. Sabía también que no serían los puños de sus hermanos los que se encargarían de ello.

Pero no podía desperdiciar la única oportunidad que tendría de que Grace se acercara a él. Se había prometido a sí mismo que se mantendría alejado de ella, que esperaría a que fuera a por él. Y que, entonces, él le daría lo que le pidiera.

Eso era lo que había hecho. Se había ido y se había convertido en un hombre mejor. Uno más digno. Más fuerte. Más sano. Y esperaba a que ella fuera a por él porque eso era lo que necesitaba.

No importaba que lo único que él necesitara fuera a Grace.

Por eso había accedido cuando sus hermanos le exigieron que volviera al Garden y pagara sus deudas con sudor y sangre además de dinero. Se sentía incapaz de resistirse a la invitación de volver a ese mundo que en el pasado había sido suyo y que ahora era de ellos.

Era una trampa, y lo sabía. Una forma de burlar la promesa de no volver a perseguirla. De dejar que ella lo eligiera, sin máscara. Y sí, puede que fuera una trampa, pero estaba dispuesto a hacer trampas para recuperarla.

Así que recibió los golpes y cargó con el hielo, sintiéndose en todo momento un bufón, el foco de atención de una multitud que buscaba sangre. Ellos no sabían su verdad: que esa situación no era nueva para él. Que había visto luchar a hombres, perros y osos, y que se había curtido en la sed de sangre de un mundo en el que la crueldad era habitual y la falta de humanidad, una armadura.

Siempre había imaginado que su padre vio eso en él desde el principio: la necesidad de un niño dispuesto a hacer cualquier cosa para sobrevivir. Para prosperar. Para ganar.

Así que cargó con el hielo para la multitud y oyó todas sus reacciones, cada amenaza silenciosa que formulaban, la forma en que algunos lo miraban con admiración, otros con ira y muchos con desdén; detestaban el fino tejido de su camisa, los brillantes que llevaba las botas, el pulcro afeitado de su mandíbula. Privilegios que le otorgaban el dinero y el poder. Privilegios por azar. Al nacer.

No sabían que no le correspondían por azar.

No sabían que no habían sido suyos desde la cuna.

Había dejado una docena de bloques en la puerta del almacén y se había dado la vuelta para coger otro, consciente de que solo tenía dos opciones para salir del aprieto: rendirse o luchar. Y nunca dejaría que ocurriera lo primero.

En el Garden había aprendido a ser orgulloso, y lo era tanto como cualquiera de los presentes.

Disminuyó un poco el ritmo, tratando que no se notara, y aprovechó unas fracciones de segundo para estirar los hombros con disimulo. Le ardía el hombro izquierdo por el roce de la áspera cuerda que estaba usando para transportar los bloques de hielo.

No quería mostrar dolor. En su lugar, estiró el cuello con el pretexto de examinar a la multitud, primero miró al suelo y luego arriba, hacia los tejados.

«Ella iría a por él».

Estaba flanqueada por sus hermanos, que lo habían estado observando desde el principio: Diablo sonriendo como un asno y Whit con una expresión asesina en el rostro. Pero Ewan no tenía ningún interés en ellos.

No le importaban mientras ella no se fuera. Mientras pudiera absorber cada línea de su estilizada figura, enfundada en unos pantalones negros ceñidos, con las botas de cuero negro hasta las rodillas y con el largo abrigo negro que ondeaba con el viento, forrado de una reluciente seda color zafiro.

Le gustaba mucho ese forro, el color era un guiño a su amor. La prueba de que quedaba algo de la chica que había amado, aunque se hubiera convertido en esa mujer que lo observaba como una maldita reina.

Observando a su guerrero desde los tejados.

Y él, dispuesto a todo por ganarse su favor.

El viento le echó el pelo hacia atrás y el sol lo iluminó, convirtiéndolo en llamas alrededor de su rostro desenmascarado.

Sin máscara y perfecta, con los ojos puestos en él. Absorbió su mirada; quería abrir los brazos para exhibirse ante ella, le encantaba la forma en que evaluaba sus músculos bajo la ropa húmeda, disfrutaba de la manera en que su mirada se detenía en su hombro lastimado y aliviaba de alguna manera el dolor. Cómo le gustaba que paseara su mirada por su cuerpo.

Dios, le encantaba.

Notó que tragaba saliva.

Vio que sus labios se separaban en un suspiro.

Y, cuando la miró a los ojos, vio que a ella también le gustaba.

Levantó la cara hacia Grace para dar fe de que se había dado cuenta de su reacción. Se preguntaba qué haría si él escalaba la maldita pared para llegar hasta ella.

Probablemente lo empujaría al vacío, pero la idea tenía su gracia, y por un momento imaginó una alternativa: él subiendo al tejado, tomándola en brazos y llevándosela a algún lugar privado donde pudiera darle el suficiente placer como para hacerle olvidar todo el dolor que le había causado.

—¡Eh! ¡Duque!

El grito de la multitud lo arrancó de sus pensamientos y sus sentidos en alerta volvieron a centrarlo de inmediato en la situación. El ladrido provenía de su izquierda y se contuvo, girando apenas la cabeza, no lo suficiente como para mirar de frente al enemigo, pero sí para localizarlo.

No tuvo que hacer mucho para detectarlo; se trataba de un mentecato grande y ancho que parecía no haber rechazado nunca una pelea. La multitud reunida pareció escupir al matón, que se encontró de golpe en el medio del patio, a media docena de metros de él. Al encontrarse ante el público, el hombre hizo lo que suelen hacer los hombres con un poco de fuerza y poco sentido común: fanfarroneó.

En lugar de hacerle caso, Ewan ató otro bloque de hielo y se concentró en la muchedumbre. Sabía que si el irlandés iniciaba una pelea el Garden la terminaría. Y él estaría en el centro de la reyerta. Lo recorrió una ola de placer ante esa idea. Se le daba bien pelear.

Era muy buen luchador desde hacía décadas.

Levantó el pesado bloque, ignorando la quemazón en su hombro, y volvió a cruzar el patio. Vio de reojo al hombre que iba a lanzarse contra él. Fue capaz de reconocer su acento irlandés, de registrar su ligero desequilibrio, incluso cuando se quedó quieto.

El tipo estaba borracho. Lo que significaba que habría pelea.

La multitud también lo sabía. Daban vueltas acercándose a Ewan. Haciendo un círculo. Mantuvo la mirada en el extremo más alejado del patio, pero observó las caras, una docena de hombres con ganas de intervenir. La gente estaba más que dispuesta a meterse en la refriega en cuanto diera comienzo.

¿Con cuántos tendría que luchar?

Un puñado de barro lo golpeó en la nuca.

Durante unos instantes, permaneció calmado. Luego se tensó y se giró.

—Estoy hablando contigo, duque. —El matón se acercó. Estaba a ocho metros de distancia.

«Seis».

Ewan miró hacia los tejados, donde Grace lo observaba, fascinada, como el resto del Garden. Él notó que el corazón se le aceleraba y que su pecho se ensanchaba.

Quería demostrarle qué era capaz de hacer todavía.

«Cuatro».

Ewan dejó el hielo en el suelo.

«Dos».

Cuando llegó el golpe, estaba preparado.

Atrapó el puño del otro hombre con la mano, sorprendiéndolo. Ewan arqueó las cejas cuando el irlandés lo miró boquiabierto.

—No esperabas que un duque fuera capaz de dar un gancho de derecha, ¿verdad? —dijo en voz baja, dejando que el acento del Garden se filtrara en su voz.

Los ojos de su oponente se abrieron de par en par al oír esas palabras, y luego frunció el ceño.

—Todavía no has hecho nada, dandi. —Y a estas palabras les siguió un golpe con su mano libre, del tamaño de un jamón.

Ewan lo esquivó y se enderezó antes de lanzar un puñetazo directamente a la cara de su oponente.

—¿Qué tal ahora?

Si hubo una respuesta, se perdió en el rugido que sonó a su alrededor e hizo eco en las paredes de ladrillo del almacén. Por un momento Ewan pensó que tal vez era el sonido de la emoción del público; ¿por qué resultaba tan emocionante para ellos? Entonces oyó el ruido de unos puños que chocaban contra la carne. Por todas partes.

No era la emoción del público. Era la emoción de la lucha.

Todos los asistentes habían estado observando, expectantes, deseando tener su oportunidad para pelear. Y eso era lo que estaban haciendo.

Siguió con un segundo golpe, un agudo gancho adelantado y ascendente que hizo retroceder a su adversario y que la cabeza se le bamboleara sobre el cuello, pero que no impidió que el tipo recuperara el equilibrio y volviera a la lucha. Su oponente le agarró el hombro con la mano, provocándole un intenso dolor, y tiró de él para enfrentarse cuerpo a cuerpo.

Ewan se lanzó para enfrentarse a otro hombre con un rugido, que recibió alegremente un puñetazo en la nariz antes de clavarle su puño en las tripas al duque.

Ewan se encorvó por el golpe, pero se recuperó con rapidez, y se irguió de nuevo ante la admiración de su nuevo oponente.

—No te pareces a ningún duque que haya visto —le confesó.

—Porque no me parezco a ningún duque que se haya visto —respondió, y los dos volvieron a pegarse, hasta que otro hombre intervino, en busca de su oportunidad para derribar al duque que había osado entrar en el Garden.

Y así fue durante segundos, minutos, horas. Perdió la noción del tiempo esquivando golpes y lanzando los suyos, asegurándose de que no fueran demasiado fuertes para no causar verdadero daño. Sabía por qué lo habían llevado hasta allí: para recibir golpes. Y cumpliría con lo que se esperaba de él.

Demostraría a los Bastardos Bareknuckle que no solo ofrecía dinero.

Le daría al Garden la pelea que quería, en igualdad de condiciones, sin que los títulos, el poder, el dinero o los privilegios cambiaran el resultado del juego.

Que admiraran al hombre en que se había convertido.

«Grace...».

Solo pensar en ella fue suficiente para apartar la atención de la pelea y que recibiera un golpe, un fuerte puñetazo que impactó directamente en su nariz. El dolor le hizo girar la cabeza y, cuando dejó de ver las estrellas, no pudo evitarlo: volvió a mirar hacia los tejados.

Ella se había ido.

Se quedó petrificado. Un error, ya que otro hombre lo atacó. Bloqueó el golpe, y empujó al

individuo hacia la multitud, que se lo tragó en la multitudinaria pelea.

Ella se había ido, pero sus hermanos seguían allí. Whit lo observaba con un intenso escrutinio, como si estuviera aprendiendo cómo explotar cualquier debilidad para sus propios fines, y Diablo lo contemplaba con una sonrisa que hizo que Ewan deseara poder escalar edificios por segunda vez esa tarde, en esa ocasión para borrar aquel gesto de la cara de su arrogante hermano.

«¿Adónde ha ido?».

«¿Por qué no habían ido con ella?».

«¿Estaría a salvo?».

Otra ronda de golpes lo alejó de los tejados, media docena de luchadores procedentes de todas direcciones. Y peleaban sucio. Una mano le tiraba del pelo y otra de la cinturilla de los pantalones. Un tercero tenía una especie de garrote.

—Eso es antideportivo. —Arqueó una ceja.

El bruto sonrió, mostrando una boca casi desdentada y dio un golpe. Ewan lo esquivó por los pelos, pero no estaba fuera de peligro. Alguien lo agarró desde atrás, deslizándose un brazo por debajo del suyo, y un segundo alrededor de su cuello. Su adversario lo sujetó con fuerza. Lo estaba asfixiando. Él se revolvió, los otros hombres se acercaron y le pegaron en el torso.

Los golpes fueron suficientes para dejarlo sin aliento, y miró hacia la azotea. Primero se encontró con los ojos de Whit, y luego con los de Diablo. Ninguno movió un dedo para ayudarlo.

No lo salvarían.

El brazo que le rodeaba la garganta se tensó, y Diablo movió su mano enguantada, extendiendo el pulgar. Ewan lo comprendió al instante.

«¿Y qué, me vas a convertir en un gladiador y me vas a dar de comer a los leones?».

Diablo movió el pulgar en dirección al suelo.

Acto seguido, como si hubiera estado esperando la decisión del emperador, el brazo que inmovilizaba a Ewan se tensó todavía más. Él alargó la mano para tratar de deshacerse del agarre, pero fue inútil, había tardado demasiado en reaccionar.

Volvió a mirar a sus hermanos en lo alto. Whit estaba hablando, tenía los ojos en algo más allá. Diablo lo miraba con atención.

«Ni siquiera les importa verme morir».

El rugido de la multitud había disminuido, estaba perdiendo el conocimiento. El ambiente que lo rodeaba empezaba a apaciguarse, la pelea parecía tranquilizarse. Inclino la cabeza hacia delante en un último esfuerzo por zafarse. Cuando echó la cabeza hacia atrás, golpeó la nariz del hombre que estaba detrás de él, que gritó de dolor y lo soltó.

Ewan se giró, ya liberado. Era el irlandés del principio. No. Uno diferente, pero con la misma cara. Los mismos brazos carnosos. ¿Serían hermanos?

«¿Cómo debe de ser tener hermanos que te cubren las espaldas», pensó mientras retrocedía, jadeando.

Él lo había experimentado hacía mucho tiempo.

El hombre fue a por él una vez más, ignorando la sangre que le manaba de la nariz —al parecer, se la había roto—, sin duda para terminar el trabajo interrumpido.

Ewan retrocedió lentamente a la espera de que otro par de manos y puños llegaran desde otra dirección. No fue así. En su lugar, solo hubo silencio.

Y no era solo en su cabeza.

La lucha se había detenido.

Sí. La lucha se detuvo por completo. Miró hacia los tejados, donde sus hermanos permanecían de pie como centinelas.

La atención de Nariz Rota se desvió hacia algo más allá, por encima del hombro de Ewan, y lo que fuera que vio lo paralizó. Fuera lo que fuera, era capaz de contener al Garden, un lugar donde una muestra de contención era prácticamente inaudita.

Sin saber qué esperar, Ewan se giró para mirar.

Y allí estaba ella.

La reina del Garden.

No. Su reina.

No desperdició un segundo en mirar a la multitud, que se separaba como el mar a su paso. Su cabello era un alboroto de llamas alrededor de sus hombros; su abrigo negro, confeccionado a medida, volaba a su espalda para revelar el forro zafiro, límpido en la suciedad, a juego con un corsé, diseñado claramente para que llevarlo por encima de los pantalones, sin vergüenza. Para el día a día.

Y en la cintura, el pañuelo escarlata que él recordaba de un año atrás, que no era un guiño a la frivolidad ni un cinturón cualquiera..., sino un arma.

No había ni pizca de vacilación en sus movimientos, sus pasos eran uniformes y seguros. No aceleró el ritmo ni lo redujo, sabiendo, con la convicción que tiene la realeza, que su camino estaría despejado.

Y avanzó paso a paso, con la mirada fija en su destino.

«Él».

El corazón le latía con fuerza mientras la veía acercarse, mientras leía los hermosos ángulos de su rostro, el oro del sol poniente en sus mejillas, la firmeza de su mandíbula, y esos labios, carnosos y suaves como el pecado. Era magnífica y regia, y él había esperado toda la vida por ese momento, por que ella se le acercara.

«Ella iba a por él».

Al darse cuenta, una sola palabra lo atravesó.

«Mía».

La mirada era impenetrable mientras lo observaba, estudiando desde su cabeza y su cara, donde sabía que se estaban formando media docena de moretones, hasta su pecho, donde la camisa blanca se había oscurecido por la pelea y la suciedad, y se había rasgado a la altura del cuello, mostrando una amplia franja de su pecho. Tenía los labios apretados en una línea que

podría haber sido de desagrado o de disgusto, y volvió a levantar los ojos hacia los de él.

Estaba a escasos centímetros; era lo suficientemente alta como para que Ewan no tuviera que agacharse para besarla y, por un momento, le pasó esa idea por la mente, desesperado por volver a probarla. Por la sensación de su aliento contra la piel. Por la suavidad de su contacto.

Quería tocarla allí mismo, en ese lugar donde ella reinaba, desenmascarada y más hermosa de lo que nunca le había parecido, porque allí ella ordenaba cada movimiento, dominaba cada rincón y descifraba cada gesto antes que nadie. Era todopoderosa, detenía una pelea en el Garden por su pura voluntad, y ese poder hacía que la deseara más de lo que nunca había deseado nada ni a nadie.

Ella percibió su deseo; él se lo telegrafió, gozó del reencuentro con sus hermosos ojos castaños, que eran exactamente como él los recordaba, lo único que quedaba de la chica que había amado. Al segundo, ella entornó los ojos, pero él no retrocedió, negándose a apartar la mirada. No después de haber estado tantos años buscándola.

Se irguió en toda su altura, desafiando el dolor del hombro, de las costillas, de la nariz. Se negaba a mostrárselo, aun cuando su corazón latía con fuerza mientras se preparaba para lo que estuviera por venir, sabiendo que, fuera cual fuera el juego al que estaban a punto de empezar a jugar, el resultado lo cambiaría todo.

¿Quién sería cuando hablara? ¿La mujer enmascarada de los jardines? ¿O Grace, finalmente al descubierto?

Ninguna de las dos. Alguien nuevo. Enmascarada de una manera diferente.

—Te dije que no volvieras por aquí. —Se lo había dicho un año antes, cuando lo había dejado tirado en el *ring*, y se había ido a vivir su vida, sin él.

—Me invitaron.

—Haberte negado. —Ella inclinó la cabeza a un lado, hablando solo para él.

—No era una opción. —Y nunca lo sería.

—Mis hermanos te han traído aquí para entretenerse. —Le sostuvo la mirada durante un buen rato.

—Y he sido su bufón, aunque me habría gustado que bajaran de su pedestal.

—Prefieren ver el espectáculo desde arriba. —Le palpó un músculo de la mejilla. ¿Le hacía gracia? Dios, quería que le brindara una sonrisa de esas que cuando eran adolescentes le habían resultado tan reconfortantes.

—¿Y tú? —le preguntó él en voz baja, con los dedos ansiosos por tocarla. Estaba muy cerca. Podría rodearle la cintura con un brazo y atraerla hacia él en segundos. O en menos. Podía darle el placer que había pedido en su jardín, allí, en su terreno—. ¿Qué prefieres?

—Prefiero la paz —dijo ella—, pero tú solamente nos has traído la guerra.

No se le escapó la referencia a los estragos que había causado en la colonia cuando estaba enloquecido por la pérdida y la angustia. Se había dedicado a dañar el lugar que había jurado mantener a salvo.

Ella lo mantenía a salvo en ese momento. Ella lo había salvado.

Y eso le hacía sentir un inmenso placer, porque mantenerlo a salvo significaba que no lo había olvidado. Mantenerlo a salvo significaba que había esperanza.

Ella había evitado que lo mataran.

—No deberías haber venido —espetó ella.

—No me lo habría perdido por nada —respondió.

—¿Por qué?

—¿Crees que he venido a hacer penitencia? —«Por ti».

—La penitencia es un deporte en la colonia —se burló ella—. Pero tú lo sabes mejor que cualquiera de nosotros, ¿no? Te has curtido en ella. —Levantó la barbilla, desafiante. Enfadada—. También sabes que ni siquiera te has acercado a saldar tus deudas. No sabes todo lo que le has hecho a este lugar. No sabes lo que le debes.

—¿Y tú? ¿Me vas a dar algo? —La pregunta podría haber resultado pretenciosa, pero no lo era. Era sincera.

—Lo mismo que ellos y más. —Grace le contestó en el mismo tono.

—Y, sin embargo, has detenido la pelea. —No dejó de mirarla.

Ella entornó los ojos. Ewan no abrió la boca. No tenía por qué hacerlo.

—Estabas tensando la cuerda —dijo ella. Era la verdad, pero ella era la única que se había dado cuenta—. Menuda estupidez. Si no hubiera intervenido, te habrían matado. —Hizo ademán de inspeccionar su cara, con la nariz y la mandíbula palpitando por los golpes que había recibido—. Ya estás medio muerto.

—Cuidado, o pensaré que me prefieres vivo. —Arqueó una ceja.

A ella no le gustó lo que estaba insinuando, y él lo supo. Pero, Dios, a él le gustaba mucho. Si ella no lo quería muerto, lo quería vivo. Y eso ya era algo.

—Los duques muertos tienden a llamar la atención, y no me apetece que la Corona husmee en mis negocios.

—Aquí no hay lugar para ella —apostilló él—. El Garden ya tiene su reina.

Rememoró la noche de principios de semana, cuando ella había acudido a él enmascarada y libre de su pasado.

«Eres una reina. Esta noche, yo soy tu trono».

Ella también lo recordó; notó cómo se le cortaba la respiración por un instante. Vio cómo sus pupilas se dilataban un poco, lo suficiente para revelar la verdad. Lo oyó y lo recordó. Y lo quería de nuevo.

«Ella vendrá a por mí».

—Te dije que no volvieras. —Como si pudiera sentir su arrogante placer, los labios de Grace se convirtieron en una fina línea. Estaba enfadada, pero el enfado no era indiferencia.

La ira era como la pasión.

Por fin, Grace se incorporó y se alejó de él, abandonando aquella intimidad y volviéndose

hacia sus súbditos. Levantó la voz para dirigirse a la masa.

—Creo que esta tarde ya hemos repartido suficiente medicina de la colonia, muchachos. — Miró al bruto que había empezado la pelea—. Tu forma de pelear no es apta para duques, Patrick O'Malley. Cuidado, la próxima vez puede que no esté aquí para salvarte del verdugo.

—Sí, Dahlia. —El irlandés le dedicó una sonrisa tímida que hizo que Ewan quisiera clavarlo en el suelo por lo íntima que le pareció.

Hasta ese momento no se le había ocurrido que ella pudiera tener un amante. Que uno de esos hombres, nacidos en ese lugar y curtidos en él, fuera suyo.

Aspiró un poco de aire al pensar en ello. Era imposible. No hacía ni una semana que ella se había deshecho en sus brazos. Contra su boca, con las manos hundidas en su pelo y sus gritos resonando en el aire. Lo había elegido esa noche.

«Solo esta noche», había susurrado.

Una noche. Eso era lo que le había prometido. Una fantasía durante una noche.

No. Se resistió a la idea. Una noche no era suficiente. Nunca lo sería.

«Es mía».

Mientras Ewan planeaba la muerte del matón, Grace se dio la vuelta y se alejó de él dando zancadas por el patio con las piernas enfundadas en cuero. Le invadió la frustración ante la idea de que eso pudiera ser todo lo que iba a haber entre ellos.

—¿Y tú, Dahlia? —gritó, usando el nombre que ese lugar le había dado—. ¿Qué hay de ti? ¿Tu pelea es apta para duques?

Una oleada de sorpresa recorrió a la multitud ante aquella pregunta tan directa. Ella se quedó petrificada antes de girarse.

«La tenía».

—¡Le pegaré yo si tú no lo haces! —gritó una mujer a su izquierda.

Por un momento se quedó quieta como una estatua. Pero él vio la ira de sus ojos justo antes de que se girase para dirigirse a sus súbditos. Cuando habló, sus palabras resonaron en los edificios. Se aseguró de que todos la oían.

—Este dandi quiere pelea, y Dios sabe que todos estamos deseando darle la paliza que está pidiendo a gritos, pero no es suficiente para nosotros.

Él se enfadó y dio un paso hacia ella, pero el movimiento le provocó un dolor agudo en el costado que le atravesó el hombro como si fuera una llamarada.

Grace miró a los tejados, hacia donde sabía que sus hermanos estaban observando.

—No es suficiente para nosotros —se repitió a sí misma.

¿Qué estaba haciendo?

Y entonces ella lo miró con algo en los ojos que él no esperaba. Le sostuvo la mirada durante un buen rato; habría dado, pagado o hecho lo que fuera, para saber lo que ella estaba pensando.

—Tendrá la pelea que quiere —dijo a voces, como si fuera un anuncio—. Pero escuchadme bien: la pelea es mía. —Las palabras retumbaron mientras ella se volvía hacia el Garden—.

¿Entendido, muchachos?

Hubo un coro de gruñidos de aceptación en el patio.

—La pelea será conmigo. —Ella lo miró a los ojos.

Todo su cuerpo se tensó ante esas palabras y la promesa que encerraban: no habían terminado el uno con el otro. Ella no había terminado. Iría a por él.

Y, entonces, Grace se dio la vuelta; un estremecimiento de placer lo recorrió mientras ella desaparecía entre la multitud.

Grace había ido a por él y había llegado el momento de que él fuera a por ella.

Capítulo 15

Grace se alejó consciente de lo que había provocado.

Lo supo incluso mientras se escabullía del patio entre el tumulto, incluso mientras aumentaba su ritmo, dudando entre si quería perderlo de vista o que fuera tras ella. Se movió más rápido, deseosa de adentrarse en el laberinto de callejones, lejos de él y de lo que le hacía sentir. Lejos de que la hiciera sentir siquiera, lejos de todo.

Giró por un callejón, luego por otro y después por una larga y curvada calle del Garden; pasó por delante de media docena de niños que jugaban a saltar piedras y de un grupo de mujeres que cotilleaban alrededor de un lavadero de zinc mientras terminaban la colada bajo el sol de la tarde.

Las mujeres le sonrieron al pasar. Las dos que reconoció levantaron la mano en señal de saludo, pero ninguna dejó la conversación.

—Nunca he visto a un duque con ese aspecto —decía Jenny Richley. El tono de admiración de sus palabras hizo que Grace recordara algo que no le interesaba.

—¡Dios mío! Nunca has visto a un duque, Jenny —replicó Alice Neighbors.

—¿Crees que todos son tan guapos? —Jenny se rio.

«No. No lo eran», pensó Grace.

No deberían serlo. Deberían ser viejos y con cara de caballo, fofos y con un tufo a privilegio, además de padecer de ataques de gota. Y él no era así.

Porque ser duque nunca había sido su destino.

Se aferró a eso: el hijo del duque que le había robado el ducado. Y lo había hecho arrojándola a los lobos.

«¿No es así?».

La duda surgió de golpe, nueva e inquietante.

Más allá de las mujeres, en el extremo más alejado del callejón, había un lugar para subir a los tejados, puntos de apoyo contruidos en el lateral del edificio, y Grace se dirigió allí. Sabía que era la forma más segura de perderlo de vista. Y eso era lo que quería.

«¿No?».

—No lo sé, pero me encantaría echarle otro vistazo, para estar segura de que es tan guapo como me ha parecido.

—Y yo estaría más que feliz de dejarlas que me miren otra vez, señoras. —Grace se había agarrado al ladrillo que sobresalía de la pared, dispuesta a empezar a escalar, cuando llegó la respuesta para las mujeres.

—¡Dios mío! —chilló una de las que no conocía—. ¡Es él!

Grace se quedó petrificada, aferrada a la pared con la cola de su abrigo ondeando tras ella; no pudo contener la admiración. La había encontrado más rápido de lo que esperaba. Giró la cabeza lo suficiente como para verlo en la entrada del callejón, con la sangre del corte en la mejilla ya seca, la camisa que antes era blanca manchada sin remedio, rota en el hombro, pegada a los músculos tensos del pecho.

Tampoco era que se hubiera fijado en ello.

Ewan arqueó una ceja.

Grace bajó al suelo y se dio la vuelta despacio.

—Duque, se te ve un poco desmejorado por el esfuerzo, si te interesa saber mi opinión.

Las mujeres se rieron.

—Cierto: tus hombres saben cómo pegar. —Ewan levantó una mano y se palpó el hematoma que se oscurecía debajo del ojo izquierdo.

—Y las mujeres también —intervino una de ellas con una risa ronca y gutural.

—Sí, eso también lo he experimentado. —Ewan sonrió, pero no apartó la mirada de Grace.

—Y si quiere que yo le dé mi opinión, creo que se ha cruzado con la gente equivocada —coqueteó una de ellas.

—Parece que tardo en aprender la lección.

Las mujeres se rieron ante aquella muestra de desprecio por sí mismo.

—Bueno, no ha hecho nada para enfadarme a mí —continuó Alice mientras cogía una cesta—. ¿Tiene hambre, mi señor? ¿Quiere un pastel?

—No quiere un pastel —dijo Grace.

—Tonterías. Por supuesto que quiero un pastel —aceptó él, acercándose a las mujeres. Apenas pronunció las palabras, ellas sacaron un paño de té de la cesta y lo desenvolvieron, y luego le ofrecieron un dulce.

Con un gesto de agradecimiento, él se giró y cogió una caja, que puso boca abajo. Grace notó la mueca de dolor que hizo al levantar la caja con una mano, aunque fue casi imperceptible.

Estaba sufriendo.

Ignoró su reacción al darse cuenta y, en su lugar, apretó los dientes mientras él se unía al círculo de mujeres alrededor del lavadero como si hubiera pasado todos los días de su vida merodeando por Covent Garden, aceptando los dulces que le ofrecían.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la pared, observando que él tomaba entre sus manos el pastel y le daba un enorme bocado, nada educado.

—Esto sí que es un hombre —comentó Alice con orgullo.

—Sí —respondió Jenny—. Pensaba que los duques se preocupaban más por las migas.

Él sonreía mientras masticaba, su boca se movía como la de una vaca pastando. Grace ignoró que los movimientos exagerados subrayaban el ángulo de su mandíbula. Ignoró la belleza de su mentón. De hecho, su cuerpo podía atraer a cualquiera como un imán.

A ella no le importaba. Tenía unas normas claras en su cabeza.

Tragó saliva.

—No entiendo que alguien pueda preocuparse por las migas con un bocado tan delicioso en la mano. —Ewan bajó la cabeza al tiempo que lanzaba a Alice una sonrisa que la hizo sonrojar. No era que Grace pudiera reprochárselo. Ella misma se había sonrojado por esa sonrisa innumerables veces. Se habían reído de ello.

Había pasado años tratando de recordar la curva exacta de su sonrisa. La forma precisa en que sus ojos brillaban. La manera en que se sentía contra su piel.

Ella suspiró, y él se volvió para mirarla.

—No es nada, en realidad. Solo los pastelitos de mi madre. ¿Otro? —le ofreció Alice clavando en él su atención.

—¿Sabe?, creo que sí que lo aceptaré, gracias. —Se frotó las manos como un niño emocionado.

—¿Y tú, Dahlia? ¿Quieres uno? —Alice miró a Grace.

Miró detrás de ella, hacia el muro que debía escalar. Hacia los tejados que la llevarían hasta el 72 de Shelton Street, lejos de ese lugar y de ese hombre, y de lo que fuera esa nueva trampa que le había tendido.

Pero antes de que pudiera responder con una educada negativa, antes de que pudiera dirigirse a la pared, lo miró a él. Y percibió el desafío en sus ojos, claro como el día.

¿Por qué no iba a aceptar un dulce? Ese era su territorio, no el de Ewan. Así que ella tenía más derecho a aquellos pasteles que él.

Se acercó mientras Jenny le hacía sitio a Grace sobre el bloque en que estaba encaramada, seleccionó un pastel y se sentó frente a él, asegurándose de que el lavadero quedara entre ellos, como si un pilón de agua tibia y sucia fuera a protegerla.

No es que necesitara protección.

No la necesitaba. Ni siquiera en esos momentos en que el hombre que estaba sentado frente a ella no era nada de lo que esperaba: no era ni el chico al que había amado durante demasiado tiempo, ni el loco al que había temido durante más tiempo aún, ni el amante al que se había entregado unas noches antes..., por poco tiempo.

Pero no importaba que no lo reconociera. Grace era una experta en disfraces y sabía, sin lugar a dudas, que el hombre que tenía delante era una versión efímera. Seguía siendo el duque de Marwick, y ¿no se ganaba Grace la vida brindándoles a los aristócratas la oportunidad de fingir?

Así pues, ese duque había elegido disfrazarse de luchador de Covent Garden.

Porque tenía unos puños para demostrarlo y una sonrisa magnífica para conquistar a las damas, además de para ganar combates.

No era real, sino una fantasía. Ni siquiera sus ojos clavados en los de ella, brillando como el ámbar, podían cambiar eso.

—Tienes la camisa cubierta de sangre —comentó Grace.

—Una medalla al honor. —Él se lamió las migas de la comisura de la boca, mientras ella se esforzaba por no mirarlo.

—Esa herida de tu cara no será una medalla cuando se infecte. Ha llegado el momento de que vuelvas a Grosvenor Square y mandes llamar a tu cirujano, dandi, para que acuda a curarte las heridas.

—Si necesita ayuda para curarse, tengo el bálsamo perfecto, duque —dijo Alice.

—¡Oh! —cacareó otra—. ¡Cuidado! Alice no suele ser tan generosa.

—¡Cualquier excusa es buena para verlo de cerca! —Alice se rio.

Grace esperaba que Ewan retrocediera ante aquellas bromas subidas de tono; el Garden era demasiado duro e imprevisible para las delicadas sensibilidades de la aristocracia. Pero en lugar de eso, esbozó una sonrisa que llegó acompañada por una mirada tímida y casi ingenua. Ignoró la forma en que se le revolvió el estómago al reconocer al muchacho que podía vislumbrar en aquella mirada.

No quería reconocer a ese chico.

No quería recordar que hubo un tiempo en que lo había amado. En que él la amaba y la había sostenido entre sus brazos mientras le susurraba historias sobre aquel lugar, su lugar, el sitio donde un día reinarían juntos... Hasta que él había cambiado de opinión y había decidido darle la espalda.

—Gracias por el ofrecimiento, señorita Alice. —Grace resistió el impulso de poner los ojos en blanco por la forma en que las mujeres celebraban que las tratara con tanta ceremonia—. Pero hay otros asuntos que requieren mi atención en este momento. Después de todo —echó los hombros hacia atrás de forma perezosa—, Dahlia me ha prometido una pelea.

Su público se volvió al unísono hacia donde ella estaba sentada. Cuatro pares de ojos se abrieron de par en par. Grace se tragó una maldición; era imposible que eso no llegara a oídos de sus hermanos.

—Ya te has terminado el pastel —dijo ella.

—¿Ah, sí? —Abrió los ojos de par en par.

—Sí, te lo has terminado —insistió ella—. Has interrumpido el trabajo de estas mujeres. Y tienen unas vidas más allá de este lugar y de ti.

—No, señorita —protestó Alice—. Ustedes dos son lo más interesante que hemos visto en años.

—Mis hijas nunca creerán que un duque se sentó a mi lado mientras lavaba —dijo Jenny, negando con la cabeza e inclinándose para recoger más ropa de la cesta que tenía a sus pies. Arrojó un chaleco de lino gris al lavadero, se agachó para coger una piedra del fondo y la utilizó para frotar la suciedad de la ropa.

—¿Y la creerían si les dijera que además la ayudé con la colada? —Ewan miró la cesta que había entre ellos y sacó otro trozo de tela de su interior, sacudiéndolo para revelar una camisa de talla grande antes de meter las manos en la balde de agua y coger su propia piedra.

Grace abrió los ojos como platos.

Las mujeres alrededor de la pila se quedaron heladas; en realidad, a todo el Garden le pasó lo mismo: los niños en la calle, el reloj del mercado...

—Su excelencia. —Jenny balbuceó, estaba conmocionada—. No puede.

—Por supuesto que puedo. No siempre he sido duque. —La miró.

«Está loco».

Los ojos de Grace se abrieron de par en par ante esas palabras, una revelación, una confesión y una amenaza a todo lo que él apreciaba.

—Fuiste conde antes de ser duque. —No pudo contenerse. Él la buscó con la mirada y ella leyó sus pensamientos como si los hubiera pronunciado en voz alta: «No sé a qué te refieres». Ella arqueó una ceja—. Los condes tampoco hacen la colada, alteza.

—Yo sí —dijo llanamente, volviendo al trabajo, frotando las manchas de la camisa con la piedra mientras el mundo entero se quedaba boquiabierto.

Finalmente, Jenny volvió a hablar.

—Por favor, excelencia. No lo haga. Es terriblemente... —se interrumpió y miró a Grace como para pedirle ayuda.

Ella se levantó y se acercó para llamar su atención.

—¿Siempre te mueves por los tejados? —le dijo él sin inmutarse.

Grace se sintió incómoda ante la pregunta y no le respondió.

—Desde que era una niña —respondió Alice en su lugar, con una risa profunda—. Mi hijo le enseñó a trepar. Tuvo que aprender, ¿verdad?

«No había tenido que aprender».

Ewan inclinó la cabeza mirando a Grace mientras seguía machacando la prenda que estaba lavando con la piedra con movimientos rápidos y ágiles, como si lo hubiera hecho antes.

Y lo había hecho. Lo había hecho allí. En un callejón muy parecido a ese. Después de todo, había sido un chico de Covent Garden mucho antes de ser un hombre de Eton.

Aunque a Grace los músculos de sus brazos no le parecían muy etonianos. Por suerte, él interrumpió sus pensamientos antes de que ella pudiera recrearse en ellos.

—Háblame del chico que te enseñó a escalar.

«Tú me enseñaste a trepar».

Era incapaz de contar las veces que se habían sentado juntos en las copas de los árboles. Pero no estaba dispuesta a confesarlo.

—Asriel —soltó, negándose a mirarlo. Recogió un par de pantalones de la cesta de Alice y los sumergió en el lavadero. Sonrió a la mujer mientras cogía un cepillo ancho del agua y empezaba a frotar—. Él me enseñó todos los puntos de apoyo del Garden.

—Ese niño me provocaba un infarto diario. ¡Qué forma de trepar! —Alice se rio.

—Parecía un gato —dijo Grace. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces?—. ¿Cómo está, Alice?

La mujer sonrió y Grace reconoció el orgullo de madre.

—Oh, está muy bien... Muy bien. Sigue en ese casino de St. James, pero de vez en cuando encuentra el camino a casa para venir a cenar. —Asriel había sido uno de los pocos que había salido del Garden para trabajar, y lo había hecho como guardia de seguridad en El Ángel Caído, uno de los clubes de caballeros con más renombre de Londres.

—Dígale que Dahlia le envía su gratitud por las lecciones de esa época.

—Lo haré. —Alice asintió.

—No me mires así. —Grace clavó los ojos en Ewan, no le gustaba la forma en que la observaba. O, quizás, le gustaba demasiado.

—¿Cómo? —Él arqueó las cejas.

—Como si yo te gustara —soltó ella volviendo a prestar atención a su trabajo.

—Siempre me has gustado —repuso él con sencillez, y ella no pudo evitar mirar hacia arriba, hacia su rostro magullado y ensangrentado, desfigurado e inquietante.

Se suponía que no debían gustarse.

—Y a ti, milord, ¿quién te enseñó tus habilidades? —Grace parpadeó y miró alrededor hasta posar los ojos en Ewan.

—Espero que no te refieras a lavar la ropa. —Esbozó una sonrisa.

Todas las mujeres se rieron.

—¡A mí también me gustaría escuchar esa historia! —cacareó Jenny.

—Me enseñó mi madre —dijo él.

No pudo evitar mirarlo al oír aquello. Sabía que había algo demasiado complicado detrás de esas palabras. Su madre, que antaño había sido amante de uno de los duques más venerados de Gran Bretaña, luego fue rechazada, con su hijo, allí.

—¡Su madre! —se extrañó Alice, con los ojos muy abiertos—. ¿Una duquesa haciendo la colada?

—No solo a lavar la colada —prosiguió él, manipulando hábilmente la conversación—. ¿Qué dirían si les dijera que también me enseñó a dar puñetazos?

—¡Dios mío! —intervino la tercera mujer—. ¡Yo diría que me parece una verdadera duquesa del Garden!

—Lo era —afirmó él con una sonrisa, y todos rieron. Todos menos Grace, que no podía dejar de mirarlo. Y cuando él se volvió hacia ella, vio todo lo que él no decía y lo odió. Pero luego siguió hablando—. Tal vez debería buscarme a otra duquesa en el Garden.

Las risas cesaron de inmediato y el silencio reinó alrededor del lavadero, como si hubiera desvelado un secreto. El pecho de Grace se contrajo con algo parecido al pánico.

«Era pánico, ¿no?».

Fuera lo que fuera, tenía que acabar en ese instante.

—Suficiente. —Grace dejó los pantalones mojados que había lavado sobre el montón de ropa limpia, se aclaró la garganta y se puso de pie.

—¿De veras? ¿Por qué? —Ewan levantó la vista.

Lo estudió durante un buen rato. ¿De verdad no lo sabía?

Tal vez sí era el loco que había sido una vez, pero no era peligroso.

«Ni hablar...». Así, cubierto de sangre y haciendo la colada, resultaba más peligroso que nunca.

—Porque este no es tu sitio, Marwick.

Él se estremeció al oír cómo lo llamaba antes de ponerse en pie, moviéndose con una pizca de rigidez que trató de ocultar, pero que ella detectó de todos modos. Cuando sus ojos se encontraron con los de Ewan, algo brilló en ellos, algo que recordaba de su juventud: el desafío.

Sabía que, si mostraba esa debilidad allí, el Garden se lo comería para cenar. Había sido destetado con esa lección, en ese mismo lugar. Él pertenecía a ese lugar, podía demostrarlo si se le daba la oportunidad. ¿No había nacido allí? ¿No había aprendido el laberinto de calles al este de Drury Lane antes de que sus hermanos supieran que existía Drury Lane?

Pero lo había abandonado. Y ella lo había hecho suyo. Y ahora era solo suyo y él lo entendía, comprendía el orgullo de la gente que vivía allí, mejor de lo que él lo haría nunca. Los había hecho sentir a todos tontos cuando acudió allí con su fino traje, su perfecta dicción y sus manos cuidadas.

Y sobre todo a Grace.

—Estás demasiado dentro del Garden para dirigirte a Mayfair, duque —comentó ella, inclinando la barbilla hacia el oeste—. Sigue el sol y busca tu casa, antes de que te encuentres con alguien peligroso en las calles.

Se obligó a apartarse, a encaramarse a la pared, a trepar por los tejados y a regresar al trabajo. Antes muerta que verlo marcharse.

—Ahora estoy a salvo en estas calles, ¿verdad, Dahlia? —gritó él, y no pudo evitarlo: se volvió, al oír su nombre en sus labios, donde no debía figurar.

No se estaba yendo. Iba a por ella, despacio y con calma, como si no le doliera el muslo, como si no le ardiera el hombro y no tuviera el cuerpo lleno de hematomas, con engreimiento... ¿Cómo era posible que siguiera siendo tan guapo? Nadie debería ser tan guapo con la cara plagada de moratones.

—¿No acabas de decir que tú me protegerías?

—Yo no diría protegerte, ¿sabes? —Se separó del muro y se irguió mientras él se acercaba.

—¿No? Lo he oído claramente —dijo bajando la voz para que fuera sensual y grave, pero no lo suficiente como para que no lo oyera su público—. Te he oído decir que era tuyo.

Ignoró el modo en que esas palabras la excitaban y entrecerró los ojos mientras las mujeres que la observaban vibraban de expectación. Estaba actuando, y a ella no le gustaba.

—Los golpes en la cabeza te han adormecido el cerebro, porque no he dicho nada de eso.

—¿No?

—No. Dije que ibas a luchar contra mí.

—¿Y si te dijera que soy todo lucha?

Un suspiro llegó desde un poco más allá, y Grace lo ignoró. Ignoró también el deseo que todas esas mujeres tenían de suspirar por él.

—Te diría que has sido un dandi demasiado tiempo para que eso sea cierto.

—¿Y qué si ser un dandi me ha convertido en un luchador? ¿Y si me ha llenado de rabia y veneno, y me ha convertido en el tipo de matón que tú querías? —La observó durante rato, haciendo que se quedara quieta—. ¿Y si soy solo lucha? —susurró—. ¿Y si eso es todo lo que puedo dar?

El sol estaba ya bajo, casi sobre los tejados, arrojando una luz dorada a través del callejón, haciendo que su pelo rubio, espolvoreado de hollín y barro de la colonia, tuviera el mismo color que sus ojos, que ardían en los de ella. Esos ojos que ella conocía tan bien como los suyos propios. Mejor quizá...

Los que la perseguían en sueños, el único lugar donde podía permitirse recordarlos.

—¿Y si no puedes reclamar que luche contigo sin reclamarme a mí? —Bajó la voz.

No podía respirar por las imágenes que le evocaban las palabras. Por los recuerdos que traían. No quería. No quería los susurros de su pasado. No quería la confusión del presente. No quería el sabor de él en sus labios ni el recuerdo de la forma en que la desarmaba con su contacto y su boca.

Estaba lo suficientemente cerca como para tocarlo.

—¿Vas a comerte eso?

«¿Qué?».

Él asintió, y ella siguió su mirada hacia el dulce, todavía en su mano, a medio comer.

—El pastel —insistió él—. ¿Piensas comértelo?

—¿Me lo estás pidiendo? —Lo resguardó contra su pecho.

—Sería una pena que se desperdiciara.

—¿Se priva de los dulces, duque? —Lo miró con los ojos entrecerrados.

La pregunta provocó un cambio instantáneo.

—Sí. —Su voz se volvió repentinamente profunda y sensual—. Dios, sí. Llevo toda la vida privándome de cosas dulces.

Ella lo miró boquiabierta ante esas palabras.

La media sonrisa de nuevo. La que ella conocía tan bien de su juventud.

—Pero no quiero el pastel.

Le llevó la mano a la cara, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja, y el calor la invadió con tan solo ese roce.

—Entonces, ¿qué? —Respiró con fuerza.

—Solo quiero lo que tú quieras. —La agarró y la inclinó hacia él. Puso sus labios sobre los de ella, haciendo que el pastel de la discordia cayera al suelo. Estaba perdida.

El beso fue diferente a los de la otra noche, cuando iba enmascarada, con peluca y maquillada

para que no pudiera reconocerla. Cuando él le proporcionó placer privado solo por eso, por el placer. Sin pasado, sin futuro, solo presente.

Por supuesto que era diferente. Porque ese beso implicaba todo el tiempo. Ese beso era promesa y amenaza, historia y futuro. Y era el resumen de veinte años de desearlo, incluso sabiendo que nunca lo tendría.

Era doloroso, dulce, delicioso y horrible, y la dejaba al descubierto allí, bajo la luz dorada del crepúsculo en Covent Garden, donde nunca había estado desnuda. Donde nunca había estado lo suficientemente segura para estar desnuda.

Sin embargo, mientras sus brazos la rodeaban, atrayéndola hacia él, se sintió en casa. A salvo. Al menos mientras se besaban.

«No te detengas nunca».

La idea la atravesó mientras levantaba los brazos para rodearle el cuello, para que se quedara allí, contra ella, por puro placer.

«Por favor, no te detengas nunca».

Él no parecía interesado en detenerse; de hecho, cuando ella se puso de puntillas para estar a su altura, sus brazos la sujetaron por la cintura, presionándola a lo largo de la dura longitud de su cuerpo, todo músculo y fuerza. Grace balanceó las caderas contra las de él y apretó su centro suave y sensible a lo largo de su dureza.

Él la deseaba, tanto como ella lo deseaba a él.

Suspiró al darse cuenta, el sonido se perdió en su beso, incluso cuando él gruñó de placer y la atrajo con más fuerza, subiéndole su mano grande y cálida por la espalda hasta llegar a los rizos salvajes. La caricia no tenía nada de suave; le agarraba un mechón de cabello para mantenerla quieta.

Bien. Ella no quería suavidad.

Ewan la besó más profundamente y ella separó los labios para él; su lengua se deslizó sobre la de ella, mientras las manos de ella imitaban las suyas, aferrándose a los sedosos mechones de su pelo, mientras le lamía los labios, balanceándose con cada movimiento. Ewan no se cansaba de ella y Grace no se cansaba de él. Y, entonces, la hizo girar, la levantó y la llevó detrás de una alta pila de cajas y barriles.

La arrimó a la pared, casi fuera de la vista de las lavanderas, y le puso las manos a ambos lados de la cabeza, aprisionándola para besarla de forma cada vez más adictiva, cada vez más desesperada, de un modo que amenazaba con arrastrarla más y más hacia lo que fuera que le había hecho volver. Amenazaba con hacerla rogar por él.

«No te detengas nunca».

Ewan encajó su fuerte muslo entre los de ella; el peso de este contra su carne dolorida le arrancó un gemido que solo oyó él y, aun así, pareció encenderlo. Grace deslizó las manos por el pecho de Ewan, extendió los dedos por su torso, tan diferente ahora a un año antes, cuando había trazado sus flacos contornos.

Ya no había nada flaco en él. Era todo músculo, una topografía inexplorada, digna de un nuevo mapa.

Le pasó los dedos por una costilla y él se quejó. Un puñetazo de hierro de la colonia. Una costilla rota. Y, aun así, había encontrado tiempo para coquetear y jugar. Había encontrado fuerzas para seguirla.

«Te seguiré, Gracie. Siempre».

Una promesa que le había repetido a lo largo de los años.

Una de sus enormes manos se deslizó en el interior del abrigo y la agarró por la cadera para mantenerla quieta y pegada a él, mientras apretaba aquel glorioso muslo más arriba y con mayor firmeza. Cuando se arrimó a él, Ewan movió la mano y la deslizó por su costado hasta tocarle un pecho.

Estaban en medio de la colonia. Tenían público a pocos metros. Debía detenerlo.

«Pero no es lo que quiero».

La sensación de sus manos en su cuerpo era insoportable. Grace no era ajena al placer, pero ¿había sentido alguna vez algo así? ¿Algún hombre la había hecho arder así?

Las inseguridades de él se fueron tal y como llegaron.

«No hay más hombres».

Mientras el pulgar de Ewan se deslizaba por debajo del borde del corsé y trazaba un áspero círculo alrededor del pezón enhiesto, Grace bajó la mano para posarla sobre la perversa y maravillosa longitud masculina. Estaba duro y caliente, y era perfecto, y cuando él emitió un gruñido profundo y delicioso, ella se lo devolvió con una risa gutural: el placer de Ewan la envolvía con tanta intensidad como el suyo. Los dedos de su mano libre volvieron a enredarse en el pelo de él, mientras le chupaba con delicia el labio inferior, deleitándose con su sabor, con la carnosidad de aquel labio.

Su gruñido se convirtió en algo más intenso. En depredador.

Pero ella ya no era una presa.

En ese momento eran iguales.

Los dos eran cazadores.

«¿Cómo iba a detenerse?».

—¿Todo bien ahí atrás? —Pareció que la pregunta llegaba de algún punto a kilómetros de allí, pero sonó potente como un cañonazo y seguida de una cacofonía de risas burlonas y divertidas.

Grace se separó de él, jadeando, y volvió al Garden. Su mirada observó el callejón, las piedras que se oscurecían cada vez más, mientras, por el oeste, el sol convertía el cielo en un infierno.

Pasó por delante de él, alisándose el abrigo, y rodeó el montón de cajas para enfrentarse a la serie de mujeres que los miraron con los ojos muy abiertos, audaces, sin disculparse, y unas sonrisas cómplices en los labios.

—Perdón, señoras —se disculpó él desde detrás de ella, tranquilo y relajado, como si todo aquello fuera tan normal.

Grace se puso rígida al oír su disculpa y las carcajadas de las mujeres. Tuvo que resistir el impulso de llevarse las yemas de los dedos a los labios para recordar el placer que había sentido en ellos, el delicioso escozor que él le había dejado con su beso.

No. No era delicioso.

No debería haberlo besado.

No importaba lo complicado que fuera resistirse a él y a su nueva fanfarronería, como si las peleas de Covent Garden fueran su pan de cada día.

No importaba que las peleas parecieran satisfacerlo.

No debería haber disfrutado de sus labios. La mirada oscura y penetrante de Ewan se clavó en los ojos de ella; de su garganta surgió un pequeño gruñido que la hizo entrar en calor. Sus ojos se cruzaron y reconocieron el deseo.

¿Deseo? Necesidad.

No solo era deseo. Y cuando él le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí, inclinándose y besándola de nuevo, de forma perezosa y prolongada, como si tuvieran una semana por delante y no estuvieran siendo observados, sintió verdadera necesidad.

Antes de que ella pudiera protestar —y habría protestado—, la soltó de nuevo. Entonces, acercó los labios a su oreja.

—Grace —le susurró su nombre al oído como una bendición. Otra vez—. Mi Grace... Dios, hace mucho tiempo que te deseo.

«Igual que ella».

—¡Llévatelo a casa y dale un buen revolcón, Dahlia! —gritó Jenny, y el resto de las mujeres aullaron y los vitorearon, después de terminar, por fin, sus tareas y su voyerismo, con las cestas a la cadera, ya preparadas para volver a casa.

Por un momento, Grace se imaginó llevandoselo a casa. Preparándole un baño. Lavándole el pasado y la suciedad hasta que estuviera limpio; entonces ya se habría ido el sol y estarían envueltos en la oscuridad y podría tomar todo lo que quisiera de él.

Durante un instante, se deleitó en esa fantasía.

Durante un instante, se olvidó de que él no era terreno seguro.

De que no estaba en casa.

Era su enemigo, el adversario de sus hermanos y de todo Covent Garden.

Lo empujó por los hombros y lo separó más rápido de lo que habría querido. Más fácilmente de lo que habría deseado.

Apartó la idea y detestó las preguntas que siguieron. Detestó aún más las respuestas.

—Ha sido un error. —La ira y la frustración la invadieron.

—No, no es cierto. —Ewan negó con la cabeza. Lo dijo como si fuera algo indiscutible. Como la hora que era o el color del cielo.

—Por supuesto que sí. Esto es solo un juego —sentenció ella, dejando que el cansancio se filtrara en las palabras. Estaba cansada de huir de él. Cansada de esconderse—. Todos

cometemos errores. —Hizo una pausa—. Sobre todo, tú.

Grace notó que fue como si lo hubiera abofeteado y su mirada se volvió ardiente. Un asomo del duque loco que Mayfair pensaba que era.

—Dime cómo enmendarlos.

—No puedes, duque. Ni con dinero ni con poder ni con toda una vida lavando ropa. —
¿Cuántas veces lo había imaginado diciéndole eso? Negó con la cabeza.

El coro de mujeres soltó unas risitas nerviosas.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer? —continuó—. He recibido los puñetazos de tus hombres en el patio. He sido el bufón de tus hermanos. El tuyo.

—De tus hermanos —dijo ella.

—¿Qué?

—Son tus hermanos.

—No. Ellos huyeron contigo. Te protegieron. —Negó con la cabeza.

—Sí —afirmó ella levantando la barbilla—. Me protegieron de ti, pero son de tu sangre.

Él ignoró la certeza de sus palabras.

—Todavía no me has dado una razón. Dame una buena razón y me iré. Una razón por la que no pueda pagar mis deudas, rezar mis oraciones, hacer mi penitencia.

—¡Hay mil razones!

—En ese caso, supongo que podrás darme al menos una. —Hizo una pausa—. En lugar de eso, me arrastras a una divertida persecución por el Garden.

—Me has seguido tú —replicó ella.

—Sí, pero tú querías que te siguiera. —Arqueó una ceja.

«Lo había querido, claro que lo había querido». Maldito fuera por darse cuenta.

La frustración y la rabia se dispararon, y le entraron de gritar. En lugar de eso, acortó la distancia que los separaba, levantó la mano y agarró el cuello ya raído de su camisa, el lugar donde la cuerda que sostenía el hielo había hecho un agujero en el delicado tejido. Tiró de la tela, terminando lo que la pelea había empezado, rompiéndolo para dejar al aire su hombro en carne viva y la «M» que su padre había grabado allí, blanca y sobresaliendo en la piel roja y dañada, una cicatriz del mal.

—¡Ahí tienes la razón! —Se balanceó sobre sus talones cuando le soltó la camisa—. Siempre serás suyo. Y no me importa que engatuses a las mujeres de la colonia. No me importa lo hábil que seas lavando. No me importa que el mapa del Garden esté grabado en ti o que hayas nacido en su fango. Te alejaste de todo en el momento en que nos traicionaste. En el momento en que lo elegiste a él antes que a nosotros.

Grace se detuvo, resistió la sensación de asfixia que le cerraba la garganta, el dolor punzante que apareció detrás de sus ojos. El luto por el chico al que había amado. El que había jurado no dejarla nunca. Que jamás le haría daño.

Ese chico le había mentado.

—Siempre serás Marwick —dijo ella mirándolo fijamente a la cara, oscurecida por los moratones del día y las sombras de la noche—. Y eso significa que siempre serás un error.

Y tal vez algún día lo entendería.

Grace tragó saliva para aliviar el dolor de garganta y se apartó antes de que Ewan dijera algo, pero él la alcanzó y le agarró la mano antes de que lograra separarse. Tiró de ella para que se quedara enfrente.

—Nunca lo elegí a él.

Ella negó con la cabeza, pero él le impidió que se marchara; deslizó la mano por su brazo hasta sujetarla. Tendría que habérselo quitado de encima. Pero no lo había hecho, aunque odiara la sensación de tenerlo contra su piel. Áspero. Fuerte. Caliente.

«Era mentira». No lo odiaba.

Y lo odió aún menos cuando él la agarró con más fuerza.

—Nunca lo elegí —repitió él—. He hecho cosas terribles en mi vida. Cosas por las que seguramente pasaré una eternidad en el infierno. Cosas por las que tal vez nunca me perdone a mí mismo. Y las soporto todas. Pero esa es una por la que nunca tendré que pagar. —Su voz estaba cargada de ira. No. No era tan simple como la ira. Era más salvaje; era furia—. Nunca lo elegí a él.

Grace quiso creerlo. Dios, no había nada que quisiera creer más. Pero cuando cerraba los ojos aún podía verlo, yendo a por ella cuchillo en mano. Todavía podía ver en la oscuridad cuando hizo arder los muelles de Londres.

Pero... ¿quién era ese hombre tan diferente?

—Juré que esperaría. —Ewan miró hacia los tejados.

—¿Que esperarías a qué? —respondió confusa.

—¿Qué necesitas? —La miró con intensidad.

Esa pregunta de nuevo; ya se la había hecho antes. En el *ring*. En los jardines.

«¿Qué necesitas?», como si él existiera solo para su placer.

No. No era para su placer.

Era un objetivo.

Durante toda su vida Grace había tenido un propósito. Había sido sustituta, premio, protectora. Había sido empleadora y amiga. Había sido mujer de negocios, negociadora, luchadora y espía. Y nunca en su vida había habido un momento en que no supiera exactamente cuál era su meta. ¿Cuándo no había tenido un plan?

¿Cuándo no había tenido la respuesta a cualquier pregunta?

Pero allí, en el silencio, antes de que la ciudad pasara del día a la noche, Grace Condry, luchadora sin par, empresaria sin parangón y reina de Covent Garden, descubrió que no tenía ninguna respuesta.

No sabía lo que necesitaba.

No sabía lo que merecía.

Y se sentía aterrorizada por lo que deseaba.

—No lo sé —dijo. Aquellas palabras tan íntimas revelaban demasiado.

La confesión lo cambió, su mirada se hizo más dura, su mandíbula se puso más tensa. Dio un paso atrás y, sin saber por qué, ella odió la distancia que se interpuso entre ellos.

Pero ¿acaso no quería que se alejara? ¿No quería perderlo de vista? ¿No quería que él se fuera y no volviera nunca?

¿No era eso lo que necesitaba?

Por supuesto que sí.

«¿Acaso no era así?».

Ewan se detuvo, y dos metros se convirtieron en dos kilómetros.

—Ven a verme cuando lo sepas —concluyó él entonces, por encima del caos de sus pensamientos.

Capítulo 16

Esperarla resultaba una tortura.

Más tarde, esa misma noche, Ewan estaba en medio de su dormitorio, dolorido por la pelea con el Garden y por el combate con Grace; sabía que solo uno de esos dolores desaparecería con el tiempo.

Había visto la forma en que ella lo deseaba, lo había sentido cuando se besaron en la entrada del callejón. Lo había percibido en sus suspiros entrecortados, cuando se aferraba y se apretaba contra él, haciéndolo enloquecer.

Y lo que era peor, había visto cómo ella luchaba contra ese deseo cuando le había preguntado qué necesitaba.

Lo necesitaba a él, maldita fuera.

Igual que él la necesitaba a ella.

Y podría haberla convencido de ello mientras el sol se ponía sobre los tejados. Podría haberla seguido mientras escalaba el muro y se dirigía a su casa, donde podría haberse colado.

Donde ella podría haber dejado que la besara de nuevo y terminaran lo que habían empezado.

Podría haberle dicho lo que necesitaba. Y dejar que él se lo diera.

Pero eso no era suficiente. No solo quería que le permitiera estar con ella. Que le dejara tocarla, besarla. Quería que ella también lo deseara con el mismo doloroso y lacerante anhelo que él.

Y eso significaba permitir que Grace lo eligiera.

Que fuera a por él.

Así que se había marchado, en lugar de atraerla a sus brazos y mantenerla allí hasta que confesara la verdad.

«Ven a verme cuando lo sepas».

Gruñó de irritación al recordarlo, y la frustración le hizo subirse los pantalones y abotonárselos con una brusquedad que le provocó dolor en las costillas.

—Te lo mereces, maldita sea —murmuró para sí mismo, deteniéndose antes de terminar de vestirse. Se volvió hacia el espejo que había en el otro extremo de la habitación, todavía en penumbra, a pesar de las velas que había colocado a su alrededor para examinarse mejor las heridas.

Si no la hubiera dejado, ¿estaría todavía con ella? ¿Habría curado ella sus heridas? La pregunta le hizo recordar sus dedos en su pecho deslizándose hacia abajo, por sus costillas,

rozándolo apenas cuando él se había quejado por el dolor. El primer indicio de que le preocupaba que sufriera.

Como si su contacto pudiera hacerle daño... Ni siquiera cuando ella le infligió el castigo en el *ring* de boxeo, incluso cuando él había recibido sus puños y luego el pañuelo de seda de su cintura que cualquier otro hombre habría subestimado, ni siquiera entonces pudo evitar deleitarse con su contacto.

«Estaba viva».

Un año después, aquella revelación seguía amenazando con quebrarlo.

Estaba viva, y si él tenía razón, lo deseaba, así que se había arriesgado y la había dejado con las ganas, allí, en el Garden, y había vuelto a su casa de Mayfair. Su intento de colarse por las cocinas fracasó en el momento en que la cocinera vio su cara maltrecha y se puso a gritar llamando a O'Clair, que inmediatamente se transformó en una gallina cuidando de su polluelo e insistió en que avisaran a un médico, a Scotland Yard y al hermano del mayordomo, que al parecer era cura.

Tras convencer al mayordomo de que estaba magullado, pero no tenía nada roto, que no se había cometido ningún crimen y que no necesitaba la extremaunción, Ewan pidió que le prepararan un baño, una botella de *whisky* y una cesta de vendas.

Tomó los dos primeros elementos en abundancia antes de ponerse manos a la obra con el tercero; no pudo evitar una mueca de dolor mientras se inspeccionaba los hematomas del torso. Estaba oscuro y la luz de las velas en la habitación no era la más idónea para curarse las heridas, pero no iba a pedirle a O'Clair más velas, no fuera a ser que el mayordomo volviera a entrar en pánico. Así pues, Ewan se quedó con lo que tenía: un espejo y una docena de llamas que proyectaban sombras sobre su piel mientras comprobaba con cautela el estado de sus costillas.

No creía que fuera a precisar un cirujano, pero a pesar de todo el dolor era considerable.

Maldiciendo con ganas, se afanó en colocar las vendas alrededor de su torso. La irritación hizo que la tarea fuera más difícil de lo que debería. Se sentía cansado y dolorido, y tenía un nudo en la garganta debido a los acontecimientos de la tarde: al combate y a la persecución a la que ella lo había arrastrado por el Garden. Y por el control que ella no había perdido en ningún momento.

Dios, cómo la había deseado... Había querido echársela al hombro y llevarla a cualquier rincón privado para darle la oportunidad de pelear como le había prometido.

Pero cuando dio con ella, encaramada en una pared, a punto de trepar por los tejados, volviendo a dominar aquel mundo que tanto había amado él, se había dado cuenta de que no la quería en privado. La quería en público.

Quería ser él quien conociera sus secretos y sus historias. Quería que ella le mostrara todas las formas en que podían escalar juntos hasta los tejados.

Detestaba que hubiera habido otro chico que la enseñara a trepar. Detestaba que nunca se hubiera dado cuenta de que ella necesitaría saber algo más que trepar a los árboles para

sobrevivir. Detestaba que tuviera que sobrevivir..., y todo por su culpa.

Quería aprenderse de memoria sus mapas, las tejas de pizarra, las chimeneas... Y escuchar todas las historias que tenía que contar sobre los últimos veinte años. Quería trazar nuevos mapas. Nuevas historias.

Y quería que el mundo los viera juntos.

«No lo sé», había dicho ella, y él había sentido todos los matices de aquella confesión. Los sintió en su alma. Porque él tampoco lo sabía. Lo único que sabía era que quería aprender con Grace. Quería un futuro, y lo único que tenían era pasado.

«Me has traicionado».

Con un gruñido, tiró de la larga cinta de lino que envolvía sus costillas y la ciñó todo lo que pudo, apretando los dientes por el dolor.

—Nunca la apretarás lo suficiente tú solo.

Casi se le cayeron las vendas al oír esas palabras. El movimiento le provocó un dolor intenso y se quejó en alto cuando ella entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda.

Bebió su imagen con el corazón acelerado, mientras el alivio, el placer y una cantidad nada desestimable de orgullo lo recorrían. Ella había ido hasta él. ¿Habría algún momento en que no se sintiera consumido por la emoción ante la idea de que ella lo buscara por su propia voluntad?

Y esa era su propia voluntad.

Y también la de él.

Llevaba su uniforme, la ropa que la convertía en reina. Pantalones negros y botas de cuero — con las que siempre amenazaba con hacerle daño— cubrían sus largas piernas como el pecado, hasta más allá de las rodillas. Por encima de los pantalones, un corsé azul cielo bordado con hilo de oro. En la cintura, un pañuelo, su arma preferida, complemento del corsé, dorado con hebras del mismo azul. Por encima de todo, un abrigo negro confeccionado a medida. En otra mujer, el abrigo parecería un disfraz, algo para ocultarse de las miradas indiscretas y convertirla en un caballero más de la calle. Pero Grace no se escondía. El abrigo estaba abierto para mostrar la impresionante corsetería que había debajo y el forro a juego que había más allá, del mismo azul, el color azul pálido de un cielo de invierno.

Abotonado, el abrigo sería perfecto para pasar desapercibida, con la capucha sobre sus salvajes rizos rojos. La única prueba de que existían era un pequeño mechón errante que escapaba de su escondite. Quiso echar la capucha hacia atrás y dejarle caer la melena sobre los hombros, como había hecho antes.

Se deleitó con su aspecto: acero y seda, un reflejo de sí misma. Aun así no pudo evitar la frustración. Había acudido a él enmascarada. Otra vez. Puede que no fuera la máscara de seda que había llevado la noche del baile, pero llevaba una máscara, la misma que se había puesto con anterioridad, cuando había comandado su ejército de Covent Garden, y esta vez estaba hecha de poder.

Atrás quedaba la mujer que había vislumbrado después del combate, la que le había contado

la historia de cómo aprendió a escalar muros. La que regalaba sonrisas a los matones en el estiércol y a las mujeres en el lavadero.

Quería esas sonrisas espontáneas para él.

La quería. De verdad.

Pero prefería tener un poco antes que nada.

—¿Cómo has entrado?

—Soy una delincuente callejera redomada, duque. ¿Crees que algo podría impedirme allanar una morada de Grosvenor Square? —Ella le dedicó una pequeña sonrisa.

—Tengo claro que nada se te resiste —le confirmó él—. Sin embargo, me sorprende saber que mi prepotente mayordomo no te ha recibido en la escalera.

Grace atravesó la habitación hasta una mesa baja con una colección de copas y un pesado decantador de barco, y Ewan no pudo apartar la vista de su contoneo, con su abrigo balanceándose alrededor de sus largas piernas. La vio sacar el tapón de la jarra y oler el brandi que había dentro.

—Francés. Muy caro. —Grace alzó las cejas.

—Tengo entendido que hay formas de conseguirlo más barato —comentó mientras ella se servía un vaso.

Supo que a ella no se le escapaba la referencia a la empresa de dudosa legalidad de los Bastardos Bareknuckle.

—No tengo ni idea de qué estás hablando. —Bebió—. No me he cruzado ni con un solo sirviente armado con una pistola de duelo antigua y con gorro de dormir —añadió—. Ha sido realmente decepcionante.

—Mmm... ¿De qué me sirve tener un mayordomo prepotente si es incapaz de ahuyentar a los intrusos?

—¿No son prepotentes todos los mayordomos ducales? ¿Cómo puede si no uno estar seguro de tener siempre preparada una camisa almidonada y un corbatín planchado? —Sus ojos brillaron a la luz de las velas.

—No lo sé. No paso mucho tiempo en las casas ducales. —No era exactamente cierto. Pasaba la mayor parte del tiempo en la finca de Burghsey, pero vivía en una casita de campo que había construido en el límite occidental del terreno. Interactuaba con el personal lo mínimo indispensable para evitar que el lugar se derrumbara a su alrededor.

—Mmm... —dijo ella—. Bueno, de cualquier manera, tu mayordomo ha fallado en su cometido al no recibirme, eso seguro.

—Le plantearé tus quejas en la próxima revisión de su salario. No ha impedido que una mujer extraña entrara en la casa: falta grave.

—No estoy segura de que cuente como una falta grave. La verdad es que se me da muy bien conseguir lo que quiero sin que nadie se entere. —Sus hermosos labios se curvaron de nuevo.

Ewan no entendía cómo sería eso posible. Él notaba cómo se transformaba el ambiente de una

habitación en cuanto ella la pisaba. Veinte años y todavía la percibía como si fuera un cañón.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó ella.

—No. —No quería que se fuera nunca.

Ella se sirvió un segundo vaso y acortó la distancia entre ellos para ofrecérselo a él.

—¿Qué? —Lo cogió. Ella ladeó la cabeza ante la pregunta—. ¿Ya te has decidido? —le preguntó con tono frustrado. Estaba perdiendo la paciencia y se notaba.

Grace se acercó un poco, y él cogió aire, imaginando lo que pasaría si la cogiera en brazos, la llevara a la cama, la desnudara y le hiciera el amor como había anhelado cada noche desde que tenía edad para esa clase de pensamientos.

¿Podría entonces despojarla de su máscara?

¿Y qué haría ella?

«Huiría...».

Lo sabía, porque había huido de él cada vez que había acudido a su encuentro en los veinte años que habían pasado desde que se separaron. Había huido de él, y se lo merecía por la forma en que la había traicionado, por cómo había roto su corazón y cómo había acabado destrozando el suyo propio.

Ella huiría, y él haría cualquier cosa para impedirlo, así que se quedó quieto como una estatua y dejó que fuera ella la que se acercara.

Grace se detuvo a solo un paso de Ewan y dejó caer la bolsa que llevaba al hombro, en la que Ewan no había reparado cuando la vio entrar. No le veía los ojos, la capucha ensombrecía la mitad superior de su rostro. Lo único que sí atisbaba eran sus labios carnosos y rosados.

—Te han hecho bastante daño —apuntó ella.

—Ha sido mutuo —repuso sin dudar.

Grace sonrió de un modo que dejaba entrever que escondía más de lo que mostraba: ¿sería posible que estuviera orgullosa? Dios, quería que estuviera orgullosa de él. Quería que lo viera luchar y que admirara su habilidad. Sabía que eso lo convertía en un animal, pero no le importaba. Quería que ella supiera que sería capaz de destruir lo que ella le pidiera.

Que haría lo que ella necesitara.

—¿Por qué no has llamado a un médico? —preguntó Grace en voz baja.

—No necesito que me vea un médico. —No pudo evitar sentirse ofendido por la pregunta.

—Los hombres y sus ridículas reglas sobre la atención médica. No paras de decir que estás perfectamente, a pesar de los hematomas que tienes por todas partes; parece que Patrick O'Malley te ha roto la nariz. —Ella le levantó la barbilla y las velas iluminaron su rostro y lo bañaron de luz dorada. Lo miró a los ojos con diversión incrédula.

—¿Has venido a cuidarme?

Ella no contestó, sino que levantó las manos para bajarse la capucha, dejando suelta su masa de rizos rojos como el fuego. Dios, le encantaba su pelo. Era una fuerza de la naturaleza que siempre amenazaba con derribarlo... Como ella misma.

—¿Por qué has venido? —La oscuridad los rodeaba.

Grace se quedó quieta.

Odiaba esa calma tensa y la forma en que se escondía detrás de la máscara una vez más. Quizá en el Garden había calculado mal; la había atraído para que le mostrara algo de su verdad, y luego se había ido, y tal vez nunca la recuperaría.

«Nunca la recuperarás».

No recuperaría a la chica que había conocido, pero ¿no iba a tener nunca ni siquiera un atisbo de la mujer en que se había convertido? ¿Se escondería para siempre de él?

—Dime la verdad —susurró, y no pudo reprimir la urgencia de su voz.

Ella se quedó callada y llevó la mano a la cara de él; sus dedos recorrieron con suavidad la piel inflamada debajo del ojo, los hematomas amarillentos de la mandíbula, la línea de su nariz, milagrosamente indemne a pesar de su aspecto.

—¿Y si dijera que estoy aquí para curarte?

—Diría que tienes bastante trabajo entre manos. —Suspiró al oírla, las palabras le produjeron más placer incluso que su roce.

No le dijo que no estaba seguro de que curar sus heridas fuera posible.

Grace se quedó quieta, como si se hubiera dado cuenta.

«Quédate. Por favor».

Tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para esperar a que se decidiera.

«Elígeme».

El corazón amenazó con salirse del pecho, hasta que finalmente..., finalmente ella cogió la venda de lino que había utilizado en un intento de vendarse sus propias costillas. Se la cedió sin dudar, quedándose tan quieto que apenas respiraba mientras ella lo rodeaba, examinándolo, con su tacto suave y decidido, moviendo las manos sobre sus costillas y comprobando el daño que sus hombres le habían causado.

Ewan retuvo el aire mientras ella le recorría los músculos del abdomen. Grace levantó la vista, con sus expresivos ojos castaños, para buscar señales de dolor en los de él.

—¿Demasiado?

«Nunca es suficiente».

—Continúa. —Negó con la cabeza.

—Esta costilla podría estar rota —dijo ella con suavidad.

—No está rota.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Grace.

—Ambos sabemos que no es la primera vez. —El recuerdo los invadió: Ewan se había llevado una patada en las costillas y ella también lo curó entonces.

—Whit siempre fue el mejor con las piernas —susurró.

—¿Y ahora?

Ella sonrió ante la pregunta, y los celos de Ewan se dispararon ante esa clara muestra de

adoración por el hombre al que todo Covent Garden llamaba Bestia.

—Ahora es bueno en todo. Se hizo grande y despiadado. Nunca pierde. —Que el más pequeño y débil se hubiera convertido en el más fuerte la llenaba de orgullo—. El verano en que creció..., cuando teníamos quince, o dieciséis años —contó con tono divertido—, fue como si le hubieran hecho un conjuro. No paraban de crecerle los pies. Sus dedos crecieron tanto que agujereó los zapatos. No teníamos dinero, así que tuve que robar un par.

—¿A quién?

—A un matón de un burdel de Charles Street. Un canalla grasiento al que le gustaba acordar un precio y pagar otro. Nada que aquel bastardo no mereciera. —Se encogió de hombros.

—¿Y era...? —Se tragó el resto de la pregunta.

—¿Un cliente? No. A Digger Knight lo conocía más como luchador que como cliente. —Ella inclinó la cabeza a un lado.

—No te juzgaría si lo fuera. —Nacido en un burdel de Tavistock Row, Ewan sabía mejor que nadie que la mayoría de las mujeres tenían tan pocas opciones en la vida que a menudo eran los hombres quienes decidían por ellas.

—Sé que no lo harías —afirmó ella. Y esa seguridad le produjo placer.

Terminó de vendarlo metiendo el extremo del lino sobre la venda tensada al límite. Él apretó los labios en una línea recta mientras ella inspeccionaba el resto de las heridas: los hematomas que escapaban de las vendas y los de su cara y hombro, que estaba en carne viva a causa del roce de las cuerdas que había usado en el patio; el hombro que ella había descubierto antes para mostrar la cicatriz que él deseaba cada día poder borrar, junto con el pasado que le recordaba.

Pero, si borraba el pasado, también la borraría a ella.

Grace negó con la cabeza y se inclinó para recuperar la bolsa con la que había llegado. La dejó en una silla, sacó una pequeña vasija de cerámica del interior y la abrió, luego se la acercó inmediatamente a la nariz. Ewan no pudo evitar sonreír mientras observaba sus movimientos, eran el eco de la niña que había sido, siempre la primera en oler cualquier cosa, fuera agradable o no.

—¿Qué es tan divertido?

—Siempre has hecho eso. —Al instante, ella dejó caer la mano y se acercó—. ¿Qué es? —Grace le aproximó el cuenco, y él se inclinó para inhalar—. Limón.

—Y laurel, y corteza de sauce. Ha curado cosas peores que esto.

—¿A ti misma?

—Y a muchos otros. —Ella hundió los dedos en el bálsamo y se acercó a él, y Ewan la dejó hacer, respirando hondo, mientras ella se lo extendía, cada roce suyo era como estar en el cielo.

—Ya has hecho esto antes.

—¿Curar heridas?

—Curar mis heridas. —Hizo una pausa—. El año pasado pensaba que lo había soñado. Pero reconozco tu contacto. —En la oscuridad. En esa pequeña habitación donde se había dado cuenta

de que ella estaba viva. Donde se había dado cuenta de que podría tenerla de nuevo.

Grace no levantó la vista de su tarea y él aprovechó su concentración para absorberla: el ramillete de pecas de su nariz, sus ojos enormes, la cicatriz que le cruzaba una ceja, apenas perceptible por los años que habían pasado desde que le limpiara la sangre de la frente y las lágrimas de las mejillas. No pudo evitar acercarse y tocar el medio círculo torcido.

Ella gruñó y le lanzó una mirada de advertencia.

Ewan bajó la mano y volvió a examinarla, observando las costuras de su abrigo y el rico brillo de la seda de su corsé, que debería escandalizar, pero que, en cambio, hacía retroceder a cualquiera con su fuerza.

—¿Alguna vez usas vestidos? —preguntó, sabiendo que se arriesgaba.

Ella vaciló.

—Me resultan vagamente familiares —respondió poco después con la comisura de la boca apretada, lo que hizo que él quisiera besarla en ese punto exacto.

Sus dedos le recorrieron la piel, pasando de un hombro, marcado con un hematoma, al otro, rojo y en carne viva. Volvió a hundir las yemas en el bote de bálsamo y, cuando lo tocó de nuevo, el fresco ungüento le alivió algo más que el hombro.

—Llevaste uno a mi fiesta de disfraces.

Suponía un riesgo descubrir que lo sabía. Ella se quedó quieta, sus dedos se detuvieron en el hombro. Ewan era capaz de oír los engranajes de su cerebro. ¿Intentaría convencerlo de que no había sido ella?

«Sin máscaras, Grace. Esta noche nada de subterfugios...».

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Te reconocería en cualquier parte. —Esperó a que ella levantara la vista hacia él.

—No estás buscando esposa.

—No. —Negó con la cabeza.

—¿Y las madres que arrojan a sus hijas a tu paso?

—No les va a servir de nada.

Grace lo observó durante un rato.

—El baile no era para encontrar a la duquesa de Marwick. Sino para una mujer a la que le gustaba la tierra cubierta de musgo y los árboles imponentes. Era para mí —dijo, buscando su confirmación.

«La única...».

Era muy consciente de sus dedos en el hombro, acariciándole las marcas del pasado. Del de ambos. Y mientras sentía sus caricias, oyó las palabras de su hermano.

«Le rompiste el corazón», había dicho Whit.

Ella no confiaba en él. Y lo único que él podía hacer era confiar en ella.

—He oído que te gustan las fiestas muy sofisticadas.

Sus dedos vacilaron mientras extendía el ungüento sobre su piel con amplios movimientos,

tratando de evitar la zona que Ewan sabía que ella estaba mirando: la cicatriz que su padre le había hecho en el hombro la noche que había descubierto que Grace era lo único importante para él.

—No estoy disponible para el puesto —dijo ella en voz baja.

—Lo sé. —Pero eso no hacía que la deseara menos.

—Moriría mil veces antes de dejar ganar a ese monstruo.

El viejo duque, al que solo le había importado la línea de sucesión. Ewan soltó una carcajada sin humor.

—¿Y crees que yo no siento lo mismo?

Lo miró a los ojos, y él le dejó ver toda la ira que sentía hacia su padre, ese hombre que había hecho de la continuación del linaje Marwick el único fin, sin importarle los medios. Cuando Ewan se convirtió en duque, le correspondió asegurarse de que su padre nunca recibiera aquello que había considerado tan primordial.

Lo que significaba que Ewan no tendría hijos, nunca.

Ni siquiera hermosas niñas pelirrojas.

—Volviste. A pesar de que te dije que te mantuvieras alejado. —Grace volvió a hablar ajena a sus pensamientos.

«Siempre volveré».

—Desapareciste durante un año. ¿Dónde has estado?

—Me fui.

A Burghsey, donde había encontrado la finca en ruinas, después de que él hubiera permitido que se desmoronara cuando la abandonó al heredarla. Una finca que había resucitado al volver a hacerse cargo de ella, cultivando de nuevo las tierras y atendiendo a sus habitantes, incluso había ocupado su escaño en el Parlamento y se había hecho cargo de una tarea que le prometió a ella en una vida anterior.

También se había reconstruido a sí mismo. Era un hombre nuevo. Un hombre más sano, más fuerte y mejor. Más digno, aun cuando sabía que nunca sería digno de la mujer en la que ella se había convertido: una mujer fuerte, brillante y poderosa que estaba tan por encima de él que no merecía mirarla, y mucho menos estar a su lado.

Sin embargo, la miraba. Y quería estar a su lado.

—¿Por qué has vuelto ahora? —le preguntó ella, ya sin tocarlo. Ewan detectó ira y frustración en sus palabras—. ¿Piensas convencerme de que te arrepientes?

—Me arrepiento. Me arrepiento de haberles dado la espalda a mis hermanos —dijo—. Y, Grace, no hay un solo instante en que no me arrepienta de haberte dado la espalda a ti.

Ewan supo que solo los años de práctica ocultando sus emociones le impidieron revelar a Grace que se sentía conmovida por aquella confesión, pero él la observaba con atención, con la mirada clavada en el punto de su pulso en la base de su cuello, y notó que su corazón se aceleraba.

—¿Y creías que un baile de disfraces y una pelea en el Garden borrarían el pasado? —Ella lo miró con sus hermosos ojos castaños muy abiertos y brillantes bajo la luz de las velas.

—He estado peleando todos los días desde que te eché de mi lado —dijo para que ella lo oyera—. ¿Qué importa un combate más? ¿Qué importan mil?

Encajaría los golpes de todo Covent Garden a diario si con eso pudiera conseguir el perdón. Por eso había regresado.

Grace le pasó el pulgar por la cicatriz, por fin, y él sintió frío ante la incertidumbre de qué haría ella.

Así que corrió otro riesgo.

—¿Por qué has venido aquí esta noche? —insistió.

—Siéntate. —Ella señaló las sillas, al fondo de la habitación, donde podría haber una chimenea encendida si la noche no fuera tan cálida.

La obedeció con una mueca de dolor y detestó mostrar su debilidad aun en la intimidad. Era parte de su historia.

Ella se había preocupado por él siempre, tanto cuando eran niños como los días después de la explosión en los muelles. Lo sabía. La sintió allí con él, incluso aunque estuviera preparándose para enviarlo lejos para siempre.

Como si pudiera mantenerse alejado de ella.

Eran como planetas atraídos el uno por el otro.

No; él era un planeta, ella era el sol.

Con la pequeña vasija de cerámica en la mano, ella recogió la bolsa y la cesta de vendas, y se acercó a él, con sus largas piernas surcando la alfombra a cada paso. La observó mientras el sonido de sus botas en el suelo lo llenaba de placer, calor y deseo, un deseo que nunca había sentido, que quería convertir en algo cotidiano. Quería que se cuidaran mutuamente.

Quería que se conocieran de verdad.

«Más».

Dejó los objetos en la mesa baja, junto a la silla donde él estaba sentado, y su mirada se fijó en el repertorio de cosas que allí había: una botella de *whisky* y un vaso vacío sobre un montón de libros. Y una sonrisa se le dibujó en los labios.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —dijo ella—. Solo que me siento como si estuviera vislumbrando el interior de la boca del lobo.

—Mmm... —dijo, levantando la mano para frotarse la nuca, con algo parecido a la vergüenza, aunque no pudiera explicar por qué—. Este lobo siente devoción por la bebida y por los libros.

—¿Conque eso es lo que haces cuando no estás por ahí cumpliendo con el deber ducal? —Se dio la vuelta para atravesar la habitación y acercarse al espejo.

—Yo no cumplo con los deberes ducales —afirmó él, agradecido por el cambio de tema,

mientras observaba cómo ella seleccionaba un candelabro y regresaba junto a él.

Lo examinó durante unos instantes, y luego, como si no fuera suficiente estar por encima de él como la realeza, alta y deslumbrante con sus galas, se arrodilló ante él y se puso a trabajar.

La imagen de ella, allí, a su lado, amenazó con matarlo de placer. Se obligó a sí mismo a quedarse quieto, se reprimió para no tocarla mientras esa singular palabra lo recorría.

«Mía».

Ella metió la mano en la cesta, extrajo otra larga tira de lino y le indicó que se echara hacia delante para vendarle el hombro.

—La próxima vez que transportes cajas por el Garden, usa un gancho.

—Mmm... —gruñó—. ¿Sabes dónde podría encontrar uno?

Grace soltó una carcajada y él se giró para captar la visión de su risa; era como el sol, como el aire.

—¿No suelen repartir cajas de ganchos entre los duques?

—Ni pinzas de hielo. ¿Te lo puedes creer?

—Deberías elevar una queja a la Cámara de los Lores. —Ella le apretó la venda sobre el hombro y él suspiró—. Mañana necesitarás un vendaje limpio.

—¿Y volverás para cambiármelo?

—No.

Los rostros quedaron separados por escasos centímetros.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—No debería estar aquí esta noche —dijo mirándolo a los ojos.

—Lo que me lleva de nuevo a por qué has venido.

—No lo sé —confesó ella.

Y las palabras, el eco de las que ella había pronunciado a primera hora de la tarde, lo desbloquearon. Sabía por qué había ido. Sabía lo que necesitaba.

Lo que ambos necesitaban.

Se acercó a ella, rozando un hermoso rizo rojo, que sujetó entre dos dedos, y tiró de él.

—¿Por qué has venido aquí esta noche? —repitió en un susurro suave y lleno de dolor.

«Dime la verdad. Confía en mí», le pidió en silencio.

—¿Por qué has vuelto tú? —Ella buscó sus ojos.

—Por la misma razón por la que he hecho todo desde el principio. Por ti —respondió a pesar de que era un riesgo. Como siempre. Nunca dejaría de arriesgarse por ella, estaba claro.

—Te dije que no lo hicieras. —Entonces se acercó a él, deslizó la mano a lo largo de la línea de su mandíbula; su contacto seguía siendo como tocar el cielo. Se acercó a él con su tacto suave y perfecto, a un milímetro de sus labios, como si no estuviera segura de si debía cerrar la brecha.

—¿Qué necesitas?

Grace no respondió. Actuó.

Capítulo 17

Había vuelto por ella.

No debería importarle por qué había vuelto, ni cómo había cambiado o si no había cambiado en absoluto. Y no debería importar que, cuando él la besaba, ella perdía toda capacidad de raciocinio.

Pero no la había besado; lo había besado ella a él.

Y el gemido de placer que emitió Ewan le provocó un estremecimiento similar y alimentó una llama ya ardiente. Vendar su torso la había hecho sentir salvaje; vibraba de deseo, sobre todo desde el momento en que sintió que le temblaban los músculos, que se tensaban bajo su tacto, que su respiración se aceleraba, como si fuera un depredador preparado para saltar. Pero no lo había hecho.

Se había contenido. Por ella.

Había esperado. Por ella.

La deseaba.

Y una vez que lo besó, lo liberó. Él se giró para atraparla, para alzarla hasta su regazo con las manos en sus caderas, y luego dentro de su abrigo, subiendo por los costados hasta sus pechos, envueltos en capas de seda y acero, tensos por él.

¿Siempre habían sido tan memorables sus besos? ¿Siempre había sido capaz de robar los pensamientos de una mujer? ¿O se había pasado dos décadas preparándose para dar exactamente el tipo de beso que hacía que ella se olvidara de dónde estaba y con quién, junto con todas las razones lógicas por las que no debía devolverle el beso?

«Es imposible», pensó Grace mientras recibía su beso con el mismo deseo. Con el mismo entusiasmo.

«Solo esta vez. Solo esta vez, y luego nunca más», se mintió a sí misma.

Se acercó más, deseando que el beso fuera eterno, y él gimió, pero no de placer, sino de dolor. Grace se apartó al oírlo para analizarlo, con su propia respiración acelerada, como si acabara de escalar un muro.

El labio inferior de Ewan estaba muy hinchado, y se apresuró a tocarlo con suavidad. Acarició el hematoma y luego pasó los dedos por la nariz, también magullada y dolorida, y por los pómulos.

—Estarás negro y azul durante un tiempo. Te han dado, y bien.

—No me importa —dijo mientras deslizaba la mano por su hombro para tirar de ella hacia

abajo, hacia él—. Bésame otra vez.

Esa orden susurrada la afectó tanto que estuvo a punto de obedecer; quiso hacerlo, pero, en lugar de dejarse llevar por el deseo, se inclinó para coger la bolsa que estaba junto a la silla. Notó las manos de Ewan en su trasero mientras ella se frotaba contra la contundente e irremediabilmente ardiente protuberancia que abultaba sus pantalones.

—Mmm... —gruñó él cuando ella se incorporó y lo miró. La observaba con intensidad, con los párpados entrecerrados, y su aspecto la atrapó por un segundo.

Ewan siempre había sido guapo, alto y rubio, y con el tipo de rostro perfecto que parecía esculpido en mármol. Diablo se había roto la nariz durante un combate en Burghsey, y la imperfección solo lo había hecho más perfecto. Pero ahora, magullado y maltrecho, con el labio hinchado y una colección de arañazos bajo el ojo, Ewan parecía un regalo que le habían hecho en ese lugar que había sido de él antes que de ella.

Ignorando su ardiente deseo, Grace se concentró en la tarea que tenía entre manos, abrió la bolsa y sacó un paño blanco y limpio, y una pequeña caja de metal. La mirada acalorada de Ewan se llenó de curiosidad cuando ella abrió la caja para mostrarle el contenido.

—¿Es uno de los bloques que he transportado hoy? —Él arqueó una ceja.

Grace le dedicó una breve sonrisa mientras llenaba el paño de hielo y lo ataba cuidadosamente antes de ponérselo en el ojo, mientras con el otro pulgar le acariciaba la mejilla desnuda.

—No lo necesito —refunfuñó Ewan.

—Lo necesitas y lo sabes.

—Has preparado muy bien la bolsa de hielo —la alabó él.

—No es la primera vez.

—Lo has traído en una caja preparada para mantenerlo intacto. —Sus ojos se encontraron con los de ella, serios—. ¿Con qué frecuencia haces esto?

Ella tragó saliva. Sabía lo que realmente le estaba preguntando. Se encogió de hombros.

—Cuando llegamos al Garden, luchábamos uno cada noche. Por muy bien que se te dé, como a nosotros, como a ti —añadió, recordando la forma en que había luchado, intentando vencer a los enemigos sin destruirlos—, recibes golpes.

—Odio que hayas tenido que combatir. —Los músculos de su mandíbula se tensaron bajo su palma.

—No lo hagas —le pidió, y lo dijo en serio—. En el Garden, pelear es como respirar, y yo tenía suficiente rabia para ser buena. Tuvimos suerte de que se nos diera bien, y aún más de que nos pagaran por ello. —Lo miró—. Te aseguraste de que fuéramos buenos. Lo sabes, ¿verdad?

—No debería haber tenido que hacerlo.

No, no debería haberlo hecho. Deberían haber podido tener una infancia, con unas madres que los quisieran y unos padres orgullosos de ellos. Y, en cambio, allí estaban, maltratados y magullados de mil maneras diferentes.

—Así es como Diablo y Whit se metieron en el negocio del hielo. Enseguida nos dimos

cuenta de que no era lo mismo pelear y disponer de hielo para después o no poder hacerlo. De manera que encontramos la manera de que nunca nos faltara. —Grace no se recreó en la parte de las peleas.

—Entonces, supongo que el contrabando es solo por diversión. —Arqueó una de sus rubias cejas.

Ella soltó una carcajada.

—No, el contrabando es por dinero y para reírnos de la aristocracia. —Hizo una pausa—. Supongo que sí, es divertido —añadió finalmente.

—Y tú, la médica residente. —Ewan soltó una carcajada y levantó la mano para presionarla contra el dorso de la de ella.

—No soy el doctor Frankenstein. —Señaló con la cabeza en dirección a los libros de la mesa.

—No te subestimes.

—¿Te resucito cuando acabe contigo y vemos en qué clase de monstruo te has convertido?

¿Era un coqueteo? ¿O era un guiño a su pasado? ¿A la noche en que él se convirtió en el monstruo del que ella había huido? ¿A los años en que ella vivía siempre en alerta, preocupada por el monstruo que creía que era él?

Ewan le quitó el hielo de la mano, lo dejó sobre la mesa y se acercó a ella.

—Grace —susurró aproximándola, enviando calor y algo que no se atrevía a nombrar a todo su cuerpo. Apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos—. Sea cual sea el monstruo en el que me he convertido... No eres tú quien me ha creado.

Ella notó la angustia de sus palabras y la detestó.

Y luego detestó la confusión que le producía darse cuenta de que empezaba a pensar que, tal vez, no era el monstruo que todos habían creído que era.

Cada vez era más difícil resistirse a la forma en que los recuerdos del pasado chocaban con las realidades del presente: recuerdos de él, en su terreno. Recibiendo puñetazos en el club. Haciendo la colada con las mujeres del Garden. Saldando sus deudas con los hombres de la colonia. Su carisma.

Y por fin, esa misma tarde, la forma en que había luchado, como si hubiera nacido para ello.

«Así había sido».

La forma en que había ido a por ella, como si fuera su destino.

«Lo estaba».

Pero, sobre todo, detestaba lo mucho que sufría por él, por ese hombre nuevo y tan cambiado que no había esperado encontrar cuando volvió en sí. Detestaba lo mucho que parecía desearlo, a pesar de que él le había proporcionado toda una vida de dolor.

Detestaba que, incluso en ese momento, mientras él sufría las consecuencias del combate, lo único que quisiera hacer fuera cuidarlo.

Aunque no se lo mereciera.

Había tomado la decisión de ir allí para decirle precisamente eso: que no se merecía su

atención, ni su protección en el Garden, ni nada de lo que deseaba de ella. Desde luego, no se merecía sus cuidados; le había dado más que suficientes y había visto cómo los rechazaba.

Solo pretendía responder a la pregunta que él parecía tan interesado en hacerle. ¿Qué necesitaba? Necesitaba que se fuera. Necesitaba que encontrara el futuro que buscaba o la penitencia que requería y que viviera su vida. Lejos de ella.

Solo había querido llevarle el bálsamo.

Solo había querido saber lo que necesitaba.

Y llegó a esa habitación a oscuras llena de velas y espejos, y del olor de él, a tabaco y té, esa combinación de aromas inseparable del dolor.

Debería haberse ido en ese momento. Debería haber ignorado esa habitación que parecía diseñada para el pecado y el sexo. Debería haberlo ignorado.

Pero, en cambio, se había perdido en otro recuerdo, sin querer. Un recuerdo que no venía acompañado de miedo, dolor ni angustia, sino de deseo. Él sin ropa —sus pantalones ni siquiera estaban bien abotonados—, sin el aspecto que tenía la última vez que le había curado las heridas, empapado bajo la luz de las velas, recién salido de un baño y cubierto por las secuelas del combate, un combate que podría haber ganado si hubiera luchado como debía.

No lo había hecho. Porque no había querido hacer más daño al Garden.

Y por eso lo amaba y lo odiaba a partes iguales.

Y por eso, cuando estaba pensando en decirle lo que necesitaba, el anhelo más acuciante ya no era que se fuera y no volviera nunca. Ahora era algo infinitamente más peligroso, porque era lo mismo que ella había necesitado la última vez que se habían encontrado en la oscuridad.

Era otro beso.

Otra caricia.

Otra noche.

Una más.

Y no importaba que él pudiera ser un monstruo más aterrador que cualquier cosa que pudiera leer en los libros.

Ewan sintió su cambio cuando Grace encerró su cara entre las manos y lo miró a los ojos, esos ojos ámbar que tanto y tan bien había amado y durante tanto tiempo, hasta que se había encerrado en sí misma por miedo a que la persiguieran para siempre.

Pero estaban allí, en ese instante, y esa noche eran suyos.

—Tómalo —le dijo. «Toma todo lo que necesites», quería decir.

Lo besó de nuevo, movió las manos, que ya no curaban. Que ya no calmaban. Que deseaban. Que reclamaban. Respiró hondo cuando ella le acarició el pecho, suavizándolo al pasar por los vendajes del abdomen. Allí, los músculos se ondularon y se tensaron lo suficiente como para recordarle sus heridas. Él siseó por el dolor y ella levantó las manos como si se hubiera quemado.

—Es que...

—No te detengas. —Ewan negó con la cabeza al instante. Ella lo observó durante un momento, inmóvil. Insegura—. No te detengas.

Grace no quería parar. Quería empezar y no parar nunca. Y que ese momento, esa noche, perdurara para siempre; quería mantener a raya el pasado y el presente, aquella verdad imposible de ignorar.

Una sola palabra la atravesó.

«Mío».

Él le cogió una mano y la colocó en su abdomen, por debajo de las vendas y por encima de la cinturilla de los pantalones, donde los músculos escondían una «V» profunda que desaparecía con un rastro de vello castaño oscuro.

Ella tragó saliva ante esa visión, sin apartar sus dedos de la piel de él.

—Tendré cuidado.

—No quiero que seas cuidadosa —dijo—. Te quiero a ti.

Grace le dio lo que pedía: sus dedos lo rozaron, jugueteando y trazando un camino hasta sus caderas, donde el pantalón, desabrochado, olvidado después del baño, se sostenía en un equilibrio precario. Él gimió un poco mientras ella se quedaba allí, fascinada por el punto sombrío y la protuberancia imposible de ignorar que había justo debajo, consciente de que lo único que debía hacer era deslizar los dedos un poco más allá y reclamarla.

«Mío».

Qué palabra... Qué palabra tan maravillosa y perversa.

—Dime... —Ewan levantó una mano hacia su pelo para acariciarlo y enredó los dedos en la melena de rizos rojos.

—Esta noche. —Grace separó los labios, carnosos y perfectos.

Él tragó saliva, y ella supo lo que quería decir. Que no era suficiente. Algo que ella también sabía. Pero ya se preocuparía de ello por la mañana, cuando reforzara los muros que había levantado para mantenerlo alejado y volviera al mundo que había construido sin él.

Ewan asintió con un movimiento forzado, aunque ella sabía que no era lo que quería. Algo que, sin embargo, la liberaba.

Grace lo aceptó. Y luego lo tomó a él, se deslizó de su regazo para arrodillarse, maravillada por la forma en que él inclinó hacia atrás la cabeza en el respaldo de la silla mientras la soltaba. La observó mientras sus ojos se oscurecían y entrecerraban, mientras tensaba los músculos del cuello a la vez que los de las manos, con las que se aferraba a los brazos de la silla, con los nudillos blancos, negándose a agarrarla.

Le estaba permitiendo llevar la iniciativa.

Y más abajo, su verga, tensa, dura y gloriosa.

«Es mía».

Introdujo las manos en la abertura del pantalón, midiendo su contorno, y se deleitó con la forma en que su tacto lo excitaba, la forma en que todo su cuerpo se tensaba como un arco.

Estaba desesperado por tocarla, y ella lo notó. Pero, aun así, se contuvo. Respiró hondo de forma temblorosa y, en ese instante, cuando descubrió su absoluta voluntad de dejar que fuera ella la que asumiera el control, de dejar que lo reclamara como propio, algo se despertó dentro de Grace. Algo que sabía que le causaría tanto dolor como placer.

Pero esa noche sería placer.

Se puso de rodillas. El movimiento añadió presión a su contacto mientras se inclinaba y depositaba un beso en su torso, girando la cara y rozando la mejilla contra su cálida piel, antes de depositar otro beso en la base de su cuello, en la larga línea de su clavícula.

Le besó también el centro del pecho. Y notó su corazón, que palpitaba bajo su beso. Le dio otro unos centímetros más abajo.

Ewan maldijo en voz baja con ferocidad, y el vulgar impropio que soltó hizo que el deseo se apoderara de ella.

—He esperado esto durante mucho tiempo —susurró mientras ella seguía la línea de sus vendas con suaves caricias que los encendían a ambos.

—Dímelo otra vez. —Él le repitió sus palabras mientras ella introducía los dedos más profundamente en los pantalones, separando la tela para revelar su impresionante longitud.

Incluso en esa parte era perfecto.

Especialmente ahí.

Se sentó sobre los talones, sin tocarlo, pero con la mirada fija en su verga larga y lista para la acción, dura como una piedra, que surgía del nido de vello castaño oscuro en la penumbra.

—Dios —susurró él, y no fue una maldición, sino una oración.

Con dificultad, Grace apartó la vista y lo miró a los ojos.

—Más.

Al oírla, Ewan arqueó una de sus cejas y soltó el brazo de la silla para acercarse a ella, para acariciarle la cara y sostenerle la mirada, con un fuego imposible de negar en la suya.

—Te gusta.

—Me gusta —confirmó ella mientras volvía a prestar atención a su premio.

—Lo noto. Puedo ver lo que quieres. —Hizo una pausa mientras movía las caderas levemente —. Madre mía, Grace...

—Pídemelo —susurró—. Dime lo que te gusta.

—Tus caricias —repuso él—. Déjame sentir... —Sus caderas se sacudieron en el momento en que ella le dio lo que quería, posando los dedos sobre su piel caliente. Y él volvió a maldecir, las palabras ardientes resonaron en la silenciosa habitación como disparos—. Sí. Dios. Sí. He esperado una eternidad para que me toques así.

—¿Así? —preguntó ella, cada vez más atrevida.

—Dios, sí. Así. —Levantó las caderas hacia arriba mientras le hundía los dedos en el cabello.

—Pero no solo así —dijo ella moviéndose para agarrarlo. Deslizó la mano desde la gruesa base hasta la hermosa cabeza, coronada con una gota de líquido. Repitió el movimiento, y él

gimió—. Así también.

—Todo —dijo con voz ronca y sensual.

—Enséñame —susurró.

Ewan puso la mano sobre la de ella al instante, y la imagen de su mano grande y áspera rodeando la suya mientras le enseñaba a darle placer fue puro deseo. Ella incrementó la presión, él movió las caderas.

Otra gota de líquido.

—No seas suave —pidió él con la voz cada vez más ronca—. No lo quiero. Quiero que... —Dejó la frase sin acabar. Ella habría hecho cualquier cosa por saber el final.

—¿Qué? —preguntó ella salivando por el placer de él. Por la imagen de los dos juntos—. ¿Qué quieres?

—Quiero que tomes de mí lo que quieras —dijo—. Todo lo que quieras, lo que necesites, puedo dártelo. Y te lo daré.

Las palabras fueron demasiado excesivas para soportarlas, y Grace se echó hacia adelante, sus labios se acercaron a sus manos, llenando de besos sus nudillos magullados, y él se quedó petrificado por la caricia; su pecho era la única parte de su cuerpo que se movía, por la respiración agitada.

—¿Me vas a dar esto? —Ella curvó los labios y lo miró. Sus ojos estaban llenos de un deseo imposible de ignorar.

Cerró los ojos y apretó la mandíbula mientras le acercaba la mano libre a su pelo.

—¿Estás...?

Ella susurró su nombre en voz baja, sensual y maravillosa.

Estaba segura.

—Soy tu reina —le susurró al dorso de la mano, entregándose a la fantasía. Deseando que él hiciera lo mismo—. ¿Me lo vas a dar todo?

Él le soltó la mano.

Libre, lo acarició de nuevo, deleitándose con su suave mástil, con el que podía hacer lo que quisiera. Lo agarró, abrió por completo el pantalón y metió la mano en el interior para buscar lo que había dentro. La tomó con una suave firmeza que hizo que él se levantara de la silla. Otra maldición perversa. Otra gota.

Demasiado para poder resistirse. Susurró su nombre y lamió la punta del pene, un leve roce con la lengua, lo justo para saborear su salada dulzura. Las manos de él se dirigieron a su pelo, pero aterrizaron como plumas, acunando su cabeza con cuidado; incluso Grace sintió cómo todo su cuerpo se esforzaba para evitar presionarla, para evitar apoderarse de su boca y tomar el placer que ella le ofrecía.

El placer que ella quería.

El placer que él le había entregado. Algo con lo que ella se deleitaba; con eso y con el poder que le había otorgado. Una pequeña parte de ella quería ponerlo a prueba, ver hasta dónde podía

presionarlo para que perdiera el control.

Pero otra parte de ella quería perder el control con él.

—Mírame —susurró Ewan. Grace lo hizo al instante, y él acercó el pulgar a su labio inferior, acariciándolo—. No tienes que...

—¿Te duele? —le interrumpió.

—Más de lo que imaginas. O tal vez sí puedas imaginarlo. A ti también te duele, ¿verdad, amor? —Exhaló un fuerte suspiro.

—Sí. —Le dolía y no lo negó.

—Deja que me ocupe de ti —dijo él con un susurro excitante, como una promesa—. Déjame desnudarte, separarte las piernas y lamerte hasta que grites. Déjame probarte de nuevo. Dios, llevo días pensando en tu sabor. —La volvió a acariciar con el pulgar, lo que hizo que su labio ardiera—. Déjame aliviar ese dolor donde estás caliente y húmeda para mí.

Las eróticas palabras la excitaron; sintió un deseo más ardiente mientras él palpitaba en su mano. Se sentía así: caliente, húmeda y dolorida. Apretó los muslos para aliviar la sensación y solo sirvió para aumentarla.

—Tú también lo quieres —susurró como si hubiera intuido lo que había hecho—. Me quieres ahí, entre tus piernas. En tu centro caliente.

Lo quería. Quería eso. Dios, cuánto lo quería... Pero no en ese momento.

Abrió la boca y succionó la punta de su pulgar, lo acarició con la lengua lentamente un par de veces. Le dio una muestra de lo que iba a ocurrir. Ewan volvió a maldecir, y sus palabras hicieron que el placer la recorriera, hasta llegar al botón hinchado y doloroso de su centro.

—Quiero más de esto. —Lo soltó y sonrió de pura satisfacción.

Las palabras lo golpearon como un arma, y se inclinó para acercar su cara hacia la de ella y asaltar su boca con un beso salvaje y cargado de deseo que le robó el aliento antes de que se retirara.

—Cuando termines, tomaré lo que yo quiero —susurró.

—Y yo te lo permitiré. —Ella asintió.

—La reina tiene razón. —Ewan curvó las comisuras de su boca mostrando aquella impresionante sonrisa suya. Y luego se sentó de nuevo, dejando que la cabeza cayera hacia atrás una vez más.

—Dime lo que quieres. —No era una pregunta, era una orden.

—Lámela. —La respuesta fue áspera y dulce, como todo lo que le llevaba a ella. Sus dedos se hundieron en el pelo de Grace de forma más firme—. Continúa.

Ella separó los labios y lo tomó despacio, explorando su tamaño y su tacto. Su duro acero. Su sabor. La forma en que él se mantenía perfectamente quieto mientras le daba placer y ella tomaba el suyo, con su mano envolviéndolo, acariciándolo.

Grace había pasado años dirigiendo un club de sexo, asegurándose de que el deseo de cada mujer se cumpliera con las especificaciones exactas y, en todos esos años, había considerado el

suyo, por supuesto, pero nunca había imaginado lo que podía surgir de ese acto. De darle a un hombre el tipo de placer que amenazaba su cordura.

Y también la de ella.

Porque Grace nunca había experimentado tanto placer ni un deseo tan inmenso por darle placer a su pareja en toda su vida. Pero en ese instante, mientras lamía y chupaba y lo atraía profundamente, deleitándose con su sabor y su fuerza, se veía impulsada por un propósito singular. Liberarlo. Hacer que terminara. Saborearlo. Saber que era ella la que lo había desatado.

Nunca se había sentido tan poderosa.

Siguió lamiendo, acariciando, encontró la velocidad precisa, las caricias precisas, los puntos precisos que lo volvían loco. Le encantaban los sonidos que hacía y las frases a medias que se le escapaban, así como las blasfemias que susurraba y la forma en que pronunciaba su nombre como una oración. Y, por fin, sus manos le tiraron del pelo.

—Grace. Voy a... No puedo parar... —Jadeó.

«No te atrevas a parar», pensó para sus adentros. Sorbió más profundamente, se movió un poco más rápido, sintió cómo se hacía más grande en su boca, cómo le palpitaba la punta.

«Entrégate».

«Mío».

Ewan tensó los dedos y gruñó una maldición perversa; Grace bebió su poder mientras él gritaba su nombre a la habitación, entregándose a ella y a su liberación. Ella siguió acariciándolo hasta que él volvió en sí. Su cuerpo estaba relajado en la silla por primera vez desde que se había sentado. Sus manos le recogieron la melena dejando a la vista los hombros, el aire fresco de la habitación recorrió la piel caliente de su nuca.

Le tocó gemir a ella, porque ese aire no la calmaba, sino que le hacía arder los nervios, y el dolor que había mantenido a raya mientras controlaba el placer de Ewan se hacía más potente y se volvía demasiado imposible de ignorar.

Él lo sabía, y se inclinó para decir las palabras que la habían tentado desde el principio.

—¿Qué necesitas?

«A ti. Te necesito a ti».

No. No podía decir eso. Sería demasiado revelador.

—Yo... —No logró encontrar las palabras, su deseo ardiente era demasiado—. Necesito... —Lo miró—. Por favor.

Al instante, él se movió, la levantó, la atrajo hacia su regazo, sin importarle sus moratones o sus vendas, sin importarle nada más que apoderarse de su boca y jugar con el lugar entre sus piernas, donde deslizó una mano gloriosa justo donde ella lo necesitaba. Fue ella quien rompió el apasionado beso.

—Lo sé —le susurró con una ardiente promesa—. Aquí.

—Sí —susurró Grace mientras Ewan le robaba el sonido con los labios. Le separó las piernas y la colocó a horcajadas sobre él, mientras ella intentaba quitarse los pantalones de un tirón.

Cuando llegó a la bragueta, las manos de él ya estaban allí, desabrochándolos hábilmente; era un hombre maravilloso. Entonces se dio cuenta de que tenían que enfrentarse a un obstáculo. Rompió el beso—. Las botas.

Él asintió y juntos se movieron a la velocidad del rayo para despojarla de las botas y de los pantalones, hasta dejarla desnuda, salvo por el corsé y el abrigo. Ewan la observó, embelesado, mientras ella se daba la vuelta para quitarse el abrigo y quedarse desnuda, solo con el corsé de ballenas primorosamente elaborado, del azul del cielo en verano, con anchos tirantes que le cubrían los hombros. Y cuando se volvió hacia él para sentarse a horcajadas una vez más, el deseo fue aún mayor.

—Hazlo otra vez. Tócame de nuevo —susurró desesperada.

Ewan obedeció al instante, apretando la mano contra ella con fuerza. Con dureza. Lo suficientemente firme como para que, cuando ella se balanceara contra él, la hiciera arder. Grace bajó la mano hasta el lugar donde él la tocaba. La mirada masculina siguió su movimiento, observando cómo le agarraba la muñeca y lo mantenía firme.

—Espera, amor. —Ella no quería esperar. Ya había esperado demasiado. Quería eso. Ya. Gruñó la desaprobación a su sugerencia y se frotó contra él más firmemente. Él soltó una carcajada—. Grace...

Lo miró dispuesta a luchar por su propio placer. Loca de deseo.

Con la mano que tenía libre, la atrajo para darle otro beso, y mientras su lengua se deslizaba en lo más profundo, uno de sus dedos se hundió entre sus pliegues, en el punto exacto.

Ella jadeó al sentir una punzada de agudo placer.

—Puedes utilizarme cuando quieras, siempre, amor —le prometió él al oído mientras su dedo se deslizaba por el lugar donde parecía haberse acumulado todo el deseo—. Pero, cuando me uses, quiero que me uses bien.

El goce la invadió, y sacudió las caderas contra él, moviéndose, disfrutando de la forma en que él la acariciaba y presionaba, encantada con cómo se movía contra ella.

—Enséñame —susurró él, con voz grave y ronca—. Enséñame lo que te gusta.

Y entonces sus dedos se enredaron con los de Ewan y se mecía contra él, mostrándole el ritmo que satisfacía su placer, enseñandoselo y, finalmente, él le cedió el control. Grace se movía contra él, consciente de que no debía, pero no le importó. Ewan la miró, bombeando contra ella, guiándola hacia un torrente de placer, hasta que Grace gritó en el silencio de la habitación. Entonces, él dijo cosas provocadoras como: «Más fuerte, más rápido, tómalo, sí, amor, eres la cosa más hermosa que he visto jamás».

Después, ella se quedó quieta sobre su regazo, Ewan le dio un beso en el pómulo y otro en la sien, y la mantuvo allí mientras Grace se estremecía con las réplicas del orgasmo, entregándole su cuerpo y su tiempo, y haciéndole desear no marcharse de allí jamás.

Cuando volvió a pensar, se puso rígida, y se levantó al instante.

—Tus vendas...

—¿Crees que siento dolor ahora mismo? —La atrajo de nuevo a su regazo y le dio otro beso en el pelo; la caricia fue tan natural que hizo arder a Grace en lugares que nunca habían estado calientes.

—Solo deseo que sientas placer. —Ella sonrió.

—Entonces debemos hacer esto a menudo. —Él le deslizó la mano por el brazo, y su contacto le produjo un escalofrío cuando pasó de ser una caricia perezosa a un contacto intencionado.

La sonrisa desapareció.

No podía suceder, por supuesto. No podía haber nada frecuente entre ellos.

No había futuro para ellos, porque todo el espacio se había llenado con el pasado.

«Esto ha sido un error».

Grace se movió para abandonar su regazo y él le agarró la mano. Ella se quedó quieta, esperando que él se lo impidiera. No lo hizo. Pero la sostuvo, y el calor que le produjo su mano fue un señuelo, una promesa y una tentación que ella no necesitaba. Se apartó, detestando la sensación que le produjo separar su mano de la de él.

Ewan no se lo impidió. No la hizo regresar.

—Debo irme. —Su frustración alcanzó niveles estratosféricos. Grace sabía que era irracional.

Ewan no se movió, se quedó observando cómo ella se ponía los pantalones y cómo recogía los objetos que habían caído al suelo. Le dejó el bálsamo, la caja de hielo y el paño, y colocó la cesta de vendas con cuidado sobre la mesa.

—Tengo que irme. —Lo miró.

Asintió con la cabeza. ¿No iba a detenerla?

Ella no quería que lo hiciera, ¿verdad?

Así sería más fácil, ¿no?

Sería más fácil. Pero eso no hacía que fuera mejor.

Tragando el nudo que tenía en la garganta, Grace se apartó para recoger su abrigo, que había quedado tirado en el suelo, mientras cada parte de ella quería quedarse. Deseaba que él le pidiera que se quedara.

—¿Cómo has burlado a los sirvientes? —le preguntó él entonces.

Sabía que se estaba buscando problemas, pero Grace giró la cabeza y se puso de perfil.

—Como siempre: me muevo por los tejados.

Ewan guardó silencio e hizo un movimiento lento y deliberado, y el corazón de ella comenzó a latir con fuerza.

—Esta tarde, en el Garden, quería seguirte. Escalar ese muro.

—No es tan fácil como parece. —Se giró hacia él.

—Yo creo que sí. —Le dedicó media sonrisa.

Ella lo observó un momento.

—En cambio, me dejaste ir —dijo finalmente.

—Y tú has venido a verme.

Recordó sus palabras. «Ven a verme». Se suponía que había ido para decirle lo que quería y simplemente había acudido a verlo a él, a ese hombre al que no conocía, tan diferente de quien había sido. Tan diferente y mucho más peligroso.

—Enséñame —dijo él interrumpiendo sus pensamientos.

No debería. Sería un error pasar más tiempo con él. Pasar más tiempo aprendiendo de él.

No debería. Pero quería hacerlo. Quería llevarlo al tejado y mostrarle la libertad que había reclamado para sí misma.

Ansiaba crear nuevos recuerdos.

Se le ocurrió una idea.

Grace cruzó la habitación hasta el armario en silencio y lo abrió para sacar de su interior una fina camisa blanca. La sujetó contra su pecho y, al darse la vuelta, Ewan estaba abotonándose los pantalones, con aquella mirada ambarina brillante bajo la luz de las velas.

Observó con descaro cómo se abrochaba los botones y, en cuanto cerró la bragueta, echó de menos las crestas y las sombras. Había miembros del 72 de Shelton que pedían parejas vestidas de forma muy elaborada simplemente para ver cómo se quitaban y se ponían la ropa, y, aunque Grace rara vez cuestionaba los deseos de su clientela, nunca había acabado de entender el placer de ver desvestirse a un amante.

Pero, en ese instante, mientras los fuertes brazos de Ewan se tensaban y los músculos de sus antebrazos se flexionaban, se le secó la boca y descubrió que empezaba a entender esa filia. Podría verlo trasegar con los botones durante horas.

—¿También vas a vestirme? —le dijo al terminar.

Grace le lanzó la camisa y se sorprendió por la rapidez con que la cogió al vuelo antes de ponérsela por encima de la cabeza con un movimiento fluido que desmentía lo que ella sabía que eran los dolores y las punzadas de protesta de los músculos. Resultaba muy íntima la idea de que ella acabara de sostener el suave lino que ahora se deslizaba por su piel como una caricia.

En cuanto se puso la camisa, con el faldón suelto alrededor de sus estrechas caderas, la recorrió con la mirada observando su corsé y sus pantalones con los ojos iluminados por el interés.

En otro momento, con otro hombre, podría haberle divertido esa atención extasiada, instantes después de que ambos hubieran encontrado la liberación. Pero en ese momento no pensaba entretenerse con el deseo que leía en sus ojos. Por el contrario, se deleitó con él.

«Mío».

¿Hasta dónde la seguiría?

Al amanecer llegaría un nuevo día, y con él la verdad de su pasado y su presente, y la imposibilidad de su futuro. Pero todavía era de noche, y si su experiencia de vida en las calles le había enseñado algo a Grace era que la planificación era para los negocios y no para el placer.

Capítulo 18

Subieron las oscuras escaleras traseras hasta la azotea del ancestral hogar de los Marwick como si estuvieran en las indómitas Highlands de Escocia, a kilómetros de distancia de la persona más cercana, y no en Grosvenor Square, donde podía verlos cualquier miembro de las familias más respetables de la aristocracia londinense.

Y quizá Ewan debería haberse preocupado por ello, pero siempre le había dado igual el ducado, y esa noche... lo único que le importaba era Grace.

Ella, cogida de su mano y con el abrigo en la otra, lo guio hacia arriba, pasando por el segundo piso y el tercero, hasta que las escaleras quedaron en penumbra y se tornaron tan estrechas que solo cabía una persona. Una vez arriba, Grace se giró, se pegó a la pared y alzó la barbilla para señalar la trampilla que había sobre sus cabezas.

—Vamos —susurró—. Ábrela. —Ewan levantó la mano, sorprendido al ver que su corazón latía con fuerza. Vaciló—. ¿Nervioso, duque?

—No sé por qué, ni que nos fuéramos a encontrar a un grupo de aristócratas criticones al otro lado. —La miró a los ojos, con la vela entre ellos bañando sus rostros con una luz parpadeante, y soltó una pequeña risa de desprecio por sí mismo.

Grace sonrió.

—Ah, pero imagínate si así fuera. Provocaríamos numerosos desmayos por todo Londres. Aunque, para ser sincera, no estoy segura de qué iban a criticar —dijo mientras empujaba la trampilla hacia arriba y la abría, haciéndola caer de golpe sobre el tejado—. Estos pantalones me hacen un culo estupendo.

Tras soltar esa verdad irrefutable, Grace atravesó el hueco, y ese mismo trasero, redondo y precioso, hizo que Ewan deseara volver a meterla en el interior, llevarla a la cama y demostrarle de mil maneras diferentes lo estupendo que le parecía. Maldito tejado.

Pero ella ya había desaparecido de su vista, y se volvió hacia él desde el exterior. El hilo plateado de su corsé brillaba bajo la luz de las velas mientras miraba a su alrededor.

—Estás a salvo. No hay ni un aristócrata a la vista.

La broma le encantó, aunque sabía que no debía creer que aquello fuera más que un instante de felicidad. ¿No era siempre así con Grace? ¿Perseguir la felicidad sin llegar a alcanzarla?

Subió al tejado y la siguió en esa fría noche de otoño. Ella ya se dirigía a la fachada sur de la casa, que lindaba con la plaza. La observó durante unos instantes, sorprendido por que le resultara tan natural estar allí, en los tejados de la ciudad.

—Alguien podría verte.

—¿Temes que el marqués de Westminster tenga un catalejo en la ventana de enfrente? —Se volvió hacia él con una sonrisa.

—Dios mío. No lo había pensado, pero ahora que lo dices...

—Westminster no es un mirón. Es demasiado austero para ese tipo de pasatiempos —comentó ella con indiferencia, como si fuera perfectamente normal que una chica que había conseguido tener un techo sobre su cabeza a base de luchar a puño limpio conociera los rasgos de la personalidad de uno de los aristócratas más ricos de Gran Bretaña—. Y, aunque no estuviera demasiado oscuro para ver nada que valga la pena —continuó—, lo único en lo que se fijaría sería en tus caballos. —Lo miró—. Tienes caballos, ¿no?

—Sí, claro. —La pregunta le sorprendió.

—No caballos de los carruajes o los grises con los que te paseas por Hyde Park. Me refiero a caballos de carreras. Eso es lo que le interesa a Westminster. —Agitó una mano.

—¿Cómo sabes que monto en Hyde Park?

—De la misma manera que sé que a Westminster le gustan los caballos. —Se encogió de hombros y volvió a prestar atención a la plaza de abajo.

—¿Cómo consigues enterarte de todo?

—Ese es mi negocio: saberlo todo.

—Como la afición a los caballos.

—Como que la afición por los caballos de Westminster tiene algo que ver con su inclinación por el juego. O por qué el conde Leither está presionando para que se suavicen las penas por el tráfico de opio. O por qué el editor de *La Voz de Londres* es tan partidario de promover el sufragio femenino.

—¿Y cómo sabes todas estas cosas? —Ewan alzó las cejas.

—Vosotros pensáis que el mundo se maneja desde los edificios de esta plaza, perfectamente ajardinada, donde nadie que tenga una renta de menos de diez mil libras al año es bien recibido, pero lo cierto es que el mundo gira alrededor del comercio, y el comercio, aunque sea algo banal, burgués y aburrido para la aristocracia, es un negocio del que vale la pena estar al tanto.

—¿Qué tipo de comercio?

—Información y placer. A veces las dos cosas juntas.

—¿Y comercias con esos productos básicos?

—La cuestión es que a Westminster no le interesa dónde estamos ni cómo vamos vestidos, ni siquiera si estamos desnudos. Está oscuro, Ewan. Nadie nos verá. Y si nos ven, simplemente pensarán que el loco de Marwick ha subido a la azotea con su última amante. —Se encogió de hombros y miró hacia Westminster House.

—Lo de que tuviera una amante sería la parte más sorprendente de la historia —la corrigió secamente.

Ella se calló, y él se maldijo, no quería mantener esa conversación. No en ese momento,

cuando la había convencido para que se abriera a él.

—¿No hay ninguna amante esperándote en las habitaciones de Burghsey? —preguntó ella en voz baja volviéndose hacia él.

¿Se pondría celosa?

—Apenas piso las habitaciones de Burghsey.

—Eso no significa que no puedas encontrar placer allí.

—Allí no hay ningún placer. —Las palabras salieron más frías de lo que pretendía, más duras. Se aclaró la garganta, no quería que ese sitio se interpusiera entre ellos. No quería que Grace se acercara por allí nunca más. Carraspeó—. Sinceramente, no tengo demasiada experiencia con el placer.

—Qué pena... ¿Para qué sirven los títulos, el dinero, el poder y los privilegios si no es para usarlos en bacanales ducales nocturnas? —Se volvió hacia él.

—Me temo que este duque nunca ha recibido una invitación a una bacanal ducal. —Se rio.

—Mmm... —dijo ella—. Creo que deberías considerarte afortunado en ese aspecto. Conozco a varias duquesas, y sus maridos son, en su mayoría, mortalmente aburridos o absolutamente desagradables; ninguna de las dos cualidades sirve para organizar una buena fiesta.

—Me esforzaré por evitar ambas cosas, en ese caso, y dejaré todas mis bacanales en tus manos.

—Se me dan muy bien. —Ella sonrió ante sus palabras.

—No me cuesta creerlo —repuso; quería volver a formar parte de su vida.

—Mi negocio es el placer, como te he dicho. —Grace inclinó la cabeza a un lado.

—Y la información.

—Te sorprendería saber la información que fluye junto al placer.

—Creo que me hago una idea. —Hizo una pausa—. ¿Qué sabes de mí? —preguntó a continuación.

—¿Quién dice que he investigado sobre ti?

—Lo has hecho. —Ewan sonrió.

—Nadie te conoce —confesó ella tras un momento en silencio.

«Tú me conoces», pensó, aunque no pronunció esas palabras.

—Lo máximo que se sabe de ti es que tienes un caballo gris. Y que te gusta montar en el parque.

—De hecho, no me gusta montar en el parque.

—Claro que no —atajó ella, como si todo el mundo lo supiera—. Te gusta cabalgar por lugares donde perderte e ir al galope.

—Y fingir que nunca tengo que volver. —La miró.

—Pero siempre hay que volver, ¿verdad? Siempre hay que regresar. —Siempre lo había hecho, atado a su padre y al ducado como si tuviera una cadena. Atado a Burghsey House—. Y nadie va a decirme dónde has estado durante el último año —añadió ella en voz baja, y su voz

flotó en la noche.

—Nadie lo sabe. —La miró de nuevo a los ojos.

—¿Entonces...? —Ella lo observó expectante.

—Me dijiste que me fuera —contestó Ewan, apartando la mirada y clavándola en las sombras dispersas por los tejados bajo la luz de la luna.

—Y, sin embargo, has vuelto —dijo ella.

—Soy un hombre diferente del que se fue —confesó—. Ahora soy un hombre mejor.

Permanecieron en silencio mientras solo el viento otoñal se movía entre ellos.

—Quizá sea cierto —dijo ella.

—El hombre que se fue no tenía un propósito.

—¿Y ahora lo tienes?

—Sí, ahora sí. —La miró fijamente.

Esas palabras deberían haberla asustado y haberla hecho correr por los tejados de vuelta al Garden. Y quizá habría sido así en el pasado. Pero esa noche y en ese lugar, Ewan tenía la clara sensación de que no era el único que había cambiado.

Como si hubiera oído ese pensamiento, Grace tragó saliva y apartó la mirada. Ewan siguió la dirección de sus ojos hacia la plaza, donde las copas de los árboles eran apenas visibles en la noche.

—Nunca se me había ocurrido que tenía tejado.

—Eso es lo que pasa cuando no tienes que preocuparte por tener uno.

—He tenido que preocuparme, ¿sabes? —La miró.

La preocupación por tener un techo sobre sus cabezas fue lo primero que los unió. Miedo a lo que podían perder. Miedo e incertidumbre. Miedo al hambre y a la necesidad.

—Lo sé —asintió ella en voz baja—. Como todos.

Ewan no pensaba que lo hubiera dicho como un reproche, pero lo cierto fue que ella se puso el abrigo y se alejó del borde para dirigirse a las chimeneas del centro del tejado, donde se encaramó en el escalón de ladrillo que conducía al bloque de la chimenea. Una vez allí, separó las piernas cubiertas por las altas botas y lo observó.

—Dios... —Negó con la cabeza, volviéndose hacia la oscuridad—. Grosvenor Square. Todavía me parece increíble.

Se sentía así cada vez que iba a Londres, a esa casa que nunca había sentido como propia, a esa ciudad que ya no sentía como suya, a ese mundo al que nunca había pertenecido: no importaba cuántos tutores hubieran pasado por su vida, cuántos años hubiera estudiado en Eton y Oxford, ni cuántas lecciones de baile y de administración de propiedades hubiera recibido. No importaban los sastres, ayudas de cámara, mayordomos y cocineros que hubiera tenido. Cuando caminaba por los pasillos de Marwick House, sabía que era un impostor.

—No deberías decir eso. —Ella lo arrancó de sus pensamientos—. Siempre te dijimos que acabarías aquí, duque.

—Me gustaría que no me llamaras así. —Apretó los dientes.

—Es tu título, ¿no? ¿Prefieres *su excelencia* o *su gracia*? —añadió al ver que no decía nada.

—No —dijo al instante—. Dios. No. Siempre lo he odiado. —Cada vez que lo llamaban duque pensaba en Grace y eso era una tortura, porque ella siempre lo acompañaba, pero nunca estaba allí.

Grace inclinó la cabeza a un lado.

—Así que no te gusta tu nombre, no te gusta tu título, no te gusta el trato que acompaña al título. No te gustan tu mayordomo ni tus vecinos ni tu casa ni tu atuendo ni tus privilegios. — Grace hizo una pausa—. ¿Hay algo del ducado que te guste?

En lugar de responder, Ewan se volvió para mirar por encima los oscuros tejados, la luz de la luna menguante apenas era suficiente para ver la casa de al lado, y mucho menos el otro lado de la plaza.

—No entiendo cómo es posible que te muevas así por Londres.

—¿Te refieres a por el cielo? —Ella le sonrió.

—¿Así es como lo llamas?

—Siempre me ha gustado mucho la poesía —repuso—. La verdad es que por el cielo sería más fácil. Pero cuando hay luna y las farolas están encendidas... Conozco el camino.

—¿Conoces el camino? —Las palabras lo atravesaron, había algo oculto en ellas. La miró a los ojos.

El aire entre ellos se hizo más espeso con esa pregunta. No tenía sentido que ella conociera el camino. No tenía sentido que una chica que se había criado en las calles y se había convertido en la realeza de Covent Garden, que manejaba información y espías y placeres como ella lo hacía, tuviera el tiempo, el interés o la inclinación para aprender el camino desde el Garden hasta el extremo norte de Grosvenor Square.

No tenía sentido que ella supiera por dónde y cómo llegar a las azoteas de ese lugar, en pleno Mayfair, donde la ciudad era más ordenada, menos laberíntica y estaba repleta de gente que la enviaría a la policía de Bow Street sin pensárselo dos veces si la veían merodeando por una azotea.

No importaba lo hermosa que fuera o lo imponente que resultara.

A no ser que llevara el suficiente tiempo haciéndolo como para conocer todas las formas de evitar ser vista. Ewan cogió aire ante esa idea y acortó de inmediato la distancia entre ellos, sabiendo que al formular esa pregunta correría un riesgo. Si tenía razón, incluso podría asustarla.

Pero ¿no era esa su vida? ¿No se había arriesgado una y otra vez?

Cuando él se acercó, ella no quiso mirarlo, sino que se dedicó a rascar algo invisible en la pernera de su pantalón. Aunque tuviera algo allí, era de noche y no había forma de que lo viera; lo estaba evitando.

—¿Por qué conoces el camino, Grace?

—Son solo un par de kilómetros —respondió ella, y él notó cierta precaución en su forma de

hablar—. No es como si conociera el camino a Gales.

Los dos sabían que Mayfair bien podría ser Gales por lo lejos que estaba del Garden. Ewan estaba lo suficientemente cerca de ella como poder verla un poco mejor, para observar su rostro dorado bajo la luz parpadeante y el pelo plateado por la luna.

—Dímelo —la apremió en voz baja, acercándose a ella. De repente, estaba ansioso por saber la verdad—. Dime cómo sabías que este es mi tejado.

Ella se movió inquieta de una forma tan evidente que lo hizo retroceder. ¿La había visto tan nerviosa alguna vez? Se acercó a ella y le colocó un mechón de pelo rojo detrás de la oreja con los dedos; ¿cómo no se había dado cuenta antes de que sus orejas eran perfectas?

—Estamos en Grosvenor Square, Marwick. No hay tantas casas, y sé contar chimeneas tan bien como cualquiera.

—Marwick no. No me llames así. No en este momento, maldita sea. —Sacudió la cabeza.

Grace abrió los ojos de par en par al ver la ira de su mirada.

—Cuidado —le advirtió.

A Ewan le dio igual su aviso; ella le estaba ocultando algo y quería saber qué era.

—Dime cómo sabes que hay una trampa en mi tejado, Grace.

—Hay una trampa en todos los tejados. Los dandis no lo saben porque no limpian las chimeneas y no alquitranan los tejados, ¿para qué iban a subir entonces? —Su mirada se dirigió a la de él, a la defensiva.

—Dime por qué sabes abrirla para acceder por ella.

—Nunca había estado dentro —aseguró ella; no le gustó lo que insinuaban sus preguntas—. Antes del día del baile no había entrado en tu mansión.

La creyó. Pero algo no cuadraba; había pasado algo más.

Y no sabía lo que era.

—Entonces, ¿qué? —preguntó.

Pasó una eternidad mientras esperaba a que ella hablara.

—Solía venir aquí —le confesó finalmente.

—¿Por qué?

—Sabía de un duque que necesitaba que lo desplumaran.

—No, Grace. ¿Por qué? —Él negó con la cabeza.

Grace lo hizo esperar una eternidad. Y le pareció todavía más.

—Vine a esperarte —dijo.

—¿Por qué? —La confesión casi lo puso de rodillas.

—No importa. —Ella miró hacia otro lado.

«Es lo único que importa».

—Pensaba que podría... —se interrumpió.

No necesitaba eso. No sabía si quería saberlo. No había nada que Grace hubiera podido hacer por él si se hubieran encontrado en los últimos años, después de que los hubiera abandonado,

nada de lo que hubiera podido convencerlo.

—¿Qué pasó después de que nos fuéramos? —preguntó ella finalmente.

—No importa. —Negó con la cabeza.

—A mí sí. ¿Adónde fuiste? Nunca viniste por aquí.

—A estudiar —dijo. Había ido a estudiar, por suerte, y allí había encontrado algo parecido a la tranquilidad, aunque el resto de los chicos lo consideraran un loco. Y tenían razón—. Luego a Eton, a Oxford y, más tarde, más lejos, al continente. Dondequiera que pudiera ir y librarme de él y de sus amenazas.

—Nunca dejó de hacerte daño —adivinó ella en voz baja.

Por supuesto que no. Pero no le había hecho daño de la manera que ella pensaba. Su padre lo había herido una y otra vez prometiéndole que, si él se equivocaba, Grace sufriría. Y Diablo y Whit también. Por tanto, él tuvo que interpretar el papel de hijo cariñoso. De conde.

Y si no lo hubiera hecho, la gente que amaba lo hubiera pagado.

Por supuesto, todo el mundo lo había tomado por loco. Si hubiera sabido que ella había ido allí, a ese tejado, a esperarlo, habría arrasado el edificio para mantenerla a salvo.

Y luego se le ocurrió una idea peor. Una que lo aterrorizó.

—¿Llegaste a encontrártelo alguna vez?

Era lo único que le importaba. Ewan no creía que pudiera soportar la idea de que ella se enfrentara a su padre, ni siquiera ahora, cuando era la reina de Covent Garden y podría plantarle cara al duque muerto con suma facilidad.

—No. —Ella negó con la cabeza.

«Él podría haberla matado».

—No deberías conocer el camino hasta aquí. No deberías haber tenido que contar las chimeneas —dijo con ira—. Se suponía que esta debía ser tu... —Se suponía que ella tendría que haber heredado la casa y, en cambio, por un giro cruel del destino, había sido para él—. Este debería haber sido tu hogar. Deberías ser tú la que viviera en esta codiciada dirección, la dueña de la cálida cama que está esperando ahí abajo. De los sirvientes, de los carruajes y de más dinero del que puedas imaginar.

—Tengo una cama caliente esperándome —contestó ella, con ojos oscuros y enigmáticos—. Y sirvientes, carruajes y más dinero del que puedas imaginar. Incluso tengo una dirección codiciada en el East End. —Hizo una pausa—. No te fustigues. Nunca quise el título, la pompa ni nada de eso. Y me ha ido bastante bien por mi cuenta.

—¿Quién es Dahlia?

—La tienes delante. —Ella sonrió.

—No, no es verdad. La he visto. En mi baile de máscaras. En el patio del almacén poniendo fin a una reyerta. Ahí abajo, durante un instante, hasta que me dejaste llegar a Grace. —Negó con la cabeza. Ella se agitó ante sus palabras y él supo que tenía razón—. Pero ¿quién es?

—Es la reina. —Ella sostuvo su mirada.

No le gustó que no se lo dijera. Quería que le confiara su verdad.

Pero no podía culparla.

Respiró hondo y le recorrió el corsé con la mirada, el hilo de oro que brillaba con la luz apenas perceptible de la vela que habían dejado a sus pies. Llegó el eco de un recuerdo.

—¿Recuerdas lo que te prometí? Cuando éramos jóvenes.

—Nos prometimos mil cosas, Ewan.

—Pero ¿te acuerdas? —Le encantaba oír su nombre en sus labios. Por alguna razón, le importaba que lo dijera.

—Me prometiste hilo de oro —dijo ella, y él soltó un suspiro.

El alivio lo atravesó y asintió, observándola.

—En ese momento, fue lo único que se me ocurrió. Mi madre... —Hizo una pausa, y ella lo observó con atención, con aquellos hermosos ojos llenos de comprensión a pesar de que él la había traicionado, a pesar de que los había traicionado a todos—. Ella hablaba de los hilos de oro como si fueran monedas. Pensaba que era lo más extravagante que podía darle.

—Nunca quise extravagancias.

—Sin embargo, quería dártelas. Te prometí que...

«... te haría duquesa».

Grace oyó lo que no dijo en voz alta.

—Nunca quise serlo —dijo ella en voz baja, antes de ponerse en pie y acercarse a él—. Solo quería el mundo que me ofreciste. —Se detuvo frente a él y levantó la vista, con los ojos de un felino en la oscuridad; la luz de la luna y la vela que había dejado atrás eran suficientes para verla—. ¿Te acuerdas de eso?

Lo recordaba todo.

—Pues todo sigue igual, ya sabes. Los carros siguen traqueteando sobre los adoquines, y no hay un momento en que no surja una pelea en una taberna. Y el mercado está lleno de granjeros y de charlatanes, tratando de venderte algo.

Cuando eran jóvenes le había descrito innumerables imágenes del Garden, llenas de vida y libertad, que ignoraban las partes malas y mostraban solo las buenas, convencido de que ella nunca tendría que enfrentarse a lo negativo.

—¿Entonces? ¿Ya has aprendido todas las palabrotas?

—Hasta la última... Y he creado algunas propias. —Sonrió, sus dientes brillantes en la oscuridad.

—Me gustaría escucharlas.

—No creo que estés preparado.

Aquel tono de broma era una novedad, un leve indicio de cómo podría ser todo. Se aferró a la esperanza.

—Ya conoces la mejor parte —continuó Ewan bajito—. La lluvia convierte las calles en oro.

Se acercó a ella en ese momento, seguro de que Grace se apartaría de él, pero no lo hizo. Así

pues, le tocó un lado de la cara, le puso un mechón de aquel ignífugo cabello detrás de la oreja, maravillado con todos sus recuerdos. Había habido miles de cosas que nunca habían hecho juntos, pero eso, ese suave toque, aquel momento robado, les resultaba familiar.

—Nunca quise el ducado —dijo—. Quería el Garden. Eso fue lo que me prometiste. Que le daríamos lo que merecía.

«Vamos a cambiar todo eso...».

—¿Y lo has conseguido? —preguntó él sabiendo la respuesta—. ¿Cumpliste mi promesa?

—Claro. —Ella asintió.

Ella. Diablo. Whit. Pero él no había formado parte de eso. De hecho, lo había complicado todo.

—He enviado dinero a las familias. —Miró al cielo.

—Lo sé.

—Me preguntaste si había algo que me gustara de ser duque. —Volvió a mirarla.

—¿Y?

—Me gustaría poder invertir todo el dinero en el Garden. Me gustaría usar el título para cambiar las cosas.

—El proyecto de ley que se está debatiendo. No es de Leighton ni de Lamont. Es tuyo. —Su mirada encontró la de él, aguda y comprensiva. Vio más de lo que él estaba dispuesto a mostrar—. Por el Garden.

—Sabía que si el loco de Marwick lo presentaba nadie lo tendría en cuenta.

—Nadie lo tendrá en cuenta de todos modos —dijo—. Nadie en el Garden recibe nunca lo que se merece.

Tenía razón. No había suficientes votos en el Parlamento para defender a los hombres y mujeres de los rincones más pobres de Londres. Incluso en ese momento era incapaz de cumplir su antigua promesa. Pero ella lo había hecho.

—No espero el perdón.

—Bien.

—Pero lo deseo.

«También deseo tu perdón...».

Entonces ella miró más allá, por encima de su hombro.

—Está saliendo el sol. —Miró en la dirección que ella señalaba, hacia el este, al principio solo vio el cielo negro. Y, entonces, lo vio, el borde oscuro como carbón apenas visible en el horizonte, el conjunto de ángulos. Tejados—. No me contaste lo mejor.

—No te entiendo. —La miró y negó con la cabeza.

—Nunca me dijiste que el Garden era el primer distrito de Londres en dar la bienvenida al sol.

Esas palabras, una simple observación que no debería haber significado nada, le robaron el aliento.

—Ojalá hubiera huido contigo —se arriesgó a decir, no supo si por las palabras de ella o por

la lejana promesa del amanecer, e inmediatamente deseó retractarse. Eso le recordaría aquella noche, cuando él lo había arruinado todo con la peor clase de traición. Pero, de repente, era esencial que ella supiera la verdad, aunque eso supusiera que se enfadara.

Tal vez fue el alba lo que mantuvo a raya la ira de Grace, porque, cuando habló, no fue con enfado, sino con cierta nostalgia.

—Eso lo habría estropeado todo —dijo ella, mirando a los tejados en la lejanía; el Garden era su país, y esperaba su regreso—. Éramos demasiado el uno para el otro como para habernos amado de verdad.

No era eso lo que quería oír.

—Te amaba —insistió, aunque sabía que no bastaba.

—Lo sé —convino ella—. Yo también te amaba. Pero fue un amor efímero de primavera que continuó durante el verano. Floreció hasta que llegó el frío. Hasta que el viento amenazó con desgarrarlo y la escarcha lo mató. —Ewan detestó aquella imagen. No le gustaba que él fuera el frío cuando ella había sido el sol. Grace volvió al presente y sus ojos se encontraron—. El primer amor no es para siempre.

Sus palabras supusieron otro golpe, y más duro que los que había recibido en el cuerpo.

—¿Y ahora, qué?

Grace estaba lo bastante cerca como para que él notara su respiración, la inhalación lenta y uniforme, y le dejó tiempo para pensar.

—Ewan... —dijo en voz baja y, por primera vez desde que él había regresado y habían iniciado ese baile, juego o lo que fuera, notó inseguridad en su voz.

Se aferró a eso.

—¿Y si nos olvidamos de todo eso? —La confusión la hizo fruncir el ceño, y él continuó—: ¿Y si empezamos de nuevo?

—¿Empezar de nuevo? —preguntó ella con incredulidad—. ¿Cómo? Nunca he podido librarme de ti. —El corazón de Ewan comenzó a latir con fuerza mientras Grace hablaba a la oscuridad, a esa ciudad que había sido suya y ahora era de ella—. Ni antes ni después de conocerte. Yo no era nadie antes de ti, un nombre en un árbol genealógico, a la espera de que llegaras como una mosca capturada en el ámbar.

—Yo tampoco era nadie —le recordó. Quería tocarla aun sabiendo que no debía.

—Sin embargo, lo eras —corrigió ella, con sus ojos resplandecientes bajo la luz de las velas—. Eras Ewan, eras fuerte e inteligente, y juraste que nos sacarías a todos de ese infierno.

—Y os saqué.

Ella se puso rígida como el acero ante sus palabras.

—Nos echaste. Nos asustaste. Y nos dejaste solos. Tú vivías en ese... —hizo un gesto con la mano sobre la plaza, antes de escupir— palacio, mientras nosotros arañábamos y luchábamos por todo lo que queríamos.

Era cierto... Y también falso.

«Díselo...».

¿Lo entendería?

—Nos mentiste —siguió ella, con su larga y suelta cabellera azotada por el viento—. Tú... —Dios... Se le había quebrado la voz. No creía que pudiera soportar que ella llorara—. Tú me mentiste —dijo finalmente. Las palabras sonaron como un trueno resonando a su alrededor—. Y no podemos volver a empezar, porque todo lo que eras, todo lo que éramos, sigue igual. Y no se puede borrar. Y debería odiarte por ello.

Era el momento de decírselo y podría haberlo hecho. Podría habérselo explicado todo. Podría haber empezado a contarle la verdad, a explicarle lo que había sucedido aquella noche tan lejana. Y quizá hubiera bastado.

Pero ella no había terminado.

—Y, aunque pudiera perdonar al niño que fuiste, ¿qué hay de las cosas que hiciste cuando ya eras un hombre? Diablo. Whit. Hattie. Cinco chicos del Garden. Puede que no hayas apretado el gatillo o encendido la cerilla, pero han muerto por tu culpa. Amenazaste nuestro medio de vida. Nuestro hogar. —Lo miró con los ojos entrecerrados—. Dices que has cambiado...

«He cambiado».

—Dices que eres un hombre mejor.

«Lo soy».

¿No era así?

—Pero no estoy segura de que eso importe. —Lo único inmutable era que le había hecho daño—. No debería importar... —susurró como si estuviera hablando consigo misma y no con él—. No debería importar... y debería odiarte.

Se aferró a ese debería, fue a por ella diciéndose a sí mismo que la soltaría en el momento en que ella lo rechazara. En el momento en que se resistiera a él.

Pero no se resistió.

—¿Quién soy yo sin ese odio? —añadió Grace en un susurro. A él le dolió el corazón ante la pregunta—. ¿Quién eres tú sin ese odio? —continuó.

—No lo sé —dijo. Y era verdad—. Lo único que sé es que quiero saberlo. —Apoyó la frente en la de ella, cerró los ojos y pronunció las palabras que lo habían perseguido cada día desde que ella había desaparecido de su vida—. Lo siento.

Nunca nada había significado tanto.

Chocaron como una tempestad, el beso les robó a ambos el aliento y amenazó con privarlo a él de mucho más. Cuando la acercó, ella se inclinaba hacia él. Las manos de Grace se aproximaban a su pelo para acercarlo a ella, con los labios ansiosos y separados para encontrarse con los de él. El aliento y las lenguas se enredaron mientras se consumían mutuamente.

Como fuego.

Ewan sintió un fuego ardiente y casi insoportable al saber que ella lo deseaba como él la deseaba a ella. Aunque debería odiarlo, lo que ella sentía en ese momento no era odio. Era otra

cosa.

Ewan lidiaría con ello si Grace le dejara.

Los labios le escocían por la fuerza del beso, pero no le importaba, y menos al notar que la lengua de ella le acariciaba la suya. Se le escapó un gemido al saborearla de nuevo, la acercó y la alzó, hasta que encajaron el uno contra el otro, como dos mitades de un todo.

Como siempre habían sido.

Aunque no sabía decir dónde terminaba su mitad y dónde empezaba la de ella, podía saborear la emoción y la urgencia en el beso; pena, rabia, frustración y deseo, y algo que ella no querría definir, pero que él sabía que siempre estaría ahí.

Notó que Grace le hundía los dedos en el pelo y se acomodó contra su boca, acariciándola profundamente hasta que ella suspiró de placer. El sonido lo atravesó y fue directo a su verga, que una vez más estaba dura y dolorida.

La noche no había sido suficiente.

Nunca sería suficiente.

Solo había sido el principio. Ella lo estaba reclamando y él era suyo para siempre.

Y ella...

«Suya también».

Dios... Lo daría todo a cambio de que fuera suya.

Como si hubiera oído ese pensamiento, ella interrumpió el beso, lo apartó y dio un paso atrás para que hubiera espacio entre ellos, notando sus jadeos intensos, con la conmoción y el deseo destellando junto con una intensa frustración en sus ojos.

Pero no era eso. Había algo más.

Necesidad.

Grace lo necesitaba, y él también a ella.

—No. —Supo que se había dado cuenta de que él le entregaría todo lo que le pidiera. Todo lo que quisiera. La vio dar otro paso atrás, negar con la cabeza y levantar una mano acusadora.

—Grace... —dijo justo cuando se daba la vuelta. Su pelo, su abrigo, todo lo relacionado con ella se le escapó de las manos mientras se alejaba por el tejado y desaparecía en la noche.

Cada pizca de él vibraba por seguirla. Por atraparla y contarle todo. Por hacerla entender.

«No estoy segura de que importe».

Grace desapareció de su vista y él se quedó mirando su estela, observando cómo el cielo del este se hacía más claro, la oscuridad daba paso al lavanda y, luego, a un rojo más intenso que jamás había visto, como si toda la ciudad estuviera en llamas.

Y solo cuando la cegadora luz del sol subió por encima de los tejados, se dejó llevar. En el interior de Grosvenor Square, los sirvientes se levantaron de sus camas ante el rugido de frustración que Ewan profirió al amanecer.

Capítulo 19

Una semana después, Grace fue a cenar a Berkeley Square.

Cuando se casaron, Whit le había comprado a su mujer una impresionante casa en el lado occidental de la plaza, porque ella le había dicho que le gustaba y él se había propuesto un objetivo vital muy singular: malcriarla. La casa estaba vacía casi todos los días, porque Hattie dirigía una de las mayores compañías de transporte de Londres, Whit nunca dejaba de trabajar en el cuartel general de los Bastardos y ambos preferían otra casa más adecuada en Covent Garden.

Pero a Whit no le gustaba recibir visitas en sus aposentos privados, ni siquiera las de la familia, así que todos los viernes organizaban cenas familiares en la casa de Mayfair, lo que permitía a Whit y a Diablo hacer todo lo posible para asustar a los dandis en cuanto llegaban, porque normalmente anunciaban su llegada armando jaleo en un antiguo carruaje, con las botas llenas de barro y las caras sin afeitar.

Baste decir que los venerables residentes aristocráticos de Berkeley Square tenían mucho que comentar los sábados por la mañana.

Esas cenas solían ser uno de los momentos más felices de la semana para Grace, ya que le permitían acurrucarse durante un rato con Helena, la hija de ocho meses de Diablo y Felicity, que era perfecta en todos los sentidos.

Pero esa noche, una semana después de haber huido de los tejados de otra plaza de Mayfair, temía el acontecimiento, pues sabía que ya no podría evitar pensar en el tejado del duque de Marwick.

Tampoco podría evitar pensar en la tarde que había pasado en la casa de ese mismo duque. Ni los momentos que había estado en su regazo o la tarde con él en el Garden, cuando tenía la camisa llena de sangre y suciedad, como si las peleas fueran algo cotidiano para él.

Y no podría evitar pensar en el propio duque de Marwick, que ya no era el duque de Marwick en su cabeza. Había tardado años en dejar de pensar en él como Ewan y, en apenas unos días, volvía a hacerlo.

Ewan.

Y ese cambio, que no suponía nada para el resto del mundo, era suficiente para que ella entrara en un caos interno.

«¿Quién soy yo sin ese odio?».

«¿Quién es él?».

Las preguntas habían resonado durante una semana en su cabeza, mientras vivía su vida,

dirigía su negocio y planeaba el Dominio de octubre. Y, durante una semana, no había hallado ninguna respuesta.

Aun así, asistió a la cena, entró en la casa, se despojó de su abrigo y acogió en sus brazos al bebé que le ofrecía la sonriente niñera, la balbuceante Helena, agradecida por poder tenerla como escudo ante lo que sospechaba que iba a llegar.

No era la única de Covent Garden que tenía espías. Aunque los suyos fueran los mejores. Y no hacía falta el mejor de los espías para darse cuenta de que un duque se había puesto a besar a Dahlia a plena luz del día ante un grupo de lavanderas que los miraban encantadas.

Tenía las mejillas calientes al entrar en el comedor de la casa, que en realidad era mitad comedor, con una gran mesa tallada —ya repleta de platos de caza y verduras, como si Hattie la hubiera preparado para la mismísima reina—, y mitad sala de estar. Era una elección de espacio que a Grace siempre le había gustado, ya que Hattie aborrecía la moda de que las damas y los caballeros se separaran después de las comidas, y lo había evitado haciendo que el comedor fuera cómodo y sirviera para algo más que para comer.

Grace apenas había entrado en la habitación —de hecho, todavía estaba manteniendo una charla sin sentido con Helena— cuando Diablo se dio media vuelta ante el aparador, donde se había servido dos dedos de *whisky*.

—Ah, nos preguntábamos si estarías demasiado ocupada para acompañarnos esta noche.

Ignorando la tirantez de sus entrañas al oírlo, Grace lanzó una rápida sonrisa a sus cuñadas: Felicity se hallaba junto a las altas ventanas de un extremo de la habitación y Hattie se había acurrucado en el brazo del gran sillón donde estaba sentado Whit.

—¿Por qué iba a estar demasiado ocupada para acompañaros? —dijo alegremente, con voz cantarina, haciendo una carantoña a Helena.

—No sé —repuso Diablo, acercándose a ella con un segundo vaso—. Pensamos que tal vez estarías demasiado ocupada pelando la pava con Marwick.

—Veo que vas al grano. —El corazón amenazó con salirse del pecho, y se preguntó si los demás lo oírían por encima del único otro sonido de la habitación: el balbuceo con el que Helena acompañaba el movimiento de su pequeño puño contra la mejilla de Grace. Aceptó la bebida de la mano de Diablo y la miró—. No estará envenenada, ¿verdad?

—No soy quien intentó matarte en el pasado, Grace. —Sonrió, lo que hizo que su cicatriz se tensara.

Diablo nunca daba puntada sin hilo.

—Oh, por el amor de Dios... —Felicity se acercó desde la ventana. Las brillantes faldas rosas de su vestido rozaron la alfombra—. Déjala en paz, ¿quieres? ¿Es que no te oyes a ti mismo? —se burló—. Ni que hubieras sido un santo durante toda tu vida.

—Nunca he intentado seducir a una mujer a la que he estado a punto de matar —se defendió él.

—No —replicó Felicity—, solo intentaste seducir a una mujer para arruinarle la vida.

Hattie soltó una carcajada, y Whit y Grace arquearon las cejas a la vez, lo que demostraba que dos personas no necesitaban tener la misma sangre para considerarse hermanos.

—¡Eso es diferente! —declaró—. La idea era solucionar tu problema de ser una solterona.

—Ah, sí... Para que me mandaran a una casa de campo para viudas en las Hébridas o algo así. —Felicity le dirigió una mirada intensa antes de devolver su atención a Grace—. Venga, cuéntanos.

—No sé de qué me hablas.

«Mentira».

—Sabemos que te besó después de ayudar a Alice a lavar la ropa, y esa parte parece muy extraña. —Felicity no se dejaba engatusar fácilmente.

—Es cierto. —No tenía sentido negarlo. La había visto la mitad de la colonia. De nuevo un silencio, y Grace sintió cuatro miradas ardientes sobre ella mientras fingía estar concentrada en Helena, su única aliada. La niña hizo una burbuja de saliva y se rio, completamente ajena a lo que pasaba a su alrededor.

—¿Tú tienes algo que decir? —Diablo se volvió hacia Whit.

—Te lo dije. —Whit se encogió de hombros.

—Como si necesitáramos un maldito oráculo para saberlo.

—¿Saber qué? —Grace se volvió hacia él.

—Que iba a volver a por ti. —Diablo se peinó el pelo con las manos.

«La razón por la que he hecho todo desde el principio, por ti».

—No solo eso —dijo Whit—. Tú también has ido a por él.

—No. —Negó con la cabeza—. No debería... —aceptó luego, ante el cuarteto de miradas incrédulas.

—¡Maldita sea! —dijo Diablo.

—Diablo... —Felicity trató de apaciguarlo.

—¿Acaso no se equivoca? —Se dio la vuelta refunfuñando.

—Pero ¿qué pasa si ella quiere? —intervino Hattie, mientras se ponía en pie para cruzar la habitación y seleccionar una zanahoria de la mesa—. Supongo que no nos vamos a sentar a cenar, ¿verdad? —Dio un mordisco a la verdura—. ¿Qué pasa si él ha vuelto y ha cambiado? —sugirió con aire pensativo.

Grace ignoró el estremecimiento que la recorrió ante la pregunta, ante la idea de que Hattie lo creyera posible.

—Los hombres nunca cambian —aseguró ella—. Esa es la primera regla que no se puede olvidar para sobrevivir como mujer en el mundo. «Los hombres nunca cambian».

—Es cierto —dijo Diablo.

—Tonterías —respondió Felicity—. Tú has cambiado.

—Me has cambiado tú, amor —replicó él al instante—. Es diferente.

—Por supuesto que sí —dijo ella—, igual que tú me has cambiado a mí. —Se acercó a él para

deslizarse en el hueco de su brazo—. ¿Y si Grace lo ha cambiado? —Hizo una pausa—. El hombre que se acercó a ti, a Whit, a Hattie, a mí, solo tenía angustia y ni un ápice de esperanza.

«Me dijeron que habías muerto».

—La esperanza cambia a una persona. —Felicity se encogió de hombros.

Grace se quedó quieta al oír esas palabras.

«¿Y si por fin tuviera esperanza?».

¿Y si lo hiciera?

Helena comenzó a inquietarse y Grace se la llevó a sus padres. Sin perder el ritmo, Diablo cogió a la niña y la colocó en el hueco de su codo mientras sacaba un sonajero de plata del bolsillo.

—¿Tú qué opinas, Felicity? —preguntó Diablo una vez que la bebé estuvo acomodada.

—Creo que sabes muy bien qué opino —le dijo a su marido antes de mirar a Grace—: No les hagas caso.

—¡Eso es! —Hattie asintió con firmeza—. No tienen ni idea de lo que están diciendo.

—Los dos tuvieron que sufrir experiencias cercanas a la muerte para saber lo que querían.

—¡Eso no es cierto! —protestó Diablo—. Yo sabía lo que quería.

—No lo sabías —dijo Whit—. Grace y yo tuvimos que hacerte entrar en razón para que vieras que Felicity era lo mejor para ti. —Dirigió una sonrisa a su cuñada—. Lo sabes, ¿no?

—De hecho, así es. —Felicity sonrió feliz.

—Yo, en cambio, supe que quería a Hattie desde el primer momento en que la vi.

—¿En serio? —Hattie arqueó las cejas.

—Desde el momento en que me empujaste desde un carruaje en movimiento, cariño. ¿Cómo no enamorarme de inmediato? —Le dedicó una sonrisa a su mujer.

—Es masoquista. —Hattie se volvió hacia Grace.

—Sí, pues empiezo a pensar que es un rasgo familiar —dijo ella secamente.

—Pero el duque —dijo Hattie— no parece tener dificultades para clavar la mirada en lo que quiere.

—No, claro —sentenció Whit—. Está tan seguro de que te quiere que tuviste que permanecer en la clandestinidad durante veinte años.

Sin embargo, Grace ya no creía que tuvieran que huir de Ewan. Algo había cambiado. O quizá fuera una falsa esperanza.

—Eso es un punto en su contra, sin duda. —Felicity inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué demonios estamos discutiendo aquí? —intervino Diablo—. ¿Habéis olvidado que nos tuvo amedrentados durante años? ¿Has olvidado que me golpeó en la cabeza y trató de matarme de frío?

—Es importante señalar que no te congelaste —dijo Felicity.

—Vamos a tener unas palabras cuando llegemos a casa, esposa mía. —Diablo arqueó las cejas con incredulidad.

—Nunca tenemos palabras cuando llegamos a casa. —Señaló al grupo con la cabeza.

—Es porque me distraes, pero no me pienso olvidar de esto —dijo—. Sobreviví porque me salvaste.

—No solo fui yo. El duque se fue de Londres la noche que te dio por muerto. Sabía que lo estaban vigilando. Whit no te hubiera salvado si no hubiera ido a decirte que Marwick se había ido. —Felicity se volvió para mirar a Grace.

«No es imposible», pensó Grace. Pero era una apuesta arriesgada.

—Nunca me he creído ese razonamiento—refunfuñó Diablo.

—¿Nunca? —Grace levantó las cejas—. ¿Es una discusión que tenéis a menudo?

—Es la teoría de Hattie —protestó Whit—. Y no me gustó —se volvió hacia su esposa— que te hiciera explotar.

—Qué pesado eres... —dijo Hattie—, solo me explotó un poco.

—¿Te explotó un poco? —Grace miró a Hattie como si le hubieran dado láudano y estuviera teniendo alucinaciones.

Whit gruñó de irritación y Hattie agitó la mano en el aire.

—Y solo porque no llegó a tiempo. —Miró a Grace—. Creo que tenía la intención de llegar hasta mí para evitar que me hicieran daño. Él no fue responsable de la segunda explosión. Esa fue la que me hirió a mí y a los demás. Y lo sabemos.

—Entonces, ¿le damos puntos por no encender la cerilla? —dijo Whit—. ¿Por no disparar la pistola? Su intención no te habría salvado si hubieras estado...

—Ya, amor. Pero no estaba. —Hattie lo besó en la mejilla.

—Y entonces, ¿qué?, ¿lo perdonamos simplemente porque sobreviviste?

—No creo que haya escapado sin castigo, ¿verdad? —Miró a Felicity.

—Dios, no —dijo Diablo—, pero no me opondría a meterlo en la bodega de hielo durante una o dos décadas. Una temporada encerrado le sentaría bien.

«Me dijeron que habías muerto».

—¿Y si hubiera llegado a matar a Hattie? ¿O a hacerle daño a Felicity? ¿Qué habrías hecho? —preguntó Grace.

Diablo miró a Whit, y ella vio que se transmitían la respuesta con los ojos. La reconoció porque también era su respuesta.

—Habría quemado los cimientos de Mayfair hasta llegar a él —respondió Diablo.

—A los tres nos bautizaron en la venganza. —Ella asintió.

—No —señaló Whit en voz baja—. A los cuatro.

Diablo maldijo en voz baja y miró a su hija, que babeaba su manga tan feliz.

—Por muy mala suerte que hayamos tenido, hemos sido los más afortunados. Tengo a Felicity y a Helena, y el Garden. El negocio. —Le lanzó una mirada—. Y a ti, supongo.

—Ah..., no me lo puedo creer, menudo halago. —Agradecida por aquella frivolidad, Grace se llevó la mano al pecho.

—Pero ¿qué ha conseguido él? —dijo Diablo, sonriendo—. ¿La finca? ¿La casa de Mayfair? ¿El título y toda la responsabilidad que conlleva? ¿Los recuerdos?

—Nosotros también tenemos los recuerdos —replicó ella.

—Sí, pero nuestros recuerdos se compensan con el presente. —Hizo una pausa—. Con que los tres hayamos crecido, cambiado, sobrevivido. ¿Qué le queda a Ewan salvo la soledad y el arrepentimiento?

Whit gruñó.

—No lo sé —repuso Grace en voz baja.

—No importa, porque la cuestión es lo que no tiene, Grace. La cuestión es lo que tienes tú —continuó Diablo.

—Tengo lo mismo que tú. —Negó con la cabeza.

—Estás algo peor —gruñó Whit.

—¿Por qué?

—Porque mis costillas se curaron. Y la cara de Diablo. Y las demás heridas... —Se acercó a Hattie, que deslizó una mano en la suya al instante—. Hemos tenido la oportunidad de curarnos. Pero tú... Tu herida no puede curarse.

«Él le había roto el corazón».

—Y, como nunca sanó, no has podido volver a amar. Por eso te has pasado toda la vida cuidando del Garden. De tus empleados, de las chicas de los tejados y de nosotros, sin tomarte ni un momento para cuidar de ti misma. Nunca te has arriesgado a volver a amar. En cambio, ofreces amor sin ataduras en tu club y finges que nadie se da cuenta de que al final de la noche estás sola.

—Me gustas más cuando no hablas. —Odiaba cada palabra, por la verdad que contenía, y odiaba que Whit, siempre silencioso y estoico, diera con el problema de forma tan certera.

Gruñó.

—Sí que amo —respondió a la defensiva—. ¡Sí! En contra de mi voluntad, os amo a los dos —insistió cuando negaron con la cabeza—. Y a vuestras esposas. Y a Helena. —Señaló a Hattie, ya sentada en la cabecera de la mesa del comedor—. Y al bebé que lleva Hattie en el vientre... ¿Cuándo nacerá, por cierto?

—Al parecer, nunca. Quiere quedarse dentro. —Hattie se acarició su enorme barriga de embarazada.

—Es inteligente. El mundo es un lugar peligroso —dijo Whit inclinando la barbilla hacia Grace—. La tía Grace está pensando en juntarse con un maldito loco.

—No estoy pensando en volver con él.

—Entonces, ¿qué? —Arqueó una de sus negras cejas.

—No lo sé.

—Has dicho eso más en la última hora que en toda nuestra vida juntos —comentó Diablo.

—No creas que no me da rabia. —Le lanzó una mirada fulminante.

—Grace —respondió él después de lo que pareció una eternidad—, si algo sé, si he aprendido algo en este último año, es que el amor es lo único que no podemos controlar.

—Así que a por el loco —dijo Whit.

«Lo siento».

—No está loco —aseguró ella.

—No, no lo está —dijo Hattie mirando a Whit.

—¿A qué te refieres? —preguntó Grace, mirándolos uno a uno; todos ponían cara de haberse comido el último dulce navideño—. ¿Qué pasa?

—Vino a verme hace unos cuantos días a las oficinas de Sedley-Whittington. —Suspiró Hattie.

—¿En serio?

Sedley-Whittington, la compañía de Hattie y Whit, tenía una posición dominante en el negocio de los muelles de Londres. ¿Qué querría Ewan de ellos?

—Tuvo suerte de que Whit no lo tirara al Támesis —comentó Diablo tomando otro trago.

—¿Para qué? —preguntó Grace—. ¿Para donar más dinero a la gente de los muelles?

—No —dijo Hattie, misteriosa—. Vino a buscar trabajo.

—¿Qué?

—Eso mismo dije yo —Whit gruñó.

Grace lo ignoró y concentró toda la atención en su cuñada.

—¿Qué le dijiste?

—Sí, esposa, ¿qué le dijiste?

—Le di lo que me pidió.

—Le diste trabajo al duque de Marwick. —Seguramente no estaba escuchando bien.

—No soy tonta; he oído que es una fiera cargando bloques de hielo a pelo. Imagina lo que puede llegar a hacer con un gancho. —Hattie asintió.

—¿Le diste trabajo cargando cajas? —Grace abrió los ojos de par en par.

—Trató de hacerme volar por los aires, Grace. No iba a ser tan amable. —Hattie le lanzó una mirada irónica.

Las palabras provocaron la carcajada de Grace.

—¿Qué quiere?

—Seguro que un trabajo no —dijo Diablo.

—Pues es bastante bueno para ser alguien que no quiere trabajar —aseguró Hattie—. Tengo la intención de ascenderlo.

—Por supuesto que sí. —Whit lanzó una maldición.

—Pero ¿por qué? —Grace ignoró las bromas.

—Tal vez no sea tan complicado como parece. Tal vez quiera otra oportunidad. Tal vez quiera esperanza. —Hattie se encogió de hombros.

«Esperanza».

Helena emitió un pequeño y baboso grito, y Grace miró a la niña, que había cambiado alegremente el sonajero por uno de los nudillos de su padre.

—Él es la razón por la que el Parlamento está discutiendo un proyecto de ley para ayudar a la colonia —le dijo ella a la niña.

Se hizo el silencio, y Bestia remató el *whisky* de un trago.

—Va a fracasar. Lucha contra molinos de viento.

«¿Acaso no lo habían hecho todos?».

—Grace —dijo Felicity en voz baja—. ¿Qué quieres?

«¿Qué necesitas?».

Las palabras resonaron, una y otra vez.

«Ven a verme cuando lo sepas».

—Quizá yo también quiera tener esperanza. —Miró a sus hermanos.

—¡Maldita sea!

—Por Dios.

—Qué bien... ¿No es maravilloso? —Felicity sonrió ante los exabruptos de los Bastardos al unísono.

Capítulo 20

Había un tragafuegos delante del 72 de Shelton Street.

Grace le había dicho que era experta en fiestas, recordó Ewan, al observar cómo las llamas bailaban en la noche mientras su carruaje se alejaba por la estrecha calle empedrada. Y aquella era una fiesta en condiciones.

Aun así nada lo había preparado para las risas estridentes y las ventanas iluminadas como el sol, que vertían su luz dorada sobre la calle, convirtiendo los adoquines en oro. Ni para la multitud de mujeres con máscaras y vestidos sofisticados, que se deleitaban con la libertad de estar lejos de Mayfair y con la posibilidad de ser reconocidas. Y desde luego, nada lo había preparado para el tragafuegos.

Sin embargo, ahí estaba, con una petaca en la cadera y una antorcha en la mano, rodeado de niños del Garden, que lo miraban con los ojos muy abiertos, flanqueado por hombres con zancos que los alzaban casi hasta el primer piso del edificio, un inmueble en el que él solo había estado una vez, cuando Grace lo ocultó para poner fin a los ataques de sus hermanos y para darle la lección que se merecía.

Una que recordaba con meridiana claridad.

«Nunca podrás tenerla».

Se había ido con esa lección bien aprendida. Y había regresado con la esperanza de que ocurriera lo contrario, de que algún día ella decidiera que quería tenerlo de vuelta en su vida.

Se había convertido en un hombre mejor, y, en las últimas semanas, había habido momentos fugaces en los que ella le había sonreído y había bajado la guardia, haciéndole creer que quizá se sentía atraída por él. Como cuando la besó... Como cuando se deshizo en sus brazos y gritó su nombre llena de placer.

Estaba casi seguro de que ella lo deseaba tanto como él.

Y después, la noche en los tejados, cuando él no supo controlarse le reveló demasiado, ella había huido. Estaba seguro de que lo había arruinado todo. Al día siguiente fue a ver a *lady* Henrietta, pues había decidido que, si no podía ganarse a Grace, al menos quería pagar sus deudas con el Garden, empezando por ella. Por los barcos que ella había perdido por culpa de su angustia y su dolor. Por los muelles que ella había tenido que reconstruir y por los hombres que trabajaban junto a ella.

Se había disculpado y, de forma milagrosa, ella había aceptado sus disculpas.

Ewan se había pasado la semana alquitranando cubiertas y arrastrando cajas y, cuando volvía

a su casa de Mayfair, se desplomaba en la cama para dormir a pierna suelta por primera vez desde que podía recordar. Se decía a sí mismo que era el agotamiento físico lo que lo ayudaba, pero la verdadera causa era la certeza de que estaba construyendo y no destruyendo. Era la esperanza de que, con suficiente penitencia, podrían perdonarlo.

Si no Grace, sí su gente.

Una semana después recibió el paquete: una fina caja de ébano, envuelta en una tela negra bordada con un 72 dorado. Supo al instante que era de ella.

Dentro, sobre un lecho de seda blanca, yacía un antifaz negro, como el que había llevado en la fiesta. Debajo descubrió una tarjeta con una sola línea.

«Ven a verme».

En la parte de atrás indicaba la fecha y la hora, y una dirección: 72 de Shelton Street; en el centro de la tarjeta de color crudo había una dalia rosa.

Su firma.

«Ven a verme», pensó. Las mismas palabras que él había usado con ella después de dejarla en el Garden. Pero ella había omitido la parte que él había incluido.

Sabía lo que necesitaba. ¿Lo sabía?

¿Se trataba de eso?

Fuera lo que fuera, no iba a perder la oportunidad de estar con ella. En especial allí, en su elemento. Le había pedido a Grace que le hablara de Dahlia, y ahora iba a revelar sus secretos.

Sin embargo, no había esperado encontrarse con un tragafuegos.

El hombre en cuestión bebió un trago de su petaca, alzó la antorcha e iluminó la noche con una columna de llamas de metro y medio de altura. Los niños lanzaron un grito de júbilo colectivo que se hizo aún más fuerte cuando los zancudos encendieron sus propias antorchas y comenzaron a lanzarlas de un lado a otro, creando la ilusión de que la puerta del 72 de Shelton Street estaba bajo un arco de fuego.

Ewan se acercó despacio, esperando a que terminara la representación, pero el tragafuegos ya había advertido su presencia.

—¡Bienvenido, milord! —Se quitó el sombrero y se inclinó con una florida reverencia—. ¡Por favor, entre!

Cuando Ewan volvió a prestar atención a los zancudos y a sus antorchas, el tragafuegos soltó una gran carcajada.

—Está a salvo, milord. Y, si esto le impresiona, espere a descubrir lo que le espera... dentro.

Otra noche, en otro momento, cuando era otro hombre, las palabras habrían despertado su curiosidad lo suficiente como para impulsarlo a cruzar la puerta, pero no necesitaba la promesa de una actuación extravagante y hazañas de titanes en ese instante; saber que dentro encontraría a Grace era suficiente.

Encontraría a Grace y ella lo quería a su lado.

Así pues, atravesó el fuego para llegar a ella.

La puerta metálica del club se abrió sin más, como si hubiera estado esperando su llegada. En el interior, una mujer negra y alta, con unos ojos muy maquillados que brillaban a la luz de las velas, susurró al oído de otra mujer, que desapareció al instante detrás de unas pesadas cortinas de terciopelo.

—Soy...

—Sé quién es —dijo la mujer en voz baja. Se inclinó hacia atrás y abrió la cortina lo suficiente para ver lo que ocurría dentro del edificio. Presumiblemente satisfecha con lo que vio, volvió a prestarle atención—. Recuerde que las máscaras son para preservar el anonimato, señor.

Señor. No duque. No allí. En ese lugar, él no tenía título, y el placer que acompañaba a esa certeza era inmenso.

Ewan miró por encima del hombro y descubrió a dos hombres enormes, ambos con una pistola bajo el brazo. Guardias de seguridad. Otro hombre podría haberse sentido incómodo ante aquella demostración de fuerza bruta, pero Ewan se alegró. Significaba que Grace estaba más segura dentro de esos muros de lo que él esperaba.

Saludó con la cabeza a los hombres, aunque ellos no le correspondieron.

Miró a la mujer que lo había reconocido.

—¿Y ahora?

—El Dominio lo espera. —Agarró la cortina y la apartó lo suficiente para que se colara en el vestíbulo el ruido estridente y el frenesí de la fiesta.

El Dominio.

Por supuesto, se llamaba Dominio.

Lo había invitado a ese evento. Para que ambos lo disfrutaran.

Para que disfrutara con Grace. Con Dahlia. Con las dos.

—¿Dónde está? —La emoción lo recorrió y miró a la mujer que mantenía abierto el portal al mundo de Grace.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados, evaluándolo. Bien. Le gustaba la idea de que Grace tuviera gente que se preocupara por ella, incluso allí, donde era la reina.

—No sé a quién se refiere, señor.

Asintió. Al parecer, estaba solo, así que hizo lo único que podía hacer en aquel momento: atravesar la cortina y acceder a la bacanal de Grace.

No se parecía a nada que hubiera visto antes: era un derroche de color y sonido, de risas, gritos y música vibrante y festiva... No había una orquesta ni un cuarteto de cuerda, sino músicos ambulantes. Una joven con una alta peluca empolvada tocaba en una esquina de la gran sala, mientras una mujer enmascarada, vestida con una nube de gasa rosada, giraba a una velocidad imposible, al ritmo creciente de la música. La tela del vestido flotaba mientras daba vueltas, y un círculo de espectadores aplaudía al ritmo de la música.

Al otro lado de la sala, un grupo de mujeres enmascaradas, sentadas en un gran sofá circular de exuberante terciopelo color zafiro, observaban a la artista que actuaba utilizando el centro de

los asientos como escenario. Era una acróbata. Llevaba unos pantalones transparentes y una camisa que le envolvía el cuerpo. Se doblaba y retorció con posturas invertidas de formas imposibles, a una velocidad lenta que solo servía para subrayar su notable flexibilidad. Cuando apuntó con las piernas al techo y se sostuvo con una sola mano, las mujeres que la observaban estallaron en aplausos. Ewan se resistió a unirse a ellas.

Pasó frente a él una bandeja cargada de copas de champán, y media docena de manos enguantadas en una miríada de sedas y satenes se acercaron para apropiarse de ellas. La mujer que sostenía la bandeja no perdió el paso, y siguió repartiendo justo lo que los asistentes a la fiesta estaban esperando. Cuando todos estuvieron satisfechos, se volvió para mirarlo, con una sonrisa de bienvenida en su resplandeciente rostro, como si hubiera sabido que él estaba allí todo el tiempo.

—¿Champán, señor? —preguntó.

Negó con la cabeza.

—¿Qué desea entonces?

Desapareció en el momento en que pidió el *bourbon*, y Ewan se preguntó si volvería a verla; sin duda, la exuberante aglomeración de gente impediría que lo encontrara.

Se dio la vuelta y fue a la pequeña antesala que tenía la puerta abierta. Dentro había una mujer sin máscara detrás de una mesa esquinera, y un puñado de clientes se quedaron mirándolo. Ella sonrió y le hizo un gesto para que se acercara.

—Acompáñenos, señor —le propuso con marcado acento italiano.

Se acercó, incapaz de contener su curiosidad, mientras la mujer, que se presentó como Fortuna, extraía de debajo de la mesa un montón de tazas decoradas con pinturas de máscaras venecianas.

Nombró las tazas vacías mientras las ponía en la mesa.

La Tragedia.

La Commedia.

Gli Innamorati.

Y entonces, utilizando capullos de rosa rojos y apretados, procedió a deslumbrar a su público con una colección de trucos imposibles, pasando las flores a través de la cerámica, todo ello mientras contaba la historia de unos amantes malditos que conocieron la felicidad y el dolor y, finalmente, el uno al otro.

—Destinados a ser... —las tazas volaban sobre la mesa—, dando por sentado el amor... — Los brotes aparecían y reaparecían. Y luego desaparecieron por completo mientras mostraba al público la taza vacía con el retrato de dos amantes fundidos en un abrazo apasionado—. Desdichados —dijo en voz baja, antes de dejarla sobre la mesa, boca abajo—. ¡Pero...! —gritó Fortuna, después de dejar que el silencio decepcionado la rodeara—. Esta noche no hay cabida para las tristezas, ¿verdad? —Miró a una mujer sentada junto a ella—. ¿Es así, *milady*?

—Sí. —La mujer negó con la cabeza.

—¿Señor? —Fortuna lo miró.

—Sí. —No pudo evitar la sonrisa.

—*Allora* —entonó con alegría—. Tal vez es cierto lo que dicen. En el amor está la esperanza. —Levantó la copa aparentemente vacía, para revelar una rosa, que florecía con un rojo vibrante. El público emitió un grito colectivo, y la sonrisa de Ewan se amplió. Fortuna levantó la rosa, resplandeciente y hermosa, bajó la cabeza y se la tendió—. Para tu *innamorata. Piacere*.

Pero antes de que Ewan pudiera cogerla, Fortuna dirigió la mirada a un punto más allá de él.

—A menos que... —Hizo una pausa—. Quizá una rosa no sea apropiada...

Y entonces, ante los ojos de todos, agitó una mano sobre la flor que tenía en la palma, y maldita sea si no se convirtió en algo totalmente distinto. Una impresionante dalia rosa.

Ewan rio. Sabía lo que encontraría cuando se diera la vuelta.

—De hecho —dijo, lo suficientemente alto como para que ella le oyera—. Es perfecta.

La sonrisa discreta de Fortuna se amplió y le entregó la flor. Dijo algo más en italiano, pero Ewan ya se estaba girando para buscar a Grace, y se quedó sin aliento al verla.

Estaba cubierta de oro.

Las bobinas de hilo de oro que le había prometido de niña estaban allí, tejidas en su magnífico vestido, una rica seda *dupioni* que brillaba bajo la luz de las velas. Para cualquier otra persona, su vestido se consideraría sin duda recatado, sobre todo en comparación con el resto de vestidos de las asistentes a la fiesta; estaba perfectamente ajustado a sus hombros y a sus brazos, donde la seda terminaba en un pico afilado en el dorso de la mano.

Pero el escote en sí no tenía nada de recatado: era muy profundo y dejaba al descubierto la turgencia de sus pechos y una impresionante extensión de piel blanca y pecosa. Los rizos cobrizos le caían alrededor de los hombros, se enredaban en la tela y jugaban con la línea del vestido; un rizo errante quedó atrapado dentro de la tela como una tentación irresistible.

La combinación de oro y cobre la convertía en el sol, y seguramente esa era la razón por la que él se sentía tan absolutamente caliente de repente.

Debería arrancárselo o acabaría prendiendo fuego al edificio.

Esbozó una sonrisa y sus ojos brillaron, como si supiera lo que él estaba pensando. Señaló con la cabeza en dirección a su mano, donde tenía la flor de la pitonisa.

—Es el truco favorito de Fortuna.

—Es magnífico —aseguró él. La voz le salió ronca y rota, como si no la hubiera usado durante semanas—. He disfrutado, sobre todo, de la parte en la que te alude.

—Eso no siempre ocurre. —La sonrisa de ella se hizo más amplia, y él se sintió tremendamente orgulloso. La haría sonreír siempre si ella se lo permitía.

—En cualquier caso —dijo—, es muy buena.

—¿Qué es un circo sin un mago? —respondió ella—. ¿Qué te parece si hacemos un intercambio? ¿Mi bebida por la tuya?

Ella le tendió una copa con dos dedos de *bourbon*, y él arqueó una ceja. Buscó con la mirada

la bandeja de champán.

—¿Cómo es que...?

—El Dominio está diseñado para proporcionarle placer, señor. ¿Crees que un poco de *bourbon* supone un desafío? —Sus palabras denotaban orgullo y triunfo, y eso le dio ganas de besarla.

—Para proporcionarme placer, ¿de verdad?

—Para dar placer a los asistentes. —Se rio.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó—. ¿Participas en la fiesta?

—No. —Negó con la cabeza al instante.

—¿Por qué?

Ella guardó silencio, él creyó que estaba a punto de responder, pero no lo hizo. Nunca había deseado tanto una respuesta.

Esperó.

«Dímelo».

—Porque es un negocio —dijo finalmente. Puede que fuera cierto, pero no era la respuesta que él quería recibir—. Porque es mi edificio, mi negocio y mi mercancía. No participo porque mi trabajo es darle placer a los demás.

—Como por ejemplo a mí.

Ella asintió.

—Si lo deseas, esta noche, sí. —Grace bajó la vista. ¿Se estaba sonrojando? ¡Dios, eso le encantaba! Quería verla siempre ruborizada.

«Esta noche».

—Me gustaría. Esta noche y todas las noches.

—Solo me ofrezco esta noche. —Se sonrojó más.

—Entonces lo aceptaré. Y pasaré la noche convenciéndote de que me des más. —Ya se había cansado de lo de una sola noche. Las quería todas.

—Ya veremos. —Arqueó una ceja.

—No es un no...

Vio cómo puso los ojos en blanco, pero también atisbó la sonrisa que se dibujaba en sus labios cuando se dio la vuelta, llevándolo fuera de la sala de Fortuna para atravesar el salón más grande, donde una segunda violinista se había unido a la primera y un grupo de parejas se había sumado a la bailarina original, para girar y dar vueltas con total abandono.

Grace se detuvo a observar y sus faldas doradas se arremolinaron a su alrededor al quedarse quieta. Él siguió su mirada. Había tres parejas bailando, pero parecían hacer algo mucho más íntimo. Una mujer mayor con máscara bailaba con un hombre alto y rubio, los dos se miraban a los ojos mientras se movían. Más cerca de Ewan y Grace, una mujer de pelo oscuro se desprendió de los brazos de su amante, ofreciéndole una sonrisa de oreja a oreja antes de hacerle señas para que abandonara el baile..., presumiblemente hacia un lugar más privado, por lo rápido

desaparecieron entre la multitud.

A su lado, Grace sonreía con un placer imposible de negar.

—¿Te gustaría bailar? —preguntó él.

Lo miró llena de confusión, como si le hubiera hablado en un idioma que no entendía.

Ewan se dio la vuelta, dejó el vaso en una mesa y, cuando se volvió, le tendió la mano.

—Esta vez, sin máscaras.

—Llevas una máscara.

—No es una máscara que oculte nada. —Negó con la cabeza.

No se escondería de ella esta noche ni nunca más.

Grace se lanzó a sus brazos, y la multitud que los rodeaba les abrió paso. Se adaptaron con rapidez al ritmo de la música. Se entregó a él y al movimiento, y pronto se balanceaban y giraban una y otra vez, cada vez más rápido, al son de los acordes, hasta que él se cansó de la infinitesimal distancia que los separaba y la levantó en el aire para pegarla a él. Grace lo envolvió con los brazos y las piernas mientras se reía de Ewan, haciendo que la multitud enloqueciera de emoción.

Cuando la música terminó, los dos respiraban de forma agitada y se reían, y los hermosos ojos castaños de ella estaban clavados en los de él. Todo fue fácil, sencillo y real durante un momento. Ewan sintió algo muy parecido a la paz por primera vez en años, algo que quizá no había sentido antes.

No pudo evitar inclinarse y robarle un beso rápido, suave y perfecto, porque ella se entregó a él de inmediato y suspiró cuando él se apartó.

—Sin máscaras —repitió. Esta noche no. «No entre nosotros»—. ¿Por qué no disfrutas del placer en este lugar? —le preguntó de nuevo en voz baja—. ¿Por qué no buscas tú también el tuyo?

—Porque el placer hay que compartirlo —razonó ella.

Y compartir implicaba demasiada confianza. Ewan lo entendía mejor que nadie.

Pero quería dárselo todo. La confianza, el compartir, el placer. Todo lo que ella quisiera.

—Déjame compartirlo contigo. Esta noche —susurró.

Grace se quedó quieta durante un buen rato, sin dejar de mirarlo. Su respiración seguía agitada y brusca, y se mezclaba con la de él.

—Sin máscaras. —Grace asintió finalmente.

Ewan estaba seguro de que nunca podría sentir un placer tan intenso como el que ella le proporcionó en ese momento. Se separaron, pero él entrelazó sus dedos, negándose a dejarla marchar mientras iban a por el *bourbon*. Luego Grace lo condujo hacia la puerta.

—Esto es de lo mejor que he probado. —Bebió mientras caminaban.

—Se lo diré a nuestros proveedores. —Él inclinó la cabeza a un lado; debía de tratarse de Diablo y Whit—. O, tal vez, quieras decírselo tú mismo —añadió ella despreocupadamente—. He oído que ahora trabajas para Sedley-Whittington.

—*Lady Henrietta* ha tenido la amabilidad de permitirme unirme al equipo. —Así que ella lo sabía.

—¿Por qué?

«Para tener un propósito».

No lo dijo, pero ella pareció oírlo de todos modos.

—¿Y ese es tu plan? ¿Lunes, miércoles, sábado, transporte de carga? ¿Martes, jueves, Cámara de los Lores?

—Es un trabajo honrado, a diferencia de estar en el Parlamento —dijo.

Le gustaba trabajar allí. Le gustaba sentir tensión en sus músculos al final del día y también la forma en que la gente con la que trabajaba se enorgullecía de ello. Le gustaba el sabor de la cerveza que llegaba al final de la jornada.

—Mi experiencia me dice que a los aristócratas les da igual el trabajo honrado.

—¿Este lugar es para mi placer? —No quería hablar de aristócratas.

—Sí. —Ella lo miró a los ojos.

—Entonces, esta noche, nada de aristócratas. —Le dedicó una sonrisa—. Pero sabías que esa sería mi primera petición, ¿no?

—En efecto, señor. Lo sabía. —Curvó los labios.

—Gracias —dijo bajito.

—¿Y cuál será la segunda? —preguntó ella.

—Quiero conocer a *Dahlia*. —Fue su respuesta instantánea.

Ella lo miró durante un momento mientras contenía la respiración. Y luego hizo un gesto con la mano hacia la puerta que llevaba a la siguiente habitación, un nivel superior de ese magnífico mundo que había creado.

Lo invitaba a explorar.

Lo invitaba a conocerla.

—Muéstramelo. —Buscó sus ojos.

—Con mucho gusto.

Capítulo 21

A Ewan le encantaba el Dominio.

Grace lo notó por la forma en que se adentró en el espacio, dejándose llevar por el deleite. Cuando lo encontró con Fortuna, le costó apartar la vista, porque estaba tan fascinado por la magia como ella esperaba. Sabía que era un truco, pero aun así se entregaba a ello.

En ese momento, mientras experimentaba el Dominio a través de sus ojos, supo que nunca se arrepentiría de haberlo invitado. Porque el mismo acto de aceptar su invitación, de ir al club, de entregarse a la fiesta, le daba esperanza.

Y eso era lo que ella quería, ¿no?

Resultaba alocado, ridículo, inverosímil y doloroso.

Pero también bastante perfecto.

Cuando bailaron, él la elevó por el aire y le dio el placer que tantas veces se había negado a sí misma. Libertad. Alegría. Felicidad, incluso.

¿No se lo merecían después de tantos años?

Tomaron lo que se les ofrecía y atravesaron la puerta de la recepción para llegar a la sala central del club, que se había transformado en una especie de carpa de circo: el mobiliario más cómodo y tapizado se había desplazado a los extremos de la sala y del techo colgaba un gran trapecio. Una acróbata actuaba sobre él con una fuerza inimaginable para un público de casi cincuenta personas, según Grace calculó rápidamente.

—Es tu club —dijo él, en voz baja.

—¿Cuánto sabes exactamente? —Lo miró, sin sorprenderse. No era tonto, pero pocos sabían la verdad.

—Sé que es para mujeres —dijo.

—Lo es, todas las noches menos la de Dominio.

—¿Y cómo mantienes a los hombres a raya después de lo que viven en esta fiesta? —Arqueó las cejas.

—Una excelente pregunta. Qué curioso, ¿no? Los hombres nos quieren lejos de sus espacios, pero no soportan que tengamos los nuestros.

—Tú lo sabes mejor que nadie.

El significado estaba claro. Le habían quitado el título y habían amenazado su propia existencia, a pesar de que ella había dejado claro que no le interesaba el ducado. Grace tragó saliva, sus pensamientos se enredaron con los de él, y volvió a prestar atención a la sala.

—Los invitados solo pueden asistir con mi permiso expreso.

—Los investigas antes.

—A fondo. Y los que reciben una invitación llegan hasta aquí guiados por mi personal, por túneles subterráneos y con los ojos vendados.

—Yo no he venido así. —La miró al instante.

—No —susurró ella suavemente—. No has venido así.

Veronique había insistido en traerlo como al resto de hombres, insistiendo en que, de todos los que asistirían esa noche, Ewan era el más peligroso; después de todo, ¿no lo había sido siempre?

—¿Por qué?

Grace se había negado, poniendo en juego su confianza. Su esperanza.

Y no creía haber cometido un error.

«Por favor —pensó—, que no haya cometido un error».

—Porque eres mi invitado.

—¿Y a qué se debe el espectáculo de la puerta? ¿Para qué sirve si todos entran en secreto? — Algo brilló en los ojos de Grace, algo parecido a la satisfacción.

—¿Qué es un circo si no hay niños que lo disfruten? —Sonrió, y él se rio—. ¿Lo están disfrutando?

—Los tragafuegos les están alegrando la noche.

—Cuantos más clientes satisfechos, mejor —dijo volviéndose hacia la sala. Grace se enorgullecía de que los asistentes a la velada eran algunas de las personas más poderosas y librepensadoras de Londres. El duque y la duquesa de L. y el marqués y la marquesa de R. estaban presentes, los maridos rendidos felizmente a sus esposas. *Lady N.* estaba de vuelta, esta vez con su pareja; al parecer, esa noche no había barcos que descargar en el almacén de los Bastardos.

Pero, como era habitual, el público estaba compuesto mayoritariamente por las socias femeninas del club y sus acompañantes.

Grace observó cómo la acróbata se levantaba para ponerse de pie en la barra móvil, luego se balanceó con cuidado sobre un pie y dio una vuelta sobre sí misma antes de volver a sentarse, con las enaguas subidas en salvajes y espumosas oleadas, como las de la dama del delicioso cuadro de Fragonard.

—¡Dahlia, te has superado! —Grace se giró, con una sonrisa en la cara, aunque la recorriera cierta irritación. Esa noche no era suya, era del club. A varios metros de distancia estaba la duquesa de Trevescan con champán en una mano y a Henry, un acompañante enorme y muy experimentado, en la otra. Se acercaron a ella.

—Como siempre, sin máscara, duquesa.

—No me gusta que se me estropee el *kohl*. —Agitó una mano.

—Si no le preocupa que la identifiquen, a nosotros tampoco. —Grace inclinó la cabeza.

La duquesa miró por encima de su hombro y observó a Ewan, enmascarado, alto y delgado, con aquellos labios carnosos y la mandíbula cuadrada. Sus labios se separaron ligeramente, sus ojos se abrieron de par en par en señal de sorpresa y entonces... ató cabos.

—Veo que esta noche tú también tienes un acompañante, Dahlia.

—Incluso a mí se me permite tener un invitado a veces. —Grace ignoró la oleada de calor de sus mejillas.

—Un invitado... —dijo la duquesa sin que sus ojos dejaran de estudiar a Ewan, que también la estaba observando. La combinación de la sombra de la máscara y las tenues luces de la habitación le dificultaban leer su expresión—. Es un placer veros a los dos. —Hizo una pausa—. Juntos. —Brindó por ellos, dio un sorbo a su copa y dirigió una mirada cómplice a Henry—. ¿Vamos, cariño? —Su acompañante sonrió, la cogió del brazo y la condujo a través del gentío hacia las escaleras de las habitaciones superiores.

Grace volvió a centrarse en Ewan, que se quedó mirando cómo se alejaba la duquesa, pensativo, antes de volver a fijarse en el trapecio del centro de la sala. Observaron a la artista durante unos minutos.

—Ha costado una semana instalarle el trapecio, pero creo que ha merecido la pena, ¿no crees? —dijo ella finalmente.

Él se mostró de acuerdo, y ella lo miró y notó que por primera vez no estaba deleitándose con la artista. Estaba escrutando a los invitados, la mayoría de los cuales eran socias, y muchas de ellas estaban disfrutando de las ofertas más extremas del club, como solía ocurrir en el Dominio.

Alrededor del perímetro de la sala había gran variedad de parejas, y un trío, disfrutando del placer a diferentes niveles, aunque nada escandaloso; escaleras arriba había habitaciones que ofrecían privacidad, y varias estancias en esa misma planta que servían justo para lo contrario, para exhibirse, si el placer de los participantes se inclinaba en esa dirección. Pero las parejas salpicaban el mobiliario, acurrucadas unas sobre otras; las mujeres sentadas en el regazo de los hombres con las faldas levantadas hasta la rodilla para facilitar las caricias. Justo enfrente de ellos, Tomas susurraba al oído de la risueña condesa de C., que se encontraba artísticamente acomodada en su regazo. Grace tenía suficiente experiencia para saber que los dos se irían enseguida a una habitación.

Al otro lado de la sala, Zeva estaba en la puerta asegurándose de que todo salía bien y resultaba acogedor y, en general, que no había nada fuera de lo normal en el 72 de Shelton Street.

Pero Ewan parecía incapaz de apartar la vista de allí.

¿En qué estaría pensando?

Su estómago se revolvió ante las posibilidades, no todas buenas.

—Estáis mirando todo muy fijamente, milord —dijo ocultando su preocupación tras un tono burlón.

—No todos los hombres son invitados. —No la miró.

Ella observó su perfil mientras se daba cuenta de que el 72 de Shelton, además de ser uno de los mejores clubes de Londres, era también una de las mejores casas de placer.

—No.

—Y cuando dices placer...

—Me refiero a que da igual de dónde proceda.

Un pequeño gruñido. ¿Comprensión? ¿Disgusto? ¿Desprecio? ¿Algo más?

—Y cuando los hombres que no son ni clientes ni personal ven lo que ofrece este lugar, ¿cómo los convences para que guarden el secreto?

Grace escuchó sus palabras y se dio cuenta de que estaba fascinado.

Algo se removió dentro de ella; no estaba disgustado, sino intrigado. Y algo más. Sonaba... impresionado.

—Cuando están en el club, dan rienda suelta a sus propios placeres... Eso facilita mucho las cosas. —Sonrió.

—¿Placeres como cuáles? —Quiso saber él volviéndose hacia ella.

Exhaló, en parte aliviada y en parte sorprendida. Porque allí, en sus ojos, vio por fin lo que estaba pensando, las negras pupilas de sus ojos ambarinos abiertos de par en par por el deseo.

Le gustaba el mundo que ella había construido.

Quería probarlo.

Lo entendía.

—Placeres como el que estás experimentando ahora —dijo ella en voz baja, más que dispuesta a complacerlo—. ¿Te gustaría buscar una habitación y explorar la contemplación del placer?

—Lo has entendido mal —dijo—. No quiero observarlos.

—¿No?

—No.

—¿Prefieres que te miren? —Frunció el ceño. Casi una década trabajando en torno al sexo la habían convertido en una especie de experta en saber lo que los clientes deseaban. No solía equivocarse.

—No, a menos que a ti te guste. —Negó con la cabeza.

La invitación la hizo vibrar. Era su voluntad explorar el placer con ella. El deseo brillaba en sus ojos, cada vez más oscuros.

—¿Qué deseas entonces? —Levantó la mano para apartarle un mechón de pelo rubio de la frente.

Algo lo hizo estremecer, y Grace lo soltó mientras él se inclinaba hacia ella para hablarle al oído con voz ronca y provocativa.

—Ver a estas mujeres disfrutar del lugar que has construido... —se pasó la mano por la boca, y Grace pensó que tal vez nada le había gustado más en su vida— me hace desear ver cómo aceptas el tuyo.

Las palabras impactaron en lo más profundo de su ser y, de repente, ella también lo deseó.

Lo necesitó.

No dudó.

Entraron y salieron de las salas donde actuaban más acróbatas, músicos y cantantes, y donde había un montón de gente que bebía, comía y se retorció de júbilo. Atravesaron un largo pasillo, en el que dos parejas se abrazaban, y entraron en el teatro, donde Nastasia Kritikos había subido al escenario y estaba interpretando un aria que la habría convertido en la musa del mismísimo Mozart.

Miró hacia atrás y supuso que encontraría a Ewan observando a la diva, pero, de hecho, la estaba observando a ella. En el momento en que sus ojos se encontraron, la abrazó y la atrajo hacia él. Le robó otro beso junto con el aliento y las ideas. Cuando la soltó, ella estaba aferrada a sus solapas.

—Enséñame qué más has construido aquí.

Había una docena de lugares a los que dirigirse: las sofisticadas habitaciones del piso superior, cada una de ellas diseñada para evocar una fantasía particular; las catacumbas de debajo del edificio, las bodegas de vino y las de queso; su hogar bajo el tejado.

Pero no quería llevarlo a un lugar que perteneciera al club. Quería llevarlo a un lugar que le perteneciera a ella. Entonces lo hizo pasar por una pequeña sala de cartas, donde una colección de damas de la aristocracia estaban reunidas en torno a una mesa en la que una francesa, que Grace había descubierto en la plaza del mercado, hacía girar unas cartas primorosamente ilustradas para adivinarles el futuro. Las cartas estaban pintadas a mano y eran preciosas, pero no eran rivales para la mujer, que parecía capaz de mirar al público y leer sus deseos más profundos.

Rápido, antes de que ninguna de las mujeres de la sala levantara la vista, Grace tiró de Ewan para que pasara y se dirigió a una esquina de la estancia, donde presionó el pestillo oculto de una puerta apenas visible, y lo sacó del Dominio por una escalera trasera.

Cerró la puerta tras ellos y, al instante, se vieron envueltos en el silencio; el sonido de la salvaje celebración quedaba totalmente amortiguado. El hueco de la escalera estaba poco iluminado, con velas encendidas a intervalos distantes, y de inmediato fue consciente del sonido de su respiración. Miró a Ewan, de repente tan cerca que, si se inclinaba solo un centímetro hacia él, se tocarían.

Él observó el pequeño y abarrotado espacio, y luego le dedicó una sonrisa torcida.

—Estaba pensando en algo un poco más grande, pero... —Y entonces le tomó la cara entre las manos y la besó, pegando su espalda contra la pared mientras ella jadeaba. No deseaba nada más allá de su contacto.

Dejó que la besara, profunda y minuciosamente, deleitándose en él: en sus anchos hombros, en el gruñido de deseo que salió de su garganta, en el olor a tabaco que amenazaba con consumirla.

—Mmm... Esto servirá. —Se apartó lo suficiente para hablar.

Antes de que pudiera responder, la estaba besando de nuevo, y bajaba una mano hacia su corpiño, para acariciar la piel de sus pechos por encima del vestido que, de pronto, se volvió demasiado ajustado. Cuando metió un pulgar por debajo de la tela, buscando el pezón que se tensaba para él, ella gritó y Ewan la besó desde la mandíbula hasta la oreja, repitiendo una y otra vez ese único y enloquecedor contacto mientras le hablaba.

—Este vestido es pecaminoso.

Ella abrió los ojos, luchando por encontrar las palabras.

—Lo elegí para ti.

—Mmm... —gruñó él—. Lo sé. —Volvió a acariciarla, y los ojos de ella empezaron a cerrarse ante el delicioso roce—. Ah... —Él se detuvo y ella los abrió de nuevo—. Mírame. —Otra caricia, esa un poco más firme—. Quiero tumbarte en la cama como si fueras un festín. Quiero memorizar la forma en que el oro brilla en tu piel.

Ella echó la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en la pared, y respiró hondo, exponiendo sin querer su cuello y su pecho ante él como un sacrificio.

Ewan dejó escapar otro gruñido de placer y tomó lo que lo tentaba, besándola de forma deliciosa y succionándole el cuello, antes de inclinarse sobre sus pechos. Ella deslizó los dedos por su cabellera, guiándolo cada vez más abajo, hasta que llegó a la línea del corpiño y los dos gimieron.

Grace maldijo en la oscuridad y sintió la curva de sus labios allí, en su piel.

—Haces que quiera arrancarte esto —dijo él tras pasar la lengua por el borde del escote—. Y te mereces algo mejor.

—No me importa. —Se aferró al pelo de él.

Ewan levantó la cabeza y recorrió con un dedo la piel que bordeaba la tela, superando un pecho y subiendo por el costado hasta el hombro.

—Sí —dijo—. Te prometí carretes y carretes de hilo de oro. Y no te lo quitaré. Nunca.

Ella lo observó. Sus palabras eran sinceras. Y, en ese momento, en la oscura escalera del club, mientras las personas más escandalosas de Londres reían, bebían y se deleitaban en un imprudente abandono a pocos metros de distancia, mientras el hombre del que había pasado toda una vida escondiéndose se negaba a rasgar su corpiño, Grace se enamoró por segunda vez en su vida.

La certeza fue tan aterradora que hizo lo único que se le ocurrió. Le cogió la mano y se lo llevó a la cama.

Subieron por la escalera secreta del 72 de Shelton Street, pasando por las habitaciones que utilizaban los clientes del club y, luego, por el piso en el que, un año antes, ella lo había curado, solo para llevarlo al *ring* y enviarlo lejos para siempre.

«Gracias a Dios, había vuelto».

En el último piso, descorrió un pequeño pestillo y abrió la puerta para enseñarle sus aposentos. Más que eso. Porque esa escalera en particular no conducía simplemente al despacho

con el escritorio repleto de papeles y libros de contabilidad. No conducía a la salita, donde nunca se sentaba nadie, ni a la pequeña biblioteca de más allá, donde leía la mayoría de las tardes. No, esa puerta conducía a su santuario: su cama.

Ewan la siguió hasta la habitación, y esta vez fue él quien los dejó encerrados. El silencioso chasquido de la puerta contra la jamba hizo que el corazón de Grace latiera con fuerza. Se volvió hacia él, esperando que volviera a atacarla de forma ardiente y fiera. Lo deseaba, se sentía tan perturbada al saber que había vuelto a enamorarse que haría lo que fuera para no tener que pensar en ello.

Por lo visto, Ewan no compartía esa preocupación.

Fue a por ella, pero con la perezosa certeza de un depredador, como si supiera que tenía todo el tiempo del mundo para lo que se avecinaba, y que ella no lo abandonaría.

Al observarlo, alto y atractivo, con la mandíbula cuadrada y perfecta, con los ojos clavados en los de ella, como si no hubiera nada en el mundo que prefiriera mirar, Grace se dio cuenta de que no lo abandonaría.

No estaba segura de poder hacerlo.

Después, de la nada, surgió la idea de que no estaba segura de haberlo hecho alguna vez.

Dio un paso atrás, inquieta por esos pensamientos, la expectación la recorría y, de repente, perdió el equilibrio. El lento depredador desapareció; la atrajo hacia sí al instante, y le puso un brazo de acero alrededor de la espalda.

—Te tengo.

—Lo sé. —Ella se quedó sin aliento, no por la sensación, sino por esas palabras, a las que fue incapaz de resistirse.

Ewan la miró a los ojos durante un buen rato.

—¿Lo sabes? —susurró él, llevando la mano a su cabello para colocarle un mechón rebelde detrás de la oreja—. Sabes que siempre te tendré si me dejas, ¿verdad? —Grace se excitó solo con oírlo—. Siempre seré lo que necesitas —le prometió.

—¿Y qué hay de lo que tú necesitas? —preguntó ella.

—Ahora mismo, lo tengo. —Ella respiró hondo—. Pero te advierto que no creo que pueda tomarlo a medias.

«¿Y si quiero dártelo todo?».

Silenció su voz y levantó las manos hacia su cara y le quitó la máscara.

—Sin máscaras —susurró Grace.

—Sin máscaras. —Sonrió.

Grace no supo si podría volver a llevar una máscara en su presencia.

—Date la vuelta.

Ella lo hizo al instante.

Con suavidad, él le recogió el pelo y se lo llevó hacia delante, pasándoselo por encima del hombro, lo que le dio pleno acceso a la botonadura del vestido. El depredador regresó, y trabajó

de forma lenta y metódica en la larga línea de botones de la espalda, cada uno de los cuales iba aflojando la tela dorada. Ella la sujetó contra sus pechos mientras él se inclinaba para apartar un tirante y darle un beso en la curva del hombro. Cuando su lengua le rozó la piel, ella se sintió abrasada por el fuego.

—Esa noche, en mis jardines... —dijo entonces.

—Fingiste no reconocerme. —Debería estar furiosa por ello. Pero no lo estaba. Había una parte de ella que lo agradecía, porque la había liberado del caos de pensamientos conflictivos que había tenido, y le había dado algo más: la fantasía de que eran solo amantes.

Nunca había habido nada sencillo entre ellos.

Y esa noche, se había vuelto cada vez más complejo.

—Te reconocí —dijo—. Por supuesto que te reconocí.

La besó en la nuca, de una forma tan suave y perfecta que le provocó un escalofrío de deseo. Otro lametón de fuego.

—Siempre te reconoceré —susurró él contra su piel, y ella se sintió a la vez agradecida por no estar mirándolo y desesperada por no poder verlo mientras confesaba lo que debería ser un pecado, pero resultaba, en cambio, algo mucho más cercano al cielo—. Siempre reconoceré tu silueta, tu voz, tu aroma, como una crema dulce y especiada.

Grace tragó saliva mientras él continuaba adorándola, un beso tras otro, como si no tuviera ninguna prisa. Como si ni se planteara que ella podía perder la cabeza si no iba más rápido, ¡maldición!

—Aquella noche —dijo a sus omóplatos mientras manipulaba los lazos del corsé para aflojarlo y liberarla—, te dije que cuando estoy contigo me siento como Apolo.

—Lo recuerdo. —Las palabras salieron en un jadeo apenas contenido mientras él aflojaba los últimos lazos y sus dedos se colaban en el interior de la prenda para deslizarse por su piel, enrojecida e incómoda por las ataduras. El contacto supuso un insoportable placer—. Él... —le recorrió el cuerpo con la mano y llegó a la parte inferior de su pecho, redondo y dolorido. Ewan se detuvo, como si esperara a que ella terminara— vio a una mujer desnuda en un pozo, en el bosque.

Oyó un rugido de diversión a su espalda, el ruido solo amplificó el placer de su tacto cuando sostuvo el pecho con la mano y frotó el pulgar sobre el pezón trazando un círculo lento y lánguido.

—No estaba desnuda en un pozo.

—Pues dijiste eso. —Ella negó con la cabeza.

—Estaba distraído, si mal no recuerdo.

—¿Y no es posible que ahora también estés distraído? —Quiso saber.

Le dio un golpecito de atención en la oreja.

—Te estoy contando una historia... —La otra mano se unió a la primera para levantar el otro pecho. Para acariciar el pezón.

—Lo siento —dijo ella retorciéndose contra él—. Continúa. —Él le pellizcó la erizada cima lo suficiente para causarle un hormigueo que lo hizo jadear—. Por favor...

—Mmm... —Otro rugido de diversión.

—¿Qué estaba haciendo, entonces? —Grace trató de concentrarse en la historia.

—Matar a un león.

La soltó para tirar del vestido y del corsé hacia abajo, por sus brazos y caderas, hasta que la tela dorada cayó a sus pies. El frufú de la seda contra su piel fue una perversa provocación que la hizo desear volver a sus brazos para dejar que él hiciera lo que quisiera con ella. De todas las formas que se le ocurrieran.

Antes de que pudiera hacer realidad su deseo, él le sujetó las caderas con las manos y la atrajo hacia su cuerpo, haciéndole notar su magnífica y dura longitud contra el trasero. Ella le devolvió la presión y él levantó un brazo para rodearle el cuello en busca de un pecho, mientras la otra se deslizaba por la curva de su vientre.

—Tócame —dijo ella en voz baja—. Por favor.

Él gruñó y deslizó los dedos por el vello que cubría la parte más secreta y femenina, y le acarició el lugar en el que sentía dolor. Volvió la cara hacia él y encontró sus ojos brillantes.

—Ewan. —Suspiró.

—Cirene.

—¿Qué?

—Cirene, la asesina de leones. —El dedo se movió de forma magnífica.

—Mmm... —Ella contoneó las caderas y se maravilló del placer que le daba—. Dime...

—Nació delicada y hermosa, la única hija de un gran guerrero —dijo él mientras su mano la rozaba ligeramente, demasiado ligeramente—. Y nadie creyó que fuera digna de la batalla.

—Ah... Se suele dar por sentado —comentó ella con los dedos hundidos en su pelo.

—Así es —convino él—. Ella quería ir al campo de batalla, pero consiguió un tipo de campo diferente: cuidaba de las ovejas mientras su padre iba a la guerra.

—Que son sabrosas golosinas para los leones.

Él le pellizcó el lóbulo de la oreja provocándole un escalofrío de placer.

—Exactamente. Y un día, mientras cuidaba su rebaño, vino un león, y Cirene, la gran guerrera, lo mató.

—Que llegue Apolo ya —rogó ella, sin aliento, moviendo las caderas contra él—. Date prisa. Se detuvo.

Ella maldijo por lo bajo.

—Has aprendido a maldecir aquí. —Grace percibió una sonrisa burlona por el placer que sentía al dárselo a ella. Se giró hacia él, deseando verlo. Se había pasado toda la vida imaginando la forma en que él sonreiría en ese momento, mientras le daba placer fingiendo que el mundo había dejado de existir.

Él le recorrió el cuerpo de arriba abajo mientras la giraba: cada centímetro de ella, cada curva,

cada cicatriz que le habían dejado las peleas de su juventud. Lo observó cuando las catalogó, siguiendo sus piernas, deteniéndose durante un largo rato en los rizos que ocultaban su parte más privada.

—Apolo cayó rendido —dijo en tono provocativo y sensual cuando volvió a prestarle atención a su rostro.

Y Grace, la reina de Covent Garden, que podía detener disturbios con un solo gesto, se dio cuenta de que nunca se había sentido más poderosa en su vida que en ese momento, porque ese hombre, fuerte y atractivo y poderoso por derecho propio, se perdía en ella.

Ewan tiraba de Grace hacia él, levantándola en brazos para llevarla a la cama, donde la acostó y permitió que lo abrazara para unirse a ella en la colcha de seda. Dejó que lo besara con abandono, con un lento barrido de lengua y una lenta succión de labios, hasta que ambos se sintieron doloridos.

Sí...

Eso era el placer. Ser querida. Ser deseada. No por dinero o poder ni por la posición que tenía, sino por ella misma.

Pero eso no era todo. No era suficiente.

El placer residía también en la reciprocidad. Desear y ser deseado. Dar y recibir. Necesitar y proporcionar.

Allí estaba el placer que había buscado durante toda la vida.

Estaba en Ewan, su primer amor. Y, según sospechaba, el último.

Él se separó de ella y le dio un beso en la mejilla... y en el rabillo del ojo... y en la mandíbula.

—Era lo más hermoso que había visto nunca —susurró, y ella se sintió de repente desesperada por conocer el resto de la historia.

—A todo el mundo le gustan las chicas que saben luchar —lo provocó con una sonrisa socarrona.

Aquellos ojos ambarinos buscaron los suyos para sumergirse en ellos.

—Cierto. —Esa única y suave palabra amenazó con encenderla. Antes de que pudiera explorarlo, él continuó recorriéndole el brazo con las yemas de los dedos hasta la cadera, y ella se estremeció esperando más—. Apolo había sido dios durante mucho tiempo, ya ves, y había visto a muchas mujeres hermosas, pero nunca una tan feroz y tan comprometida con su trabajo. Una guerrera. Se enamoró al instante y le propuso matrimonio en el acto.

—Y luego, ¿qué? —pidió ella, sin aliento—. ¿Se echó a sus brazos y vivieron felices para siempre?

—No estás prestando atención. A ella no le importaba que fuera un dios. Era una de las luchadoras más hábiles del mundo conocido. Era consciente de su poder y no iba a renunciar a él. Ni siquiera por un inmortal. —Otra de esas pequeñas sonrisas de complicidad.

—Chica lista —dijo ella, ahora con las manos sobre él para despojarlo de la chaqueta y

desatarle la corbata mientras hablaba.

—¿No te he dicho que era valiente y brillante?

—Y hermosa, también. —Ella deshizo el nudo del corbatín y extendió las manos por el fino lino blanco de la camisa hasta sacársela de los pantalones.

—Incomparable. —Le cogió la barbilla con los dedos y la inclinó hacia él.

Otro beso, caliente y delicioso.

—Pero ella no quería una segunda vida como la que había vivido con su padre. Ella no quería apoltronarse y limitarse a ser solo la esposa de un dios. Quería gobernar un reino, ser una reina guerrera.

—Lo rechazó. —Grace lo miraba pendiente de cada palabra, imaginando el final de la historia. La única forma en que podía terminar.

—Y así, el gran dios, el dios del sol, de la verdad, de la luz, de la profecía, hizo lo único que le quedaba.

Ella asintió adivinando los hechos.

—La raptó —susurró. Y las palabras, que formaban parte de una simple historia, la horrorizaron. La idea de que siempre había alguien con más poder, que no se detendría ante nada para reclamar lo que fuera. ¿Cuántas veces había mirado por encima del hombro, aterrorizada por ese poder en manos de los hombres?

¿En manos de ese hombre?

—No... —Le sostuvo la mirada, observándola con calma—. No, Grace. No la raptó. Le suplicó. El hijo de Zeus, la gran deidad de la guerra de Troya, se puso de rodillas y le rogó que se uniera a él. Le ofreció riquezas, joyas, inmortalidad... si le dejaba amarla.

—Y se negó de nuevo. —Ella movió la cabeza.

—¿Por qué? —La historia se desvanecía, y allí, con esa única pregunta, comprendió la realidad—. Le ofreció el mundo. Amarla y mantenerla a salvo, y darle todo lo que deseara.

—Pero no todo lo que ella necesitaba —respondió Grace—. Él no podía saber lo que ella necesitaba, siendo él un dios y ella una simple mortal.

«Como ellos: él un duque y ella nada de nada».

—Cirene no quería el mundo —continuó ella—. No de él. —Ewan asintió, instándola a continuar—. Él quería regalarle el futuro —susurró—, pero ella quería ganárselo.

Hizo una larga pausa, que la hizo preguntarse si iba a volver a hablar. Con un dedo, Ewan trazó la línea de su barbilla..., la suave hinchazón de sus labios.

—¿Qué necesitas?

La pregunta la reconfortó. Le produjo una gran alegría. Y le proporcionó esperanza más allá de todo lo que había experimentado.

—Te necesito a ti... —dijo ella. Él esperó. Siempre paciente. Y, finalmente, Grace continuó —: Te necesito.

Sus ojos se oscurecieron al oír esas palabras.

—Ahora —susurró ella—. Esta noche.

No dijo el resto, la parte que lo cambiaría todo.

No dijo «para siempre».

De todos modos, pareció como si lo hubiera dicho por la forma en que la besó, profunda y minuciosamente, haciéndola rodar hacia su espalda y acercándose a ella para besar su barbilla, su cuello, un hombro, el pecho, acercándose cada vez más a una de las puntas erizadas. Los labios se amoldaron a los de ella y Grace suspiró por la forma en que la estaba venerando. Le deslizó los dedos por el pelo, arqueó la espalda hacia él, y se apretó contra su cuerpo.

Rogando por él.

No solo por su tacto, sino por todo: la intimidad de la caricia, el cuidado, el placer.

Por todo el placer.

Los labios de Ewan se cerraron alrededor del pezón de Grace y se lo lamió con suavidad, la excitó hasta que ella le hundió los dedos en el pelo y susurró su nombre, apretándolo contra su pecho, llena de calor y deseo mientras se deshacía despacio por los sensuales lametones y las profundas succiones.

Ewan deslizó la mano por su cadera, por la piel de sus muslos, y le separó las piernas hasta que ella se abrió para él y arqueó las caderas para recibir su contacto, al tiempo que se mecía contra su cuerpo. Estaba dolorida de necesidad, no solo por las caricias que él le había prometido, sino también por el resto, por sentir sus ojos sobre ella, sus labios en ella, porque dijera las palabras para ella. Para él mismo.

Entonces le separó los pliegues y la acarició. Estaba húmeda y deseosa, ya mojada por sus gruñidos de satisfacción. Ewan levantó la cabeza de su pecho y buscó su mirada.

—Esto te gusta.

—Me gustas tú —afirmó ella, moviendo las caderas al ritmo de sus caricias.

Ewan se quedó quieto y, por un instante loco y fugaz, ella se preguntó si habría dicho demasiado. Pero si eso era demasiado, ¿qué pasaría si le dijera el resto?

La volvió a acariciar y Grace empezó a cerrar los ojos, pero él se detuvo.

—No, amor —le pidió, y la palabra la calentó tanto como su contacto—. Quiero que mires.

Los dedos se movían trazando círculos perezosos justo en el centro del placer de ella.

—Entonces, venga. —Separó las piernas de par en par.

Ambos miraron su cuerpo, cómo la acariciaba la mano de Ewan. De hecho, deslizó la suya sobre la de él, enredaron los dedos, su respiración se hizo más pesada. Ninguno de los dos apartó la mirada.

—Termina —dijo él, inclinándose hacia abajo y capturando el pezón de nuevo, con largas y eróticas succiones que la hicieron jadear. Su roce era constante y firme. Luego, cuando fue más rápido, ella se arqueó hacia él.

—Ewan —susurró—. Por favor.

Y llegó a la cresta, se mecía contra él mientras la guiaba a través del placer, levantando la

cabeza para ver cómo lo reclamaba.

—Así —gruñó—. Toma todo lo que necesites.

Y lo hizo. Su mirada atenta era un regalo, una promesa de que él siempre estaría ahí para provocar su placer. Para proporcionárselo. Para deleitarse con él. Para guiarla a través de él, incluso cuando amenazaba con deshacerla.

Cuando quedó saciada, Ewan levantó la cabeza, aunque dejó la mano ahuecada sobre su sexo, asegurándose de que ella disfrutara hasta del último instante de placer.

Por fin, lo miró y llevó una mano a su cara.

—Se suponía que esto era para ti —susurró—. Yo tenía que darte placer.

—¿Y crees que no lo has hecho? —dijo contra sus labios, robándole besos entre palabras susurradas—. Ahora mismo siento tanto placer que me roba la cordura.

—¿En serio? —No debería buscar los halagos, pero lo hizo.

—Ha sido demasiado bueno —repuso él—. Dios, Grace. El placer contigo hace palidecer a cualquier otra cosa placentera que haya experimentado.

—¿Has experimentado mucho placer? —No sabía por qué se lo preguntaba. No debería importarle lo que había pasado en los veinte años que habían estado separados. No le importaba si había tenido amantes. No le importaba quiénes habían sido. No debería haberle preguntado.

—No. —No pareció importarle.

La respuesta le dolió. Por la verdad que encerraba. Él había estado solo durante todo el tiempo, como ella. Anhelando algo, como ella.

Anhelándola.

—Te he echado demasiado de menos —susurró él, tan bajito que, si no hubieran estado entrelazados, ella no lo habría oído. Pero lo oyó y notó la verdad de su voz—. Cada día, cada hora. Te he echado de menos. —Hizo una pausa—. Decir que te he echado de menos no basta. La palabra implica algo natural. Sugiere que podría haberte visto, que si hubieras estado en St. James's la última vez que compré corbatas habría tenido la oportunidad de no echarte de menos. Pero ¿cómo denominar al doloroso vacío que siento por ti todo el tiempo? ¿Todos los días?

Ella notó que las lágrimas le invadían los ojos y le escocían por sus palabras, por la forma en que él puso voz al vacío que también vivía dentro de ella. A aquella tristeza dolorosa que la atenazaba, como si una parte de ella se hubiera ido.

Ewan la besó de nuevo, con urgencia y lleno de dolor.

—¿Cómo llamar a la soledad que solo se experimenta cuando mi otra mitad se ha ido para no volver? —preguntó—. ¿Cómo llamamos a eso?

«Amor».

—Ewan... —susurró. Sin saber qué decir. Sin saber qué pensar. Solo era consciente de que quería darle algo para aliviar su dolor.

Para aliviar el de ella.

Y entonces Ewan se quedó helado y contuvo el aliento. Los ojos de Grace buscaron los de él,

pero no la estaba mirando a la cara.

Capítulo 22

Grace tenía un tatuaje en el hombro izquierdo.

Hasta entonces Ewan no había reparado en él: siempre lo llevaba cubierto por los tirantes, los corpiños y las mangas y, cuando la había desnudado antes, por la maraña de sus rizos rojos. Y en esos momentos había estado tan fascinado por sus ojos y su rostro y la forma en que se entregaba al deseo que no se había dado cuenta.

Pero por fin lo veía: en su hombro izquierdo, a seis centímetros de la línea del hombro y a doce del borde exterior del brazo, había un tatuaje negro. Uno que reconoció porque era igual que la marca que él tenía en el mismo lugar de su cuerpo. La suya, una cicatriz blanca —que ella había atendido hacía mucho tiempo—, tenía veinte años y seguía visible y fruncida: un castigo impuesto por amarla.

El castigo que habría aceptado una y otra vez, si eso significaba mantenerla a salvo. Y así había sido.

Grace huyó y construyó un reino y un palacio junto a sus hermanos. Y él pensaba que ella habría hecho todo lo posible para olvidarlo desde el momento en que huyó, creyéndolo el monstruo que su padre le había obligado a ser.

Pero Grace no lo había olvidado.

Lo había llevado siempre con ella.

Porque allí, en su hombro, estaba la marca, la «M» que su padre le había grabado en la carne, girada noventa grados.

Solo que ya no era una «M» de Marwick.

Era una «E».

De Ewan.

Se quedó sin respiración. El corazón le latía con tanta fuerza que no encontraba las palabras para hablar: la trascendencia de esa marca le demostraba, de repente, que todo lo que había hecho, todo lo que había sido, todo lo que había sacrificado, había valido la pena, porque ella no lo había olvidado. Lo había llevado con ella.

Él se inclinó hacia la marca y ella giró la cabeza para ver cómo la acariciaba con unos dedos suaves en su piel perfecta, hasta que la cubrió con la palma de la mano.

—¿Te dolió? —Las palabras salieron a borbotones, como sus pensamientos.

—Sí.

—No te refieres al tatuaje. —La miró.

—No. —Negó con la cabeza.

—Sin máscaras —susurró.

—Me dolió —confesó—. Todo me dolió. Durante días y semanas. —Él cerró los ojos, sintió una opresión en el pecho mientras ella continuaba—: Te echaba de menos como el aire. Me despertaba en la oscuridad, en la humedad, en la lluvia, en el frío..., y te echaba de menos. Entonces subía a esos malditos edificios de Mayfair y contaba las dichas chimeneas, e imaginaba que algún día lo dejarías. Que abandonarías ese lugar, que renunciarías a tu título y volverías con nosotros. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas, que brillaban bajo la luz de las velas—. No. Con nosotros no, conmigo. Imaginaba que volverías conmigo. —Una de las lágrimas cayó en la mano con la que él acariciaba el tatuaje y notó cómo le quemaba—. Y no volviste.

«Quería hacerlo...».

Cada maldita noche. Se acostaba en su cama en esa casa en medio de la nada y calculaba el camino exacto que tendría que recorrer para llegar a ellos.

—Esperaba que el tatuaje aliviara el dolor, que sacara el veneno.

—¿Lo alivió? —Dios, odiaba ser veneno para ella.

Entonces ella buscó sus ojos y sostuvo su mirada durante un buen rato, para que él leyera la verdad.

—No —dijo en voz baja.

Esa palabra fue como un arma afilada. Una espada ensartando su corazón.

—Grace...

—Dios, detestaba ese nombre —comenzó ella y, a partir de ahí, las palabras fluyeron libremente—. Detestaba cómo te invocaba cada vez que Diablo o Whit lo usaban.

—A mí me pasaba lo mismo, como una maldición. Cada vez que un sirviente se inclinaba, que un dandi se arrastraba ante mí o que una madre casamentera se dirigía a mí como *su gracia* me enfurecía. Me recordaba que mi Grace no estaba conmigo y no sabía dónde encontrarla.

—¿Y eso es lo que yo era, tu Grace? —Lo miró.

—Eres lo único que siempre he querido.

—¿Esta noche? —preguntó ella.

—Siempre —respondió—. Y para siempre.

Levantó la palma de la mano del lugar donde la piel de ella lo abrasaba y se inclinó para rozar la marca con un beso antes de volver a buscar sus ojos. Levantó la mano de ella y la colocó en su propio hombro, sobre su cicatriz.

—Me dijiste que mi marca me hacía tuyo para siempre —le recordó.

La notó conmovida por las palabras, como si quisiera poder retirarlas.

—No. —Él no quería su arrepentimiento, ya había suficiente de eso entre ambos. Negó con la cabeza—. Si eso es cierto —dijo—, ¿tu marca te hace mía?

Entonces, Grace deslizó las manos por su pelo, atrayéndolo hacia ella.

—Sí —susurró un segundo antes de besarlo.

Con esa sílaba, lo liberó. Ewan se puso sobre Grace, dejando que ella dirigiera el beso, dejando que lo explorara a fondo. Y luego la exploró él, deslizando su pierna desnuda entre las suyas mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos, se arqueaba para encontrarse con él y se entregaba por completo.

Gruñó al sentirla contra su cuerpo, tan cálida y suave; gimió cuando los fuertes músculos de los muslos femeninos le rodearon la cintura y notó que el beso se volvía brusco y carnal, como si ella lo hubiera estado esperando tanto tiempo como él. Grace correspondió a su deseo, arqueándose, acercándolo, abriéndose para él, dándole todo lo que pedía.

—Hazme tuya —dijo entonces con un pequeño suspiro, rompiendo el beso como si eso no fuera suficiente.

En más de una ocasión, a lo largo de los últimos años, Ewan había pensado que era posible que estuviera volviéndose loco. Pero, en ese instante, cuando ella emitió ese susurro con el que se entregaba a él, se sintió más cerca que nunca de la locura. Loco de deseo. Loco de esperanza. Loco de necesidad.

—Si lo hago, si lo permites, no será solo por esta noche. —Separó los labios dándole apenas espacio para respirar.

—Lo sé. —Se quedó quieta con sus hermosos ojos castaños puestos en los de él.

«¿Lo sabe?». No se atrevía a tener esperanza.

—No será solo esta semana o este año, Grace. —Encerró su cara entre las manos. Ella tenía que entenderlo. Tenía que tomar su propia decisión—. Quiero empezar de nuevo.

—Lo sé. —Asintió.

—Quiero ser todo lo que deseas.

Ella sonrió, y él casi dejó de respirar ante su belleza.

—Pensaba que deseabas ser todo lo que necesitaba.

—Eso también —repuso él antes de besarla—. Eso también.

—En ese caso... —dijo ella con una mirada oscura y lánguida mientras arqueaba las caderas contra él, empujando la dura longitud masculina contra su suavidad un par veces, hasta que ambos gimieron—. Hazme tuya.

«Mía...».

Perdió el control con esa palabra, y los dos se movieron para explorarse con manos y bocas, sus manos en la piel de ella y los dedos de ella hundiéndose en el pelo de él, mientras bajaba por su cuerpo desde los labios, por el cuello, venerando de nuevo el tatuaje de su hombro y, luego, por los pechos, dando un prolongado lametón a cada punta marrón, hasta que ella se arqueó.

Siguió explorándole el torso, besándolo, deleitándose con su fuerza, con las aristas de sus músculos, afiladas por los años de peleas y de escalar por los tejados de Londres. Se detuvo en el suave y apenas perceptible abdomen, y ella soltó una risita cuando él pasó la mejilla, áspera por la barba incipiente, por la piel de ese lugar.

Ewan levantó la cabeza ante aquel magnífico sonido, familiar y extraño a la vez.

—La reina de Covent Garden tiene cosquillas —bromeó.

—No se lo digas a nadie. —Ella sonrió al techo.

—Nunca —juró él, repitiendo el movimiento y deleitándose con la risa de ella y la forma en que rápidamente se quedó sin aliento. Ella llevó las manos a su cabeza y se la levantó para que la mirara fijamente—. Es mi secreto.

—Guárdalo bien. —Grace sonrió.

Lo haría... y, en ese fugaz y magnífico momento, se dio cuenta de que pasaría el resto de su vida guardando sus secretos.

Al igual que Grace había pasado gran parte de la suya manteniendo a salvo los de él.

Dio otro beso en la sensible piel y se movió de nuevo, deslizándose poco a poco, hasta que ella separó las piernas y él se colocó entre ellas.

—Cuéntame otro secreto.

Grace gimió al oír esas palabras, pronunciadas desde el fondo de su ser. Ewan se sintió satisfecho y se inclinó hacia delante, separándola suavemente con los pulgares mientras la miraba.

—Dios... —susurró. Notar su aliento en la carne caliente y húmeda bastó para hacerla enloquecer—. Nunca he visto nada tan bonito como esto.

—Ewan... —jadeó—, por favor.

Él sopló con suavidad en su núcleo y ella gritó de frustración ante la sensación.

—Cuéntame otro secreto —pidió él.

—Te deseo —susurró ella. Las palabras le salieron tan a duras penas que se sintió como si le hubiera hecho un regalo.

—Así me gusta. —La premió besándola en lo alto del muslo, donde ella era más sensible. Grace levantó las caderas, meciéndose en el aire, en busca de apoyo, y él pensó que podría morir por su impresionante aspecto, rosado y húmedo, caliente como una llama. Se movió para poner un dedo en la parte superior de sus pliegues, y ella gimió tan alto que a él le costó todo su control no terminar en ese momento.

—Sí, ahí —pidió ella, frustrada—. Haz que termine.

Estaba preparada para él. Resbaladiza, húmeda y perfecta.

Movió ese único dedo por el centro de ella y se maravilló con cómo se le entrecortaba la respiración y con el grito que contuvo, mientras él rodeaba el nudo de tensión en la parte superior de los pliegues. La frotó con suavidad, por un lado y por el otro, y, por fin, ella gritó.

—Te gusta —se admiró él en voz baja, más para sí mismo que para ella.

Grace volvió a maldecir, y aquel lenguaje tosco y ordinario fue la prueba perfecta de que se estaba deshaciendo. Él permaneció allí, en ese punto, que acarició una y otra vez, explorándola hasta que ella se dejó llevar por el placer.

—Eso es, amor —susurró al tiempo que depositaba un beso en la suave piel de su muslo—.

Demuéstrame lo que te gusta. Enséñame lo que te hace gritar.

Las palabras la encendieron, y él deslizó otro dedo por el centro caliente y húmedo, hasta el primer nudillo, lo suficiente como para sentirla palpitar. Ella separó más las piernas y se impulsó hacia arriba.

—Más —jadeó—. Por favor.

—Te duele aquí, ¿verdad? —preguntó—. Pobrecita. ¿Te duele?

—Dios, sí. Quiero...

—Dime... —la apremió—. Dime lo que quieres.

«Te lo daré todo».

—Quiero...

«Mi boca», deseó él.

Iba a morir si no la sentía pronto en su boca.

Ella no se lo pidió, sino que hizo algo mejor, pues enredó los dedos en su pelo, cerró el puño y lo puso justo donde lo quería.

—Ahí —jadeó ella, mientras él posaba sus labios sobre ella, abriéndola de par en par y lamiéndola con largas y fuertes caricias—. Oh, sí. —Suspiró—. Así...

Sabía a dulce pecado y se deleitó con su sabor, con la forma en que se mecía contra él, sin avergonzarse de buscar el placer, con las manos en su pelo, sujetándolo con firmeza mientras se movía. Y no se calló durante todo el tiempo, diciéndole de todas las maneras posibles que estaba haciéndolo bien.

—Sí —jadeó de nuevo—. Justo ahí. —Lo guio hasta el punto exacto, y él la obedeció, ansioso por ella, por volverla loca.

Los círculos lentos se volvieron gradualmente más rápidos, su lengua trabajaba al ritmo de las caderas de Grace y, de repente, ella gritó su nombre y él supo que estaba a punto de terminar. Siguió lamiéndola, deleitándose con su sabor, mientras les proporcionaba a ambos un placer que jamás habían experimentado.

Y entonces, justo cuando llegó al punto de frenesí, lo miró como una maldita diosa.

—¿Te cuento otro secreto? —Sus ojos se encontraron con los de ella por encima de su cuerpo y asintió, sin querer renunciar a ella ni un momento—. Quiero que te toques mientras termino.

Lo recorrió una emoción primitiva, algo parecido a la gratitud y al deseo.

Y a la necesidad. Eso también.

Se agarró la erección con la mano; su verga nunca había estado tan dura. Ni tan caliente. Ni tan necesitada, y se acarició al ritmo de sus lametones. El placer de su sabor, la visión de ella moviéndose contra él y su propia mano hicieron que la experiencia fuera insuperable e insuperable.

Ella hundió los dedos en su pelo cuando le empezaron a temblar los muslos.

Y, con el impropio más soez que él había escuchado, se dejó llevar por el clímax, gritando su nombre a la habitación oscura mientras él la acariciaba con las manos, la boca y la lengua

hasta que todo lo que ella sintió fue placer.

Cuando se recuperó del orgasmo, los movimientos de la lengua de Ewan se hicieron más lentos, y dejó quietos los dedos cuando sintió cómo se relajaba. Entonces, ella lo atrajo hacia su cuerpo, pronunciando su nombre con la voz ronca, deseosa de más.

Ansiosa por todo.

Ewan levantó la cabeza después de que la última oleada de placer la recorriera y se movió para tumbarse a su lado, sin querer hacer otra cosa que abrazarla, besarle la sien e instarla a dormir.

Pero Grace tenía otros planes. Invirtió inmediatamente sus posiciones y se subió encima de él para empujarlo sobre la cama.

—No has terminado —susurró, dándole un largo y prolongado beso que amenazó su cordura por la forma en que le lamió los labios, con el sabor de Grace aún en ellos.

Ewan negó con la cabeza.

—No quiero —respondió—. Era para ti.

—Mmm... —dijo ella, con voz ronca y llena de pecado, mientras se inclinaba para besarlo de nuevo—. ¿Quieres que te diga lo que quiero ahora?

—Por supuesto. —Si no estuviera ya duro como el hierro, aquella pregunta perezosa y satisfecha y su suave peso sobre él lo habrían puesto así.

Grace movió las caderas contra él varias veces hasta que él gimió y, acto seguido, se sentó de nuevo sobre sus muslos y le sujetó el miembro con la mano. Él gimió ante su contacto, cuando sus dedos lo acariciaron con seguridad y firmeza.

—Quiero esto. Te quiero a ti.

—Es todo tuyo —dijo, esforzándose con cada músculo para no tirar de ella hacia él, para no hacerla rodar por la cama y tomar el control.

Grace pareció darse cuenta, y desplazó sus caricias para recorrer sus brazos y bajar por su pecho, terminando, una vez más, en la dura y tensa longitud. Ella se movió, se frotó de nuevo contra él, y ambos gimieron con fuerza cuando Ewan rozó el centro de su placer.

—Eso me gusta —dijo ella.

—Mmm... —respondió—. Me gusta que te guste.

—¿De verdad? —Lo miró con los ojos brillando de placer.

¿Cómo podía dudarlo? Levantó la mano hacia su rostro, la ahuecó sobre su mejilla y sostuvo su mirada.

—Mucho —confesó. Respiró hondo intentando memorizar el instante—. Te busqué durante mucho tiempo, pensando que serías igual cuando te encontrara. Pensando que serías la chica que había amado. —Ella no supo qué responder—. Y, en cambio, te encontré a ti, hermosa, sí, y atrevida. Pero fuerte y poderosa, gloriosa hasta decir basta, Dios. Eres gloriosa, Grace.

Las palabras la sorprendieron y respiró a fondo, levantando la barbilla lo suficiente para que él viera su respuesta. Orgullo. Satisfacción.

—Te comprendo.

—Soñaba con esto —respondió ella, en voz baja, y la confesión lo atravesó—. Con que volvías. Y me encontrabas. Y me querías.

—Es imposible que creyeras que no te quería.

—Ya no soy la chica a la que amabas. —Negó con la cabeza.

«Nunca podrás volver a tenerla».

Eran las palabras que le había lanzado aquella noche hacía un año. Las palabras que lo habían roto. Las palabras que lo habían sanado.

—No —dijo él—. No lo eres. Tú eres más. Eres la mujer a la que amo.

Grace saboreó esas palabras, acercó las manos al pecho de Ewan mientras intentaba contener las lágrimas que le invadían los ojos. Ewan levantó la mano para atraerla hacia él, para besarla de nuevo.

—No tienes que decir nada. Pero no podía permanecer más tiempo en silencio. Te quiero. No a la chica que eras. No a la mujer que pensé que encontraría. A ti. Ahora. Aquí —susurró cuando se apartó. Inclino la cabeza hacia las ventanas que daban al Garden—. Ahí fuera, en los tejados, y abajo, en la colonia.

Ella acercó las manos a la cara de él y lo besó de nuevo, con audacia y firmeza, hasta que ambos jadearon de placer.

—¿Recuerdas lo que te dije aquella noche en mis jardines? ¿Recuerdas cómo te llamé? —Volvió a separarse de ella.

Una suave y secreta sonrisa se dibujó en sus labios.

—Me llamaste «Reina».

—Y te dije que yo era tu trono.

Ella asintió.

—Eso me gusta. —Los ojos de ella ardieron de deseo.

—A mí también, amor —gruñó por lo bajo.

Volvieron a juntarse, la mano de él en su centro, separando sus pliegues. Mientras ella se alzaba, la punta de él se adentró en la abertura caliente, húmeda y perfecta. No. «No puede haber herederos».

—Espera...

Ella se detuvo al comprenderlo e hizo un ademán con la cabeza.

—No hay que esperar. No hay posibilidad de embarazo. —Y entonces él también lo comprendió. Había formas de evitar lo inevitable y Grace era una mujer adulta que sabía bien cómo utilizarlas.

—Esto es... —Bajó un centímetro. Otro. Lo suficiente para que él perdiera la cabeza mientras gemía en su oído.

—... el cielo —gruñó.

Ella sonrió.

—¿Crees que podemos mejorarlo?

—Se me ocurren varias cosas que podemos probar. —Contuvo una carcajada.

—¿Es esta una de ellas? —preguntó tímidamente, y bajó sobre su verga en tensión, caliente y gloriosa, lenta y perfecta, y la sensación amenazó con destrozarlo.

—Es la mejor de todas —gruñó él intentando quedarse quieto mientras ella se levantaba un poco y volvía a su lugar, más abajo, tomando más de él—. Dios, es tan... —Esperó, observándola, sabiendo que podría ser incómodo. No quería hacerle daño y deseaba desesperadamente hacerla suya por fin.

—Perfecto... —susurró ella, y la palabra, llena de pecado y sexo, lo puso aún más duro. Cuando ella lo sintió, sus ojos volaron hacia los de él—. Te gusta.

—Ah... —dijo, incapaz de encontrar los pensamientos adecuados durante un momento—. Sí. Me gusta.

Lo besó de nuevo, meciéndose con él hasta que encontró su lugar, y él respondió a su suspiro de placer con un gemido.

—Te gusta que te diga que me llenas por completo.

—¿Te lleno? —No pudo evitar empujar un poco dentro de ella, lo suficiente como para volverse loco.

—¿Quieres que te diga más? ¿Tengo que decirte lo duro que estás? ¿Cómo me llevas más allá de lo imaginable, hasta conseguir que no recuerde lo que es no tenerte dentro de mí? ¿Debo contarte lo que se siente, sabiendo que eres tú el que me hace suya, Ewan?

Aquello era un crimen. Lo estaba destruyendo.

—Y por fin estás donde debes estar —concluyó inclinándose hacia su oído.

Perdió el control. La rodeó con los brazos y la puso de espaldas en la cama, y el sonido de su encantadora risa fue lo único que traspasó la bruma de su deseo. Se encontró con sus ojos brillantes.

—¿Te parece divertido?

—Me parece perfecto —dijo.

—Apuesto a que puedo hacerlo todavía más perfecto.

Lo besó en los labios.

—Prueba a ver —pidió al tiempo que arqueaba las caderas, burlándose de él.

Y lo hizo, moviéndose por fin, empezando con envites lentos y superficiales, hasta que ella se arqueó hacia él y él le chupó los pezones. Ewan empezó a moverse más profundo, más rápido, con más fuerza, hasta que ella suspiró su nombre y le correspondió, empujón a empujón, profundo y suave y luego más rápido, hasta que él apretó los dientes para no terminar.

No sin ella. Nunca más sin ella..., nunca más.

Y menos ahora que sabía cómo era con ella.

Era una sirena que se retorció debajo de él, sus rizos indomables se extendían por la cama como un fuego sedoso, y él se consumía de amor por ella, por esa mujer que tenía fuerza y poder,

y una belleza más brillante que nadie que hubiera conocido.

Y, por fin, era suya.

Mientras Ewan la cabalgaba, Grace deslizó una mano entre ellos, y él ahuecó el tronco para que ella buscara de nuevo el placer llevando los dedos al corazón de su necesidad mientras él empujaba dentro de ella.

—¿Te gusta, amor? ¿Sentir tus dedos y mi verga juntos? —Se inclinó para besarla de nuevo.

—Mmm... —dijo ella, demasiado distraída por la búsqueda de la liberación. Y, entonces, sus ojos se abrieron de golpe, y él supo que iba a estallar—. Ewan... —jadeó.

—Conmigo. Mírame. Quiero verte mientras terminas —ordenó.

Lo hizo, con los enormes ojos marrones clavados en los de él mientras se abandonaba al placer. Verla fue su perdición. La siguió hasta el límite, gritando su nombre mientras hacía todo lo posible para que el orgasmo se prolongara, negándose a parar, negándose a frenar, hasta que ambos quedaran agotados.

Y, solo entonces, cuando ella se desplomó exhausta en las almohadas, él se detuvo. Se giró mientras se movía a un lado, tirando de ella hasta que quedó sobre su cuerpo, con la suave piel rosada por el placer; su sedoso cabello los cubrió a ambos, que respiraban a la par, entrecortadamente.

Permanecieron tumbados en silencio durante varios minutos, mientras los latidos de sus corazones se ralentizaban; el cuerpo de ella relajado y lánguido sobre el de él, mientras él trazaba dibujos sobre la piel increíblemente suave de ella, maravillado por la forma en que la noche había ido evolucionando hasta hacerlos aterrizar allí, juntos, saciados y en paz.

¿Alguna vez se había sentido así? ¿Alguna vez había disfrutado esa sensación de pura satisfacción? Como si nada de lo que hubiera ocurrido antes o fuera a ocurrir en el futuro importara, porque ese momento singular era la perfección.

Debería haber sabido que sería así.

Grace, a la que pensó que había perdido para siempre, era mucho más.

Le acarició la piel desnuda de la espalda con una mano y ella respiró hondo. El ascenso y descenso de sus pechos contra su torso le espoleó la conciencia.

—Te quiero —susurró, porque quería repetirlo en ese instante perfecto.

Ella levantó la cabeza al oír esas palabras, buscó su mirada, y en sus ojos encontró lo que buscaba, porque le dio un beso en el pecho y luego se volvió a acomodar en el hueco de su brazo, como si nunca fuera a salir de allí.

La rodeó con él y la instó a quedarse.

Y, entonces, Grace pidió lo que Ewan había sabido que quería desde el momento en que se había despertado en la oscuridad, en ese mismo edificio, un año atrás. Entonces, no había estado preparado para responder.

Ahora, estaba listo.

«Sin máscaras».

—¿Qué pasó esa noche?

Capítulo 23

Ewan no respondió de inmediato.

De hecho, por un momento, Grace pensó que no le respondería. O tal vez no la había oído, ya que nada cambió después de que ella hiciera la pregunta: no aflojó su abrazo, ni su respiración se aceleró, ni el lento y constante latido de su corazón aumentó.

—Me he hecho esa pregunta mil veces —contestó finalmente Ewan en tono grave.

No levantó la cabeza, sabía que lo que estaba a punto de suceder entre ellos lo cambiaría todo. Temía que la verdad lo empeorara.

—¿Y bien?

Grace notó su respiración, lenta y uniforme, y durante unos instantes deseó ser paciente, como si todo su mundo no colapsara ante la idea de que pudiera estar enamorada de un hombre que había sido su enemigo durante tanto tiempo.

A lo largo de los años había imaginado una docena de respuestas a esa pregunta. Cuando escaparon, Diablo, Whit y ella se habían pasado horas tratando de entender su traición. ¿Qué había pasado? ¿Qué lo había puesto en contra de ellos justo en el momento en que planeaban irse juntos?

Diablo, enojado y amargado, siempre había creído que Ewan había decidido que el dinero y el poder eran demasiado buenos para dejarlos pasar. A fin de cuentas, Ewan había sido el preferido del viejo duque como heredero desde el principio, ¿no? ¿Por qué desperdiciar su suerte por sus hermanos, por qué elegir tener el estómago y los bolsillos vacíos en las oscuras y húmedas calles de la colonia?

Probablemente morirían antes de hacerse viejos.

Whit había sido más empático. Grace aún recordaba su mueca de dolor cuando le vendaba las costillas rotas con sus enaguas, argumentando que Ewan siempre había sido el que más se jugaba a largo plazo.

«Hay una razón —había asegurado Whit—. No nos ha traicionado».

Lo había dicho durante semanas mientras malvivían clandestinamente en la colonia, escondiéndose del viejo duque, que temían que fuera a por ellos, a por los únicos que conocían sus planes de robar el ducado para su linaje, en lugar de morir sin heredero.

Un día, Whit se despertó con una idea distinta y un corazón diferente. Uno más duro. Desde ese día, había hecho todo lo posible para mantenerlos a salvo de, incluso, cualquier susurro que hablara de los duques de Marwick, ya fuera el joven o el viejo.

Pero Grace no había tenido la capacidad de mostrarse indiferente. Nunca había podido. Lo había amado y odiado. Se enfadó y lloró por él. Y deseó que volviera a ella más veces de las que era capaz de contar. Más veces de las que cualquiera podría enumerar.

E incluso cuando se encerró en sí misma, nunca fue capaz de olvidarlo del todo.

Así que, en ese instante, mientras yacían desnudos en su cama, tan cerca de revelárselo todo el uno al otro, le resultaba imposible fingir falta de interés por su respuesta.

—Nunca te habría hecho daño —respondió al fin.

Grace no tuvo más remedio que levantar la cabeza y mirarlo a los ojos, buscando la verdad. Y, aun así, la sospecha creció. Arrugó la frente ante el recuerdo de aquella noche.

—Lo recuerdo —dijo ella—. Tú...

Ewan se tensó por completo ante las palabras, y ella se detuvo. No. Si querían avanzar, la verdad tenía que salir a la luz.

—Viniste a por mí —dijo—. Vi el cuchillo en tu mano. Vi la rabia en tu cara.

—No iba a por ti —afirmó—. No espero que me creas, pero es la verdad.

—Pasó algo.

—Sí, pasó algo... —reconoció con una risa sin humor—. El viejo escogió.

—Siempre supimos que serías tú —dijo—. Desde el principio habías sido tú. Diablo y Whit eran señuelos.

—Estaban allí para formarme como Marwick —confesó Ewan con la mirada clavada en el techo—. Para recordarme lo que era importante. El título. El linaje. Estaban allí para entrenarme para ser despiadado.

Y aquella noche lo había sido.

«¿O no?».

—También les enseñó a ser despiadados a ellos. Ahora estaría orgulloso de los dos. —Ewan soltó una risa llena de ironía.

—No les podría importar menos su orgullo —le cortó ella al instante.

—Nunca les importó —dijo—, y por eso los odiaba más que a mí. —La miró—. Pero el odio que nos tenía a nosotros no se podía ni comparar con el miedo que te tenía a ti.

Grace frunció el ceño al oír eso.

—¿A mí? —repitió—. ¿Qué creía que podía hacerle? Él era un duque y yo una niña. Vivía en la finca solo por su magnanimidad.

—¿No ves, Grace, que eso te hacía aún más aterradora? Una simple niña. Una huérfana que no debería haber importado. Debería haber podido deshacerse fácilmente de ti, pero no era tu destino. En lugar de eso, lo odiabas con todas tus fuerzas y a la vez sabías ser fría y calculadora. Eras simplemente brillante. Cualquiera que te conocía se quedaba prendado de ti, aun sin saber que eras la niña bautizada como duque. —Se interrumpió un momento y luego, tras reconsiderarlo, continuó en voz baja—: Y luchaste junto a nosotros con una ferocidad que él no pudo controlar.

»Desde el momento en que llegamos a la finca, nos enfrentó unos a otros. Trucos mentales, juegos y batallas de voluntad y brutalidad física. Y no pudo doblegarnos. Éramos tres, y estábamos unidos. Encerrados en la batalla, no para ganarla, sino para vencerlo. Y él lo detestaba porque no podía entender por qué no podía separarnos.

—Erais hermanos —dijo ella, tajante. Había pasado dos años con los tres y veinte con Diablo y Whit, y sabía que se habían forjado en el mismo fuego, modelados como un conjunto.

—No —dijo él acariciándole la espalda con la mano—. Nos tentó con la promesa de dinero para nuestras madres y riqueza para nosotros. De comida en nuestros estómagos y conocimiento para nuestros cerebros. Techos sobre nuestras cabezas. Lo que quisiéramos, tan solo por luchar entre nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca lo hicisteis. Ni siquiera cuando os enfrentó en el *ring*. Siempre evitasteis golpearos entre vosotros. —Hizo una pausa—. Una costumbre que aún conservas. Te vi hacerlo en el Garden el otro día.

Ewan se frotó distraídamente la mandíbula con la mano, donde aún se apreciaba un hematoma.

—Fue un error. Si no hubieras detenido la pelea, quizá no estaría aquí.

Por supuesto que ella había detenido la pelea. Nunca lo habría dejado morir.

—Harías bien en recordar eso, dandi. Aquí abajo, en el barro, luchamos sucio.

—No volveré a cometer el mismo error. —Hizo una pausa y la contempló atentamente—. Solo he utilizado mis puños por ti —añadió luego.

—¿Qué significa eso? —Ella inclinó la cabeza a un lado.

—Podría habernos doblegado a los tres. Separarnos. Manipularnos —razonó—. No fue la sangre lo que nos mantuvo unidos contra él. Fuiste tú. —Grace contuvo el aliento—. Todos te queríamos. Whit y Diablo como a una hermana, cada uno de ellos dispuesto a protegerte sin dudarlo. Y yo... —Se interrumpió, y ella buscó su mano para entrelazar sus dedos con los de él—. Como si fueras una parte de mí. —Suspiró—. Dios, fuiste muy valiente.

—No, no lo fui —dijo ella negando con la cabeza—. No era nadie. No era nada. Nadie se fijaba en mí.

—Estuviste ahí, siempre. ¿Crees que no recuerdo todas las veces que me rescataste? ¿A nosotros? Mantas para el frío. Comida cuando teníamos hambre. Luz en la oscuridad. Nos curaste a todos una y otra vez. Y siempre a escondidas.

—No fui valiente —insistió ella. Sí, había hecho todo lo posible para ayudarlos sin que el duque la descubriera, pero...—, nunca me enfrenté a él. Podría haber hecho mucho más para protegeros. Yo era la prueba de su crimen. Y nunca... —Apartó la mirada. Detestaba los recuerdos de su estancia en la casa, del tiempo que habían compartido allí—. Nunca me enfrenté a él.

—Yo tampoco.

«Te saqué de allí».

Las palabras de la otra noche, cuando ella lo acusó de su huida. De dejarlos atrás.

—Pero creo que tal vez lo hiciste. —Ella lo observó durante un buen rato con los ojos entrecerrados—. Creo que te enfrentaste a él aquella noche.

Una de las velas de la mesilla de noche se apagó. Llevaban mucho tiempo en el aposento. Dos horas, quizá más. Miró el reloj del otro lado de la habitación: las tres y media. La fiesta todavía estaría en pleno apogeo. Pero allí el tiempo se había detenido.

—A veces, reproduzco esa semana en mi cabeza. Recuerdo cada momento con total claridad. —La miró—. ¿Te acuerdas? Estábamos planeando huir.

—Decidiste que era el momento. Antes de que llegara el invierno y empezara a tomar medidas ejemplarizantes con uno de vosotros —asintió.

—Llevábamos dos años allí —dijo—. Dos años, y todos éramos lo suficientemente mayores para ir a la escuela, y Diablo y yo ya estábamos creciendo.

—En breve, no sería fácil esconderos —recordó Grace.

—Sí, y sabíamos que, si lográbamos llegar al Garden, tal vez tuviéramos una oportunidad. Todos podíamos trabajar. —La miró—. Y éramos lo suficientemente corpulentos como para protegerte.

—Resultó que era Covent Garden el que necesitaba protegerse de mí. —Ewan sonrió al oír eso.

—Ojalá hubiera estado aquí. Ojalá te hubiera visto tomar este lugar al asalto. —Volvió a acariciarle la piel, apretándola contra él.

—A mí también me hubiera gustado. —Se puso seria.

—En cambio, nos descubrió. —Le cogió la mano y le dio un beso en los nudillos—. A ti y a mí. —Llevó la mano de ella a su hombro izquierdo, donde todavía le ardía la cicatriz.

—Recuerdo esa noche con claridad cristalina —dijo Grace—. Besos castos y palabras dulces, y estar envuelta en tus brazos. —En la oscuridad, susurrando sus planes de futuro. Juntos. Lejos de Burghsey y del ducado.

—¿Recuerdas lo que te dije antes de que nos encontrara?

—Me dijiste que encontrarías la manera de ponernos a salvo. —Ella asintió mirándolo a los ojos.

—¿Y qué más?

—Me dijiste que me querías. —Sonrió.

—Y tú me dijiste lo mismo —le recordó él, dándole un beso en la sien y respirando profundamente en su pelo.

—Entonces nos encontré, y te hizo daño. Y al herirte a ti, también me hirió a mí. —Ella levantó la mano de la marca y le besó la cicatriz una vez más—. Lo siento.

—Nunca te disculpes. Soportaría eso una y cien veces a cambio de tener los recuerdos que tengo contigo. Los más felices de mi vida, hasta el momento.

—¿Y ahora? ¿Cuál es el recuerdo más feliz de tu vida? —Le acarició con el pulgar la piel levantada de su cicatriz.

Él acercó la mano a su mejilla y, al levantar la vista, ella se lo encontró mirándola fijamente.

—Esta noche. En este lugar en el que has construido un palacio de placer, poder y orgullo; en este lugar que me has confiado, en este mundo que has compartido conmigo. Esta es mi noche más feliz.

Los ojos de Grace se llenaron de lágrimas al oír esas palabras, llenas de pena y arrepentimiento. ¿Qué podrían haber tenido si hubieran huido juntos? ¿Qué podría haber sucedido?

—¿Qué pasó, Ewan? —volvió a preguntar—. ¿Qué lo cambió todo?

—Que él me eligió. Y, al elegirme, hizo imposible que huyera contigo. —Le apartó el pelo de la cara y le susurró—: No podía irme contigo.

Se sintió confusa, sus palabras no tenían sentido. ¿Por qué no?

—¿Por qué? ¿Por el título? —Negó con la cabeza, su rostro reflejaba incredulidad.

—Por ese hombre —dijo levantando la mano de ella y poniéndola en su hombro izquierdo, para que acariciara su cicatriz—. Por ese monstruo.

—Cuéntamelo...

Respiró hondo antes de continuar.

—Dejó a mi madre sin nada —dijo en voz baja.

Grace no entendía por qué empezaba por ahí, pero se habría tumbado en sus brazos y lo habría escuchado para siempre si él se lo hubiera pedido.

O tal vez había elegido empezar por ahí porque fue donde empezó todo. Donde empezaron todos, como hebras de seda tejidas por el destino.

—Salió a dar un paseo, como protegida del duque de Marwick, y, al volver a casa, descubrió que su hogar había sido desvalijado —explicó él con palabras frías y tono cortante, como si las hubiera escuchado cientos de veces, y ella imaginó que así había sido: era una historia grabada a fuego en su memoria por su heroína—. Todo había desaparecido. Joyas, muebles, piezas de arte. Cualquier cosa de valor desapareció.

Los dedos de Grace le acariciaron el pecho, recorriendo de un lado a otro el vello castaño que lo poblaba, la voz de él en su oído. Y, mientras él hablaba, ella deseaba tener un bálsamo curativo para las historias del pasado que albergaban ira y dolor, y, a veces, el dolor de los demás, siempre punzante e imposible de apaciguar.

Lanzó una pequeña carcajada sin humor a la habitación.

—Mi madre hablaba de ese día más que de cualquier otra cosa. El día en que el duque la echó. Ese día y los días anteriores, con las fiestas y los privilegios y el poder que tenía sobre Mayfair: la impecable amante del duque de Marwick. —Hizo una pausa, y siguió hablando—: Me imagino que ella no se tomó bien saber que él había estado confraternizando con las madres de Diablo y Whit al mismo tiempo.

—Bueno, su mujer no quería saber nada de él... ¿Qué otra cosa podía hacer un aristócrata en su lugar? —Ella intentó relajar el ambiente.

Él gruñó, y a Grace le pareció que recuperaba el buen humor.

—Aunque no fue capaz de hacerlo durante mucho tiempo.

Pocos meses después, la madre de Grace, la duquesa de Marwick, había utilizado una pistola para asegurarse de que el viejo duque nunca tuviera la oportunidad de aprovecharse de otra mujer.

—Fue obra del Señor —aseguró Grace—. Una de las pocas cosas que sé de mi madre, y de la que estoy más orgullosa.

—Imagino que te parece a ella en su fuerza y rectitud. —Le trazó círculos con los dedos en el hombro.

—Y en puntería —bromeó.

—Y en puntería. —Notó el tono de broma en su voz, que después se volvió seca como la arena—. Imagino que a mi madre le habría gustado ser la segunda en darle un tiro. Le habría gustado castigarlo como él la castigó a ella. —Se quedó quieto, y ella no se movió, a excepción de los dedos, que movía en ligeras y lánguidas caricias.

»Ella lo odiaba por haber roto su acuerdo —continuó con un susurro—. A las amantes del ducado se les asignaba un buen sueldo para su retiro. Recibían casas adosadas en Earl's Court, dos mil libras al año y una cuenta abierta en Bond Street. Pero él no le dio nada de eso, la castigó.

El viejo duque había castigado a todas las mujeres con las que se había relacionado. Fue un bruto. Grace abrió la boca para decirle a Ewan precisamente eso, para ayudar a aliviar el dolor que llevaba consigo.

—La castigó por mi culpa —continuó antes de que ella pudiera intervenir.

—No. —Levantó la cabeza—. No eres...

La cortó.

—Le dejó un solo baúl de ropa. Y ¿sabes qué? —dijo, sin mirarla—. Durante años, cuando me contaba esta historia, pensé que me hablaba del baúl para que tuviera en cuenta el buen gesto de mi padre. Que recordara los vestidos, bordados con perlas y con hilo de oro, que vendió cuando yo ya podía entender lo que significaban las perlas y el oro.

»Siempre pensé que me contaba esa historia para subrayar la humanidad del duque, aun sabiendo a qué vida la estaba condenando. Una que ella no había elegido.

Grace suspiró. Dios sabía que Grace había visto lo mejor y lo peor del Garden, pero desde que los Bastardos habían empezado a dirigir la colonia, habían hecho todo lo posible para asegurarse de que sus habitantes pudieran tomar sus propias decisiones. Que pudieran elegir un trabajo honrado y seguro.

—Pero, sé que aquel gesto no tuvo nada que ver con su humanidad. Estaba furioso. Y quería que viviera todos los días del resto de su vida con ese baúl lleno de sedas envejecidas, y que

recordara a qué había renunciado. Por mi culpa. Quería que se arrepintiera de tenerme — continuó Ewan.

—No se arrepintió. —Ella negó con la cabeza.

—Eso no puedes saberlo.

—Puedo —afirmó ella con decisión; no estaba dispuesta a dejarle ganar esa discusión—. He vivido en el Garden más tiempo que tú y he visto más cosas aquí que tú. Y sé que las mujeres que no desean tener hijos no tienen por qué tenerlos. Tu madre lo sabía. Y tomó una decisión. — Puso las manos a ambos lados de su cara y deseó que la escuchara—. El duque no la dejó sin nada, Ewan. La dejó contigo. Y eso fue lo que ella eligió.

—¿Y de qué le serví yo? —preguntó, con la voz teñida por la ira—. Ella murió aquí, en este lugar, sin nada más que el recuerdo de su elección. Ni siquiera yo estaba aquí.

Grace asintió.

—Sí, y espero sinceramente que tu padre se esté pudriendo en el infierno por eso y por mil cosas más. Pero tú no has muerto aquí. —Tenía lágrimas en los ojos—. Estás vivo, Ewan, y ese es el regalo que ella te hizo.

Permaneció perdido en sus pensamientos durante un tiempo, hasta que, por fin, Grace no pudo evitar llenar el silencio y contarle su propia historia, en voz baja.

—Fui a buscarla, ya sabes. —Los ojos de Ewan se dirigieron a los de ella—. Ya había muerto —confesó—. Fiebres.

—Lo sé. Murió mientras estábamos en Burghsey. Se complació en decírmelo una noche, no mucho después de que te hubieras ido; no me tomé su paliza con suficiente contrición.

—Lo siento. —Grace hizo una mueca de dolor.

—¿Por qué fuiste a buscarla? —Pero negó con la cabeza para desechar las palabras.

—Pensé que... —empezó y luego se interrumpió.

—Sigue.

Grace no podría negarle nada en ese momento.

—Pensé que volverías a por ella.

Tragó saliva.

—No podía. —Era lo mismo que había dicho antes.

—No podías venir con nosotros. No podías volver a por ella. Cuéntamelo. —Grace se negó a dejar que mirara hacia otro lado.

—Todos estabais en peligro —relató Ewan con el pecho oprimido por la culpa—. Y yo era la razón. Él sabía dónde estabais —pronunció las palabras con un odio helado que hizo que el frío se extendiera sobre ella—. Al menos me dijo que lo sabía, y yo lo creí. Y me dijo que, si alguna vez me iba, te encontraría y haría lo que yo no había hecho —se detuvo—. Lo que yo nunca habría hecho.

—Me quería muerta. —Comprendió Grace.

—Sí.

—Y quería que lo hicieras tú.

—Mi último cometido era ese —continuó—: Matarte.

Su comodín en la línea sucesoria.

—Para eliminar cualquier posibilidad de que alguien descubriera que no eras el verdadero heredero —adivinó.

—No solo eso —dijo él—. Para asegurarse de que me quedaba completamente solo.

El corazón de Grace palpitó al oír aquellas palabras: la confusión, la ira y la tristeza se enfrentaron en su interior, porque eso era justo lo que el viejo duque había conseguido. Diablo, Whit y ella habían huido, pero ¿qué había sido de Ewan mientras tanto?

—El título siempre era lo más importante —dijo—. Su heredero siempre era lo más importante.

Su mente se perdió repasando aquel momento, años atrás. Él yendo a por ella espada en mano. Whit en el suelo, con las costillas rotas. Y, luego, Diablo, bloqueándolo. Quitándole la espada.

Ewan lo había herido deliberadamente.

—La cara de Diablo.

—Calculé mal —dijo, palabras que apenas se oyeron—. No estaba previsto que fuera tan profundo. Vino hacia mí en un ángulo diferente al que esperaba.

—Tenías toda la intención. —Ella lo miró a los ojos—. Lo esperabas.

—Tenía que parecer real. —No apartó la vista.

—Para que tu padre te creyera.

—Para que tú me creyeras. —Negó con la cabeza.

—¿Por qué importaba eso? —Se sintió confundida.

—Porque sabía que, si no te lo creías, nunca te irías sin mí. —La observó durante un buen rato—. Sabía que, si no te lo creías, nunca dejarías de intentar volver. Y nunca estarías a salvo de él.

—Habría luchado por ti, Ewan. Todos lo habríamos hecho. —Era la verdad.

—Lo sé. Y él te lo habría quitado todo. —Hizo una pausa y acercó sus manos al cabello de ella para jugar con él—. Y, así, me lo habría quitado todo a mí. No podía ser la razón por la que castigara a otra persona a la que amaba.

La explicación era devastadora. Ese monstruo de duque había robado el futuro de su madre. Y luego había amenazado el de Grace.

—Así que te quedaste.

—Me quedé y viví la vida que me pidió, y cada pocos meses conseguía saber algo de ti —asintió.

—¿Por qué? ¿Por qué no nos mató? —Ella negó con la cabeza.

—Porque, si tú morías, él perdía su control sobre mí. Tu seguridad era la única manera de mantenerme a raya. Para asegurarse de que entendiera que sobrevivías por su voluntad. Como resultado de mis acciones.

—Porque el duque sabía lo que todos sabíamos. Que eras una buena persona. —Cuántas veces lo habían dicho Diablo, Whit y ella sentados en las oscuras y húmedas calles del Garden, preguntándose qué había sucedido para que se volviera contra ellos.

—No soy una buena persona.

Sin embargo, lo era. Nunca se les había ocurrido que hubiera hecho un sacrificio.

—Viniste a por mí después de que el viejo duque muriera.

«No para destruirla, para amarla».

—En el instante en que murió. Exhaló su último aliento y yo lo maldije mandándolo al infierno y me vine a Londres. Me había asegurado durante años que sabía dónde estabas, pero nunca me dijo dónde exactamente, así que peiné la ciudad buscándote. Entonces ya tenías poder aquí y te escondías de cualquiera que no fuera parte del Garden. Aquí estabais a salvo, y yo me volvía más y más loco a medida que pasaban los años, incapaz de dar con vosotros.

»No soy una buena persona —repitió—. Cuando creí que todo era inútil, cuando creí que habías muerto... Me comporté como un monstruo. Vine a por Diablo, a por Whit, a por este lugar, quería acabar con todo para castigarlos por no haber sabido protegerte.

Grace sintió una opresión en el pecho.

—Estoy cortado por el mismo patrón que mi padre.

—No —dijo ella, sentándose al oír las palabras—. No digas eso.

—Sin embargo, es cierto. Como él, estaba dispuesto a destruir lo que quería. Como él, estoy solo. Y, como él, me lo merezco.

—No. —La negativa fue fuerte y furiosa—. No te pareces en nada a él. No eres para nada como él, y me arrepiento de haber pensado que lo eras. Me arrepiento de creer que nos manipulaste y traicionaste. Me arrepiento de haber creído que te consumía la codicia. Me arrepiento de pensar que volviste por venganza y no por algo mucho más poderoso. —Lo miró, derrotada por su propia frustración y por la profunda tristeza de haber pasado toda la vida creyendo que el chico al que había amado había sido su enemigo. Derrotada por algo más, también—. Sin máscaras —susurró.

—Sin máscaras. —Cogió la mano de ella y la apretó contra su corazón.

—Te quiero.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos durante un buen rato. Ewan se quedó quieto como una estatua. Pero la mano de Grace estaba sobre su corazón y sintió el latido, al instante más fuerte. Al instante, más rápido.

—Y, cuando digo que te quiero, no me refiero al niño que fuiste, sino al hombre que eres ahora —se explayó Grace con el corazón en la garganta.

Ewan se rio, una risa perfecta y maravillosa como ninguna en el mundo. No había nada igual a su risa.

—Dilo otra vez. —La estrechó con sus brazos.

—Te quiero —susurró; las palabras eran a la vez extrañas y terriblemente familiares.

—¿Sí? —le susurró él, con esa hermosa sonrisa en los ojos, como la perfección. Y ella lo deseaba tanto que quería que esa sonrisa la reconfortara y la cortejara durante toda la vida. Para siempre. Con una risa ronca y asombrada repitió—: Sí que me quieres.

Ella no pudo evitar reírse también, se sintió, de repente, ligera y libre.

—Sí —afirmó—. Sí.

Estaban sentados y se besaron. Él la hizo rodar sobre su espalda y Grace se entregó a él. A ellos. A un nuevo comienzo. Una segunda oportunidad, sin nombres ni títulos ni recuerdos amargos.

Por la felicidad, por la eternidad.

En ese momento, llamaron a la puerta de los aposentos.

—Mándalos a paseo. —Tenía los labios en el pliegue de su cuello mientras lo susurró, haciéndola reír con placer.

—Podría ser importante —dijo Grace en voz baja.

—Es más probable que sean Diablo y Whit, que vienen a partirme la cara por deshonrar a su hermana.

—Perdóneme, señor. Si alguien ha deshonrado a alguien esta noche, he sido yo.

—Eso es cierto.

Un grito resonó desde el Dominio, que seguía en plena celebración, a la vez que sonaba otro golpe, este en la puerta de sus habitaciones privadas. Ella se quedó quieta y él levantó la cabeza.

No era un golpe. Estaban aporreando la puerta.

Se levantó de la cama de inmediato para vestirse. Ewan se colocó detrás de ella para ponerse los pantalones.

—¡Dahlia! —La voz de Veronique llegó a través de la puerta—. ¡Nos están atacando!

Capítulo 24

—Abajo hay un maldito caos —dijo Veronique en el momento en que Grace abrió de golpe la puerta que conducía a su despacho, mientras seguía vistiéndose apresuradamente camino de su escritorio. Veronique iba flanqueada por varios miembros del equipo de seguridad: mujeres armadas cuyo trabajo consistía en proteger a las socias.

—Vosotras dos, volved abajo. Tenemos que contraatacar y sacar a todo el mundo de aquí. — Grace las miró mientras se iban. Al otro lado de la puerta se oían gritos, alaridos y un enorme estruendo—. Ahora mismo.

—Necesitas protección.

Grace le lanzó una mirada de reojo mientras recogía un montón de libros de contabilidad y diarios.

—Está protegida —dijo Ewan desde la puerta, sorprendiendo a todas con su presencia y su tono impenetrable mientras seguía a Grace al interior de la habitación.

Ella negó con la cabeza.

—No puedes quedarte.

—Por supuesto que sí —dijo él al instante.

—Si te quedas, te verán. Te descubrirán.

—¿Y?

—Eres duque, Ewan. Lo único que querrán es usar todo su poder contra ti. —Miró al techo, irritada por la frustración.

—No —dijo—. Soy duque. Yo tengo todo el poder.

Era demasiado arrogante. Muy arrogante y estaba muy equivocado. Allí, en esas oscuras calles, un duque podía ser arrojado al río con la misma facilidad con que podía encontrar el camino a su casa en Mayfair. Odiaba que recurriera al título que lo había destruido todo.

Pero, aun así, le gustaba que estuviera de su lado.

Volvió a rodear el escritorio. Le dio una patada al borde de la alfombra que cubría el suelo de la oficina.

No hizo falta que dijera nada más, Ewan se agachó inmediatamente para retirar la pesada alfombra. Grace contó las tablas del suelo y puso la punta del pie en una, accionó un pestillo oculto y apareció una puerta secreta. Si él se sorprendió, no lo demostró. Se inclinó y la abrió; en su interior aparecieron montones y montones de papeles. Retrocedió y dejó espacio para que Grace se agachara e introdujera los libros que llevaba en los brazos.

—Cuentas —explicó ella, aunque él no preguntó—. Censos de socias.

—¿Ahora está de nuestro lado? —preguntó Veronique.

Grace ignoró la pregunta, cerró la trampilla y luego bloqueó el pestillo de nuevo. Él le tendió la mano y ella permitió que la ayudara a levantarse.

—He oído que los chicos del Garden casi te machacaron el otro día, dandi. ¿Y esperas mantener a Dahlia a salvo? —Veronique arqueó las cejas al ver que sus manos seguían unidas.

—No correrá ningún peligro.

Ewan volvió a colocar la alfombra en su lugar.

Veronique debió de ver algo en él, porque se giró hacia el resto de guardias de seguridad.

—Id. No dudéis en hacer daño —ordenó a las mujeres que la flanqueaban.

—Que sea una buena pelea —añadió Grace cuando se dieron la vuelta para irse, mientras se dirigía a su escritorio para coger su pañuelo y enrollárselo alrededor de la cintura.

—Estamos llevando a todos los que están en las plantas superiores al tejado y a la gente que sigue en el Dominio a los túneles —informó Veronique.

—¿Y los intrusos?

—Son una docena, tal vez quince. Fuertes, con pinta de matones. Armados con palos y puños, y con aspecto de ser el tipo de banda con la que no se juega.

—¿Cómo han entrado? —intervino Ewan de nuevo.

—De la misma manera que tú, dandi. Por la puerta principal, con una dichosa invitación. — Veronique le lanzó una mirada de desprecio.

—¿Quiénes son? ¿Policías? —preguntó Grace.

—No, nada de policías. Al parecer, no tienen nada que ver con ellos.

Pero eso no significaba que no estuvieran organizados. Tampoco significaba que no fueran de la Corona. Lo único que demostraba era que buscaban sangre y que no les interesaba dejar pruebas de su incursión.

—Entonces será mejor que bajemos. —Grace no dejaría que la vencieran sin luchar. Él asintió y fue hacia la puerta.

—¿Estás segura de que sabe luchar? —Veronique sacó una pistola de la funda que llevaba debajo del brazo y miró a Ewan.

Grace se encontró con los ojos del hombre al que amaba, vestido solo con pantalones y en mangas de camisa, pletórico de músculos y fuerza, con los ojos llenos de furia y la mandíbula tensa, con aspecto de estar dispuesto a atravesar un incendio.

«Por ella».

—Nunca he visto nada igual.

Abrió la puerta y los tres se dirigieron hacia los gritos. Bajaron corriendo las escaleras principales hasta la sala central del club, donde habían estallado media docena de peleas. Los hombres que habían venido a destruir el 72 de Shelton Street eran fácilmente reconocibles, pues estaban sucios y eran despiadados. Pero no habían contado con que la seguridad de Veronique

fuera igual de despiadada y estuviera preparada para la batalla.

Ni con la de los Bastardos. Al otro lado de la sala, Annika, que dirigía las operaciones de contrabando de Diablo y Whit, puso a *lady* Nora Madewell detrás de ella y lanzó un puñetazo directo que le rompió la nariz de su oponente, o eso pareció por el aullido que soltó.

—¡Allá voy! —gritó *lady* Nora. Levantó un pesado jarrón de cristal, cargado de flores de invernadero, y lo arrojó a la cabeza del hombre que había caído de rodillas. Con una sonrisa, Nora miró a su amor con una expresión de orgullo en su bonito rostro—. No está mal, ¿no?

—No está nada mal —aceptó Annika con una media sonrisa. Era el mayor elogio que una persona podía recibir de la estoica noruega. Se acercó a su dama—. De hecho, está muy bien.

Cerca de allí, una de las mujeres del ejército de Shelton Street lanzó una silla a uno de los camorristas, que portaba un pesado garrote, y lo tiró al suelo, provocando una colección de grititos de las socias que pasaban en estampida desde las habitaciones traseras hasta la escalera que conducía a los túneles subterráneos que las pondrían a salvo fuera del club.

—Buen golpe, el de Cate —dijo Grace.

—Las has entrenado bien —reconoció Ewan.

—Repítemelo cuando hayamos acabado —le pidió.

—Sea quien sea quien los haya enviado, no se saldrá con la suya —advirtió Ewan mirando a la multitud—. He reconocido a una docena de los miembros más poderosos de la Cámara de los Lores.

—No están aquí por derecho propio —respondió Grace—. Acompañan a las socias; solo las mujeres tienen entrada aquí.

Miraron por encima a la muchedumbre, que se esforzaba por escapar de los hombres que estaban destruyendo todo lo que encontraban a su paso. Grace observó que, en una esquina del salón, uno de aquellos brutos destrozaba un farol de cristal con un garrote antes de rebanar un cojín con una hoja mal afilada.

En el otro lado de la habitación, alguien había volcado un sillón.

Querían destruir su club, ¡malditos fueran!

Una pareja se apartó de la corriente de gente que huía y se dirigió hacia ellos; se trataba de Nelson, con un corte en la frente que sangraba más de lo que a Grace le gustaría. Protegía a la condesa viuda de Granville pasando un brazo alrededor de sus hombros. Ella llevaba un pañuelo ensangrentado en la mano y se había quitado la máscara, por lo que era evidente su ceño fruncido.

—Nos vamos por el tejado. —Nelson miró a Grace a los ojos mientras besaba la sien de la dama.

—A Mayfair —añadió *lady* Granville, con preocupación y algo más en sus ojos.

Nunca volverían. Grace reconocía el amor cuando lo veía.

—Que os vaya bien. —Se hizo a un lado para dejarlos pasar.

La pareja se fue dejando atrás la algarabía que los siguió por las escaleras y en la oscuridad.

Grace volvió a mirar el caos que tenían delante.

—No quieren asustarnos —comentó—. Quieren acabar con nosotras.

—¿Por qué? —preguntó Ewan.

—Porque sí —explicó ella mientras observaba a su alrededor. *Lady Marsham* y la duquesa de Pemberton pasaron a empujones con el rostro desencajado, y Grace notó el terror en sus ojos cuando echaron un vistazo por encima del hombro, para mirar atrás—. No les gusta que seamos el futuro.

Aunque pusieran a todo el mundo a salvo esa noche, no sería suficiente. Aquel ataque provocaría lo que querían: asustar a las socias. Enviarlas de vuelta a sus salones de Mayfair y a los tés en Park Lane, aterrorizadas. De vuelta a los cotilleos en Bond Street y a los paseos por el Serpentine. De vuelta a la seguridad que disfrutaban como el sexo débil.

Y el 72 de Shelton Street se convertiría en una victoria para los hombres, que las habían enviado de vuelta a su lugar.

«Tendrían que pasar por encima de su cadáver».

A Grace la invadió la ira y llamó la atención de la trapecista, todavía en lo alto de la multitud, que de pie sobre el trapecio, tenía una vista privilegiada de todo lo que ocurría.

—¿Dónde? —Grace levantó la barbilla hacia la mujer.

Afortunadamente, la otra mujer la entendió a la primera. Señaló en dirección a la sala delantera, donde antes había estado Fortuna. Donde Ewan y ella habían bailado, alocados y libres, un recuerdo que quedaría manchado para siempre por esos hombres, que habían asaltado su palacio destruyéndolo todo a su paso.

La ira se convirtió en rabia.

Se oyó otro grito que provenía de la sala de delante; ella ya se estaba preparando, había tirado del pañuelo de su cintura y había enrollado los extremos alrededor de sus puños con movimientos cortos y rápidos, mientras se abría paso entre la multitud. Oyó a Ewan rugir su nombre detrás de ella, pero no miró más allá. Aquel era su lugar. Su mundo. Aquella era su gente. Y ella los protegería a toda costa.

En un segundo estaba con Ewan y, al siguiente, ella ya no estaba, había desaparecido entre la muchedumbre, que huía en dirección contraria, nadando a contracorriente, corriendo, como siempre había hecho, hacia la refriega.

Grace, siempre la primera en saltar, sin importar el peligro al que se enfrentara.

La visión de la melena de rizos rojos como las llamas era lo único que lo mantenía cuerdo mientras la seguía. Ella se movía demasiado rápido, perdiéndose entre la multitud. Gritó su nombre mientras la frustración y el miedo lo impulsaban hacia la muchedumbre que, por fortuna, parecía entender su urgencia y hacerle un hueco.

—¡Es Marwick, el Loco! —Oyó en el fondo de su conciencia mientras se abría paso entre el tumulto. El apodo de su pasado, que tanto le había costado superar en los meses transcurridos

desde que había regresado, estaba de vuelta, y lo cierto era que en ese instante estaba realmente loco. Era un animal salvaje, desesperado por llegar a la mujer que amaba.

—¿Has dicho quince? —preguntó Ewan más allá, por encima de su hombro.

—Más o menos. —La segunda al mando de Grace estaba a su lado—. Cuatro en la sala central y unos diez o más desperdigados por el resto del edificio.

—¿Y tu gente? ¿Sabe luchar? —«¿Dónde estaba Grace?».

—Mis mujeres están hechas de un material más fuerte que tú, idiota.

Ewan gruñó y se acercó a la sala donde antes habían estado la pitonisa, las violinistas y la acróbata. Se detuvo cuando la mujer que lo acompañaba maldijo en voz baja.

Estaban arrasando la sala. Cortinas rasgadas y muebles destrozados, mesas y sillas volcadas. Cuadros arrancados de las paredes y acuchillados.

Eso no era un entretenimiento. Era un castigo.

«No les gusta que seamos el futuro».

Por toda la sala, los intrusos se peleaban contra los empleados del club y, en el centro, estaba Grace. Mientras la observaba, ella golpeó a uno de los atacantes, haciéndole perder el tiempo suficiente para asestarle una fuerte patada en el abdomen. El hombre cayó al suelo y ella utilizó el pañuelo para inmovilizarlo, propinarle el último golpe, y dejarlo inconsciente.

La saludó con la mano cuando el hombre aterrizó en el suelo y ella se dio la vuelta hacia él. Sus ojos castaños se encontraron con los de Ewan mientras la observaba, y su pecho se llenó de orgullo al verla en su elemento.

Era una reina.

Arqueó las cejas en una pregunta silenciosa cuando se acercaba ella, incapaz de evitarlo, y, en mitad de la pelea que los rodeaba, la abrazó y la besó a conciencia, reclamándola. Su Boudica.

Cuando terminó, Grace estaba perdida en sus brazos.

—Voy a casarme contigo —dijo Ewan cuando ella abrió los ojos, antes de darle otro beso rápido y sensual—. Voy a casarme contigo, y mantendremos este lugar a salvo, y nunca más tendrás que luchar sola. Lucharemos juntos.

Ella abrió los ojos de par en par, pero antes de que pudiera decir nada, se produjo un movimiento en el extremo de su campo de visión y los dos se volvieron. El atacante ya estaba bajando el garrote en dirección a Grace.

Ewan se volvió loco, bloqueó el golpe con un rugido de furia, cogió el palo con una mano y le dio un par de puñetazos seguidos al hombre en la cara.

—Nadie la toca —dijo con el tercer golpe—. Nadie toca este lugar —advirtió con el tercer golpe. Levantó al tipo por el cuello—. ¿Lo has entendido?

El intruso asintió.

—¿Quién os envía?

—No sé. Solo nos dijeron que nos aseguráramos de que este lugar no podría volver a abrir sus puertas jamás.

—Malditos perros mercenarios. Vuelve a la alcantarilla de la que has salido y dile a quienquiera que te haya contratado que este lugar está bajo la protección del duque de Marwick. ¿Has comprendido? —Lo invadió la frustración.

Grace aspiró una bocanada de aire en su hombro, pero él no la miró; estaba demasiado ocupado esperando una respuesta.

—Sí, sí...

—De acuerdo.

Levantó el puño para asestar otro golpe, pero Grace lo detuvo con un roce y se dirigió al asaltante.

—¿Eres de la misma banda que fue a por Maggie O'Tiernen?

Los ojos inyectados en sangre del hombre se movieron por la habitación, y Ewan se irritó aún más.

—Di la verdad, amigo —lo amenazó dejando que el acento del Garden se filtrara en su voz—. No te gustarán las consecuencias si nos mientes.

—Sí. Fuimos nosotros. —El hombre tenía los ojos fuera de las órbitas.

—¿Y Satchell?

Ewan la miró. ¿Qué sabía ella?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

Vaciló, y Ewan lo sacudió como a un muñeco.

—Mikey.

—Nunca olvido una cara, Mikey. Aléjate del Garden. Es mejor que no volvamos a cruzarnos, te lo digo por tu bien. —El matón asintió, con miedo y gratitud en los ojos. Grace hizo un gesto señalando al resto de la habitación, donde los guardianes del 72 de Shelton Street habían despachado a los intrusos—. Coge al resto de tu gente y largaos de mi casa.

El hombre obedeció al instante, consciente, con el agudo sentido de un sicario, de que había sido derrotado. Ewan observó a aquella chusma: todos se marchaban con un aspecto mucho peor del que habían llegado.

—Me has propuesto matrimonio. —Se volvió hacia él.

—Sí —reconoció.

—Me has propuesto matrimonio en medio de una pelea.

—Nunca hemos sido convencionales. —Sonrió con algo de disgusto. Grace no le devolvió la sonrisa—. ¿Debo pedírtelo de nuevo, ahora que la pelea ha terminado y hemos salido victoriosos?

—No —dijo ella, al instante.

Inclinó la cabeza.

—Grace... —comenzó.

—Dahlia —corrigió.

—¿Qué?

—Aquí no soy Grace. Soy Dahlia.

Ewan sintió el aire cargado, y no le gustó. No le gustó lo que presagiaba, teniendo en cuenta el tono acerado de las palabras de Grace.

—Había pensado que justo en este momento serías Grace.

—¿Por qué me estás proponiendo matrimonio?

—Precisamente por esto.

—Porque quieres que sea tu duquesa.

—Sí. —Lo deseaba más de lo que podía reconocer. Más de lo que nunca había deseado nada, nunca—. Sí. Dios. Sí. Puedo convertirte en duquesa y blindar este lugar. Puedo darte todo aquello por lo que has trabajado. Si quieres este lugar... Lo quiero para ti. Quiero que estés a salvo en él. Quiero que tus empleados estén seguros en él.

—Lo están. Lo estamos —aseguró ella.

—Ahora sí. Pero puedo ponerte a salvo para siempre. ¿Crees que a esos matones los han contratado en Mayfair? ¿Hombres que quieren impedir que sus esposas tengan ideas propias? ¿Hombres aterrorizados de que las mujeres tengan poder?

—Sí —dijo ella.

—Entonces, déjame arreglarlo. Cásate conmigo. Soy duque. Fue lo que dijimos que haríamos. —La abrazó, pero ella se apartó—. Dijimos que usaríamos el ducado para ganarle. Así es como empieza. Cásate conmigo y este lugar se volverá intocable.

Era el comienzo de su futuro. La siguiente parte de su vida. Su felicidad para siempre. Pero algo iba mal.

—Ni siquiera tú tienes el poder de detener esto, duque. —Resistió el impulso de estremecerse ante el título, que ella no había utilizado desde hacía semanas—. Esta amenaza se vence desde abajo, no desde arriba. La tengo que parar yo, no tú.

—¿Por qué no deberíamos detenerla los dos? Juntos.

—Juntos. —Hizo pausa y se quedó quieta.

—Sí —dijo él, y habría dado toda su fortuna por saber lo que ella estaba pensando—. Juntos.

Grace lo observó durante un buen rato. Había algo en sus ojos, algo que él reconoció de una noche muy lejana, veinte años atrás.

Decepción.

—Tú has planeado todo esto —dijo ella en voz baja.

La ironía, por supuesto, era que la única vez que Grace se había permitido soñar con la idea del matrimonio había sido con él.

Había pensado en el matrimonio con aquel chico al que había amado en una vida pasada, que había planeado ser duque, y había planeado volver a Londres, triunfante y poderoso, para cambiar el mundo del que había venido.

Y había planeado que ella fuera duquesa y cambiara el mundo a su lado.

Pero ya no era aquella niña de doce, trece, catorce años. Ya no era la niña de quince años que temblaba de frío y soñaba con que él volviera a por ella.

Era una mujer adulta que había salvado su mundo y a sí misma, sin título ni privilegio alguno. Ella había obtenido su poder de la nada. Había levantado un imperio de la nada. Y, cuando se había visto amenazada, había luchado y triunfado.

¿Acaso Ewan no acababa de presenciarlo? Y ahora le ofrecía el título como si fuera un regalo. Como si no fuera lo que había derrumbado todo el mundo a su alrededor.

Y luego esa palabra, *juntos*. La misma que la duquesa de Trevescan había utilizado antes, cuando se había alegrado de ver a Grace y Ewan. Juntos.

—Tú me la enviaste. A la duquesa de Trevescan. Esa noche. Para decirme que habías vuelto. —Ewan miró hacia otro lado—. Así fue. La enviaste... ¿Era su misión hablarme sobre ti? ¿Contarme que estabas organizando un baile de máscaras y buscando esposa?

—No estaba buscando una esposa. Ya la había encontrado —la corrigió.

Grace ignoró los latidos de su corazón al oírlo, al percibir la verdad que brillaba en su mirada.

—Lo único que tenías que hacer era convencerme de que habías cambiado.

—He cambiado —dijo.

—Creía que era cierto —respondió ella.

—¡Lo es!

—No. No quiero ser tu duquesa. No deseo ser cómplice de tu mundo, el mundo que nos arruinó. Que arruinó a nuestras madres. A mis hermanos. El mundo que amenaza al Garden todos los días y que esta noche ha venido a por las mujeres porque Dios prohíbe que tengan un momento para su propio placer. Su propia satisfacción. Su propia alegría... —Hizo una pausa porque no le gustaba lo que iba a decir. Porque odiaba lo que quedaba por decir—. Por no hablar de cómo te ha arruinado a ti. —Su ira se acentuó cuando añadió—: ¿Crees que un título puede salvarnos? —Extendió los brazos para indicar la destrucción que les rodeaba—. No —dijo—. Lo único que ha hecho el ducado de Marwick es amenazarnos.

Ewan se pasó las manos por el pelo y caminó alrededor de ella. Grace notó cómo iba creciendo su ira.

—¿Crees que no sé cómo me arruinó? ¿Crees que no he lamentado ostentar ese maldito título durante veinte años? Lo detesto. Cada vez que alguien lo menciona, lo odio más. Esta noche, al despojarme de él, tú y este lugar me habéis hecho el regalo más magnífico que he recibido nunca: una muestra de la vida sin el maldito ducado. —Ella abrió los ojos de par en par cuando él prosiguió con su letanía—. ¿Crees que no recuerdo todos los días el pacto que hicimos? Sin herederos. Sin futuro. Nada que lleve su nombre —se detuvo. Tenía una mirada felina en el rostro—. ¿Crees que no recuerdo ese pacto cada vez que te miro y pienso en cómo podría haber sido la vida contigo, si no fuera el maldito duque? ¿Te lo cuento? ¿Quieres saber cómo sería esa vida? ¿Lo que podríamos tener?

—No. —Ella negó con la cabeza y sintió una opresión en el pecho.

Pero él ya había comenzado.

—¿Crees que no me imagino días al sol, aquí, en el Garden? ¿Cargando en los muelles? ¿Crees que no anhelo una vida en la que vuelvo a ti, aquí, en este magnífico lugar que has construido, para dormir a tu lado todas las noches y besarte hasta despertarte todas las mañanas? Tú negocias con fantasías. ¿Te gustaría saber cuál es la mía?

No.

Sí.

—No.

Se acercó a ella, encerró la cara de Grace entre sus manos y la acercó a él.

—Mi fantasía es esta. Tú y yo, aquí. Con una colección de niñas de pelo de fuego. —Ella cerró los ojos—. Mis hermanos. Sus hijos. Una familia. —Lo último fue un susurro—. Dios. No puedo ni describirte cuánto anhelo una familia, una construida en nuestro hogar. La tuya y la mía. El comienzo de algo nuevo.

Una gruesa lágrima cayó de los ojos de Grace al oírlo, por el dolor que contenían y el dolor que le provocaban también a ella. Él extendió una mano para atraparla con el pulgar y recorrió su mejilla en un amplio arco, secando cada una de sus lágrimas.

—Pero no puedo tener eso. Por ese maldito título. —Su corazón latía con fuerza al ver que su ira, de hace décadas, por fin se revelaba—. A lo único a lo que me he aferrado a lo largo de los años ha sido a esto: un día lo utilizaría para lo que habíamos previsto. Y esta es la oportunidad. Esta noche, tomo este sucio título robado y lo reclamo para salvar este lugar. Para ti. Esta noche, te doy esa pelea que deseas. —Ella se puso rígida, aterrada por lo que él iba a decir—. Te quiero.

En sus años de lucha con los puños desnudos, Grace había recibido innumerables golpes inesperados, pero nunca ninguno como ese, que le robó el aire.

Y no se detuvo.

—Sí, te quise desde el primer momento en que te vi hace ya una vida, pero lo que sentí palidece en comparación con cómo te amo ahora. Eres perfecta, fuerte y audaz, valiente y brillante, y el dolor que siento por no estar cerca de ti solo empeora cuando lo estoy, porque no puedo tenerte. Porque cada vez que te busco, te me escapas de las manos..., como una maldita fantasía. —Ella tragó saliva, intentando hacer desaparecer el nudo de la garganta que no la dejaba respirar mientras él hablaba. Sus palabras eran un eco de sus propios sentimientos, de sus propios deseos desesperados, imposibles de satisfacer.

»Sí, le pedí a la duquesa que te llevara a la fiesta de máscaras. Y me quedé a un lado del salón de baile, nervioso, esperando a que llegaras, preso de una especie de loca esperanza. Y lo hiciste, y me di cuenta de que lo que sentía antes de que llegaras no había sido esperanza, sino miedo. Y cuando llegaste, tú fuiste la esperanza. —Grace dejó escapar una lágrima que resbaló por su mejilla, y él la alcanzó al instante, apartándola con el pulgar—. Y lo haría todo de nuevo. Nunca dejaré de buscarte, Grace. Eres mi principio y mi fin. Mi otra mitad. Y siempre lo has sido. Esta

es también mi pelea —repitió, suavemente—. Cásate conmigo.

Ella negó con la cabeza llena de tristeza, y la inundaron ríos de lágrimas tibias e incontrolables.

—La historia que me contaste, la de Cirene y Apolo. Él quería que se fuera con él para vivir con los dioses. Ella quería gobernar un reino. ¿Qué pasó?

Ewan dudó.

—Dímelo —le pidió ella, aunque ya sabía la respuesta.

—La hizo reina de Libia. Una tierra exuberante, hermosa y próspera, gobernada por una reina guerrera.

—¿Y qué hay de él? ¿Gobernó a su lado? —Una gruesa lágrima cayó por su mejilla.

—Grace... —No la miró.

—No. ¿Qué hay de Apolo?

—La dejó. —Finalmente, él volvió sus hermosos ojos color ámbar hacia ella, y ahí estaba la tristeza.

—Porque ella no quería un idilio, ni casarse con un dios, ni jugar con el poder. Ella quería su propio reino. Su amor. Su vida. Todo. Juntos. En igualdad de condiciones. O nada en absoluto.

—¿Le valió la pena? —preguntó él—. ¿Una vida sola, cuando no tendría que haber sido así?

—No lo sé —respondió ella—. Pero la alternativa no era suficiente.

Él asintió.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Me amas? —A Grace le dolió el corazón por la pregunta y la dolorosa verdad de su respuesta.

—Te deseo con todo mi ser —confesó—. Te quiero con todo lo que soy.

Entonces él llegó a ella, deslizó los dedos por su mejilla y su pelo, su contacto la llevó más cerca, y ella se dio cuenta mientras se movía de que siempre sería así entre ellos. Ella siempre iría a él. Siempre se sentiría atraída por él.

Ewan le dio un beso profundo, lleno de doloroso deseo y de todo el amor que no había utilizado en los años que habían estado separados, y si hubiera sido una hora antes, un día antes, Grace se habría deleitado con la caricia y la habría dejado llegar como un regalo, como una ola del futuro. De esperanza.

Pero en ese momento, no era el futuro.

Era el final.

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas cuando Ewan interrumpió el beso y levantó la cabeza, abriendo esos hermosos ojos ámbar y mirando profundamente a los suyos.

—Y así mi padre gana...

Las palabras le robaron el aliento y el miedo la recorrió. Miedo, amor y un intenso deseo que no podía negar, ni siquiera aunque supiera lo que estaba a punto de suceder. Ni siquiera aunque supiera que él estaba a punto de darle lo que ella había jurado que quería, solo después de haberse dado cuenta de que estaba aterrorizada.

Aterrada de perderlo.

«¿Será suficiente?».

—Te quiero —dijo él, y ella detestó la forma resignada en que pronunció esas palabras—. Te deseo y te amo, y no es un primer amor. Es el definitivo. Y si no puedes verlo..., si no puedes encontrar el valor para aceptarlo y deleitarte con él, y dejarme estar a tu lado, entonces no es suficiente. —Negó con la cabeza—. ¿Cuántas pruebas debo pasar antes de que creas en mí? ¿Antes de que confíes en mí? ¿Antes de que respondas por mí?

—Quiero hacerlo —aseguró ella. Era cierto. No había nada que quisiera más que tener a ese hombre con ella para siempre.

El silencio se extendió entre ellos durante una eternidad, y Grace vio el derroche de emociones en su rostro. Frustración. Tristeza. Decepción. Y, finalmente, resignación.

—Quererlo no es suficiente —sentenció Ewan—. Para ninguno de los dos.

Las palabras quedaron colgando entre ellos, como un golpe de gracia. Un golpe que él no dio. La dejó, y ella supo, sin duda, que nunca volvería.

Y Grace Condry, la reina de Covent Garden, permaneció de pie en su club destruido y, por primera vez en dos décadas, dejó que las lágrimas brotaran sin control.

Capítulo 25

A la mañana siguiente, cuando el sol cubría los tejados de Londres con la brillante luz de un nuevo día de otoño, sus hermanos se reunieron con ella en el tejado.

—Entre los dos tenemos ¿cuántas? ¿cinco casas? —dijo Diablo acercándose a su lado, donde ella estaba sentada, con la espalda en la chimenea y el brazo apoyado sobre una rodilla, mirando por encima de los tejados hacia Mayfair. Se levantó el cuello del gabán y cruzó los brazos sobre el pecho—. No entiendo por qué nos tenemos que reunir siempre a la intemperie.

—Siempre hemos preferido los tejados. ¿Qué era lo que decías? ¿Que esto era lo más lejos que íbamos a estar de la mugre? —Grace no lo miró.

—Mmm... —respondió Diablo balanceándose sobre sus talones—. Pero Whit es el dueño del extremo sur de Berkeley Square, así que es probable que ya no sea cierto.

Nadie se rio.

En su lugar, Whit se puso ante ella y se apoyó en el muro bajo que delimitaba el tejado. Cruzó los tobillos, con las manos en los bolsillos y encorvando los hombros contra el viento.

—El club es un maldito desastre.

Y así era. Cristales rotos, cortinas rasgadas, muebles destrozados, ni una sola ventana intacta. En algún momento, alguien había tirado un candelabro, que quemó la alfombra, aunque solo la había agujereado. Por suerte, eso había sucedido antes de que las botellas de alcohol de la planta principal se hubieran roto y su contenido se hubiera derramado por el suelo. De no haber sido así, ahora no habría ninguna azotea en la que reunirse.

Grace asintió.

—Y no solo el club en términos materiales. Tendré suerte si volvemos a ver a alguna socia.

—No —dijo Diablo—. No se echarán atrás. Les prometiste un circo y ¿acaso no lo has cumplido?

—Está destruido —alegó—. Mandé a todo el servicio a sus casas. —No quería enfrentarse a ellos.

—Bueno, pues una docena de sirvientes están avanzando en la limpieza, así que yo diría que tu mayor problema es un motín —se regodeó Diablo—. Zeva y Veronique están ladrando órdenes como auténticos sargentos. Tal vez deberías encargarles uniformes cuando pidas telas nuevas.

—Les dije que se fueran a casa. —Grace estaba irritada.

—Se puede arreglar —alegó Whit, ignorándola—. Eres rica y tenemos línea directa con todas

las hilanderías de seda, con todos los fabricantes de muebles y todas las destilerías de *whisky* que necesites. Es decir, si seguimos hablando del club.

—Todo lo demás también tiene arreglo. Si alguien sabe cómo hacerlo, somos nosotros. — Diabolo golpeó el tejado con el bastón, pensativo.

—¿Lo demás? —Grace lo miró.

Whit la miró por encima de su hombro.

—Se hace la tímida conmigo —gruñó Whit—. Nunca le ha gustado hablar de él.

«De Ewan».

—Hemos oído que te ha vuelto a romper el corazón, Grace. —Las palabras, suaves y amables, más amables que cualquier otra cosa que hubiera oído decir a Diabolo a alguien que no fuera Felicity o Helena, amenazaron con romperla. Apretó los labios.

—¿Podemos matarlo ya? —refunfuñó Whit.

—Me quiere —alegó.

—Siempre te ha querido —comentó Diabolo—. Pero eso no debería resultarte desgarrador. Todo lo contrario, de hecho.

—Quiere casarse conmigo —anunció a los tejados—. Sería la duquesa de Marwick.

Sus hermanos guardaron silencio durante un buen rato y, luego, Whit gruñó con aprobación.

—Así que ahí está el problema —adivinó Diabolo.

—¿Qué le has dicho? —dijo Whit tras otro largo silencio.

Grace observó a ambos con irritación, acompañada de algo parecido a la sensación de estar siendo traicionada mientras miraba a uno y a otro.

—¿Qué crees que le he dicho?

—Ah... ¿Así que no te rompió el corazón? —aclaró Whit—. Tú rompiste el suyo.

—¿Quién te ha hecho tan experto en corazones? —espetó—. Pensaba que querías matarlo.

—Tranquila, Grace. —Arqueó las cejas.

—No, no queremos matarlo —dijo Diabolo—. Pero sabemos lo que es que te dejen tirado.

—No me importa mucho sentir compasión por ese bastardo, la verdad —dijo Whit.

—¿Qué hará ahora? —se interesó Diabolo.

—Nunca hemos sido capaces de predecir sus movimientos. —Whit negó con la cabeza.

Un largo silencio, y Diabolo golpeó con el bastón varias veces.

—Pero Grace sí.

A Grace no le gustaba oír la verdad, sobre todo si la verdad de los otros acababa enredada con la verdad de su corazón. Le llegó el agudo recuerdo de él alejándose y volviendo como un hombre nuevo. Cambiado, igual que ella.

«Para siempre...».

Ella sabía lo que él haría. Se había acabado.

—Se irá —anunció ella, con un dolor en el pecho casi insoportable—. Se irá y no regresará nunca.

La ironía era que, por fin, había hecho lo que ella le había dicho que quería. Y, desde entonces, lo único que deseaba era que volviera y se quedara.

—Ya se ha ido —anunció Diablo.

—¿Cómo lo sabes? —Las palabras impactaron en ella como una bofetada.

—Porque hemos ordenado que lo siguieran desde que regresó.

—¿Por qué? —Le lanzó una mirada de asombro.

—Bueno, en primer lugar... —Se giró y se sentó en el saliente del tejado—. Cada vez que ha aparecido antes... ¿De cuántas veces estamos hablando? —Miró a Whit para que añadiera un dato aproximado.

—De todas —zanjó Whit encogiéndose de hombros.

—Sí. Cada vez que ha aparecido, ha intentado cargarse a uno de nosotros. —Hizo una pausa—. Y debo añadir que tú fuiste la primera a la que intentó matar. Pero aquí estamos, la vida es algo extraño y misterioso.

—No intentó matarme —explicó.

En el tejado no se movió nada, incluso el frío viento otoñal pareció detenerse para dejar que las palabras se oyeran con claridad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Diablo.

—Porque él me lo dijo —comentó Grace—. El viejo duque me quería ver muerta.

—Porque tú eras la prueba de lo que había hecho.

Ella asintió.

—No solo eso —dijo Whit—. Te quería muerta porque sabía que nunca tendría del todo a Ewan si él tenía alguna esperanza de estar contigo.

Whit siempre veía más que nadie.

—Sí —convino ella—. Pero nunca me habría hecho daño.

—Sin embargo, todos lo vimos —intervino Whit—, todos lo vimos ir a por ti.

—No. —Esta vez fue Diablo quien interrumpió—. No fue a por ella. Fue a por mí. Siempre me pregunté por qué me miró a los ojos justo antes. Pensé que era porque quería pelear.

—Sí —dijo Grace—, quería pelear contigo para darnos tiempo para huir.

Se hizo el silencio entre ellos mientras se perdían en el recuerdo de aquella fatídica noche en que todo lo que había pasado, de alguna manera, no había sucedido.

—Dios... —Whit fue el primero en hablar—. Se entregó a Marwick para mantenernos a salvo.

—El viejo tenía que saber a dónde habíamos ido —adivinó Diablo.

«Él sabía dónde estabas —le había dicho Ewan—, pero nunca me lo dijo».

—Éramos jóvenes y estábamos asustados y, sin duda, dejamos docenas de pistas por el camino. Pero nunca vino a por nosotros.

Grace asintió.

—Eso no significa que no lo tuviera amenazado —alegó Diablo comprendiendo al instante la

manipulación. ¿Cómo no habían adivinado lo que su malvado padre habría estado dispuesto a hacer?—. Ya había amenazado mil veces la seguridad de cada uno de nosotros para mantener a raya a los demás.

—Y mi seguridad, sobre todo —dijo ella.

—Mmm... —coincidió Whit—. Y nadie era más susceptible a las amenazas contra Grace que Ewan.

Diablo golpeó el tejado con su bastón con un ritmo uniforme, pensativo.

—Por Dios —susurró finalmente con asombro en su tono—. Te dejó a nuestro cuidado. No me extraña que estuviera dispuesto a volar medio Londres por los aires cuando pensó que te habíamos dejado morir.

—Lo abandonó todo —dijo tanto para sí misma como para ellos.

Los hermanos que acababa de conocer.

A ella.

«Sí, te quise desde el primer momento en que te vi, hace ya una vida, pero lo que sentí palidece en comparación con cómo te amo ahora».

—Nos dio los unos a los otros —comentó observando los tejados.

Durante veinte años, había recorrido esa ciudad desde lo alto, creyendo que los tejados eran el lugar que le había robado a Ewan. Reclamándolo para sí misma. Pero no se los había robado. Él se los había regalado. Él le había dado ese lugar.

—Todos estos años pensamos que él eligió el título por encima de nosotros —se sorprendió Whit—. Cuando en realidad eligió el título por nosotros. Se sacrificó por nosotros.

—No fue por nosotros —lo corrigió Diablo—. Fue por Grace.

Unas semanas atrás había acudido a ellos para hacer penitencia. Había prometido enmendarse. Cuando en realidad Ewan llevaba veinte años haciendo penitencia.

—Has dicho que se ha ido. —Grace miró a Diablo, con lágrimas en los ojos—. ¿A dónde se ha ido?

—Al noreste.

Hacia Essex. De vuelta a la finca. A ese lugar que todos detestaban porque les había robado media vida. Y a él, sobre todo. La respuesta le dio ganas de gritar. En lugar de eso, se puso en pie y miró a sus hermanos.

—No debería ir allí.

—Es el duque de Marwick; ¿dónde iba a ir? —preguntó Diablo.

«A cualquier otro lugar».

—Odia el título. Odia la casa. Ese sitio lo destruyó —dijo—. Ese lugar fue su ruina, tanto como la nuestra. Quizá más. No lo quiere. —Miró a sus hermanos.

—¿No quiere la casa?

—No quiere nada —aclaró ella—. Pero no tiene elección, ¿verdad?

«Te quiero. Te deseo y te amo, y no es un primer amor. Es el definitivo».

Podría ser feliz con ella.

Podrían ser felices juntos.

Parecía imposible y a la vez lo único que siempre había deseado.

—Me quiere —dijo ella en voz baja.

—Entonces, ¿por qué se ha marchado? —preguntó Diablo.

—Porque... —empezó y luego se detuvo. Odiaba el final de la frase, no quería terminarla.

«Porque yo tuve miedo de aceptar lo que quería».

—Porque no tiene otro lugar a donde ir —habló Whit.

Porque ella lo había alejado otra vez. Había huido de él otra vez. Y, en esa ocasión, no se lo había merecido.

La recorrió una oleada de arrepentimiento, de arrepentimiento y algo aún más poderoso.

De necesidad.

Lo necesitaba. Y no sentía vergüenza por ello. Era una promesa. Era esperanza.

Se puso en pie.

—Él no debería estar allí —dijo de nuevo—. Debería estar aquí. Conmigo.

No sabía cómo lo iban a lograr, pero lo lograrían. Si la elección era una vida con él o una vida sin él, no había nada que decidir. No había ninguna opción que valiera la pena considerar.

Era la reina de Covent Garden y se había pasado la vida haciendo posible lo imposible.

—He cometido un error. Tengo que ir a por él.

—No lo digas. —Diablo la miró a los ojos.

Pero ella lo dijo.

—Lo amo.

—¡Dios! —respondió.

—Lo amo y tengo que salvarlo.

—Supongo que ahora ya no podremos matarlo —gruñó Whit.

—Es una lástima. —Diablo lanzó un dramático suspiro—. Iré a por el carruaje.

Horas después, Ewan entró en Burghsey House para enfrentarse a su pasado.

Nadie había entrado en la mansión desde hacía una década, desde que él había asumido el ducado y había prohibido la entrada del personal en la casa principal, consciente de que, aunque todo lo que pretendía saliera bien, encontrara a Grace y la convenciera para que se casara con él, no volvería a vivir dentro de esos muros que no le habían traído más que dolor.

El sol crepuscular entraba a raudales por las ventanas del oeste mientras él encendía una vela olvidada y recorría los pasillos de la enorme casa, con las alfombras raídas y cubiertas de polvo, y los muebles desvencijados tras una década en desuso.

Diez años de polvo y deterioro y, aun así, la casa era la misma: la enorme entrada, la rica madera de caoba y la piedra cubierta de tapices que habían colgado desde los albores del ducado; el olor familiar, a cera de velas y a historia; la pesada tranquilidad que se había instalado una vez

que Diablo, Whit y Grace se habían marchado, despojándolo lentamente de su cordura.

Allí, en el interior de la casa, Ewan se sentía como si le hubieran dado un puñetazo con una mano llena de cicatrices en una sucia calle de Covent Garden.

Subió las escaleras; recordaba el lugar a la perfección. Pasó por delante, retrato tras retrato, de las filas de duques, marqueses, condes y lores cuyas identidades le habían sido inculcadas de niño. Todos los venerables hombres que formaban la intachable línea sucesoria de los Marwick.

Y Ewan era el siguiente de la fila.

Su padre no sabía que nunca lo había deseado.

Su padre no había sabido que Ewan nunca mantendría la línea sucesoria. Que no habría más herederos para el ducado después de él.

Para empezar, Ewan nunca había sido el verdadero heredero.

Subió al primer piso, luego al segundo, donde la luz del sol se desvanecía en la oscuridad del crepúsculo, y cruzó del ala este al ala oeste.

En realidad, no necesitaba la vela; el mapa de la casa seguía grabado en su mente y podía orientarse en la oscuridad si así lo deseaba. Contó las puertas mientras se abría paso por el pasillo y cruzó delante de las dos primeras.

Tres. Cuatro.

«Cuidado con la tabla del suelo, que chirría».

Cinco.

«Atraviesa el pasillo».

Seis. Siete.

Ocho. Sus dedos recorrieron la puerta que una vez había sido suya, una puerta que Grace había buscado innumerables veces en la oscuridad. Apretó la mano contra ella, resistiendo el impulso de girar el pomo. De agacharse y mirar por el ojo de la cerradura.

No tuvo que hacerlo. Recordaba cada centímetro de esa habitación. Cada tabla del suelo. Cada cristal de la ventana. No tenía que volver a visitarla. No estaba allí por el pasado, sino por el futuro.

Detrás de la novena puerta del vestíbulo, una estrecha escalera subía al tercer piso, donde se encontraban los aposentos ducales, que triplicaban el tamaño de las habitaciones más grandes del segundo piso.

Las habitaciones principales.

Las del duque.

Ewan suspiró, giró el pomo y entró para enfrentarse al enemigo.

Las habitaciones de su padre habían sido las primeras en cerrarse, en cuanto su cuerpo estuvo frío. No había vuelto a entrar en ellas desde entonces y nunca se había imaginado volver a ese lugar: tenía demasiado miedo de que lo habitara el espíritu del hombre al que detestaba.

Y, tal vez, si hubiera regresado antes, habría encontrado el aire espeso por el recuerdo del hombre que había maquinado y los había manipulado, que los había amenazado una y otra vez.

El hombre que le había robado cualquier esperanza de ser feliz cuando lo arrancó de la casa de su madre y lo obligó a dar la espalda a las personas a la que amaba para mantenerla a salvo.

Pero todo había cambiado.

La oscuridad había caído, y Ewan levantó la vela mientras cruzaba la habitación, pasando por la gran cama y la chimenea vacía desde hacía mucho tiempo hasta los enormes sillones orejeros que no se utilizaban; el silencio ya no era tan ominoso como lo había sido antaño.

Resultaba casi acogedor, como si toda la habitación, toda la casa, el propio ducado, hubiera esperado el regreso de Ewan. Para eso.

Se detuvo debajo del retrato de su padre, un gran óleo que parecía haber evitado, de alguna manera, el abandono y el envejecimiento que había sufrido el resto de la mansión, como si su padre hubiera vendido su alma para asegurarse de que sería recordado siempre así: impecablemente guapo y con los ojos ámbar que habían heredado sus tres hijos.

A Ewan nunca le había gustado mirar ese cuadro; nunca le habían gustado las similitudes que encontraba en él. Los ojos, la melena rubia, la mandíbula angulosa, la nariz larga y recta que habría sido igual a la de él si Diablo no se la hubiera roto. ¡Qué regalo le había hecho!

Durante décadas, Ewan pensó que esa nariz rota era lo único que lo diferenciaba de su padre. Lo único que lo hacía distinto; ¿acaso no había tomado las mismas decisiones que su progenitor?

—¡Bastardo! —Las palabras sonaron como un disparo en esa habitación que no había escuchado un sonido en diez años—. Te encantaba lanzarnos ese insulto como un arma. Porque no te pertenecíamos. Y pensabas que eso era lo más doloroso. Nunca supiste la verdad, cobarde... —Tres chicos, sus hermanos.

»Nunca supiste que esa palabra nos uniría. Que nos haría más fuertes que tú. Que nos hizo mejores que tú. —Miró fijamente a su padre, a través de la oscuridad y los años—. Nunca pensaste que yo sería tu perdición. Pero siempre supiste que ella lo sería, ¿verdad? —susurró, permitiéndose, por fin, recordar por quién había venido y por qué—. La temías por lo que significaba para mí, y eso fue antes de que entendiera lo que era amarla. Antes de que entendiera lo que era estar con ella y ver el futuro, y saber que no tenía que ser sombrío. Que yo podía ser fuerte e inteligente, estar lleno de esperanza. Y lleno de amor.

Se detuvo a respirar en silencio. Sabía que era la última vez que estaría en aquella habitación. Sabía que era la última vez que le dedicaría un pensamiento a aquel hombre. A ese lugar. Al nombre que nunca fue suyo.

Sabía que esta noche se iría de la finca y volvería a Londres, y cumpliría aquella promesa que hizo al lugar que siempre había amado. A la mujer a la que amaba. La promesa que ya había empezado a cumplir.

«Vamos a cambiar todo eso».

Juntos.

Ewan levantó la vela y miró a su padre a los ojos.

—Tenías razón al temerla, pero también deberías haberme temido a mí.

Y prendió fuego al retrato.

Las llamas se apoderaron del cuadro al instante; el marco y el lienzo ardían como una yesca perfecta y Ewan se dio la vuelta para marcharse mientras el fuego subía por la pared y consumía aquella habitación, como si las paredes supieran lo que Ewan quería.

Salió de la habitación y fue a la siguiente. Era consciente de que tenía una oportunidad para dejar todo atrás y volver a Londres. Para volver con ella y empezar una nueva vida juntos. Lejos de aquel lugar y de aquel espectro. Rápida y metódicamente, prendió fuego a los demás retratos. Las llamas se apoderaron del yeso y la madera. Bajó las escaleras moviéndose más rápido de lo que había imaginado.

Sería un incendio del que se hablaría en Essex durante años.

Y con cada momento, con cada nueva llama, Ewan se sentía más libre.

Libre para volver a casa.

«Con ella».

Cuando el fuego ardió a su antojo, lo suficientemente alto como para asegurar el fin de aquel lugar que merecía ser reducido a escombros, Ewan se dirigió a la puerta, rodeado de llamas.

«Bien. Ya es hora de que todo termine».

No quería perder ni un minuto más en recordar el pasado.

Quería el futuro.

«Quería a Grace».

Cruzó el enorme vestíbulo hacia la puerta mientras las llamas lamían la barandilla del primer piso. A través de la puerta abierta, vio cómo arrasaban el invernadero. Rápidas como la furia. Abrasadoras como la libertad.

Ewan puso la mano en el pomo de la puerta y tiró de ella para abrirla. El aire fresco fue un bienvenido respiro ante el calor asfixiante del interior. Antes de que pudiera salir al exterior, oyó un ominoso crujido que venía de arriba. Miró hacia el primer piso, donde un saliente sobresalía por encima de la entrada, ahora engullido por las llamas.

Aquella vacilación fue un error.

Con un rugido espantoso, el balcón se desprendió de la pared y, de alguna manera, entre todo aquel ruido oyó su voz.

Capítulo 26

Grace y sus hermanos recorrieron en silencio las horas que faltaban para llegar a Burghsey House. El ambiente dentro del carruaje se hacía espeso con los recuerdos mientras regresaban al lugar que los había formado: el ánimo de venganza de Diablo, la furia de Whit y el poder de Grace. Y mientras las ruedas traqueteaban y los kilómetros se convertían en horas, todos estuvieron perdidos en el pasado.

—¡Dios! No recordaba que estuviera tan lejos. —Diablo maldijo las tres horas de viaje mientras caía la tarde.

—Tardamos dos días en llegar a Londres —dijo Whit frotándose distraídamente el torso con la mano. Aún tenía el recuerdo de sus costillas rotas en aquella interminable caminata.

Treinta minutos después, el movimiento de Diablo era casi insoportable; su bastón chocaba de forma constante con la punta de la bota.

—No recuerdo que estuviera tan vacío.

—Yo sí lo recuerdo —intervino Grace en voz baja mirando por la ventana al sol que se ponía en la distancia con una mezcla de amarillos y naranjas—. Recuerdo lo solitario que era antes de que llegarais. —Y en cuanto llegaron, fue como si alguien hubiera encendido todas las luces de la finca—. Aunque imagino que no debería decir tal cosa, teniendo en cuenta lo que supuso vuestra presencia.

—Lo que supuso fue que nos conociéramos —dijo Whit, con la voz grave y ronca, como siempre, como si acabara de empezar a usarla en ese instante—. El resultado fueron los Bastardos Bareknuckle. —Buscó los ojos de Grace bajo la luz menguante—. Grace, hay mil cosas que cambiaría de aquel hombre y de ese lugar dejado de la mano de Dios, pero no cambiaría haber ido a parar allí. Ninguno de nosotros lo haría. —Diablo volvió a dar un golpe con el bastón—. Aunque con gusto cambiaría el bastón de Diablo por una espada de caña ahora mismo.

—Vete al infierno. —El golpeteo se detuvo.

Haciendo caso omiso de la discusión, Grace se volvió hacia la ventana; apenas había ya luz solar y la oscuridad les impedía ver por dónde iban. ¿A qué distancia estaban de la casa? ¿Cuánto faltaba para que pudiera verlo y decirle la verdad: que lo amaba y que quería estar con él?

Y que juntos se encargarían de todo.

Había pasado veinte años sin él y estaba harta.

Grace miraba fijamente en la oscuridad, perdida en sus pensamientos, mientras Diablo y Whit se retorcían y se hacían reproches. Sus constantes pullas la distraían de su desesperación por ver a Ewan. No hacía más que repasar cada momento que habían pasado juntos desde que él había vuelto a Londres.

El club. Su azotea. El callejón con las lavanderas.

La lucha en el Garden.

Los besos.

Las máscaras.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo sabía qué? —Diablo levantó la vista.

—Que era yo. En la oscuridad de aquella noche, cuando se despertó. En el *ring*, con el saco sobre la cabeza. La noche del baile de máscaras.

—Siempre te reconocerá, Grace. —Fue Whit quien respondió.

«Nunca dejaré de buscarte, Grace».

Y, aun así, ella lo había alejado.

«Tú eres mi principio y mi fin. Mi otra mitad. Y siempre lo has sido».

A lo largo de veinte años, se había convencido de que no era cierto. Que lo que habían sido, lo que ella había anhelado, solo fue una fantasía. Una invención. Y tenía razón a medias. Había sido una fantasía, pero ella debía saber mejor que nadie que las fantasías eran a menudo más reales y poderosas que la realidad.

Y esa noche, deseaba hacerla realidad, y punto.

Ojalá el carruaje fuera un poco más rápido.

Volvió a mirar por la ventana, la puesta de sol seguía brillante y roja a los lejos. Entonces se dio cuenta de que era imposible. De que era demasiado tarde para el ocaso.

No estaba viendo el sol.

No.

—No. —Se sentó y puso las manos en la ventana—. ¿Qué ha hecho?

No era el atardecer.

Era fuego.

Burghsey House estaba envuelta en llamas.

El carruaje se detuvo a cien metros del infierno, tan cerca de las llamas como el cochero estaba dispuesto a llegar. El calesín se balanceó con su peso al bajar del pescante; a pesar de ello, Grace se abalanzó sobre la manilla y abrió la puerta de golpe para salir volando del carruaje.

«¿Qué había hecho Ewan?».

«¿Dónde estaba?».

—¿Qué ha hecho?

—Siempre ha estado loco, pero esto...

Whit y Diablo le pisaban los talones a Grace mientras se abría paso entre los caballos, corriendo en dirección a la mansión que era pasto de las llamas en plena noche.

Lo estaba quemando todo. Por ella.

—¡Grace! —gritó Diablo detrás de su hermana—. ¡No!

Ella no escuchaba y atravesó la oscuridad hacia las llamas.

Un gran brazo de acero la rodeó y ella gritó, retorciéndose contra él. Era Whit.

—¡Suéltame, maldita sea! —gritó mientras él tiraba de ella hacia atrás.

—Para... —gruñó.

La frustración y la furia se apoderaron de Grace, y luchó contra su hermano, enloquecida por la necesidad de liberarse. De llegar hasta Ewan.

Se dio la vuelta y su mano voló para aterrizar directamente en la nariz de Whit, lo que hizo que echara la cabeza atrás.

—¡Dios! —gruñó él ante el golpe. Ella echó a correr de nuevo.

—¡Grace! ¡Detente! —gritó Diablo atrapándola.

—¡Tengo que llegar hasta él! —aulló ella luchando contra su hermano—. ¡Te pegaré a ti también!

Diablo era más fuerte de lo que parecía.

—Y lo aguantaré —le susurró al oído—. He soportado cosas peores por ti, Grace. Todos lo hemos hecho.

Ella se volvió dispuesta a hacerle daño, pero Diablo también estaba preparado y bloqueó el puño con una de sus pesadas manos.

—Grace —repitió, tranquilo y pausado, como si estuvieran en cualquier lugar menos allí, en las tierras de su padre, donde todos habían pasado por un infierno.

—Grace —repitió Whit por encima del hombro de Diablo, desde donde los abrazaba, con la nariz ensangrentada y el resplandor rojizo y dorado del fuego haciendo evidente la preocupación en su rostro.

Había preocupación en la cara de ambos.

Fue su preocupación lo que la quebró. La ternura de sus ojos, de esos ojos que formaban parte de un conjunto. Un trío. El corazón se le aceleró con fuerza.

—Está dentro.

—No lo sabes —dijo Diablo.

Lo miró.

—Sí, lo sé —dijo mientras su pánico iba en aumento y miraba a Whit—. Lo sé. Está ahí dentro y está solo, y tengo que llegar hasta él.

Que la condenaran si dejaba que ese lugar se lo quedara.

Y menos después de todo lo que habían pasado.

—Por favor... —susurró.

—Hicimos una promesa hace muchos años —dijo Diablo con voz rasgada—. Le prometimos

que te mantendríamos a salvo. No vas a correr hacia el fuego.

—¿Y cuántas veces corrió hacia el fuego él por nosotros? —gritó—. ¿Cuántas veces lo hizo aquí? Aquella noche, hace una vida, nos echó de este edificio y desde entonces vive en un infierno.

—Grace...

Se quedaron un rato en silencio, y luego, como un regalo, Whit gruñó.

Grace aprovechó el gruñido.

—Por favor. Lo sabría —le susurró—. Lo sabría si estuviera muerto.

—Te creo. —El reconocimiento brilló en sus ojos. Lo sabía porque conocía la angustia que ella sentía. Diablo aflojó los brazos.

Fue un error.

Grace se dio la vuelta para correr, más ágilmente ahora. La maldición de su hermano rasgó la oscuridad mientras ella se dirigía a la casa, a las llamas. Hacia el hombre al que amaba.

Y, de pronto, él estaba allí. La puerta de la gran mansión se abrió y él estaba allí, en mangas de camisa, alto y magnífico y vivo, enmarcado por el fuego que crujía a su espalda, como ningún duque que ella hubiera visto antes.

«Está vivo».

Grace se paró en seco al verlo, con un hipo de alivio, recordando su última conversación. La confesión que le hizo. No. No había sido una confesión.

Había dicho que era una pelea.

Su última batalla por ella.

«La penúltima».

Porque, cuando ella lo había apartado, él tomó una última decisión. Lanzó un último golpe. Y lo colocó perfectamente. Fue a aquel lugar maldito que tanto habían detestado y le prendió fuego.

—Maldito loco... —dijo Diablo en voz baja—. Lo ha hecho.

Aquel magnífico loco había quemado el pasado.

«Por su futuro».

Ya estaba yendo hacia él, desesperada por llegar a su lado, cuando un crujido rasgó la noche. Él levantó la vista al oír el sonido y ella supo lo que iba a ocurrir.

«¡No!».

Gritó su nombre en mitad a noche, corrió hacia la casa con sus hermanos pisándole los talones mientras los cristales de la ventana superior estallaban y las llamas se tragaban a Ewan.

No. Aquel lugar no iba a ganar.

«Mío».

Y, como si sus deseos se hicieran realidad, las llamas se separaron, y él apareció de nuevo, caminando entre el fuego, tal y como había prometido, alto y hermoso, cubierto de hollín y cenizas, con la casa ardiendo como el mismísimo infierno a su espalda.

Y fue directamente a por ella.

Grace voló hacia él, se lanzó a sus brazos y él la atrapó, levantándola en el aire para besarla. Un beso profundo y perfecto. Y se apartó por fin para mirarla a los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte. He venido a decirte que te amo. He venido a decirte que eres mío y que nunca más dejaré que te alejes.

La besó de nuevo, de un modo pausado y erótico, haciendo que sus corazones se aceleraran antes de posar su frente en la de ella.

—Pienso permitirte —dijo él.

Sus palabras le provocaron un inmenso placer por la promesa que contenían.

Para siempre.

—¿Qué has hecho?

—Lo que debería haber hecho hace años —se defendió—. Debería haber destruido este lugar desde el principio. Es el lugar que amenazó con destruirnos cada día que pasamos aquí. Que amenazaba con destruirme cada día después de que te fueras. —La besó de nuevo y ella pudo saborear el doloroso arrepentimiento en sus labios.

—No te destruyó —le corrigió—. Te hizo mucho más fuerte.

—No. Tú me hiciste más fuerte. Lo suficientemente fuerte como para liberarnos. Lo suficientemente fuerte como para dejar atrás el pasado y construir un nuevo futuro. Contigo. En el Garden. Si me aceptas.

Siempre.

Siempre sería suyo.

—Por Dios, duque —dijo Diablo mientras se acercaba con Whit—. Esto sí que le habría provocado una apoplejía al viejo.

Ewan no soltó a Grace cuando se volvieron hacia la casa, que ardía en la noche, y observaron cómo una pared interior se derrumbaba, haciendo que las llamas salieran disparadas hacia los huecos de la fachada de piedra donde antes estaban las ventanas.

—Ya no soy duque. —No miró a su hermano ni siquiera cuando respondió.

Al comprender esas palabras, todos se quedaron mirándolo.

—No lo dices de verdad. —Grace negó con la cabeza.

—Claro que lo digo de verdad. He pasado el último año restaurando la finca. Es próspera. Su majestad, sin duda, se deleitará con los beneficios que obtendrá. —Lo había dejado todo por ella. Por ellos—. ¿No me crees? —Volvió a mirar hacia el infierno—. Nadie podría sobrevivir a esas llamas. Ni siquiera el loco duque de Marwick.

Todos siguieron la mirada y las palabras cobraron sentido mientras veían la casa arder.

—El duque está definitivamente muerto —habló Whit después de lo que pareció una eternidad—. Lo he visto con mis propios ojos.

—Sí, se perdió para la historia cuando Burghsey House se quemó, una tragedia... —Los

blancos dientes de Diablo brillaron con el resplandor del fuego.

Ewan miró a Diablo y a Whit con atención.

—Y con él, todos los fantasmas que nos han perseguido.

Había muerto Robert Matthew Carrick, conde de Sumner, duque de Marwick, el duque que nunca había existido en realidad.

—Tienes suerte de haber salido de ahí, hermano —añadió Whit—. Si no, Grace habría entrado para alejar las llamas y sacarte del infierno.

—Si alguien es lo bastante fuerte para ganar esa batalla, esa eres tú. —Ewan se volvió hacia ella y la abrazó.

—Es que tengo planes para ti. —Se acercó a él y enredó los dedos en su pelo. Se ganó una sonrisa de Ewan, que nunca había dejado de volver a ella una y otra vez.

—Yo también tengo uno o dos planes para ti.

—Cuéntamelos —dijo ella.

«¿Qué les esperaba ahora?».

—Un nuevo comienzo. Una nueva vida. Lo que sea necesario para estar con la mujer a la que amo.

—¿Qué me ofreces? —preguntó.

—Trabajo honrado de día y fantasías de noche.

El calor la inundó ante la pecaminosa promesa de aquellas palabras.

—Nuestras fantasías —susurró ella, poniéndose de puntillas y besándolo, de nuevo, con las manos rozando su cara. —Entonces, ¿qué?, ¿te hacemos duque del Garden?

—Esperaba algo más fastuoso.

—No podrás volver nunca más a Mayfair —le advirtió ella—. Has matado al duque de Marwick. Todo el mundo te reconocería.

—Lo sé, amor. No quiero ir a Mayfair. No hay nada que me ate a ese lugar. El trabajo que tengo que hacer no puedo desarrollarlo en Mayfair. Tengo que cumplir la promesa que le hice al Garden. Y la que te hice a ti. —Le recorrió las mejillas con los pulgares—. No deseo seguir siendo duque cuando puedo estar al lado de una reina. No cuando puedo ser su rey.

«Eres una reina. Yo soy tu trono».

Sus palabras la encendieron.

Ewan apoyó la frente en la de ella.

—No quiero ser *su gracia* nunca más —dijo—. Lo único que quiero es que tú seas mi Grace. —La besó de nuevo—. Siempre has sido tú. Cada día. Cada noche. Cada minuto. Desde el principio. Esto es todo lo que ambiciono: ser digno de ti. De tu amor. De tu mundo. Estar a tu lado y cambiarlo.

«Sí».

—Para vivir a tu lado. Para amarte y olvidar todo lo demás.

El fuego ardía detrás de él, poniendo fin a su pasado y dando un paso a su futuro.

«Ha prendido fuego a la sede del ducado».

—Diré que esto es un punto a tu favor —comentó Diablo desde el lugar donde él y Whit veían arder la casa—. Es un gran gesto.

Whit gruñó para mostrar que estaba de acuerdo y Grace también lo aprobaba. Ewan también los había liberado a ellos.

No pudo controlar la carcajada que se le escapó ante ese comentario.

—Es cierto lo que dicen. Eres un loco.

—Tal vez —aceptó él con una sonrisa—. Estoy loco por ti, eso seguro.

Diablo gimió al escucharlo y Ewan volvió a besarla.

—Dijiste que nunca podría recuperarte... —añadió—. Pero ¿y si no quiero? ¿Y si te quiero solo a ti, en cambio? Esto no es el primer amor. Este es el siguiente. Es el último.

—Sí. —Ella asintió con lágrimas en los ojos.

Él esbozó esa sonrisa, la que nunca desaparecería.

—Sí.

—Te quiero... —Fue lo único que pudo decir ella.

—Bien —respondió—. Dímelo otra vez.

—Te quiero.

La acercó. La besó a fondo. Sonrió de nuevo.

—Grace —la llamó saboreando su nombre como una letanía—. Mi Grace. Al fin juntos.

—Por fin juntos —susurró ella, besándolo por toda la cara: la mandíbula, los pómulos, la frente, que le olía a fuego...—. ¿Qué necesitas?

Recordó todas las veces que se lo había preguntado.

—Mañana —repuso él mientras la rodeaba con los brazos—. Necesito el mañana. Contigo.

El futuro

—Estás aquí...

Ewan se giró en el borde de la azotea para encontrarse con su esposa caminando hacia él, con un impresionante corsé dorado sobre unos pantalones negros ajustados. Por encima llevaba un abrigo forrado con un hilo de oro a juego. Los rizos rojos le caían sobre los hombros y tenía las mejillas sonrosadas por el aire fresco y el sol.

Nunca había visto algo tan hermoso, ni siquiera después de pasar tantos años a su lado.

Antes de que ella dijera nada más, él la abrazó y la estrechó para darle un largo y prolongado beso, con el que le robó el aliento antes de levantar la cabeza para poner fin a la caricia. Le encantaba la forma en que ella se quedaba entre sus brazos con los ojos cerrados para disfrutar del placer.

Cuando Grace abrió los ojos, lo hizo con una sonrisa de ensueño que él igualó, llena de arrogante orgullo. Había muy pocas cosas que le gustaran más en la vida que la mirada de su mujer cuando estaba emocionada.

—Pareces un gato que hurga en el cubo de basura de la pescadería. —Ella se rio.

—Ya sabes el refrán, lo de llevarse el gato al agua, ¿no? —retrocedió mientras le contestaba.

—Si no has visto lo arrogante que resulta un gato que acaba de robar pescado es que no eres del Garden —repuso ante su corrección.

La atrajo para darle otro beso, hasta que ella volvió a soltarse de sus brazos y él levantó la cabeza, presionando su frente contra la de ella.

—Dilo otra vez —susurró.

—Esposo. —El placer se encendió en sus hermosos ojos castaños y la luz del sol crepuscular los convirtió en fuego.

Se habían casado apenas unas semanas después del incendio de Burghsey House, en la iglesia de St. Paul's, en Covent Garden, donde Ewan había sido bautizado treinta años antes, sin que una minucia como un acta de bautismo falsificada impidiera que los Bastardos Bareknuckle disfrutaran de una boda y la celebración posterior. Y después, los señores de Ewan Condry, el nombre elegido por él, habían recorrido las calles de Covent Garden como rey y reina: Grace le enseñó a Ewan cada rincón del mundo donde él había nacido y que ella había conquistado.

El ducado había vuelto a formar parte de la Corona tras el incendio, y los planes del antiguo duque con respecto a su legado se habían frustrado por completo. Las tierras y los arrendatarios de Essex seguían prosperando y el personal de Mayfair había sido empleado en una miríada de

hogares aristocráticos, cuyas dueñas eran todas socias de cierto club de Covent Garden.

Con las responsabilidades debidamente asumidas, Ewan no había vuelto a acordarse de su título, demasiado centrado en el trabajo, en el amor y en el futuro.

En los años transcurridos desde su regreso, el 72 de Shelton Street había sido restaurado y la clientela había crecido con el local. Ewan y Grace vivían en una bonita casa adosada no muy lejos de Drury Lane, conectada con el resto de las casas de los Bastardos por los tejados. Sus hijas habían crecido entre el sol y las sombras de Covent Garden, rodeadas de hombres trabajadores y mujeres fuertes e inteligentes, en un mundo que sus padres se esforzaban por mejorar día a día.

—Nunca me cansaré de oír esa palabra en tus labios —dijo atrayéndola hacia él y besándola en la sien.

—Te estás perdiendo el festival, esposo —dijo ella cuando se asomaron al borde de la azotea y contemplaron la plaza del mercado de Covent Garden, donde los pregoneros y vendedores ambulantes habían dado paso a músicos y vendedores de tartas y a un tragafuegos que les resultaba de lo más familiar. Observaron que Felicity y Diablo danzaban formando un torbellino, al ritmo de un violín, dando vueltas y vueltas hasta enredarse en los brazos del otro sin aliento.

—No me lo estoy perdiendo. Estaba mirando un rato antes de bajar. —Después de pasar el día en el Garden, hablando sobre las tuberías para agua potable y los planes que tenían para las nuevas viviendas de los trabajadores de la colonia, había subido a ver cómo los tejados se volvían dorados con el sol poniente y cubrían de oro al mercado.

Y sí, había ido allí para ver a su mujer, que reinaba en la colonia.

—Lo sé —dijo ella—. Te he estado observando mientras nos mirabas.

—¿De veras? —preguntó.

—Es difícil no ver a un mirón tan apuesto.

—Veo que las chicas están contentas. —Él sonrió al oír sus palabras, y tiró de ella con fuerza hacia sus brazos de nuevo.

En la esquina más alejada de la plaza, bajo una antorcha que se había encendido cuando la luz del día se desvanecía, más de media docena de chicas, primas entre sí, se apiñaban alrededor de Whit y Hattie. Helena, de Felicity y Diablo, y su hermana menor, Rose, ambas tan inteligentes como su madre y astutas como su padre, se unían a Hattie y a la brillante Sophia, de Whit, que a los nueve años podría asumir sin problemas el control del negocio naviero. Y con ellas, tres niñas de pelo de fuego, de siete, cinco y cuatro años, cada una con un montón de rizos alborotados, iguales a los de su madre, y ojos de color ámbar, como su padre.

—Whit se ha pasado el día entero repartiendo dulces —dijo—. Caramelos de limón, de frambuesa, de fresa... Sus bolsillos parecen no tener fondo.

—Hattie los compra por lotes —dijo.

—Lo mima.

—Se lo merece. —La miró.

Ella sonrió.

—Lo merecemos todos, digo yo. —Hizo una pausa y luego inclinó la cabeza a un lado con astucia—. ¿Hay algo dulce que pueda ofrecerte, esposo?

—Creo que se me ocurren un par de cosas. —La pregunta le hizo sentir un calor intenso.

—¿Solo un par? —dijo ella—. Qué decepción...

La besó de nuevo con fruición, hasta que ambos se quedaron sin aliento.

—Confieso que me siento mimado cada día que estoy contigo y con las chicas. Me siento mimado cada día que estoy con mis hermanos en este lugar. Me siento mimado cada noche cuando vuelvo a casa contigo. —Ella se inclinó para darle un beso en la mejilla, cubierta por una barba incipiente—. A veces, sentirme tan mimado me hace preguntarme si todo es real —añadió él.

—Tengo una idea —propuso Grace separándose de él para enredar los dedos con los suyos—. Baja y juega. Ríete y baila conmigo, y gasta una cantidad escandalosa de dinero. Deja que los trileros te desplumen, que Diablo te desafíe a un combate y que Whit te convenza para comprarles un perro a las chicas.

—Mientras no sea sabueso —repuso con firmeza.

—Hay un pequeño cachorro marrón que podría ganarse tu corazón, esposo..., pero no he terminado.

Su hermosa esposa sonrió.

—Por supuesto —respondió—. Continúa.

Se acercó de nuevo a Ewan, apretando su largo y tonificado cuerpo contra el de él y rodeando su cuello con los brazos. Y luego le besó la cara, la mandíbula y las mejillas.

—Ven a jugar hasta que nuestros pies estén cansados y nuestros corazones llenos, y luego vayamos a casa para meternos en la cama. Felices. Como nos merecemos.

Y, como se lo merecían, eso fue precisamente lo que hicieron.

Nota de la autora

Covent Garden es un lugar que ha conquistado mi corazón, incluso ahora, a doscientos años de distancia del mundo de los Bastardos Bareknuckle. En los últimos años, he tenido la suerte de poder pasar unos días documentándome en Covent Garden, y en los muelles de Londres y sus alrededores; esta serie no existiría sin la amplia colección del Museo de Londres (especialmente su magnífico trabajo con *Life and Labour of the People of London*, de Charles Booth), el Museo de los Docklands de Londres, el Covent Garden Area Trust, el Foundling Museum y la Biblioteca Británica.

Una nota rápida sobre las incursiones que desempeñan un papel fundamental en la historia de Grace. La nueva y joven reina no tardaría en inaugurar un período de estricta moralidad del que su nombre se ha convertido en sinónimo; en esos primeros años, se produjo un aumento de las libertades sociales para las mujeres en todos los niveles de la sociedad. Pero, como es común en situaciones en las que los grupos marginados ganan terreno social, hubo una reacción enorme. Entre el desprecio social, la virulencia política y la violencia física, el papel cada vez más importante de las mujeres de todas las clases fue objeto de una acalorada disputa durante el resto del siglo XIX, lo que dio lugar no solo a las habituales redadas, como la que afectó al número 72 de la calle Shelton, sino también a leyes que criminalizaban el trabajo sexual, negaban el voto a las mujeres y hacían retroceder ampliamente sus derechos, todo ello mientras la reina Victoria ocupaba el trono.

Por supuesto, Grace y Ewan —y todos los Bastardos— lucharon contra estos cambios en todo momento.

Cuando propuse esta historia de romance histórico con criminales y luchadores y propietarios de burdeles mucho más allá de los salones de baile de Mayfair, Avon Books no pestañeó. Soy muy consciente de la suerte que tengo de contar con Carrie Feron, que siempre sabe el camino que sigo, incluso cuando yo no lo sé, y con todo el equipo que hay allí. Gracias a Liate Stehlik, Asanté Simons, Angela Craft, Pam Jaffee y Kayleigh Webb, a Eleanor Mikucki por sufrir con valentía mi absolutamente aborrecible mal uso de ciertos verbos y a Brittani DiMare, que me hace parecer mejor en cada libro.

Es surrealista estar escribiendo el final de Los Bastardos Bareknuckle: estos cuatro me han hecho compañía durante años, mucho antes de que empezara a escribirlos. Estoy muy agradecida al grupo de Kiawah, desde Sophie Jordan, Carrie Ryan y Ally Carter, que ayudaron a desarrollar la semilla de la idea, hasta Tessa Gratton y Sierra Simone, que la animaron, pasando por Louisa

Edwards, que respondió a todas las llamadas y mensajes de texto y preguntas nocturnas que no podían esperar a la mañana. Gracias por ayudar a que mis criminales de Covent Garden sean reales, chicos (y chicas).

Muchas de mis mujeres favoritas forman parte de Grace. Si te fijas bien, verás destellos de mi madre, de mi hermana, de Chiara, de Meghan Tierney, de Jen Prokop, de Kate Clayborn, de Adriana Herrera, de Joanna Shupe, de Megan Frampton, de LaQuette, de Nisha Sharma, de Andie Christopher, de Alexis Daria, de Tracey Livesay, de Nora Zelevansky, de Julia Quinn, de Kristin Dwyer, de Holly Root, de Eva Moore, de Cheryl Tapper y de muchas más.

Como siempre, a mis amores: V, mi chica rebelde, y Eric, que renunciaría sin dudar a un ducado por mí, gracias por dejarme volver siempre a casa.

Y, por último, a ti, querida lectora: gracias por creer en mis Bastardos, por emprender este viaje conmigo y por confiar en mí para traer a Ewan. Reconozco la fe ciega cuando la veo. Espero que te quedes conmigo para lo que viene.